DESIRÉE RUIZ

VILLA MELANIA

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

«Es posible que todos estemos algo resquebrajados por dentro, que nadie conserve intacta la luna del espejo en el que nos contemplábamos siendo niños.»

En Villa Melania hay una habitación llena de espejos rotos y de recuerdos trágicos. En la mansión señorial de los Lanuza Vega, con su prado de caléndulas y su anciana jacaranda, se pasean los fantasmas de varias vidas truncadas en la noche de la víspera de Reyes de 1966, cuyo eco resonará de manera ensordecedora ese mismo día en 2019. El retrato de Melania, la hermosa y dañada Melania, sigue presidiendo la casa tantos años después. Sus pasos se escuchan sobre tarimas y escaleras; buscan a esa persona capaz de oír a los objetos contar sus historias. Esas historias que ni las hermanas ni el buen cuñado de Melania quieren contar; esas historias que Camila, su sobrina nieta, descubrirá demasiado tarde; esas historias que solo Cloe, la hermana de Camila, sabrá atender y comprender.

Muerte, melancolía, enfermedad, pero también celos, envidia, dolor y miedo acechan desde esos espejos rotos en los que se refleja lo que fueron y lo que son quienes alguna vez vivieron en esa casa. Solo existe una manera de arreglar las lunas y las vidas quebradas: hablar, porque «al callar enterramos a nuestros muertos un poco más hondo».

Villa Melania

Desirée Ruiz

A mis once.
Os quiero hasta el fin de los tiempos.

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

CESARE PAVESE

1

Zaragoza, febrero de 2018

—Señorita, es usted extraordinaria. Hay que ser muy valiente para plantearse vivir aquí.

Dicen que los espejos rotos en una casa simbolizan la muerte. Camila dirige al jardinero una mirada extraña, liviana, y luego sus ojos oscuros se posan sobre la luna rajada de la entrada. Recuerda lo que escuchó de niña, palabras susurradas tras los cortinajes de la sala de música, caléndulas enredadas entre unos cabellos negros, un rostro de porcelana resquebrajado, una almohada carmesí.

—Qué tontería —su voz es profunda, casi oscura—; no sé por qué lo dice.

—Bueno, su tía abuela era una mujer fascinante, y después del trágico suceso...

—¿La conoció usted? —interrumpe Camila mientras desliza sus delgados dedos blancos sobre el pasamanos de madera lacado en granate; cinco cicatrices alargadas se abren paso en la superficie empolvada de los años.

Víctor López es un hombre fuerte y nervudo, de constitución achaparrada. Las arrugas que surcan su rostro afable le confieren una apariencia tosca. Aunque parece mayor, todavía no ha cumplido los sesenta y cinco.

—Yo era un crío, pero la recuerdo, sí. Era hermosa, como en el cuadro. De hecho, usted se parece muchísimo a ella.

Desde lo alto de la escalera, Melania los observa a través del tiempo contenido de los lienzos. El rostro redondeado, la piel blanquísima, los ojos negros y enormes bajo unas cejas pobladas y oscuras, el cabello azabache cayendo en rizos rebeldes sobre la espalda. En el retrato está sentada en el césped ralo, rodeada de matorrales y plantas silvestres, con las piernas aparentemente cruzadas bajo la falda larga de pesados pliegues, y las manos pálidas

descansando sobre el regazo con gesto relajado; sin embargo, hay algo envarado en su cuerpo, algo de emperatriz, algo de cariátide, algo que inspira una suerte de desasosiego.

—Tenía una forma extraña de mirar —continúa el jardinero, dubitativo—, o eso decían, al menos. Yo solo recuerdo una mujer muy bella que vestía y se peinaba de un modo raro para la época.

El espeso cabello protagoniza la pintura; es como un bosque, un cuerpo frondoso e impenetrable que parece tener vida propia.

—Y, claro, después de lo que ocurrió... Imagino que el tío de usted perdió la cabeza, es comprensible. Y ya sabe cómo son estas cosas: nadie dice creer, pero tampoco pondrían la mano en el fuego. El señor estaba tan seguro de que ella seguía aquí que la historia del fantasma fue calando entre la gente...

El trágico suceso tuvo lugar la víspera del Día de Reyes de 1966 en Villa Melania. Las cuatro hermanas se habían reunido en casa de la primogénita y su esposo para prepararlo todo, tal y como lo habían hecho desde pequeñas. Sus padres, hasta el día de su muerte, les habían inculcado la tradición de esa noche de estrellas y regalos, de lamparillas y ángeles, de turrones, pastelitos de Gloria, peladillas, alfajores y roscos de vino.

Don Rodrigo Lanuza de Vives, el suegro de Melania, había adquirido a principios de siglo un terreno en el entonces barrio de Ruiseñores, la prolongación natural del paseo Sagasta, el preferido por la burguesía zaragozana. La cercanía del tranvía de Torrero los había animado a comprarlo con la idea de construir en él su segunda residencia en un futuro y así, cuando el Jardín Botánico se trasladó desde las instalaciones de la antigua huerta de Santa Engracia al paseo de Ruiseñores, contrataron a un arquitecto para diseñar los planos del singular edificio, que por aquel entonces fue bautizado como Villa Jacaranda, en honor al hermoso árbol de flores azul púrpura traído desde Argentina para presidir el frondoso jardín. Cuando Sebastián nació, sus padres y sus dos hermanas ya se habían instalado definitivamente en la magnífica mansión; las niñas asistían al colegio Pompiliano de las Madres Escolapias y la jacaranda lucía fragante presagiando un futuro inmenso. Al cumplir la treintena, un Sebastián de una altura insólita para la época recibió la villa como regalo, con la

esperanza de que ese atractivo ingeniero decidiera por fin desposar a una joven adecuada y formar una familia.

En realidad, Sebastián no permanecía soltero debido a una falta de interés por el sexo opuesto o porque no despertara admiración entre las damas; tampoco tenía un carácter libertino, más bien al contrario, pues sus maneras eran extremadamente correctas y sus hábitos intachables. Su soltería se debía al hecho de que jamás había admirado a una mujer, ni siquiera a su madre o a alguna de sus hermanas. Las había conocido hermosas, sin duda; agradables, cultivadas, incluso encantadoras. Pero todo el interés se desvanecía como la bruma de la mañana en cuanto conocía a otra más hermosa, o más agradable o más cultivada o más encantadora. Y el problema era que eso siempre ocurría. Hasta que conoció a Melania.

Tenía diecinueve años y era la hija mayor del socio de su padre. Cuando Sebastián la vio por primera vez ella estaba sentada en las escaleras del edificio, esperando. Leía un libro con apasionada avidez y sus cabellos la cubrían como una manta. Estaba enfrascada en la lectura de *Jane Eyre*, y a Sebastián esa joven extraña, con la melena enredada y el rostro levemente crispado, le devolvió de repente el placer que le inspiraban las novelas del siglo pasado. Entonces Melania, sintiéndose observada, levantó hacia él los ojos y le dirigió una mirada extraña, una mirada de gasa y niebla, y él quedó atrapado en una bruma confusa. Cuando unos segundos después los padres de ambos, Gabriel Vega y Rodrigo Lanuza, aparecieron en el portal y tuvieron lugar las pertinentes presentaciones, ella lo saludó con una voz profunda, una voz de gruta y acantilado, inusual en una muchacha de esa edad, y Sebastián supo que por fin la había encontrado.

La pareja inició un noviazgo largo y apacible, no exento de murmuraciones. Melania vestía de un modo tan extraño como fascinante; se envolvía en amplios chales de lana o gasa, lucía vestidos antiguos invariablemente oscuros y largos que rescataba de los armarios y vestidores de su abuela, abrigos de corte militar que casi arrastraba por el suelo y levitas sobre faldas voluminosas. La gente la consideraba distante y altiva. Sin embargo, Sebastián se sentía bendecido por su atención y por su afecto; se le antojaba auténtica, intensa. Sus ojos eran hermosos, pero no era su negrura ni su tamaño lo que impresionaba, sino una inmensidad absoluta que se desbordaba

por sus pupilas. Melania tenía una mirada limpia y, a pesar de ello, ligeramente ausente, que presagiaba desgracias y contenía pesares; solo cuando miraba a Sebastián esa pesadumbre hipnótica se disipaba.

La víspera del Día de Reyes de 1966, Melania y Sebastián llevaban cerca de tres años casados. El magnífico edificio se encontraba resguardado por un frondoso jardín donde la jacaranda todavía ocupaba un lugar prominente. Sin embargo, el color predominante en Villa Melania no era el azul púrpura, sino el naranja; las caléndulas eran las flores preferidas de su dueña, tal vez por haber nacido en el mes de octubre, tal vez por transmitir una nostálgica melancolía. El jardinero las plantaba en parterres y cuidaba de que se desplegara su color anaranjado sobre el césped. El jardín estaba a su vez rodeado por un muro de piedra que se alineaba al paseo de Ruiseñores y que impedía en gran medida las miradas de los curiosos. Estos se sorprendían al divisar el chapitel del torreón en esquina, pero no tenían la oportunidad de admirar los hermosos vitrales, las pequeñas ventanas de arcos apuntados y los pretiles decorados con formas de la naturaleza, las columnas anilladas, el delicioso balconcito con apariencia de pequeña torre medieval, la puerta de madera maciza labrada con delicados tallos y zarcillos que trepaban sobre el paño y parecían seguir deslizándose por la pared hasta los vanos del segundo piso. Esa noche unos farolillos iluminaban diferentes puntos del jardín, y figuras de ángeles blancos colgaban de los árboles. A través de las ventanas titilaban las luces de un gran árbol de Navidad, y bolas de vidrio esmaltado pendían junto a los cristales. Un observador, desde la oscuridad, habría distinguido a personas vestidas de modo formal moverse en las habitaciones, charlar amistosamente y entrechocar copas alargadas de líquido espumoso. Se intuían carcajadas, villancicos y besos. No había niños, aunque el abultadísimo vientre de una de las mujeres hacía presagiar que pronto los habría.

Las hermanas de Melania reían y bailaban alrededor del gran árbol. Clotilde, dos años menor, era la versión poco agraciada de la anfitriona: sus ojos se abrían en demasía adoptando una forma redonda y saltona que le confería la expresión de una lechuza, la nariz era demasiado grande, la boca demasiado ancha, el cabello crespo. Tenía, eso sí, una risa franca y rotunda, y un brillo de perspicacia en la mirada nada desdeñable. Llevaba un año casada con un empresario

de treinta años, pelo cano y aspecto apocado, que esa noche permanecía junto a la chimenea ensimismado en el fulgor de las llamas mientras su esposa bromeaba con su cuñado, el joven y atractivo marido de Gabriela; esta, la tercera de las hermanas, con solo veinte primaveras, encarnaba el prototipo de belleza clásica y serena, con la melena castaña, larga y lisa, perfectamente peinada, los ojos color avellana y la tez mucho menos pálida que sus hermanas. Su aspecto siempre era saludable y pulcro, aunque hay quien la habría tachado de insulsa, pues si bien sus formas eran correctas y su sonrisa presta, no era menos cierto que le faltaba viveza y gracia.

La hermana más joven de las cuatro corría de una sala a otra subiendo y bajando las escaleras, escondiendo los regalos que al día siguiente el resto tendría que buscar. Cecilia tenía dieciséis años, aunque fácilmente podría haber pasado por una jovencita de trece o catorce; una chiquilla desgarbada, blanca como la leche y con la piel salpicada de innumerables pecas. Extremadamente delgada, Cecilia había nacido fea, sin posibles paliativos: tenía unas facciones irregulares, el mentón pronunciado, la frente prominente y los ojos pequeños y separados. Además, su perfil derecho aparecía desfigurado de un modo atroz. A los cuatro años, una sartén con aceite hirviendo se había derramado accidentalmente sobre parte de su rostro, y ni siquiera podía disimular las cicatrices con el cabello, hermoso, ondulado y brillante, de un rojo intenso como las llamas, pues las quemaduras habían afectado también al nacimiento del pelo en esa zona. Era callada y observadora y, sin duda, la más inteligente de todas.

La víspera del Día de Reyes de 1966, cuando faltaban apenas diecisiete minutos para la medianoche, el mirador de lo alto de la torre estaba abierto. En contraste con las habitaciones de los pisos inferiores, iluminadas y llenas de color y música, la estancia superior aparecía enmudecida y oscura. De pronto, una figura atravesó el vano y cayó pesadamente en el suelo del jardín. El golpe fue seco y sordo. No hubo gritos, sino silencio y vacío. Sin embargo, Sebastián había visto caer algo mientras miraba por la ventana del salón, un bulto oscuro, una espesura. Cuando todos salieron alarmados al jardín, al instante no solo alarmados, sino horrorizados —Sebastián con la boca abierta, muy abierta, una oquedad sin fin en su rostro demudado—, la encontraron tendida entre las caléndulas, con la pesada falda

levantada, las piernas en una posición imposible y el blanquísimo rostro resquebrajado; de entre sus cabellos manaba un líquido espeso, que se extendía alrededor de la cabeza y del rostro formando una almohada carmesí donde se hundía su ojo izquierdo, abierto, grande y oscuro, como la gruta sin nombre de donde Melania nunca podría regresar. Tenía veintiséis años.

Zaragoza, 5 de enero de 2019

Camila lleva ya once meses viviendo en Villa Melania. Cuando Sebastián Lanuza murió a la edad de noventa y un años, la familia descubrió que el anciano caballero, fallecido sin descendencia, había otorgado testamento y legado todos sus bienes a Camila y Cloe Oliver, las dos nietas de su cuñada Clotilde, una de las hermanas de su difunta esposa. El único hijo de Clotilde, Eugenio, nacido tres días después del trágico suceso, se había casado con Ada Molina y había tenido con ella una hija, Camila, el retrato vivo de su tía abuela Melania. Al igual que ella, era una muchacha callada y extraña, de largos cabellos negros a menudo enmarañados, y una figura grácil y atractiva. Tenía tres años cuando sus padres se divorciaron y Ada asumió su custodia. Dos años después había nacido su hermana.

—Se va a llamar Clotilde, como mi suegra —decía Paloma, la segunda esposa—. A su padre le hace mucha ilusión, y a ella también, por supuesto. Claro que no es un nombre demasiado bonito, pero la llamaremos Cloe. Cloe es precioso. Eugenio quería que su primera hija se llamara así, como su madre, pero «la otra» —la palabra destilaba un desprecio mucilaginoso— se opuso, y él tuvo que aceptar llamarla Camila.

El desprecio de Paloma hacia Ada era en realidad un artificio, un truco de ilusionista para esconder el verdadero sentimiento que le provocaba la primera mujer de su esposo. Todos los momentos que Paloma vivía con su marido quedaban enturbiados por el pensamiento obsesivo de que él, antes, ya los había vivido con *la otra*. Cuando se besaron por primera vez, cuando hacían el amor, cuando la esperaba al final del pasillo el día de su boda, cuando le tocaba la barriga estando embarazada, cuando nació su hija. Los celos la atormentaban como una plaga de hormigas minúsculas que se colaban entre los

pliegues de su piel hasta el hueco mismo de su femineidad. Eran estos celos enfermizos, retrospectivos, sentimientos que ella disfrazaba de desdén.

Como no podía ser de otro modo, esa desazón un tanto mórbida extendía sus tentáculos emponzoñados hasta su hijastra. Paloma no pudo soportar a la niña desde el primer momento en que la tuvo delante. Desde su visión ofuscada y obsesiva, la hija de Ada era la prueba viva de todo ese pasado de su esposo que ella hubiera deseado borrar, y tenía que enfrentarse a él cada segundo que esa criatura extraña y seria la miraba con una quietud inusitada en un ser tan pequeño. Y cuando Eugenio la tomaba entre sus brazos o le acariciaba las mejillas redondeadas, Paloma no podía evitar pensar que él recordaba el momento en que la engendró, el momento en que la vio salir del canal de vida de esa otra mujer que ella odiaba por haber sido la primera, por haber sido durante un tiempo la única, por seguir existiendo en esa niña que le recordaba que Eugenio estaba con ella solo porque otra mujer, *la otra*, había decidido no seguir con él.

Esa mujer, Ada, murió en un accidente de tráfico cuando Camila tenía diecisiete años. Paloma acudió al funeral de riguroso negro, con un vestido camisero, zapatos de tacón alto y la melena rubia perfectamente peinada. Recibió las condolencias junto a su esposo, que acompañó a una inconsolable Camila en el velatorio y la ceremonia posterior. Las lágrimas que Paloma derramó durante el oficio no fueron falsas; corrieron por sus mejillas como ríos desbordados dejando canales oscuros sobre el maquillaje. Nunca se había sentido tan desesperada; Ada jamás envejecería, jamás se degradaría, jamás podría ser menos que ella porque no era ya, porque siempre sería un recuerdo, porque siempre estaría allí, viva, joven, amada, en esa hija que a partir de ahora debería ver cada día. Días que se hicieron eternos, que invadieron su hogar de tensión desde el momento en que la joven se mudó a vivir con ellos.

—Yo no voy a ser su sirvienta, Eugenio —le dijo el mismo día del funeral cuando los cuatro volvieron a casa—. Espero que eso lo tengas claro. Ella tendrá que ocuparse de sus cosas.

Cuando Camila cumplió dieciocho años se trasladó a un apartamento viejo y frío de la calle Conde Aranda, que compartía con otras tres estudiantes. En ningún momento echó de menos el piso amplio y hermoso de la avenida de la Constitución; apenas añoró a su

padre y a su hermana. El hecho de no tener que vivir con Paloma, esa mujer que la miraba siempre con una sombra maligna en los ojos, le quitaba de encima un lastre que le hacía sentirse ligera y viva. Durante un tiempo, Camila disfrutó de su libertad, del mundo universitario, de las salidas nocturnas y del despreocupado transcurrir de los días, hasta que su padre enfermó. Eugenio dejó de respirar en el mismo momento en que Camila aprobó el último examen del grado de Finanzas y Contabilidad. Frente a su féretro, consolando a su hermana pequeña que se aferraba a ella como una náufraga a punto de perecer ahogada, Paloma se le acercó silente como un fantasma vestido de luto.

—Te llamaré para el reparto de la herencia —le susurró al oído—. Te llevarás lo que te corresponda, y a partir de entonces no esperes nada más de mí.

Camila la había mirado a los ojos con rostro impasible y se había vuelto hacia el cristal tras el que reposaban los restos de su padre en el ataúd. Solo horas después, tras la inhumación, junto al columbario cubierto de coronas fúnebres, se había dirigido de nuevo a su madrastra.

—No te preocupes —su voz sonaba a toque de difuntos—. No quiero nada de ti.

Cloe, ajena a lo sucedido, dirigió a su hermana una pregunta muda prendida en sus pupilas anegadas. Esta la abrazó estrechamente, más estrechamente que nunca, y le acarició los cabellos oscuros.

—Tranquila. Todo irá bien.

Tres años más tarde, las hermanas heredaron Villa Melania más un cuantioso depósito bancario. Camila trabajaba entonces en una empresa de transportes y vivía de alquiler en un minúsculo apartamento en la calle Manifestación. Su mundo era pequeño y sencillo. Estaba muy acostumbrada a la soledad y a ese sosiego que desprendían sus gestos lentos y sus silencios imperturbables, y apenas dejaba que nadie se adentrara en él. Al morir su tío abuelo, Camila, que estaba enamorada de esa casa desde que era pequeña, decidió trasladarse a la hermosa y decadente mansión.

—¡Qué maravilla, mamá! —Cloe se movía de un lado a otro gesticulando sin parar—. Esa casa es preciosa, ¿verdad?

Tras la muerte de Eugenio, Paloma y Cloe se habían mudado a Madrid. Una amiga de Paloma, odontóloga, compadecida por la

situación de la joven viuda, le había ofrecido un empleo en su clínica y el uso de un piso bien situado a cambio de un módico alquiler. Deprimida, agobiada por la soledad y desbordada por la amargura, Paloma había pensado que eso era lo que necesitaba: un cambio, un punto y aparte, una nueva vida. Cloe había aceptado el traslado a regañadientes, pero pronto se había adaptado a su nuevo entorno, aunque siempre que podía regresaba a Zaragoza a pasar unos días junto a su hermana.

—Tiene que ser increíble vivir allí.

—Olvídate, Cloe —contestaba su madre con el ceño fruncido—. Esa casa esconde algo maligno. Te lo digo yo. Siempre que iba a visitar a Sebastián salía con los pelos de punta. Si creyera en fantasmas...

Para la víspera del Día de Reyes, Camila ha preparado una celebración en Villa Melania, una cena muy especial como marca la tradición, una noche de estrellas y regalos, de lamparillas y ángeles, de turrones, pastelitos de Gloria, peladillas, alfajores y roscos de vino. Además, ha invertido en la casa mucho tiempo, ilusión y dinero del fondo que le legó Sebastián —siempre con la previa aprobación de Cloe—, y quiere exhibir el resultado. En el frondoso jardín la jacaranda todavía ocupa un lugar sobresaliente, aunque el color predominante es el de las caléndulas, que despliegan su color anaranjado sobre el césped. La villa ha recuperado su esplendor, y nadie espera fantasmas entre los brillos y las maderas barnizadas. Esta noche, lo mismo que hace cincuenta y tres años, faroles y velas aromáticas iluminan diferentes puntos del jardín, y figuras de ángeles blancos cuelgan de los árboles y se asoman entre los parterres. A través de las ventanas titilan las luces de un gran árbol de Navidad, y bolas de vidrio esmaltado penden junto a los cristales. Un observador, desde la oscuridad, distinguiría a personas vestidas de modo formal moviéndose en las habitaciones, charlando amistosamente y entrechocando copas alargadas de líquido espumoso. Se intuyen carcajadas, villancicos y abrazos. No hay niños.

Camila no conserva el contacto con ningún miembro de la familia de su madre; Ada era hija única, y sus padres murieron hace años. Sin embargo, mantiene con la rama paterna una relación todo lo cordial que su carácter reservado le permite. Después del trágico suceso de

1966, Sebastián había enloquecido y permaneció prácticamente recluido en Villa Melania, sin dejar de insistir en que el fantasma de su esposa lo acompañaba; sin embargo, Camila lo visitaba con cierta asiduidad. Se trataba de citas cortas y reposadas, silenciosas a veces, pero el anciano descansaba su vista en el rostro de la joven y sonreía con beatitud. Lo echa de menos en una noche como esta. Por otra parte, sus abuelos, Clotilde y Alonso, siempre la han tratado con un cariño distante pero sincero, al igual que su primo y el resto de sus tíos. No obstante, en esta ocasión a Camila no le pasa desapercibido un sutil rencor en la mirada de estos parientes, una envidia velada; no en vano, Sebastián tenía con algunos de ellos el mismo parentesco que con su hermana y con ella y, sin embargo, decidió nombrarlas herederas únicas de su fortuna. Cloe no parece notarlo y habla con todos, revoloteando como un pajarillo zarandeado por el viento. Le ha contado que Paloma está profundamente ofendida por no haber sido invitada; lo ha dicho con una sonrisa cruel y burlona a un tiempo, pues la relación entre madre e hija nunca ha sido muy buena, pero lo cierto es que a Camila no le interesa demasiado nada de lo que tenga que ver con esa mujer.

La víspera del Día de Reyes de 2019, cuando faltan apenas diecisiete minutos para la medianoche, el mirador de lo alto de la torre está abierto. En contraste con las habitaciones de los pisos inferiores, iluminadas y llenas de color y música, la estancia superior aparece enmudecida y oscura. De pronto, una figura atraviesa el vano y cae pesadamente en el suelo del jardín. El golpe es seco y sordo. No hay gritos, sino silencio y vacío. Sin embargo, Cloe ha visto caer algo mientras miraba por la ventana del salón, un bulto oscuro, una espesura. Cuando todos salen alarmados al jardín, al instante no solo alarmados sino horrorizados, la encuentran tendida entre las caléndulas, con la falda oscura levantada, las piernas en una posición imposible y el blanquísimo rostro resquebrajado; de entre sus cabellos mana un líquido espeso, que se extiende alrededor de la cabeza y del rostro formando una almohada carmesí donde se hunde su ojo izquierdo, abierto, grande y oscuro, como la gruta sin nombre de donde Camila nunca podrá regresar. Ya no cumplirá los veintiséis años.

2

Zaragoza, marzo de 1963

Melania se abotona la blusa con cuidado. Al desprenderse del camisón largo, ese hermoso camisón de lino blanco con puntillas en el pecho que heredó de su abuela, ha notado un escozor en la espalda, como un latigazo agudo. No ha querido decir nada cuando al despertar ha sentido esa sensación lacerante, no se ha quejado. Sebastián ha permanecido en la cama leyendo, como cada domingo por la mañana, con la claridad del nuevo día atravesando las cortinas blancas, blancas como su camisón, ese que ahora presenta una marca bermeja, como la hoja de una pequeña guadaña oxidada. Se ha encerrado en el baño y ha dejado correr el agua mientras intentaba verse la espalda en el espejo, contorsionándose desnuda frente a su imagen blanca, blanca como las cortinas, como el camisón de su abuela, como el lino inmaculado excepto por esa herida, ese arañazo púrpura y latente que la agrede desde el centro de sus omoplatos.

Se abotona la blusa con cuidado. La sangre ya no mana, una pequeña costra va sellando su vergüenza, mientras ella rehace la lazada del cuello una y otra vez hasta dejarla perfecta sobre su cuello blanco.

Zaragoza, febrero de 2019

Ella siempre ha querido ser como Camila. Su primer recuerdo es el de una niña que la miraba de un modo extraño y vago. Llegó a pensar que su imagen tenía algo de malévola, como el hada mala de los cuentos infantiles; la negrura de su mirada y de su melena enredada la asemejaba más a Maléfica que a la Bella Durmiente. A pesar de ello, su hermana nunca la atemorizó; al contrario, la encontraba fascinante. Podía pasar horas enteras observándola, espiándola mientras leía,

mientras escuchaba música tumbada en la cama con la cabellera desbordando el lecho. Sin embargo, ella sentía que Camila nunca le prestaba atención; la miraba muchas veces como si no la viera, y era eso, quizá, lo que la intrigaba, esa especie de indolencia no exenta de hechizo. Eso, y su aspecto tan poco convencional, tan pasado de moda, tan diferente. Ella no es diferente. No tiene nada especial, no tiene nada embriagador, nada que la haga única. Única como lo era Camila. Cloe es delgada y menuda, con un rostro de facciones delicadas pero corrientes heredado de su madre, la piel gruesa y cierta tendencia al acné.

—¿Qué diablos estás haciendo, Cloe? —casi grita su madre al asomarse a su habitación—. ¡Y péinate, haz el favor!

Cloe continúa plegando ropa y ordenándola en montones sobre la cama. Ha decidido que va a prescindir de ciertas prendas anodinas, esas que no le aportan nada. Sobre una silla descansan vestidos largos, monos vaqueros, pantalones de gasa. Es la ropa de Camila que Cloe ha decidido quedarse.

—No quiero nada de esto, mamá —contesta señalando el montón más grande—. No me lo voy a poner. Quiero ser diferente, vestir de otra manera, no como todo el mundo.

Paloma cruza los brazos sobre el pecho y observa a su hija con el ceño fruncido. Tiene cuarenta y cuatro años, pero representa muchos más. Sus facciones son delicadas, pero apenas se aprecia la antigua elegancia de la nariz, de la curva del mentón, de los pómulos. Desde hace un tiempo un rictus en la frente ha acentuado sus arrugas, y lleva el cabello muy corto y sin teñir. Ha engordado cerca de veinte kilos y su bonita figura de antaño es ahora la de una robusta matrona. Quizá alguien pudiera achacar ese cambio a la soledad y a la pérdida de su esposo; pero quien así lo hiciera no conoce a Paloma. Ella era hermosa y esbelta, de aspecto aniñado y frágil, pero en el momento en el que se casó ya no encontró aliciente para cuidarse, y mucho menos cuando quedó embarazada de Cloe, excepto el de seguir siendo más bella que la primera esposa. Ada era seis años mayor, de complexión ancha y facciones pronunciadas; no era especialmente atractiva, pero Paloma la analizaba detalladamente cada vez que se presentaba la ocasión, y siempre veía algo —una sonrisa, un destello, una prenda— que le hacía sentirse derrotada en la comparación. Cuando Ada murió, Paloma perdió el estímulo para arreglarse, y comenzó a descuidar su

dieta y a no dedicar demasiado tiempo a su imagen. No porque lo destinara a algo más interesante o enriquecedor. No. Simplemente, ya estaba casada, tenía una hija y su rival había desaparecido. ¿Para qué luchar contra un fantasma que siempre saldría ganando?

—Cloe, esto es absurdo —dice mientras echa un vistazo a las prendas que su hija ha descartado—. ¿Qué quieres? ¿Parecerte a esa hermana tuya, que estaba desquiciada?

—¡No digas eso! —interrumpe Cloe alzando la voz y apuntando a su madre con el dedo.

—No te entiendo —contesta Paloma sin inmutarse—. Esa chica siempre iba a la suya. No sé cómo la admirabas tanto...

—¡Claro! —dice Cloe levantando la voz—. Tú nunca la quisiste. ¡Nunca! Claro, como era su hija...

El rostro de la madre parece congestionarse y el mentón tiembla ligeramente.

—¿De qué diablos estás hablando?

—La hija de Ada. Camila era el recuerdo permanente de cómo la había querido papá, de sus noches juntos; era su primogénita. Por eso la odiabas.

Paloma levanta el rostro y mira a su hija con desprecio. Después da media vuelta y sale de la habitación dando un portazo.

A la media hora, Cloe entra en el salón con las manos en la espalda y la mirada baja.

—Mamá... —su voz es melosa y suave—. Lo siento, no te enfades, anda...

Paloma la mira con expresión ceñuda. Se siente profundamente herida por su hija; no podría haberle dicho nada peor. O tal vez sí.

—Lo siento, no quería ser desagradable —insiste la joven—. De verdad. Pero no fuiste buena con Camila. Lo sabes. Está muerta, mamá —continúa con un brillo acuoso en los ojos—. Camila está muerta.

Paloma aprieta los labios con fuerza.

—De hecho, mamá —dice cogiéndola de las manos y obligándola a sentarse en el sofá junto a ella—, he tomado una decisión, y sé que no te va a gustar.

—Venga, Cloe, no me asustes —espeta Paloma intentando levantarse. Cloe la detiene—. ¡Me estás poniendo de muy mal humor!

—Pues lo siento, mamá. ¡Otra vez lo siento! —exclama con una breve carcajada—. Pero estoy decidida.

El tictac del reloj de pared se cuela entre los poros del tiempo. Los segundos pasan lentos, casi sólidos.

—Ya tengo veintiún años —Cloe habla y Paloma se tensa, endereza la espalda y parece contener el aliento—, de modo que me voy a independizar. Villa Melania es mía, así que he decidido que el próximo mes me mudaré allí.

No es habitual que una persona joven otorgue testamento. Durante la juventud la certeza de la muerte es tan solo una teoría, una obviedad lejana y ajena. Por eso resultó una sorpresa para todos saber que Camila lo había hecho.

—Esa casa... —musita la madre como para sí; hay una expresión de vago temor en su mirada prendida en el cristal de la ventana—, esa casa está maldita, Cloe. No estoy dispuesta a dejar nuestro hogar, a todos nuestros amigos, a buscar un nuevo trabajo y volver a Zaragoza para vivir en una mansión llena de fantasmas.

—Creo que no me has entendido, mamá —responde Cloe con firmeza—. No nos mudamos. Tú no tienes que venir, entiendo que no quieras. Lo haré solo yo, como hizo Camila.

Es un relámpago, un alabardazo en el pecho, una púa clavada en la córnea. Paloma se encuentra sumergida en el lodo hasta la barbilla, su mundo es una masa viscosa que la absorbe. Se siente confusa; no sabe si es dolor u opresión. O es la muerte que llega ya, demasiado pronto y sin pedir permiso. Parpadea.

—No sé qué quieres decir —casi boquea—, no te entiendo...

—Mamá, soy ya una adulta, y sabes que no me gusta Madrid, que no me encuentro bien aquí. No pasa nada porque viva sola. Y quiero hacerlo en Villa Melania.

De pronto, la furia descontrolada. Un basilisco de mirada torva, aliento putrefacto y alas espinosas; puede distinguir la diadema blanca sobre la cabeza de ave.

—¿Estás loca? —grita la mujer salpicando a su hija con saliva—. ¡Estás loca! ¿Crees de verdad que voy a dejar que te vayas a vivir sola?

—Tengo veintiún años, mamá, no dramatices.

—¿Y cómo vas a vivir, a ver? Te vas a esa casona vieja, una casa enorme, que no sabes mantener, ¿y luego qué? ¿Se puede saber qué piensas hacer?

—Pues trabajar, ¿qué crees que voy a hacer? Soy técnica superior

en Asistencia a la Dirección, y aquí me tienes, trabajando de dependienta en una tienda de ropa. Ya estoy buscando ofertas de empleo en Zaragoza, y hay algunas muy interesantes como secretaria de dirección. Además, me queda el dinero del tío Sebastián —prosigue Cloe con impaciencia.

En su testamento, Camila nombraba a Cloe heredera universal de todos sus bienes. En la lectura, la joven preguntó repetidamente al notario si su hermana había dejado alguna carta para ella, algún tipo de instrucción. La respuesta había sido negativa.

—¡Dinero que la imbécil de tu hermana malgastó en esa jodida casa! —La saliva salpica a Cloe, y esta se aparta un poco.

—¡No insultes a Camila! —grita abriendo los brazos.

Paloma comienza a dar vueltas por la habitación. Las flores del salón parecen haberse marchitado de pronto, podridas por el aliento del basilisco.

—Pero ¿por qué? —pregunta de golpe mirando a su hija. La ira se ha desvanecido. Ahora solo queda desolación, una angustia que arrasa la habitación como una marea que apesta a algas.

Cloe se encoge de hombros.

—Quiero hacerlo, mamá —responde sentándose junto a su madre, que se tapa el rostro con las manos—. No puedes imaginar la ilusión que me hace. Me gusta Zaragoza, lo sabes, mucho más que Madrid. Y me encanta esa casa. Soy ya una adulta, tengo dinero y un título. Puedo encontrar allí un trabajo mejor que aquí...

—Eres buena estudiante, deberías haber ido a la universidad —interrumpe Paloma en voz baja—. Podrías haber estudiado cualquier cosa.

—Ya.

Ambas parecen agotadas y Paloma rompe a llorar. Cloe la observa de un modo desapasionado y advierte su vientre abultado, sus brazos carnosos, el cabello sucio y cano que le hace parecer quince años mayor. No ha sido una buena madre; ella jamás ha sido su prioridad. Todo su esfuerzo, toda su energía, las ha vertido y malgastado en envidiar a alguien que probablemente no dedicó ni un minuto de su vida a pensar en ella. Y ahora Ada sigue siendo un fantasma y Cloe de repente ya es una mujer.

—¡Pues vete! —grita Paloma con el rostro congestionado—. ¡Vete si es lo que quieres! Esa casa acabará contigo. ¡Está maldita! ¡Está

maldita!

3

Zaragoza, octubre de 1963

Eduardo lo ve cuando Melania está de espaldas. Eyre, su gato blanco de angora, un felino elegante y enigmático, pasea su sedoso pelaje por el salón mientras observa a los invitados con sus ojos almendrados de diferente color, ambarino y cobrizo. Al tiempo que ronronea, Eyre ha rozado con su espesa cola la base de una peana de bronce, y el jarrón Sèvres habría caído de no ser por la rápida intervención de Sebastián. Mientras todos ríen tras el sobresalto, Eduardo mantiene el ceño fruncido y la mirada fija en su cuñada.

El cardenal en la base del cuello es oscuro y redondo, del tamaño de una moneda. En la piel blanquísima de Melania parece un mordisco perverso. Eduardo dirige la atención a su esposa para comprobar si también ha reparado en ello, pero Gabriela sonríe tranquila, con las manos entrelazadas reposando en su regazo, conversando con su hermana Clotilde. Eduardo carraspea y se pasa la mano derecha por el cabello repeinado. De pronto sus ojos se cruzan con los de Cecilia; unos ojos curiosos y perspicaces, unos ojos hermosos por su lucidez a pesar de su tamaño y de la enorme separación entre ellos, luminosos pese a estar uno de los dos rodeado de cicatrices. Y mirando esos ojos, en un destello indómito y argénteo como una culebrina relampagueante, Eduardo sabe que ella también lo ha visto.

Zaragoza, febrero de 2019

Cloe da un respingo al pasar junto al espejo de la entrada. Lleva dos días en Villa Melania y le han bastado para comprender por qué su tío abuelo pensaba que el fantasma de su esposa seguía en la mansión. La casa cobija una especie de locura antigua, una suerte de melancolía que se desliza por los contornos impregnando la porosidad de los

pesados muebles, el papel pintado de las paredes, la madera caoba del suelo. Cloe leyó alguna vez que la soledad engendra el espacio por excelencia de la melancolía; aquí la aflicción que desprenden las estancias vacías crea una grieta entre la realidad y el ensueño difícil de ignorar. Se pregunta cómo no lo percibió esa fatídica noche, la noche del trágico suceso, cuando Camila los invitó a todos a cenar. Supone que fueron las luces, las bolas de esmalte, los ángeles blancos que pendían de hilos invisibles. La música, los roces de la ropa, las conversaciones intrascendentes mezcladas con las risas. Ahora, en el abrazo frío del silencio, casi puede oír el dolor de la pérdida paralizando la vida, una vida que sigue fluyendo en el exterior, apresurada, ineludible, pero absurda tras las paredes de la villa.

La belleza de la casa es innegable; entrar en Villa Melania es introducirse en un limbo que te atrapa en una dulce acedía. Recuerdos de su antigua propietaria se distribuyen por todas y cada una de las estancias como si la aguardaran: un juego de peine y espejo de plata sobre el tocador, una jabonera esperando junto al aguamanil, la toquilla de lana sobre el escabel, los libros de Melania habitando las estanterías.

Cloe leyó en algún sitio que las personas se sienten atraídas por edificios que poseen algunas de sus cualidades. Intuye que algo de eso ocurrió con Melania y su villa: dicen que ella fue extravagante, y la casa sin duda también lo es. Una de las habitaciones de la planta baja le resulta particularmente perturbadora: la sala de música, a la que se accede a través de una pequeña puerta desde el gran salón. Está casi escondida tras unos pesados cortinajes de terciopelo rojo y pintada de verde musgo, con la figura de un arpa en el cuarterón superior. La habitación es de dimensiones reducidas, con los techos más bajos que el resto de la casa y las paredes paneladas en madera sobre un zócalo verdoso que contrasta con el suelo entarimado, cubierto en parte por una gruesa alfombra de grandes rosas rojas. Encima de un piano de pared descansan dos candelabros de plata con velas derretidas, y una *chaise longue* victoriana ocupa el centro de la habitación, aunque las patas de caoba reposan en unas ruedas de latón que permiten desplazarla. Desde un rosetón de escayola pende una enorme lámpara de araña que casi parece engullir la habitación; la sensación resulta opresiva. Allí continúan las partituras polvorientas apiladas sobre la banqueta del piano, un metrónomo abierto, un cuaderno de dibujo

con un paisaje esbozado, todo ello testigo de lo vivido décadas atrás. Algo parecido ocurre con la biblioteca, aunque en este caso la habitación es grande y luminosa, con sus estores festonados de un color desvaído, la vieja escalera apoyada en los estantes combados por el peso de los cientos de ejemplares encuadernados en piel, libros que huelen a viejo, a polvo, a historias.

Supone que Camila no quiso cambiarlo todo, pero le resulta extraño no ver más huellas suyas, un rastro de su paso por la casa. Al fin y al cabo, estuvo allí casi un año. Sin embargo, tan solo el dormitorio principal y el baño son testigos de ello; allí permanece la mayoría de su ropa abarrotando el enorme armario, una pequeña mesa de cristal donde descansa su ordenador junto a libros apilados en el suelo, un cepillo de pelo en la mesilla lleno de negras hebras largas y gruesas, su ropa interior en los cajones de la cómoda de madera labrada. Es como si Camila hubiera querido conservar la presencia de Melania, convirtiendo su suicidio en un acto terco de permanencia, como si quitarse la vida fuera la única manera de disfrutarla para siempre.

Nunca se habló mucho de tía Melania. El tío Sebastián las visitaba a veces antes de que se mudaran a Madrid, a ella y a Camila, pero nunca les contaba cosas de su mujer. Cloe siempre creyó que iba a verlas porque su hermana era igual que su esposa muerta. Algunas veces eran ellas las que iban a Villa Melania, primero con su padre, luego solas, pero su tío siempre las recibía en la pequeña sala junto a la escalera, un lugar oscuro de paredes empapeladas de intrincada vegetación entre la que Cloe jugaba a descubrir un pequeño búho sabio. La primera vez que visitó Villa Melania tendría unos ocho años, y recuerda su sobresalto al contemplar el gran retrato en el que una Camila vestida de un modo extraño la observaba desde lo alto de la escalera.

—¡Mira! —le susurró a su hermana, que caminaba, erguida, junto a ella—. ¡Eres tú de mayor!

—No seas boba —contestó Camila sin ni siquiera mirarle a la cara—. Esa mujer era nuestra tía abuela. No te enteras de nada...

Eugenio, su padre, tampoco nombraba nunca a tía Melania. Alguna vez lo oyó hablar con su madre de Sebastián, pero normalmente la conversación versaba sobre dinero; su tío tenía una gran fortuna y, entre cuchicheos, Paloma lamentaba que quizá la

estuviera malgastando obsesionado como estaba con el *fantasma*. Al final un día se armó de valor y preguntó a su hermana si sabía quién era ese fantasma que vivía con su tío Sebastián. Ella se rio, le lanzó una de sus miradas extrañas y le contó que su tía abuela se había suicidado tirándose por la ventana, que su cabeza se había quebrado como la cáscara de un huevo y su cerebro se había esparcido por el jardín. Cloe no durmió esa noche.

Sus abuelos maternos hace años que no se hablan con su madre; de hecho, Cloe no los conoce. Viven en algún lugar del norte y son extremadamente católicos; parece ser que advirtieron a su hija que, si decidía unirse a un hombre divorciado, ellos jamás lo aprobarían. Eso es lo que cuenta Paloma, al menos, que por amor había renunciado a su familia. Pero una noche, en una pelea conyugal, Cloe oyó a Eugenio hablar de un padre alcohólico y de una madre enferma; la renuncia de Paloma no había sido tal, según él, sino más bien una vía de escape, una forma de desertar de sus obligaciones como hija. Fuera como fuese, los únicos abuelos que Cloe conoce son los paternos, Clotilde y Alonso, que son, además, los únicos que pueden hablarle de tía Melania. Sin embargo, la relación con ellos tampoco es demasiado estrecha; parece ser que adoraban a Ada, la primera mujer de su hijo, y cuando este decidió volver a casarse, no acogieron la idea con demasiado entusiasmo. Qué extraño, siempre ha pensado Cloe, qué extraño siendo que fue *ella*, Ada, la que abandonó a su padre. Eso es lo que cuenta Paloma, al menos, aunque en asuntos de amor, los finales y los comienzos siempre se diluyen en la bruma de la duda.

—Oh, pequeña —le decía su abuela cuando en el pasado Cloe le preguntaba por la hermana muerta—, Melania era clavadita a mí. Éramos dos gotas de agua.

Cuando Clotilde hacía esos comentarios, su abuelo Alonso ponía los ojos en blanco. Al principio Cloe pensaba que era divertido y reía como si se tratara de una ocurrencia, de un gesto cómico que tenía la intención de provocar su hilaridad. Sin embargo, con el tiempo cayó en la cuenta de que no era así y coligió, no sin sorpresa, que se trataba de una señal de desdén.

—De hecho —decía Clotilde—, era frecuente que nos confundieran.

Su abuelo es un hombre pequeño y casi podría decirse apocado, con un punto de impostura en los gestos. Estrecho de hombros y con

las facciones alargadas y las mejillas algo hundidas, es blanco todo él: su piel, su cabello perfectamente peinado, su barba recortada. Lleva las manos cuidadas y modula la voz como si estuviera declamando.

—Tu tía abuela, pequeña —decía su abuela con frecuencia—, era una joven demasiado extraña. No se puede ser tan *rara*, ¿entiendes? Solo nos parecíamos físicamente, en nada más, gracias a Dios.

Cloe a menudo se demoraba en la entrada de Villa Melania antes de pasar a la sala del búho, para poder contemplar el cuadro en lo alto de la escalera. En esas ocasiones, entornaba los ojos y pensaba en las palabras de su abuela. Ciertamente, había una cierta semejanza: Clotilde era la caricatura de su hermana, una parodia de esa magnética belleza.

—Pero ¿qué pasó, abuela? —preguntaba Cloe en las raras ocasiones en las que el nombre de la hermana muerta aparecía en una conversación—. ¿Qué ocurrió aquella Noche de Reyes?

Entonces Clotilde y Alonso cruzaban sus miradas y su abuelo, invariablemente, carraspeaba.

—Eso son cosas de mayores, Cloe —respondía la abuela—. Es de mala educación preguntar por cosas de mayores. Esa madre tuya no te lo ha enseñado, por lo que parece.

Así que Cloe dejó de preguntar, y el nombre de Melania dejó de pronunciarse.

Además de sus abuelos, están, por supuesto, los tíos Gabriela y Eduardo. Gabriela es hermana de Clotilde y de la fallecida Melania, y trata con una corrección ejemplar a Paloma. Cuando vivían en Zaragoza iban a menudo a casa a tomar café o a merendar, y tía Gabriela, que había trabajado hasta su jubilación como administrativa en una multinacional, solía departir con Paloma sobre la profesión a la que ella también se había dedicado antes de verse afectada por un expediente de regulación de empleo. La madre de Cloe admira la elegancia de Gabriela, su corta melena impecable y la forma de sentarse casi en el borde del sofá con las piernas cruzadas y la espalda recta. Lo que Paloma no sabe es que Gabriela la desprecia, pero los principios sobre la familia y las reglas sociales la han impulsado a cumplir siempre con ella con una corrección absoluta. Por otra parte, su sobrina mayor siempre le resultó absolutamente indiferente, lo mismo que la pequeña. A menudo Gabriela se ha sentido culpable por ese desinterés hacia Camila; debería haberla querido, se dice a sí

misma, debería haber adorado a esa jovencita, casi la reencarnación de su hermana mayor. La culpa le corroe las entrañas como una carcoma silenciosa, pero Gabriela aprieta los labios y conserva su sonrisa, su tono pausado, su absoluta serenidad. A menudo se ha preguntado incluso si verdaderamente quería a Melania, pero, antes de contestar, su alma siempre se ha cerrado como una caja secreta.

Su marido, Eduardo Modrego, fue extraordinariamente atractivo en su juventud. Alto, ancho de hombros y de porte altivo, a pesar de la edad su rostro sigue revelando las facciones que un día lo hicieron tan apuesto. Él habla de vez en cuando de Melania.

—¿Es verdad que tía Melania era *rara*, tío Eduardo? —preguntaba Cloe de pequeña siempre que estaba a solas con él.

—Te he dicho cientos de veces que no, preguntona —respondía siempre él agarrándole el moflete con un gesto cariñoso—. Era una mujer especial, eso es todo.

—¿Y qué quiere decir especial? —continuaba ella haciendo un ligero mohín—. ¿Yo soy especial?

—¡Por supuesto! —reía él, y su sonrisa atrapaba los años de juventud y los devolvía a su rostro durante un instante—. Eres muy especial. Pero ella era diferente. ¿Te has fijado en la luna cuando está llena? Ella era así. Parecía que siempre la cercara la oscuridad y ella encontrara su sitio para brillar, y todos los que la rodeaban solo fueran estrellas. ¿Me entiendes?

Cloe por aquel entonces no lo entendía.

—Dicen que Camila es como ella...

Siempre que su sobrina pequeña hacía esa comparación, el tío Eduardo se pasaba el dorso de la mano por la barbilla y tardaba en contestar.

—Se parece. Es verdad.

La cuarta de las hermanas Vega es Cecilia. Cercana a la setentena, es una mujer observadora e inteligente. Pelirroja, cubierta de pecas, fea, delgada y con medio rostro deformado por las quemaduras, se cortó hace unos diez años la larga y abundante melena y ahora luce un pelo tan corto que, si la miras deprisa, parece un hombre desfigurado. Es la única que no se ha casado; tampoco ha tenido hijos. Sin embargo, se labró hace años una exitosa carrera profesional como fotógrafa. En sus trabajos predominan los retratos de mujeres fascinantes envueltas por una aureola de misterio; escogía

modelos hermosas y etéreas, siempre dotadas de impresionantes cabellos, las vestía con ropas extrañas como si fueran apariciones, ora espectrales, ora oníricas, y las situaba en magníficos escenarios irreales, entre animales y vegetación. Cecilia es la única que habla de Melania con normalidad.

—Era mi hermana preferida, no te voy a engañar —le dice a Cloe cuando esta le pregunta—. Mi hermana mayor —siempre hace una pausa tras esta aseveración, como si esa verdad fuera algo sagrado— era como una madre para mí. Tu abuela, Cloe, no te ofendas, pero tu abuela tiene un concepto tan alto de sí misma que resulta inaguantable. Es cierto que siempre ha sido una persona enérgica, pero no lo es menos que siempre ha tenido que ser la mejor, y oír tantas tonterías me resulta, sencillamente, insoportable. En cuanto a Gabriela, la pobre es tan solo una simple muñeca, no sé si me entiendes.

—Pero tía Gabriela de joven era muy guapa, ¿no? —preguntó Cloe en una ocasión. Inmediatamente se arrepintió de la admiración que destilaba su tono; y de inmediato se arrepintió de nuevo de su propia compunción, pues esta se debía, ella lo sabía, al aspecto de su tía Cecilia.

—Mucho —contestaba la interpelada con total naturalidad—, y aún lo es, a pesar de su edad, desde luego. Me alegro por ella —continuaba con un gesto impenetrable mirando a su sobrina con intensidad felina—, es todo lo que tiene.

—Tiene al tío, a su hijo y a su nieto —casi protestó Cloe la última vez que Cecilia hizo semejante afirmación.

—Bueno —contestó esta encogiéndose de hombros y mirando hacia otro lado con desinterés—. No creo que se pueda *tener* a una persona. ¿Tú sí?

Cloe sueña esta noche. Recorre las habitaciones vacías de una gran mansión, de paredes altas y columnas con rostros tallados en la piedra. De pronto, todos ellos abren unos ojos enormes y se oye un grito.

Cloe corre hasta que una figura aparece frente a ella. Es una niña pelirroja de ocho años. Corre hacia ella, y cuando ambos cuerpos se funden siente un chasquido, como el sonido de una estrella al explotar

o un espejo que se parte por la mitad. Entonces Cloe despierta en su cama con dosel y recuerda que está en Villa Melania, una gran casa con habitaciones vacías y largos pasillos. En Villa Melania, sola. O peor, con el fantasma.

4

Zaragoza, noviembre de 1963

Los instantes en los que todo se desmorona son pequeñas muertes cotidianas. Últimamente Melania sabe mucho de descensos al abismo, de fallecimientos incompletos y tránsitos frustrados. A veces cree que su corazón se ha parado, no oye el latido, no siente el pulso en su garganta; sin embargo, sigue respirando, no se desploma, sus sentidos siguen intactos. Hasta que de pronto advierte un súbito galope en el pecho, rápido e intenso como un redoble de tambores: y sabe entonces que las postreras horas todavía no han llegado y su vida continúa. Comienza a dar vueltas por la habitación hasta que se detiene y mira por la ventana. Abajo, el jardinero trabaja en los parterres, y la jacaranda mece sus hojas en una danza silenciosa. Piensa en Sebastián y en ese momento lo ve traspasar la verja con el maletín en la mano izquierda y ese porte elegante y masculino que lo hace inconfundible. De pronto, al sentirse observado, Sebastián levanta la vista y le hace un gesto de saludo; la sonrisa franca, el ademán apresurado para reunirse con ella. Es este hombre quien la mantiene despierta y viva, lejos de los fantasmas que la acechan. Arriba, en el ático, solo hay muerte. Abajo, en el jardín, aún crece la esperanza.

Zaragoza, marzo de 2019

—Es imposible —repite Cloe con insistencia—, imposible. ¿Por qué iba Camila a quitarse la vida? No puede ser.

—Esas cosas pasan —contesta su primo Toni con su voz pausada —. Además, tu hermana se guardaba todo para ella. No la conocíamos en realidad.

Ella baja del taburete desde donde intenta llegar al plafón del segundo piso para cambiar una bombilla fundida, y se sienta junto a él

en un escalón.

—Es muy raro. Puede que nuestra tía abuela se suicidara, pero Camila…

—Me imagino que no es algo que te vayas a plantear a estas alturas, ¿no? —la interrumpe él—. De eso no hay la más mínima duda. Mi madre nos contó que el incidente se investigó en su momento; todos estaban juntos en el salón cuando Melania cayó desde el mirador; no hubo forcejeo ni señal alguna de lucha, ella no gritó… En fin, deja en paz a los fantasmas.

—Precisamente —dice ella pensativa—. Los fantasmas. ¿No es extraño? ¿Que Camila muriera «exactamente» —recalca el adverbio con intensidad— igual que su tía abuela? ¡Exactamente igual! Es muy raro.

—Pero no imposible. Además —continúa Toni estirando las largas piernas con aire perezoso—, quizá precisamente porque eran iguales fue *todo* exactamente igual.

Cloe frunce el ceño. Es un gesto que afea su cara dándole un extraño aire de roedor.

—No había señal de lucha ni de violencia más allá de las lesiones propias de la caída, y ella no gritó —insiste Toni—. Por otra parte, estoy seguro de que la Policía habrá tenido todo en cuenta.

Toni es el nieto de sus tíos Gabriela y Eduardo. Estos, al igual que Clotilde y Alonso, solo tuvieron un hijo, Jorge, que no heredó ni la belleza serena de su madre, ni el atractivo y la apostura del padre. Jorge Modrego es un hombre alto y obeso, que siempre parece transpirar más de la cuenta y camina arrastrando los pies. Se dedica a la compraventa de naves industriales, actividad que parece haberle reportado muchos beneficios, dado el nivel de vida del que él y su esposa disfrutan. La madre de Toni, Julieta, es una mujer que casa a la perfección con su marido pero no demasiado con su nombre, que evoca algo hermoso y delicado; la Julieta shakespeariana hubiera quedado sorprendida ante la rotundidad un tanto vulgar de su tocaya.

—No sé, no lo entiendo. Se supone que la vida acaba dando a cada uno lo que se merece, ¿no? Pues la pobre Camila no merecía esto. Se divorcian sus padres siendo muy pequeña, cuando es tan solo una adolescente muere su madre, a los pocos años ya es huérfana también de padre, vive con una madrastra que la odia. Y cuando parece que va a encaminar su vida…

—Yéndose a vivir ella sola a una enorme casa antigua, que además dicen que está encantada...

—¡Venga, hombre! —lo interrumpe Cloe con el mismo gesto refunfuñado—. No me digas que no tengo razón. ¿Se merecía eso ella? La vida ha de darte lo que mereces —repite.

Toni calla y piensa en la verdad que él contempla innegable: que fue la misma Camila la que decidió ese destino, que la vida no le fue grata, que quizá su felicidad no le importara tanto como para luchar por ella. Que quizá estuviera enferma, o trastornada, o agotada.

—Esa es una idea reconfortante —dice en lugar de eso—, pero desafortunadamente incierta. Muchas personas no disfrutan lo que merecen, y otras tienen más de lo que nunca meritarían.

—¡Pero eso es injusto! —Y de pronto Cloe parece más niña, menos resignada a la vida adulta.

—La vida no es justa.

Toni no se parece a sus padres; no se parece a nadie en realidad, aunque ha heredado el porte elegante de su abuelo paterno. De constitución delgada pero fuerte, mide cerca de dos metros y luce una mata de pelo negro y rebelde que contrasta con una piel extremadamente blanca. Acabó Ingeniería Química hace un año, y tiene un contrato en prácticas que compagina con sus entrenamientos deportivos y con una medio novia con la que sale hace tiempo.

—Y no olvides la nota, Cloe.

La nota. No la olvida. Cómo hacerlo.

—Imagino —continúa Toni— que la nota habrá sido determinante en la investigación. Comprobaron que era su caligrafía, que la había escrito Camila. No hay duda, Cloe, lo siento.

La nota. Se la sabe de memoria:

> Puede que sea una adicta a la melancolía. Sí, puede que lo sea. Pero ahora..., esto es diferente. Hay demasiado dolor, tanto dolor que no me llega el aire, que me estoy ahogando. Por eso tengo que despedirme. Lo siento, lo siento tanto. Pero no puedo seguir, debo irme. Debo irme para volver a respirar. Ya solo puedo decir adiós.

Cecilia sufre de un modo indecible. Es presa de una maldición: lo recuerda todo. Envidia a esas personas que son capaces de olvidar; el olvido es un bálsamo, una tarde recostada sobre la hierba fresca en una alameda. Sin embargo, ella no puede aplicar ese lenitivo sobre sus

heridas, unas llagas que siguen abiertas a pesar del transcurso de los años y son cada vez más supurantes y dolorosas.

Era muy pequeña cuando sucedió y, sin embargo, recuerda el dolor intenso y el olor a carne chamuscada, ese olor que la acompaña cada día. Las caras horrorizadas, los rostros borrosos con las bocas abiertas y vociferantes, el crepitar en los oídos, la náusea. Y más tarde, el dolor. De nuevo el dolor. Y el asco.

La certeza la paraliza. Se trata de él, ese ser feo y grotesco de uñas largas que se desliza por su garganta dejando tras de sí un rastro de ponzoña ennegrecida. Es odio. Un odio connatural a su fealdad, enraizado en el miedo cerval al rechazo. A menudo piensa que odia a sus padres por concebirla fea. Porque más allá de la cicatriz extensa y terrible de su perfil derecho, sabe que lo es. Otras veces odia al resto de las mujeres, a todas las que tienen igual ambos lados del rostro, a aquellas hermosas, a aquellas que emanan una luz con la que ella tan solo puede soñar. Otras veces ha odiado a sus modelos. A esas jóvenes de piel lechosa y cejas espesas, a las que elegía por sus largos cabellos y sus delicadas facciones, a las que cubría de velos y capas, a las que fotografiaba más bellas si cabe de lo que ya sin duda eran. Y siempre, siempre, la odia a ella.

Cloe sube al autobús y se sienta tras una adolescente y una mujer de mediana edad. Al instante le queda claro que son madre e hija. La chica masca chicle y lleva el cabello suelto, largo y algo encrespado, y grandes aros brillantes en las orejas. El pelo de la madre es corto y decolorado, mal peinado tras lo que parece una noche revuelta; se nota que ha intentado aplastar los mechones rebeldes con la ayuda del secador. Van calladas, cada una de ellas pendiente de su móvil, aunque hay una especie de conexión, algún gesto inconsciente y cómplice. Cloe mira por encima de sus hombros con curiosidad. En la pantalla de bloqueo de la madre, una fotografía de la hija: el rostro luminoso de una juventud sin acné, las mejillas redondeadas, los ojos grandes y oscuros con unas pestañas largas sobrecargadas por un maquillaje innecesario. En la pantalla de bloqueo de la joven, su imagen: de cuerpo entero, apoyada en un muro cubierto de grafitis. La madre está consultando la plataforma escolar que controla los avances académicos de la chica. Frunce el ceño y la reconviene sobre una nota

de comportamiento que ha leído en la aplicación. La hija le hace una carantoña y sigue pendiente de su pantalla y sus publicaciones en Instagram: el rostro feo y grueso de un chico con cinco pendientes, un perro de raza peligrosa sujeto por una correa, un bumerán de tres adolescentes poniendo morritos.

Cloe se gira hacia la ventana y deja vagar su mirada somnolienta por el bulevar central del paseo de la Constitución. La actividad es intensa, los viandantes caminan enfundados en sus abrigos, rápido, con las manos en los bolsillos y un débil vaho escapando presuroso de sus bocas. Cuando divisa el monumento a las víctimas del Yak-42 se levanta y presiona el pulsador para bajar en la siguiente parada. Tiene una entrevista de trabajo y cree que será la definitiva. Observa a la gente pasar junto a la placa de acero y adivina que ninguno de ellos reparará en los sesenta y dos nombres grabados en el metal. Ella a veces se para a leerlos; nos vamos, nos vamos y ya no hay nada, nada queda de nosotros si nadie nos recuerda.

Mientras camina poniéndose los guantes no piensa en la inminente entrevista. No. Continúa pensando en la madre y la hija del autobús. No sabe por qué, pero hay algo que le resulta extrañamente doloroso. La aparente desafección de la hija, tal vez, aunque Cloe es consciente de que la adolescencia es la cuna de las fingidas desafecciones y de los cambios apasionados. Quizá tristeza por la soledad que percibe en la madre; sin embargo, resulta osada tal aseveración, ella está orgullosa de su hija, sin duda; es su mundo, lo más importante para ella, el centro de su vida. De pronto lo sabe. Entiende de dónde viene ese aguijonazo inexplicable y al tiempo tan conocido, tan asiduo que se siente cómoda con él. Es la comparación. La evidencia. Su realidad. Ella de ningún modo ha tenido una madre así. Paloma jamás ha llevado su fotografía en la pantalla de su móvil, ni ha compartido una imagen de ella en su perfil de mensajería instantánea; su madre nunca se ha interesado por sus progresos académicos, por su desarrollo, por las notas de sus profesores sobre su comportamiento. Su madre tiene en otro lugar el centro de su vida: durante años, ese lugar han sido los celos. Y, por supuesto, ella misma. Paloma solo ha pensado en Paloma.

La entrevista le ha parecido un trámite exento de seriedad, casi como una conversación intrascendente con un desconocido. Sin embargo, el puesto es suyo. Está contenta. Por fin un trabajo de

secretaria de dirección. Al salir del despacho, se sienta cerca de la escultura de la pareja paseando bajo un paraguas, guarecidos de la lluvia del recuerdo. Qué hermoso. Se pregunta a quién puede llamar, con quién puede compartir la buena noticia.

—¿Mamá?

—Ah, hola, Cloe. ¿Qué pasa?

El tono seco, cortante. Como siempre.

—Tengo una buena noticia. He conseguido un trabajo.

El silencio. El silencio a veces es un bálsamo, una bóveda bajo la que cobijarse, como esas cubiertas de teja a dos aguas que te cubren cuando te sorprende una tormenta. Sin embargo, a menudo el silencio es un arma que hiere.

—¿No te alegras, mamá? —pregunta Cloe frotándose los ojos con el puño cerrado—. Es un trabajo estupendo considerando que no tengo experiencia: secretaria de dirección en una empresa química; tengo un buen salario y posibilidades de promoción.

Silencio. Una oquedad oscura.

—¿Mamá?

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Pensaba ir a verte en abril, para Semana Santa —contesta Cloe tragándose su decepción para que su madre no la note.

—Estupendo. Más de dos meses sin vernos.

—Bueno, mamá, sabes que tengo que hacer muchas cosas aquí. Ha sido complicado hacer la mudanza, poner la casa al día, me he movido mucho para buscar trabajo, no creas que me ha caído del cielo. Y ahora que comienzo...

—Que sí, que sí, no me cuentes películas.

—También podrías haber venido tú a verme. Los fines de semana no tienes nada que hacer, no entiendo por qué no has venido. De hecho —prosigue Cloe con un tono más agrio de lo que le gustaría—, creía que lo harías, que me ayudarías a instalarme. Lo que hace una madre, vaya...

—¡Te dije que no iría a esa maldita casa! —interrumpe Paloma gritando—. ¡Que no iría! No pienso traspasar esa puerta. ¡Me da igual cómo vivas, cómo lo tengas todo! ¡Te lo dije!

Cuando Cloe cuelga, se queda unos instantes observando a la pareja del paraguas. Puede percibir la ternura con la que él la rodea, ese impulso de protegerla con su abrazo del aguacero que se precipita

sobre ellos, tan solo cubiertos por un paraguas de latón. De pronto envidia a la mujer, a esa figura de bronce que no envejece y no muere en el centro de una fuente hexagonal. Se sacude la lástima de los hombros y hace otra llamada.

—¿Toni? —una voz pausada al otro lado de la línea. Expectante —. ¡Sí! ¡Lo he conseguido!

Paloma se acerca al espejo del cuarto de baño y se mira en él. No sabe quién es la persona que la observa tras la luna sucia; no reconoce a esa mujer envejecida, con ojeras, papada prominente y mirada agotada. Sonríe y la desconocida le devuelve la sonrisa, pero es más bien una mueca, un visaje extraño y patético. Solo cuando comienza a llorar reconoce sus lágrimas en las de ella, siente cómo se deslizan por el contorno de su rostro, cómo caen de su barbilla, cómo se encharcan en las cuencas de sus arrugas. Qué fue de mi vida, qué fue de mí. Qué fue de mis proyectos. Nada ha salido como planeaba, nada.

Paloma era hermosa. Paloma quería una familia, una familia propia, un marido, una hija. Paloma quería ser admirada, ser amada. Y ahora no tiene nada. No tiene juventud ni belleza. No tiene marido. Nadie la admira, nadie la quiere. Y Cloe, su hija, venera a una hermana muerta que ella odia por ser el obstáculo de su familia perfecta, por ser hermosa, más hermosa que ella, más hermosa que su propia hija.

Nada está bien. La imagen de esa casa la aprisiona, le aplasta el pecho hasta privarla de respiración. El pequeño torreón, el jardín cubierto de caléndulas. El mirador. Ese maldito mirador...

5

Zaragoza, abril de 1964

—No te preocupes —susurra Sebastián rodeándola por los hombros—, diré que te duele la cabeza y que has tenido que acostarte.

Melania observa su imagen en el espejo veneciano. Fue un regalo de boda, octogonal y barroco, de cristal de Murano. El ojo derecho está casi cerrado, con el párpado tumefacto y amoratado, y una pequeña brecha hendida en la cola de la ceja.

—Yo quería ir —susurra ella sin apartar la vista de su imagen maltrecha—. Yo tenía muchas ganas de ir. Es el cumpleaños de Eduardo...

Sebastián le acaricia el cabello que cae sobre su espalda y acerca uno de los mechones al perfil malherido, como queriendo ocultar el ojo palpitante.

—Si quieres podemos ir —dice él mirándola a través del espejo —. Podemos decir que resbalaste al salir de la bañera, o que te golpeaste con una puerta.

Melania se pierde unos segundos en la calígine de su mente y escapa corriendo a través de los páramos hendidos por senderos, caminos como cicatrices que rompen la extensión solitaria; corre y los bajos de su falda se enganchan en las espesas matas de brezo violeta, y ella se deja caer sobre la piedra caliza y ya no puede ver. Solo hay niebla.

—¿Mel? —insiste Sebastián presionando ligeramente su hombro —. ¿Qué quieres hacer?

Ella se vuelve hacia él, pero no lo mira a los ojos. Esconde el rostro entre el boscaje de su cabello y se siente de pronto protegida.

—Voy a acostarme —dice con una voz que se cuela entre las grietas pedregosas de un acantilado—. Me duele mucho la cabeza. Seguro que Eduardo y Gabriela lo comprenderán.

Madrid, abril de 2019

Paloma se sienta frente a la televisión y se tapa con una pequeña manta de cuadros. En realidad, no hace frío, pero le gusta la sensación de sentirse cobijada, le resulta reconfortante. Hace tan solo unas horas que Cloe se ha marchado tras pasar con ella el fin de semana, y Paloma no está muy segura de cómo se siente. Su hija venía a compartir tiempo con su madre, no tenía ningún otro plan; le propuso ir de compras, comer fuera e ir al cine por la tarde. Sin embargo, Paloma no estaba de humor. Nunca está ya de humor. De modo que han pasado los dos días sin salir de casa, casi sin hablar, viendo películas de serie B y programas de entretenimiento. Sabe que Cloe se ha ido decepcionada, pero la frustración que ella siente no es comparable con nada de lo que esa chica desagradecida pueda sentir. Ella tenía otros planes. Otros. Tan distintos. Venderían esa maldita casa, y con todo el dinero que sacaran de ella podrían comprarse un bonito piso en una buena zona de Madrid, donde Cloe y ella vivirían juntas hasta que su hija se casara y le diera nietos. Nietos que la quisieran a ella, sobre todo a ella, nietos a los que no les importara que hubiera engordado, que ya no fuera joven, ni bella, nietos para los que ella fuera la primera, la abuela preferida, la mejor.

Pero nada es como debería ser. Esa enorme casa, cayéndose a pedazos seguramente, llena de recuerdos ajenos. Había creído que al morir *esa,* todo se arreglaría. Y ha sido al revés. Qué desengaño. Qué desilusión. Cloe sigue pegada al recuerdo de esa medio hermana estúpida y estrafalaria y, sin embargo, nunca será tan hermosa como ella, nunca será hermosa en realidad. Posiblemente nunca se casará. Ni le dará nietos. Se convertirá en una solterona huraña y rara, que vivirá sola en una enorme mansión deteriorada, acompañada quizá por decenas de gatos. Nada está bien.

Zaragoza, abril de 2019

Con motivo del septuagésimo octavo cumpleaños de Eduardo Modrego, tía Gabriela ha preparado una fiesta en su elegante piso de la avenida Sagasta. Cloe se ha arreglado para la ocasión; lleva un vestido largo de motivos florales con botas altas y el cabello suelto. La

lluvia repiquetea sobre los cristales sucios de la vieja mansión; tiene que limpiarlos, o plantearse seriamente pagar a alguien que lo haga. Las enormes ventanas le resultan fascinantes, no solo por algunas vidrieras multicolores, sino también por los grandes salientes que Cloe ha comenzado a utilizar como estantes; en ellos se exhiben jarrones rebosantes de flores frescas, cestos de mimbre con caléndulas, plantas y pilas de libros. Una luz ligeramente mortecina ilumina la estancia, y Cloe y el mobiliario antiguo y pesado forman sombras entrelazadas danzando en una movilidad onírica, creciendo y brujuleando como fantasmas embozados.

En casa de sus tíos, la mesa del comedor está cubierta por un mantel de lino con flores bordadas en hilo dorado, y bandejas de porcelana blanca perfilada en ribetes de oro contienen decenas de canapés, pastelillos salados, volovanes rellenos de salmón y setas, pastel frío de pescado y tostadas de tomate y jamón ibérico. En una cubitera de cinco litros de acero inoxidable con asas de piel reposan tres botellas de vino blanco, y en una pequeña mesa auxiliar de madera color cerezo unas botellas de vino tinto permanecen todavía cerradas. Cloe es la última en llegar, y su tía Gabriela, con un jersey color champán, la recibe con dos besos huidizos y una discreta sonrisa.

—Hola, querida —le dice pausadamente, como si quisiera que sus palabras fueran tan suaves como sus manos manchadas por la edad—, estás preciosa. Me encanta tu vestido.

—Era de Camila —contesta Cloe mirando hacia el salón—. Gracias, tía. Tú estás estupenda, como siempre.

—Me hubiera gustado que viniera tu madre, pero no le dije nada para no obligarla a viajar desde Madrid —dice Gabriela mientras le pone la mano en la espalda para acompañarla adentro—. Dale recuerdos.

Cloe sabe que no es cierto, que su tía no ha querido invitar a su madre porque en realidad no la aprecia. También sabe que Paloma habría viajado encantada hasta Zaragoza para disfrutar de esa velada; Gabriela representa todo aquello que su madre hubiera deseado ser y vivir.

—Por supuesto, tía, se los daré de tu parte —y continúa con intención—; ya sabes que ella te quiere mucho.

—Querida sobrina, ¡qué guapa estás! —El abrazo de su tío

Eduardo es envolvente y cálido. Siempre ha sido el tío preferido de Cloe, tan cariñoso, tan protector.

—¡Tú sí que estás estupendo, tío! —contesta Cloe respondiendo a su abrazo y tirándole cariñosamente de la oreja—. Pero ¿cuántos años cumples? ¡Tienen que ser cincuenta! ¡Imposible que sean más!

Eduardo suelta una carcajada franca y rotunda que lo rejuvenece.

—¡Ay, mi sobrina! Eres un verdadero encanto. Pero ven, ven, come algo, vamos a celebrar el cumpleaños de este carcamal.

Cloe se aproxima a la mesa y Cecilia se acerca a saludarla. Lleva una chaqueta de bordados multicolores con un pantalón de pana. Su aspecto es llamativo, como siempre. Su rostro deformado, inescrutable.

Cloe puede describir con exactitud la primera imagen que tiene de su tía Cecilia. Es extraño, pues de las personas que conocemos desde siempre no guardamos el recuerdo de ese primer instante; sin embargo, ella rememora esa mañana de primavera y ese portalón de hierro y cristal, viejo, misterioso, flanqueado por dos pequeñas columnas adheridas a la pared de piedra oscurecida por los años y cubierta de una hiedra inmensa que trepaba hacia la infinita bóveda del cielo. Recuerda la puerta abierta, las escaleras de madera envejecida que conducían a una segunda planta donde un gran ficus presidía el descansillo oscuro que olía a colonia, los acordes de una melodía triste y envolvente que procedía del primer piso, la aldaba de bronce con forma de mano femenina colocada en el centro exacto de la puerta con una precisión un tanto inusual. El pestillo al descorrerse. Ella.

En aquel entonces Cecilia tendría más de cincuenta años, pero siempre era difícil determinar su edad con exactitud; en realidad parecía más joven, a pesar de que un cierto halo de antigüedad rodeaba toda su persona. Aunque desgarbada en su juventud, en la madurez sus formas se dibujaban con una feminidad poco corriente, que contrastaba con el espanto de su rostro deformado. Ese día su cuerpo apareció envuelto en una bata morada cubierta de bordados de diseños orientales, y rematada en el cuello y en los puños con plumas del mismo color. Llevaba el cabello pelirrojo, rebosante de matices, espeso y ondulado, recogido sobre la cabeza en un moño extravagante

que parecía rebelarse frente a las ataduras, de modo que unos mechones sueltos caían sobre el perfil derecho del rostro, intentando en vano ocultar las facciones desfiguradas. Olía a rosas antiguas, un aroma que emanaba de cada rincón de la casa; muchas veces intentó Cloe encontrar entre las fotografías, los lienzos y los muebles alguna canastilla con hojas secas, algún indicio del origen de ese olor, pero jamás lo halló. Incluso un día le preguntó por ello. Entonces Cecilia se la quedó mirando extrañada y, sin decir nada, se sentó al piano y comenzó a deslizar sus finos dedos por el teclado con gran delicadeza, acariciando cada una de las notas, sintiendo cada acorde. Al terminar la dulce melodía, la mujer se levantó ceremoniosa y, acercándose al ventanal abierto, extrajo la larga horquilla nacarada que sujetaba los cabellos y puso un disco de vinilo en el tocadiscos. En ese mundo en el que las horas vivían aletargadas, Cecilia comenzó a hacer oscilar la cabeza al ritmo de los *Nocturnos* de Debussy; sus delgados brazos se agitaban en el aire describiendo extraños movimientos circulares, como dos cuellos de cisne mecidos por olas invisibles.

Toni la abraza con una amplia sonrisa y la mira desde arriba. Tiene ojeras pronunciadas, como si no hubiera dormido bien, pero su mirada es limpia y Cloe se siente en casa.

—¿Qué pasa, primita? ¿Cómo va todo?

—Pues mejor que a ti, me da la impresión. Pareces un muerto viviente. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

Toni se encoge de hombros y se estira levemente. La nuez de su cuello se mueve de arriba abajo como si tuviera vida propia.

—No he dormido muy bien.

—Mucha juerga me parece a mí que te has corrido tú últimamente.

—¡Qué va! ¡Ojalá! —Balancea la cabeza dubitativo, como si pensara qué decir—. Mi chica y yo hemos discutido; imagino que lo solucionaremos, no sé... —se rasca la cabeza—, ya veremos. Pero no quiero hablar de eso, ¡tengo otra cosa más interesante que contarte!

—Pues cuenta.

—Bueno, escucha con la mente abierta, ¿de acuerdo? Tú tienes una casa enorme y hermosa, y yo tengo un amigo encantador que está buscando un sitio especial para abrir un restaurante.

—¡Venga ya, Toni! —exclama Cloe dándole un pequeño empujón—. ¿Tú te crees que voy a vender Villa Melania? ¿Para que acabe convertida en un...?

—¡No, mujer, claro que no! —la interrumpe él con un gesto de impaciencia—. Ni se me pasaría por la imaginación semejante cosa. Pero Villa Melania es muy grande; tú vives allí sola, Cloe, no necesitas tanto espacio, no sé ni cómo no te da miedo. Y, además, los gastos de mantenimiento deben de ser elevadísimos —su prima hace un gesto apreciativo—, y todavía tienes que invertir en reformas, ni siquiera has arreglado esas persianas rotas... ¿Y qué me dices de Víctor? Por Dios, Cloe, si prácticamente trabajas para pagar al jardinero.

—No seas exagerado, por favor. Solo viene un día a la semana, no es para tanto.

—Bueno, sabes que tengo razón. Te cuesta hacer frente a los gastos que supone una casa así. Ahora porque tiras de la herencia en metálico que te dejó el tío, pero cuando se acabe... —Cloe entorna ligeramente los ojos tratando de descubrir si las palabras de su primo amagan algún residuo de envidia, pero no detecta nada—. Piénsalo. Podrían aunarse las dos funcionalidades —Cloe hace un gesto de incomprensión— si le cedieras a Lucas el uso de la planta baja como restaurante. El salón es enorme y la decoración increíble: esos techos altos con las molduras decorativas alrededor, el color gris ahumado de las paredes, la impresionante chimenea... Se trataría de un alquiler, por supuesto. Sería magnífico, un lugar con encanto, un negocio de calidad. Tú dispondrías del resto de la casa, y eso supondría unos ingresos muy interesantes.

—Estás loco —asevera Cloe moviendo la cabeza—, de veras que sí. ¿Tú crees que voy a estar tranquilamente en *mi* casa mientras en el piso de abajo hay un montón de desconocidos comiendo o cenando, con camareros trajinando de un lado a otro, ruido de cubiertos, conversaciones incesantes...? ¡No sabes lo que dices! —La carcajada le produce un pinchazo en la tripa que la obliga a doblarse ligeramente—. En fin, Toni, no digas memeces.

—Bueno, bueno, lo que tú quieras. Pero sabes que soy insistente, y un día de estos te presentaré a Lucas, que además de emprendedor y buen cocinero es un chaval encantador. Y eso es lo que te hace falta...

Jorge y Julieta charlan con Gabriela y Eduardo, mientras Cecilia da vueltas alrededor de la mesa picoteando de los platos llenos de

exquisiteces.

—Qué raro que no hayan llegado todavía los abuelos —comenta Cloe mientras se sirve otra copa de vino blanco.

—¡Oh, no te apures, querida! —responde Gabriela tras limpiarse la comisura de los labios con una servilleta con cenefas doradas—. Tenían visita médica, nada importante, una revisión de tu abuelo. Llamaron ayer para avisar de que se retrasarían, pero estarán a punto de llegar.

Encima de una ménsula de pared elaborada en madera de arce destaca un marco de plata. Cloe se acerca y contempla la fotografía en blanco y negro. Le suena haber visto una igual en casa de sus abuelos, pero nunca le ha prestado demasiada atención. Sin embargo, ahora que vive en la villa, todo lo relacionado con Melania se le antoja fascinante y misterioso. En la fotografía ella tendrá unos veinte años; está sentada en un tronco caído, con una voluminosa falda abullonada que la rodea y el codo derecho apoyado sobre las rodillas. Mira a la cámara con una mezcla de desinterés y serenidad, como si estuviera esperando a alguien a quien no deseara ver. Junto a ella, de pie, una Clotilde de dieciocho años sonríe ladeando la cabeza en un gesto de coquetería. Algo apartadas, una adolescente y una niña están sentadas en un balancín. Gabriela es una muñeca rubia de rasgos armoniosos que posa de frente, consciente de la belleza de sus facciones. La niña, en cambio, está de perfil, y la parte visible del rostro aparece velada por una vibrante melena que Cloe sabe que es roja como el fuego.

—Es una bonita foto, ¿no te parece? —dice Eduardo rodeando a su sobrina por los hombros con gesto cariñoso.

—Desde luego —responde ella acariciándole la mano—. ¿No te parece increíble lo parecidas que eran Melania y mi abuela?

—Sí, se parecían mucho, aunque tu tía era muchísimo más guapa que Clotilde, la verdad.

—Ya —dice Cloe haciéndole un guiño—, aunque nunca se lo diremos... Además, Melania y Clotilde no tienen ningún parecido con las otras dos hermanas.

—Normal, puesto que no lo son.

Cloe tarda unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo que no son hermanas?

Eduardo arruga la frente en un gesto de franca sorpresa.

—¿No lo sabías? —pregunta desconcertado—. ¡Vaya! —Ahora ríe

con gesto travieso—. Me temo que quizá he metido la pata. Pero bueno, no es ningún secreto, no me explico cómo nunca nadie te lo ha contado.

Cloe piensa en su padre, siempre tan callado; y en su madre, una mujer obsesionada en fabricar una vida que nunca iba a tener. En su abuela, invariablemente distante y engreída; y en su abuelo, esa sombra silenciosa que es una simple comparsa.

—Supongo que hay muchas cosas que no sé —resopla en un gesto de rendición—. ¡Madre mía! Pero entonces, ¡cuéntame!

—Bueno, en realidad son todas como hermanas, una cosa no quita la otra. El caso es que los padres de Clotilde y Melania murieron cuando ellas eran unas niñas. Muy, muy pequeñas, creo que tu abuela era un bebé —frunce levemente el ceño como si estuviera haciendo cálculos—, no estoy seguro de las edades. Entonces Remedios, la hermana de su madre, y su esposo se hicieron cargo de ellas y las adoptaron. Poco después Remedios quedó embarazada de Gabriela, y a los cuatro años nació Cecilia. De modo que sí, las cuatro son hermanas, aunque la genética explique que el parecido entre Melania y Clotilde no se extienda a las otras dos.

—¡Vaya! —exclama Cloe—. Pero ¿cómo es que nadie me lo había contado nunca? Me pregunto si Camila lo sabría...

Eduardo mueve la cabeza con gesto solemne. Parece divertido, pero Cloe descubre una cierta incomodidad en su tío.

—No lo sé, preciosa. Supongo que no le darían más importancia. Hace tanto tiempo de eso... Y ellas son hermanas, sin más.

—Pero ¿cómo murieron sus padres? Mis bisabuelos, de hecho.

—No sé. Un accidente. —La respuesta es tan evasiva como su tono—. Pregúntale a tu abuela un día de estos y supongo que ella te lo contará mejor.

Eduardo le toca cariñoso la mejilla y vuelve con el resto de los invitados, que ríen y conversan cerca de la mesa. Cloe clava la mirada en el rostro de Melania, y de pronto le parece ver algo más, una historia, una tragedia antigua que se oculta y deambula entre la niebla espesa de sus ojos.

Al subir a lo alto de la torre no puede evitar estornudar. El polvo acumulado es denso y resbaladizo. Es bien sabido que los lugares

acogen recuerdos como anfitriones generosos y luego, a menudo, no los dejan partir. La estancia que da al mirador resulta siniestra, pero, de un modo incomprensible, también es extraordinariamente hermosa. Las paredes paneladas en madera, el suelo de tarima oscura y antigua, el techo de gruesas vigas cuajadas de vetas envuelven el ático. La puerta que da al mirador no se ha abierto desde esa noche de enero; Cloe la mira de refilón, sin acercarse, como si las hojas pudieran descubrir de pronto un cuerpo precipitándose al vacío. Muebles antiguos, sillas rotas, cajas cerradas con palabras escritas en letras mayúsculas se amontonan a los lados, esperando. Hay personas que escuchan a los objetos, que pueden oírlos contar sus historias, que los dotan de un poder sobrenatural; Cloe no. Pero hay algo en todo ello, en todos esos enseres olvidados, más viejos, más antiguos que ella, que le fascina, pues a menudo aquello que nos sobrevive hablará de nosotros más allá de lo que nosotros mismos quisimos dejar dicho.

De pronto sufre un sobresalto. Le ha parecido ver a Melania, a Camila, y a sí misma multiplicada en mil imágenes distintas. Pero no. Son espejos. De cuerpo entero, de tocador, con molduras de pan de oro, con marcos barrocos de madera teñida imitando el ébano, dorados con talla de flores exuberantes, con acabados que simulan el mármol verdoso en la entrecalle, espejos enmarcados en hojas de acanto, rococós, voluptuosos, imprevisibles. Cerca de una veintena de espejos apoyados en las paredes, amontonados como un bosque de imágenes, de reflejos, un laberinto de propuestas de vida. Pero lo que resulta más inquietante no es el exceso de lunas, la perplejidad del hallazgo; lo verdaderamente turbador es que todos los espejos, absolutamente todos, están rajados de parte a parte.

6

Zaragoza, noviembre de 1963

No entiende cómo han llegado hasta allí esas peinetas de nácar, madreperla, esmalte y bronce. Simulan sendas matas de muérdago, y las ha encontrado entre sus blusas blancas, como escondidas. Ha preguntado a Sebastián pensando que podrían ser un regalo, pero este ha levantado la vista de la prensa, se ha quitado la pipa de los labios y ha musitado un «Querida, no sé de qué me hablas».

Últimamente le ha pasado en más de una ocasión. Hace unos meses fue el ramo de rosas rojas en la entrada de la casa. Destacaban sobre el fondo azul borroso de la pared, sobre la consola isabelina de nogal. Manuela, la doncella, le aseguró que fue ella quien las colocó allí el sábado por la tarde, pero está segura de no haberlo hecho; odia las rosas profundamente, con esas espinas inclementes y esa intensidad carnosa, casi impúdica. Ni siquiera salió a pasear, se quedó acostada con una terrible jaqueca que pugnaba por perforar su sien izquierda. Y ese vulgar vestido azul que apareció en su vestidor hace un par de semanas, con el escote pronunciado y un encaje ordinario. Tampoco sabe cómo ha llegado hasta allí. Tiene que ser de la doncella, que pretende confundirla. Pero esto es demasiado. Demasiado. En su propia casa. Sabe que el personal de servicio no la quiere; se ha percatado de sus cuchicheos, de sus gestos cómplices cuando la ven aparecer en una habitación. Pero esto...

Se mira en el espejo y durante unos segundos no se reconoce. Melania hunde la mirada en lo profundo de sus iris y encuentra algo en su interior, una negrura atroz y sobrecogedora. Solo dura un instante. De nuevo su reflejo le devuelve un rostro sereno y blanco como la luna llena de sus noches insomnes, rodeada por el halo oscuro del universo, un universo rebelde y salvaje, libre. Se pasa el dedo por las cejas, espesas pero definidas, y ahueca la falda de su anticuado vestido. Se encamina al jardín. Allí, en un rincón alejado de la

jacaranda, la espera el pintor al que Sebastián ha contratado; le está haciendo un retrato, de modo que ella se sienta en el césped ralo. Se coloca con las piernas cruzadas bajo la falda amplia, mientras su melena se desparrama como un río revuelto sobre los hombros y sus ojos se pierden en la tarde ensombrecida. No sabe por qué ha elegido ese lugar, la zona más sombría del jardín, sin caléndulas, sin color, nada excepto la pesada tela, el boscaje de sus cabellos y ese rostro pálido. Ni siquiera ha saludado al pintor. Se ha sentado junto a unos matorrales y se ha limitado a estar, sin mirar casi el mundo exterior, sin apercibirse casi de su entorno; tan solo a estar. Ella.

Zaragoza, octubre de 2019

Cloe se siente razonablemente feliz con su vida. Según Toni, eso no es suficiente; con veintiún años, su felicidad debería ser intensa, enérgica, apasionada. O, al menos, debería desear que lo fuera. La juventud es ese paraje extenso y abierto, de horizontes infinitos y colores penetrantes, donde todo es posible, donde las carcajadas son espontáneas y ruidosas, donde la música nunca molesta, donde la vida es eterna. Su primo bromea y le dice que es por culpa de la casa; que Villa Melania le está volviendo el alma antigua. Y puede que sea verdad. Aunque no le importa; se ríe de él y le da empujones, como cuando eran niños, le asegura que la modernidad está sobrevalorada. Sin embargo, hay algo que la incomoda, algo que se cuela por sus ojos hasta alcanzar el núcleo mismo de su ser: sabe que esa falta de frescor y ruido que no añora encierra una tristeza sutil y envolvente que tiñe su vida desde que Camila murió. Y eso le da miedo. Le aterra sumirse en esa leve mas pertinaz aflicción, rendirse a la melancolía, no ser capaz de ser simplemente feliz.

En la empresa las cosas van bien. Su jefe la valora y con los compañeros las relaciones son cordiales. Cierto es que se limitan al ámbito puramente profesional, pero es suficiente. El salario podría ser mejor, pero está dentro de los límites aceptables y cree que en breve podrá conseguir un ligero aumento. Su única preocupación son los elevados gastos de la casa; solo en calefacción el dispendio es más que considerable, y eso que intenta ser ahorrativa al máximo en ese extremo. La carpintería del piso superior necesita una reparación

urgente, y Víctor insiste en dedicar más horas al cuidado del jardín para que la propiedad no adquiera un aspecto descuidado. Por el momento, su situación económica es muy desahogada debido a la herencia de su tío, pero la inquietud de Cloe se centra en el futuro; Sebastián era un hombre rico, pero no sabe si quedará algo en diez o veinte años, y ella no quiere desprenderse jamás de Villa Melania.

—Sigo pensando que cometiste un error al no querer hablar con Lucas —le repitió Toni la última vez que se vieron—. No sabes la oportunidad que estás perdiendo. Pero la posibilidad sigue abierta, él tampoco se ha decidido en todos estos meses...

—Pero a ver, pesado, que eres un pesado. ¿Qué tipo de persona es esa que lleva medio año planteándose abrir un negocio y todavía no ha hecho nada?

—Pues una persona previsora que piensa bien las cosas, listilla. Además, ya sabes que Lucas está trabajando de chef en un restaurante que no es suyo. Solo necesita el empujón final para dar el paso.

—No lo tengo claro, Toni...

—Pero ¿ni siquiera conocerlo? Qué tonta eres, como sigas así... De hecho, Greta y yo nos conocimos en una cita a ciegas, y ya ves.

Su primo y su novia finalmente se reconciliaron y su relación va viento en popa.

Cloe, tan celosa de su intimidad, ni siquiera puede plantearse el hecho de vivir encima de un restaurante, aunque sabe que esta situación no se podrá mantener para siempre. Sin embargo, abandonar la casa o cederla se le antoja una traición. A menudo sube a la habitación de la torre, se sienta en el suelo frente a los espejos apilados y se queda mirando su reflejo mutilado hasta que le duelen las rodillas. Le gustaría saber por qué están allí; por qué están todos rajados; quién los abandonó en ese ático oscuro. Porque los espejos rotos en una casa simbolizan la muerte.

Conserva unas amigas en Zaragoza de antes de su traslado a Madrid, aunque todas ellas tienen pareja y no salen demasiado; algún café, algunas cenas o comidas esporádicas. Poco más. Pero no se siente sola. La relación con sus abuelos y con sus tíos, sobre todo con el tío Eduardo, tiene algo paternal que le ha hecho sentirse en casa de nuevo. A veces los remordimientos la corroen cuando piensa que este acercamiento corre paralelo al distanciamiento de su madre, como si Paloma hubiera sido la causa de la anterior frialdad de su familia. En

los últimos meses ha visto a su madre en tres ocasiones, y todas ellas en Madrid. Cada noche hablan por teléfono. A veces llama Paloma; normalmente, lo hace Cloe. La conversación suele ser corta e insustancial; solo en ocasiones discurre de un modo espontáneo, normalmente cuando su madre le cuenta lo que harán juntas cuando Cloe vuelva a vivir en Madrid. Aunque ella no tiene ninguna intención de hacerlo, no contraría a su madre; simplemente la deja hablar y le sigue la corriente porque sabe que eso la hace feliz.

—Pero dime, hija —le repitió hace poco—, ¿hay algún chico o no?

Cloe entornó los ojos y respiró unos segundos antes de contestar.

—No, mamá, no hay ningún chico.

—Pero ¿cómo es posible? —Cloe notó un ligero quiebro agudo en el tono de su madre y supo que se estaba alterando—. ¿Cómo es posible? ¡Vas a cumplir veintidós años!

—Ya, mamá, ¿y qué?

—¡Pues que ya tienes edad de tener pareja, por amor de Dios! No lo entiendo... —se lamentaba elevando un poco el volumen—, ¡pero si eres guapa! Eres muy mona, y trabajadora, y educada. ¿Cuál es el problema?

—Pues no sé, mamá, qué quieres que te diga —contestó Cloe con una mezcla de hartazgo y molestia.

—Pues yo sí que lo sé, y tanto que lo sé —continuó Paloma—. ¿Dónde vas a encontrar a un chico? ¿Por la calle? ¡Por el amor de Dios! Esto es un despropósito. En la oficina me dijiste que casi todas sois mujeres, y que los hombres son todos mayores y casados...

«Parece que eso no fue un impedimento para ti», pensó Cloe, y, de inmediato, el aguijonazo de la compunción le hizo fruncir el ceño.

—... y allí no tienes a nadie con quien salir, bueno sí, al loco de tu primo, que me imagino que estará siempre con la novieta esa que se ha echado —continuó— y con el que no podrás contar para nada. ¿Y qué haces después de trabajar, o los fines de semana? ¡Encerrarte en esa vieja casa como si tuvieras cien años!

—Mamá —contestó Cloe paciente—, en la villa hay muchísimas cosas que hacer. No te lo puedes imaginar. Solo el hecho de mantener los suelos en buen estado implica mucho tiempo...

—¿Te estás oyendo? —la interrumpió Paloma elevando considerablemente el volumen de voz—. ¿Te estás oyendo, Cloe? ¡Qué

barbaridad! Lo que tenías que hacer es volver a Madrid, volver a salir con tus amigos, hacer cosas de tu edad, ¡de tu edad!, ir al gimnasio, a clases de inglés... ¡No sé! ¿Cómo se supone que vas a conocer a alguien de este modo? Dime... Te vas a quedar sola, Cloe, te vas a convertir en una solterona. Te vas a quedar sola...

«Como tú».

Hay algo, una suerte de certeza incómoda que lleva un tiempo alojada en la sien izquierda de Cloe, justo en el lugar donde siente el pulso cuando está a punto de quedarse dormida, allí donde le duele la cabeza cuando la tensión en el cuello se hace más evidente. Al principio fue tan solo una ligera mancha, una nebulosa que amortiguaba el firme palpitar; poco a poco ha ido creciendo y a veces casi cree reconocerla como un pequeño parásito que comienza a roerla por dentro. Sabe que su madre tiene razón. Que no hace cosas propias de su edad, que casi no se relaciona con gente joven; que, por más que le cueste reconocerlo, la casa la está obsesionando de tal modo que a veces, en su cama con dosel, a lo largo de esas noches solitarias y silenciosas, sueña que la engulle. Pero no puede evitarlo. Hay algo en esas paredes que la fascina y la absorbe. Recorre los dormitorios, abre los cientos de cajones que esconden los pesados armarios de marquetería, busca respuestas, se pierde en el retrato de Melania, revuelve entre las cajas de ese ático que huele a cerrado y a polvo, cuyo ventanal lleva casi un año sin abrirse.

Ha llegado pronto a casa, a ese lugar en el que se ha sentido cobijada durante todos estos meses, pero que últimamente le parece algo más sombrío, o quizá demasiado bello; lo hermoso a menudo despierta tristeza, quizá porque lo comparamos con la fealdad de parte de nuestra vida. De pronto decide que no quiere vivir en las sombras, que va a abrir las ventanas, a ventilar las habitaciones, a descorrer los pesados cortinajes y a abrillantar los pomos y las bisagras, a colocar la *chaise longue* de madera laqueada en negro frente al ventanal y a llenar de agua, aunque sea del grifo, la benditera de la entrada; que preparará la cama de góndola de la habitación adyacente para invitar a alguna amiga a pasar unos días, que llamará a un cerrajero para que abra los cajones del bargueño de su dormitorio, que en cuanto pase el invierno comprará mesas y sillas para el jardín, que colgará guirnaldas

de flores y cuentas de cristal en el porche.

Sentada en la salita del búho, Cloe comienza a elaborar una lista de tareas pendientes. El tictac del reloj de pared resuena en las salas de la casa y en los pasillos, y de vez en cuando unos destellos se cuelan en la brecha de la luna rajada de los espejos; la luz de la tarde resbala por las cristaleras despidiendo tonalidades apagadas que deambulan por el recibidor y la escalera como espectros irisados. Algún crujido. El ligero zozobrar de una casa habitada y antigua. Son compañeros conocidos, aunque al principio le producían un temor difuso e incierto; a veces piensa en el fantasma, ese del que todo el mundo habla, el que acompañó a su tío a lo largo de los años. Ella lo entiende.

De pronto una caricia le revuelve el cabello. Cloe levanta la vista con el temor atenazándole la garganta; un soplo de aire ha cruzado la entrada y se ha ovillado junto a ella. Toc. Toc. Unos ruidos sordos, algo que se arrastra. Toc. Toc. Se levanta sin hacer ruido y se acerca a la puerta; hay alguien en la cocina, oye una respiración algo agitada, bronca, un siseo de tela, unos pasos. Durante unos segundos eternos Cloe duda; su teléfono móvil está en el dormitorio y las escaleras crujen, suenan demasiado como para que no la oigan si sube al primer piso. Aunque quizá sea eso lo mejor; si es un ladrón, tal vez piense que no hay nadie en la casa y al oír ruido huya. Pero ¿y si fuera *ella*? Cloe comienza a sentirse aterrada, los pasos se acercan, sus miembros no le responden. Toc. Toc. Y de pronto se lo encuentra. Frente a frente.

—¡Señorita!

—Pero, por Dios..., ¿qué hace usted aquí?

Víctor permanece de pie frente a ella con un hermoso ramo de flores en una jarra de cristal. Los pompones vibrantes de las flores, en púrpura, naranja y fucsia, contrastan con las ropas sucias del jardinero, que continúa paralizado, con la boca levemente abierta y el gesto avergonzado.

—Yo... Perdone, perdone, señorita, pensaba que no estaba usted en casa —habla atropelladamente—, y como han florecido las primeras dalias, quería dejarle unas cuantas en el aparador de la entrada, pensaba que le gustarían, yo...

—Pero ¿cómo ha entrado usted? ¿Es que acaso tiene la llave de casa?

—No, no —cabecea con violencia y el agua de la jarra está a

punto de derramarse—, pero como pensaba que no estaba usted...

—Eso ya lo ha dicho —interrumpe Cloe entre indignada y aliviada.

—He entrado por la escoba de la bruja. De veras que lo siento, discúlpeme.

Cloe parpadea un par de veces.

—¿La escoba de la bruja? —pregunta. Ante la visible incomodidad de Víctor, Cloe se acerca más a él y le hace un gesto amable—. No pasa nada, es solo que me ha asustado. Las flores son preciosas, deme, deme. —Toma el jarrón y lo coloca sobre la ménsula de pan de oro de la entrada—. ¿Qué es eso de «la escoba de la bruja»?

El jardinero se lleva la mano derecha a la frente en un gesto de desconcierto.

—¿No lo sabe? La entrada secreta, la del jardín que da a la cocina.

—No sé de qué me está hablando. ¿Quiere decir que hay un acceso secreto a la casa?

—Sí, pensaba que se lo habrían dicho. Todo el mundo lo sabe.

—¿Cómo que todo el mundo? —Cloe comienza a experimentar un temor ambiguo e incómodo—. Pero ¿hay alguna llave, algo?

—No. Es una puerta secreta. No se preocupe, si no se sabe que está allí, es imposible dar con ella.

—¡Pero si acaba de decirme que todo el mundo lo sabe!

—¡No, no, no se preocupe! —exclama el hombre acercándose un poco a ella—. Me refiero a la familia, exclusivamente a la familia. Solo sus abuelos y sus tíos saben de ese acceso. La hermana de usted también lo conocía, por eso pensaba que se lo habría enseñado.

—Pues no, no lo hizo. ¿Me lo muestra?

El pasadizo es estrecho y oscuro, con olor a humedad y a algo ácido que Cloe no puede reconocer; tan solo unos metros entre paredes de piedra y suelo de cemento. El armario de la cocina, ese tan grande que Cloe siempre ha pensado que estaba desaprovechado, sin baldas, sin cajones, tiene un doble fondo que se abre pulsando un pequeño dispositivo situado junto a la bisagra de la puerta derecha. Al acceder al jardín, entiende por qué lo llaman la escoba de la bruja: en la parte posterior de la casa, la que da al muro cubierto de yedra, se abre una pequeña abertura entre un enorme enramado reseco, una masa leñosa y densa.

—Se abre por aquí, ¿lo ve? —indica el jardinero introduciendo la mano entre el nido rugoso.

—Lo veo —contesta Cloe incorporándose y mirándolo a los ojos con gesto serio—. Gracias por las flores. Y le agradecería que nunca volviera a hacer uso de este pasadizo sin mi permiso, Víctor. Nunca.

Zaragoza, 1 de noviembre de 2019

A Cloe le gustan los cementerios. No es algo que suela verbalizar ni compartir con los demás. Sabe que se malinterpretaría. Pensarían que es una persona triste, extravagante y siniestra. Y no es verdad. Ella se considera alegre y divertida, pero le gustan los cementerios. Le producen una especie de encantamiento, un embrujo que remueve algo en su interior, que la sacude y la despierta del letargo en el que la vida, tal y como la conocemos, se va convirtiendo. Por eso cada 1 de noviembre Cloe visita el camposanto. Lo hacía incluso cuando estaba en Madrid, en cuyo cementerio no había ninguna tumba en la que ella debiera poner flores; sin embargo, siempre compraba unos claveles y los dejaba junto a los nichos más abandonados, aquellos cuyas lápidas emborronaba el tiempo con un barniz de tristeza, y después paseaba, leía algún epitafio y contemplaba los ángeles pétreos y los altos cipreses, longevos, perennes, dejándose envolver por el verdor y la quietud de las esculturas y la vegetación.

Hoy, el día de Todos los Santos, Cloe se dirige al cementerio de Torrero con un pequeño arreglo floral de claveles rojos y paniculata para colocarlo en la lápida donde reposan las cenizas de su padre y su hermana. Cloe piensa que Camila preferiría estar junto a Ada, su madre, pero los terribles días que sucedieron a su muerte levitan en una nebulosa turbia en la que ella fue incapaz de tomar decisión alguna y donde no quiere volver a adentrarse de momento.

El día es desapacible y está nublado. Es por la tarde y todavía hay bastante gente en el cementerio, grupos de familias y personas solitarias caminando entre los columbarios y los nichos. Cloe encuentra pronto la lápida tras la que reposan las cenizas de sus seres más queridos —Eugenio Oliver Vega (1965-2015). Camila Oliver Molina (1993-2019)—, y lee el epitafio que Paloma eligió para ellos; para su esposo, una leyenda escueta —«Amado esposo y padre

DEP»—; para la hija de este, una frase que Cloe había olvidado —«No turbéis el sueño de la que aquí reposa».

Tras colocar las flores en el pequeño recipiente de la lápida y limpiar el polvo con un pañuelo de papel, Cloe se dirige al Cementerio Viejo. Le gusta esa parte del camposanto donde abundan el mármol de Carrara, las cruces de forja, los panteones y los grandes ángeles de plumaje pétreo. Comienza a llover y al principio Cloe deja que las gotas le golpeen los hombros y el rostro, aunque pronto la lluvia arrecia y abre su paraguas rojo. Enfila el andador que conduce al monumento a la Fosa Común, flanqueado por dos hileras de solemnes cipreses, y desliza su mirada sobre las túnicas de lánguidos pliegues esculpidas en mármol, las etéreas formas femeninas, algunas de ellas deterioradas, y las figuras espectrales y sugerentes tocadas por laureles y hojas secas. Se detiene junto a la escultura de un desconsolado ángel y se fija en la masculina fortaleza de sus hombros, en la carnosidad de sus fuertes alas que contrasta con los cabellos lacios, en las suaves ondulaciones de su túnica. Junto a él aparecen pequeñas imágenes de búhos y relojes de arena. Cloe piensa en lo afortunados que son los ángeles; para ellos no transcurre el tiempo.

Sabe que Melania reposa en esa parte del cementerio; recuerda que un año ella y su padre acompañaron al tío Sebastián a poner flores y lo esperaron en el andador. Camina despacio, inspeccionando las lápidas. Al rato, la encuentra. Bajo la lluvia pertinaz, con su paraguas rojo, se adentra entre las tumbas que acoge la tierra húmeda. Y allí está. Un ángel arrodillado sobre la fría piedra oculta su rostro entre las manos, mientras un lirio resbala de sus dedos hasta caer a los pies de la tumba; los cabellos están tocados por una corona de hiedra; los pies, descalzos.

«Melania Vega Fortún (1939-1966)».

El epitafio de su tía es largo y tan enigmático como su propia persona. «La más adorada e infeliz de las mujeres. Que la tierra te sea leve. Espera a tu esposo que siempre te amará». Y justo debajo, sin dedicatoria alguna, el nombre del que ya se ha reunido con ella. «Sebastián Lanuza Gracia (1927-2018)».

De repente, ahí está. No sabe si ve antes el nombre o la figura. O ambas cosas al mismo tiempo. El querubín de piedra, de formas redondeadas, desnudo y sonriente, sentado en una esquina de la lápida. Se inclina levemente hacia delante, como si leyera las

inscripciones, apoyando la manita izquierda sobre una piedra y acercando el dedo índice de la derecha a los labios, pidiendo silencio a los visitantes. A diferencia del ángel grande, abandonado a la consternación, este espera con inocencia y serenidad. La leyenda aparece clara bajo el nombre de Melania y su esposo:

SEBASTIÁN LANUZA VEGA
(Junio 1965-Agosto 1965).
«Amado hijo. Cuida de tu madre».

7

Zaragoza, agosto de 1965

Lleva tres días sin salir de la cama. Sebastián deambula de un lado a otro; ella lo oye cuando se acerca a la puerta y apoya las manos sobre la madera. Nunca sabe si va a abrirla o no, pero normalmente no entra y vuelve a alejarse por el silencioso corredor. Lo imagina asomándose al dormitorio infantil, contemplando sus molduras de flores blancas y azules como pequeñas nomeolvides brotando de la guirnalda de escayola, abriendo los cajones de la cómoda blanca, acariciando un nombre pintado sobre el cabezal de la cama: el nombre enmarcado por un estarcido de tallos enlazados de aquel que nunca dormirá allí. Tan solo ellos dos duermen allí, en esa gran casa repleta de dormitorios vacíos. En la planta baja todas las estancias tienen su función, piensa Melania entre la bruma del dolor: a la izquierda, la acogedora sala de estar, donde Sebastián y ella pasan la mayor parte del tiempo, allí donde recibe a sus hermanas cuando van a tomar café y galletas de mantequilla; a la derecha, la magnífica biblioteca, que atesora obras literarias de los padres de ambos, y junto a ella un cuarto de baño sencillo y práctico; en frente, el gran salón, donde la familia se reúne y celebra fiestas, con la chimenea encendida en invierno y los ventanales abiertos al jardín en verano, con la pequeña sala de música escondida como un regalo inesperado; y al fondo, la amplia cocina, centro del hogar y del trasiego ordenado y sigiloso del servicio. Melania cierra los ojos y se abraza las piernas; está destapada sobre la colcha, con un camisón de lino blanco, los brazos y los pies desnudos. Su piel nívea, la tela alba, el lecho armiñado; un todo albugíneo con un único elemento discordante: el abundante cabello esparcido alrededor de su cabeza y su espalda, como una aureola de duelo. ¡Qué soledad se extiende en cambio por el primer piso!, casi grita sin abrir los labios. ¡Qué absurdas todas esas habitaciones deshabitadas! Una vez que subes la escalera, de los cuatro dormitorios

que acoge esa planta de la casa, tan solo el suyo al fondo del pasillo, el suyo y el de Sebastián, el más grande, ese desde el que se accede a un baño con ventana, solo ese huele a hogar, suena a vida. Por eso prepararon el del bebé junto al de ellos, entre su alcoba y el baño de azulejos color crema, para que el silencio no se instalara en él, para que los fantasmas se abstuvieran de entrar. Ahora, sin embargo, es solo otra habitación vacía, amueblada y sin un alma que cobijar, sin ruidos, sin alientos que empañen los cristales.

Melania permanece inmóvil sobre la cama. Ojalá tuviera frío, pero hace tanto calor que no es posible. Piensa en sumergirse en la bañera llena de agua helada, pero no se mueve. Casi no respira. Aunque la idea no la abandona; cree que quizá esa sensación la anestesiaría en parte, o que el frío la ayudaría a sentirse más cerca de él. Él estaba gélido. Azulado.

Hace ya tres días, pero a veces le parece que acaba de encontrarlo. Que aún está allí. Que todavía está gritando. Luego se mira en el espejo y ve que su boca está cerrada, cerrada como la ventana tras las cortinas echadas, como la puerta tras la que oye pasos incesantes, como sus puños con las uñas clavadas en las palmas. Ese día cuando entró en el dormitorio sintió un escalofrío; le dolía el hombro derecho y estaba agotada, había deseado con fuerza que el pequeño no se despertara esa noche. Sin embargo, el silencio de la habitación la asustó; ni un ligero sonido, absolutamente nada que delatara que una criatura de dos meses propensa a los cólicos dormía en la cuna balancín junto al ventanal.

Y entonces comenzaron los gritos. Sebastián entró corriendo y encontró a Melania sentada en el suelo con el pequeño entre los brazos. Los aullidos brotaban de entre los cabellos enmarañados que caían sobre su rostro, y rasgaban el tul traslúcido del silencio. Entre esos retazos desgarrados de gasa pudo distinguir a su hijo, que había dejado de respirar. El bebé estaba muerto.

Zaragoza, 2 de noviembre de 2019

Cloe camina por la calle Alfonso embebida en sus pensamientos. A pesar de no tener fe, visita a la Virgen del Pilar en la basílica siempre que puede. No reza. Se acomoda en un banco de la capilla frente al

camarín, bajo la cúpula ovoide perforada, y se queda allí, en silencio. Más tarde recorre las naves, como si se tratara de un ritual, y sale a la plaza. Después, si hay sitio, suele sentarse en una mesa del emblemático Gran Café y tomarse un chocolate con churros en la antigua Joyería Aladrén, como hacía con su padre. Hoy el local está lleno.

Inspira profundamente y mete las manos en los bolsillos de su abrigo de *tweed*. La abundante melena cae por su espalda como una manta de lana gruesa. Ha crecido mucho durante los últimos meses y ahora, cuando se mira en la luna de uno de los expositores acristalados, cree vislumbrar fugazmente la figura de Camila enmarcada por plafones de plata sobredorada. Ojalá estuviera ahora aquí; se pregunta si su hermana llegó a saber algo sobre su tía abuela, sobre la razón de los espejos rotos. Sobre el niño muerto.

Cecilia la ha invitado a comer en su casa. Vive en el Coso, de modo que Cloe llega temprano y pone la mesa mientras la anfitriona termina de preparar sus famosos *fetuccini alla puttanesca*.

—Perdió un hijo, sí —le comenta Cecilia cuando terminan el pastel de guindas, mientras sirve el café, fuerte y negro—. Muerte súbita, creo que lo llaman.

—Madre mía, qué horror.

Su tía levanta brevemente la ceja izquierda. La indiferencia de Cecilia sorprende a Cloe.

—Imagino que sí. —Se recuesta en el respaldo del sofá en actitud indolente y coloca en la espalda un cojín floreado—. Fue muy dramático, mi hermana se volvió...

La interrupción resulta extraña, como un punto y coma en el devenir del mundo.

—¿Loca?

Cecilia se vuelve hacia Cloe con un gesto inescrutable.

—Triste. —El adjetivo las envuelve oscureciendo la sala—. Triste, más de lo habitual.

Suena el *Lamento de Dido* de Purcell, y un aire de viejos tiempos se desliza entre los lienzos de la sala y los brocados de las cortinas. Cloe repara en una fotografía colocada entre un montón de libros en un marco de moldura francesa: en ella Melania tendrá unos veinte años, está sentada en un tronco caído y con el codo derecho apoyado sobre las rodillas; Clotilde sonríe junto a ella, de pie, ladeando la

cabeza en un gesto de coquetería; Gabriela posa consciente de la belleza de sus facciones, y una niña con el rostro oculto tras el cabello está sentada junto a la hermosa adolescente, en un balancín.

—Esta fotografía —dice Cloe al tiempo que se levanta y la coge— estaba en casa de la tía Gabriela y el tío Eduardo. Y creo que la abuela también la tiene.

—Es muy posible —comenta Cecilia encogiéndose de hombros.

—Sin embargo, no la he visto en la villa.

—Melania no era particularmente sentimental, querida.

Cloe deja la fotografía en su sitio y se sienta junto a su tía.

—Por cierto —titubea unos segundos—, el tío Eduardo me contó que vosotras cuatro no sois hermanas en realidad, que mi abuela y tía Melania...

Cecilia la mira fijamente. Su ojo derecho, sin pestañas, parece el ojo de un pez muerto.

—Este Eduardo... —Una sonrisa extraña estira la comisura de sus labios. Hay una cierta condescendencia en el gesto, como si pensara en un niño pequeño o en un adolescente alocado.

—¿Fue un accidente?

Cecilia permanece callada. Resulta extraño verla dudar.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu abuela? —la interpela al cabo de unos segundos—. Al fin y al cabo, eran sus padres.

—Ya lo hice. Lo hice.

Clotilde eludió la respuesta con tanta naturalidad como hastío.

—¿Por qué te interesas por historias tan antiguas, niña? —rezongó mientras se frotaba las manos—. No es normal que te preocupes por esas cosas.

—Abuela, no entiendo... Al fin y al cabo, también se trata de la historia de mi familia.

—¿Y qué quieres que te cuente? No los recuerdo en absoluto, yo solo tenía uno o dos años. Para mí mis padres siempre fueron Remedios y Gabriel. Y todas ellas, mis hermanas, por supuesto.

—Pero tendrás alguna fotografía de ellos, no sé...

—No. —Seca, cortante, con un punto de saliva seca en las comisuras de sus labios casi octogenarios.

—¿Ninguna? ¿En serio?

Su abuela la miró con esos ojos saltones que no habían perdido en la vejez ni un ápice de intensidad.

—Ninguna.

—¿Y no sabes qué pasó? —insistió Cloe.

—¡Un accidente, te lo he dicho cien veces!

—Pero ¿qué clase de accidente?

—Deja a tu abuela en paz, Cloe.

La intervención de Alonso la cogió por sorpresa. Normalmente su abuelo permanecía callado en algún rincón de la habitación, leyendo y fumando un cigarro tras otro, limitándose a asentir y a realizar alguna observación intrascendente. La firmeza de sus palabras se acompañó en esta excepcional ocasión de la presión de su mano huesuda en el hombro de su nieta.

—Pero...

—He dicho, cariño, que ya está bien.

—De modo que imagino que hay algo extraño detrás de sus muertes; si fuera un accidente de tráfico o algo por el estilo, ¿por qué tanto misterio? No lo entiendo...

—Tienes razón —admite su tía—, esta familia tiene la mala costumbre de guardar secretos. Demasiados. Y tú tienes derecho a saber.

Cecilia se levanta y se acerca a una hermosa planta de Pascua que adorna una alacena. Quita unas hojas secas y las guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Tu bisabuelo, el verdadero, se llamaba Luis Gutiérrez. Era abogado, como mi padre; de hecho, eran buenos amigos de juventud. Un hombre fuerte, grande, muy fornido, por lo que me han contado. Guapo. Conoció a su esposa, la hermana de mi madre, tu bisabuela... Bueno, ya me entiendes. Conoció a Teresa precisamente a través de mis padres; Melania se parecía mucho a ella, y Clotilde también, claro, aunque ya sabes...

Cloe calla. No quiere terminar las frases de Cecilia. A veces, piensa, tenemos la osadía de creer que estamos alojados en la mente del otro y esa precipitación hace que nos perdamos muchas verdades.

—Quiero decir —prosigue con cierto malestar—, que Clotilde siempre ha sido menos hermosa. En fin, que esto lo diga yo tiene

gracia, me imagino, pero dejémoslo. El caso es que, aunque se conocieron después, se casaron antes que mis padres. Y tuvieron a Melania y a Clotilde.

Cecilia se acerca a un pequeño mueble de patas repujadas y gavetas con tiradores de latón y extrae una carpeta que parece llena de cartas o documentos.

—Mira —extiende una fotografía que saca de entre los papeles—. Son ellos.

Cloe la toma como impelida por un resorte. Alza los ojos hacia su tía, que permanece de pie.

—¿En serio? ¿Y la tienes tú en lugar de mi abuela?

Cecilia encoge los hombros y se sienta junto a ella.

—Estaba entre las cosas de mi madre. La encontré cuando ella murió. Lo cierto es que nunca se la he enseñado a nadie.

—¿Por qué? —pregunta Cloe desconcertada—. ¡Eran sus padres! ¿Por qué no se la diste a mi abuela?

Cecilia mueve la cabeza en un gesto levemente pendular. Ahora Cloe solo puede ver su perfil desfigurado, donde no hay expresión alguna.

—Ella no hubiera querido verla. Se hubiera puesto nerviosa —se gira hacia su sobrina y la mira fijamente. Cloe percibe una punzante frialdad en su ojo izquierdo, como un alfiler hendido en la pupila—, histérica en realidad, ya la conoces. No quiere saber nada, absolutamente *nada* —recalca las palabras con un deje de desafecto en el tono que inquieta a Cloe— de sus verdaderos padres. Imagino que eso arruinaría su mundo ideal.

—¡Tía! —la reprende Cloe frunciendo el ceño.

Cecilia se encoge de hombros y cruza las piernas. Pero no contesta. Se limita a hacer un pequeño gesto con la mano para invitar a su sobrina a mirar la foto.

En la instantánea, tomada sin duda en el estudio de un fotógrafo, una mujer está sentada en una silla de brazos mullidos sosteniendo encima de sus piernas a un bebé sonriente, mientras un hombre alto y corpulento permanece de pie. Delante de él, prácticamente apoyada en las piernas del padre, una pequeña de unos cuatro años mira al frente con un gesto extraño.

—¡Vaya!

El rostro de Teresa es redondeado y suave, la piel blanquísima,

los ojos negros y enormes bajo unas cejas pobladas y oscuras, el cabello largo y espeso cayendo en rizos rebeldes sobre los hombros y la espalda.

—Sí, lo sé. Clavadita a Melania.

—Y a Camila.

Un silencio breve, tangible. El tictac del reloj dibuja pisadas diminutas sobre la gruesa alfombra floreada.

—Y a tu hermana, por supuesto.

La mirada de Teresa es extraña, una mirada que se pierde en lo profundo de la cámara fotográfica, o tan solo la roza, la envuelve como una gasa invisible. Está seria, pero no se la ve enfadada, ni preocupada, ni temerosa, ni circunspecta. Parece que se limite a estar, sin casi mirar el mundo exterior, sin apercibirse casi de su entorno.

—Mi madre decía que él la adoraba.

Cloe se fija en Luis, en su mandíbula fuerte, en sus ojos pequeños. Es atractivo. Mira al frente, pero su mano izquierda se posa sobre el hombro de su esposa, hundida entre el cabello. Con la derecha sostiene la mano de la niña.

—Melania tiene un aspecto un tanto extraño, ¿no te parece?

Si no fuera por el vestido, la pequeña podría haber pasado por un niño. El cabello extremadamente corto, las rodillas llenas de costras, los lóbulos desnudos.

Su tía no contesta. Señala al bebé que reposa encima de las rodillas de la mujer.

—Mira, tu abuela.

Cloe se siente extraña, como si una raíz se abriera paso a través de su pecho deshabitado. Tantas pérdidas. Tanto desafecto. Tantos secretos.

—Bueno, ¿y qué pasó? No ocurriría mucho después de esta foto, imagino.

Cecilia desliza los dedos sobre la superficie del sofá, como si quisiera quitar unas bolisas inexistentes.

—Lo que te voy a contar es la historia que nuestros padres, Remedios y Gabriel, nos contaron a las cuatro cuando fuimos mayores.

Cloe asiente.

—Había violencia —prosigue su tía—. Episodios de mucha agresividad —suspira lentamente dejando la mirada perdida—. Parece que desde el principio, aunque durante los primeros años nadie lo

supo. Aparentemente eran una pareja perfecta. Guapos, ricos, jóvenes. Eran años difíciles, ya sabes, la posguerra... Pero ellos tuvieron suerte, no estaban entre los vencidos. Incluso la familia pensaba que eran felices. Mi madre decía que él la adoraba —Cloe frunce ligeramente el ceño. Su tía ha repetido esta frase ya dos veces—, e imagino que era fácil que así fuera, ¿no? Si Teresa se parecía a su hija Melania, siquiera un poco, lo entiendo perfectamente. Tú no la conociste, pero quien lo hizo... No pasaba desapercibida, era imposible sustraerse a su magnetismo, ejercía una fascinación fuera de lo común.

—Sin duda era hermosa...

—No se trata de eso, querida. Hay muchas mujeres hermosas. —Cecilia se levanta y se acerca a la pared donde destacan seis fotografías enmarcadas en madera de chopo—. Fíjate en todas ellas —la tez aterciopelada de las modelos destaca entre la vegetación, entre los motivos oníricos que configuran las composiciones—, todas hermosas, increíblemente hermosas algunas, de hecho, mucho más que mi hermana. Pero cuando estás con ellas más de cinco días, ya no te sorprenden, su belleza se vuelve tediosa, común. Las olvidas con facilidad. Es así —se encoge levemente de hombros y vuelve a sentarse junto a su sobrina—, te asombrarías si te hablara de las vidas de algunas de estas mujeres; su belleza es solo un accesorio, como puede ser tu cabello, o incluso mi deformidad. —Cloe se revuelve algo incómoda, pero Cecilia no parece darse cuenta y continúa sin aparentar emoción alguna—. Melania no era hermosa, querida. Melania era...

El silencio de nuevo se apresura a corretear hasta la puerta abierta de la sala.

—¿Fascinante?

Cecilia permanece unos segundos callada, como si buscara la palabra precisa.

—Excesiva.

El silencio vuelve, subiendo por los cojines y arrugando la colcha doblada con cuidado sobre el reposabrazos, pero Cloe se empeña en saber más de sus auténticos bisabuelos.

—¿Entonces era todo fachada? ¿No eran felices en realidad?

—¡Oh, no, por supuesto que no lo eran! No puede haber felicidad cuando te agreden, ¿no crees? Al principio parece ser que solo eran gritos, amenazas, chantajes emocionales, pero pronto las cosas se

volvieron más complicadas. Mi padre dijo que había visto golpes, arañazos, algún moratón... Sin embargo, nunca llegó a sospechar que ese hogar fuera un infierno. Imagino que era difícil suponer algo así. Al nacer Clotilde, el problema se agravó. Mi padre quiso ayudar, intentó tomar cartas en el asunto, pero Luis no se lo permitió. Finalmente, todo acabó en tragedia.

—¿Él la mató? —pregunta Cloe, aunque está segura de conocer la respuesta.

Cecilia la mira con una intensidad extraña.

—No, por supuesto que no. Fue ella. Ella lo mató a él.

8

Zaragoza, 8 de noviembre de 2019

Para Cloe es difícil simpatizar a primera vista. No es algo que acostumbre verbalizar ni compartir con los demás. Sabe que se malinterpretaría. Pensarían que es una persona huraña, negativa. Y no es verdad. Ella se considera extrovertida y afable. Pero la gente suele caerle mal. A menudo cambia de opinión, pero de buenas a primeras, cuando conoce a alguien, siempre hay algo que le produce rechazo o le disgusta; durante mucho tiempo pensó que el problema era ella; ahora solo cree que es una persona selectiva en sus relaciones y en sus afectos.

—Bueno, pesado, ¿ya estás contento? —Cloe sostiene en una mano la cerveza y con la otra le propina un pequeño empujón a su primo.

Toni se ríe y la pronunciada nuez de su garganta se mueve apresurada.

—Te digo que es majísimo, te caerá genial. Y, a ver, si la propuesta empresarial no te interesa, al menos puedes ganar un amigo. Que tampoco te sobran, la verdad...

—¡Mira que eres bobo! —Cloe mira hacia la puerta del restaurante y después dirige su mirada hacia la chica que los acompaña—. Bueno, Greta, ¿qué tal todo? Ya hacía tiempo que no nos veíamos.

La novia de su primo es una muchacha menuda y apocada, con ojillos de gorrión. Las jóvenes no tienen mucho en común, y el esfuerzo que hace Greta para mantener una conversación con cualquiera que no sea Toni es tan evidente como conmovedor. Cloe la aprecia; el solo hecho de ver lo feliz que es su primo cuando está con ella y lo desvalido que se siente cuando no la tiene a su lado son motivos suficientes para que Greta se encuentre en el círculo de personas de interés de Cloe. Cosa distinta es que lo entienda; no sabe

qué ve Toni en esa chiquilla poco atractiva y callada, sin nada que aportar, al menos a ella. Pero es así. Y con eso basta.

—Sí —contesta Greta con una sonrisa que Cloe sabe sincera, aunque en otra persona parecería falsa por lo apagada, por lo insípida —, hace mucho. Yo estoy muy bien, como siempre, gracias.

En ese momento llega un joven muy atractivo; el cabello corto y oscuro, las facciones marcadas, la sonrisa ancha. Cloe lo observa con disimulo mientras finge escuchar a Greta. Él pasa junto a ellos y se reúne con un grupo numeroso congregado a la entrada del restaurante.

—Vaya, vaya, madre mía —comenta Cloe sin apartar la mirada; se fija en los hoyuelos asimétricos que se le forman en las mejillas, y propina un pequeño empujón a la novia de su primo—. ¿Has visto eso? Por un momento he creído que quizá se tratara del amigo de Toni.

—¿En serio? —pregunta él divertido—. Pues no sabes cómo lo siento, pero no.

—Ya, ya... Hubiera sido demasiado bueno. ¡Ya me había emocionado! —La carcajada es de cristal esmerilado—. Pero en realidad lo he pensado durante tan solo unos segundos. Me parece a mí que ese chico no tiene cara de Lucas.

—Él supongo que no —dice una voz desde detrás—. Pero imagino que yo sí.

Cloe se vuelve, aturdida, y se encuentra frente a un joven de su misma estatura aproximadamente, con unos ojos castaños grandes e inteligentes tras los cristales de unas gafas de montura metálica. Un chico normal, como cualquiera, al que no prestarías demasiada atención a primera vista.

—Hola, Cloe —saluda tendiéndole una mano firme y cálida—. Soy Lucas, encantado.

Toni se mueve entre ellos con naturalidad; está disfrutando de la situación y mira a su prima con un aire pícaro.

—¿Qué pasa, Luc? —le dice dándole un abrazo. Luego continúa dirigiéndose a Cloe mientras el aludido saluda a Greta con los dos besos protocolarios—. Bueno, este es el fenómeno del que te hablé, el mejor chef de Zaragoza. ¡Qué digo de Zaragoza! ¡Del mundo! Muy grande, mi amigo Lucas. Cualquier día abre su propio restaurante y ya verás... —Antes de que el aludido pueda contestar, Toni da una

palmada y apoya las manos en la cintura de ambas chicas—. ¡Mirad! Nos dicen que ya podemos pasar. ¿No tenéis hambre? ¡Yo estoy famélico!

Toni ha reservado mesa en uno de los restaurantes de una conocida cadena de comida italiana situado en la calle Zurita, justo en frente de otro de comida americana. «Mejor pasta que hamburguesas, ¿no?», había preguntado a su amigo, que se limitó a sonreír con cara de circunstancias.

Una vez sentados los cuatro, rodeados de una profusión de dorados, molduras, cuadros y espejos, Toni y Greta comentan entre ellos la carta. Hay mucho ruido en el restaurante. Al levantar la vista, Cloe se da cuenta de que Lucas la está mirando fijamente.

—Decepcionada, imagino.

Cloe deja la carta sobre la mesa y frunce el ceño en un gesto interrogador.

—¿Perdona?

Lucas sonríe.

—Supongo que si esperabas a alguien como el tipo de la entrada, al verme a mí…

Cloe enrojece violentamente y lo interrumpe.

—Pero qué tontería estás diciendo. Decepcionada, ¿por qué? —Al ver que su interlocutor continúa sonriendo, prosigue en tono combativo—. Esto no es una cita a ciegas ni nada por el estilo, ¿no? ¿O me equivoco?

—No, no, perdona —responde Lucas levantando las manos con un gesto conciliador—, por supuesto que no. Es solo que… —titubea levemente y prosigue—, soy idiota, lo lamento, ha sido un comentario estúpido.

Una punzada de culpa hace que Cloe se revuelva en su silla.

—No, tranquilo, perdóname tú a mí —le dice sonriendo. Comprueba con alivio que el calor de sus mejillas comienza a desaparecer—, qué desagradable he sido contigo, ¿no? Es solo que… —ríe y Lucas lo hace también—, no sé, en fin, era un chico muy guapo, desde luego.

Ambos ríen mirándose a los ojos y, como siempre que esto sucede entre dos personas, se produce el milagro: el ambiente se vuelve distendido, la energía fluye, de pronto hay más luz, más color, la vida vibra un poco más y el otro te parece un amigo. Aunque lo acabes de

conocer.

—Bueno, veo que os habéis caído bien —comenta Toni—. Me alegro. ¿Ya sabéis qué queréis pedir? ¡Yo me estoy muriendo de hambre!

Zaragoza, 9 de noviembre de 2019

—Mamá —Cloe habla por teléfono mientras recoge el desayuno—, ¿tú sabías eso de que la abuela no era en realidad hermana de las tías Gabriela y Cecilia? ¿Te lo contó papá?

A Paloma esta mañana le duele la cabeza. Ha tenido unas pesadillas terribles y se ha levantado con un clavo metido en la sien izquierda. No ha querido mirarse en el espejo.

—Humm... —murmura mientras da vueltas al café con leche—, algo me suena, sí —resopla y se tapa con la manta que tiene siempre sobre el sofá—. Pero no lo recuerdo bien.

—¿Que no lo recuerdas bien? —Cloe cierra el lavavajillas y dobla con la mano izquierda el mantel—. Pues entonces no te lo contó. Si no, lo recordarías.

—¿A qué te refieres?

Cloe se sienta en una de las sillas de la cocina. La luz clara de domingo entra por la ventana como un paño tendido al sol y acaricia las figuras geométricas en tonos ocres del suelo hidráulico.

—El otro día estuve comiendo con tía Cecilia. Y se lo pregunté. Así, directamente. Ya sabes que ella es la más sincera de la familia. Sincera y directa.

Paloma calla al otro lado de la línea. El clavo presiona un poco más. Tendrá que tomarse un analgésico.

—Me contó que, efectivamente, tía Melania y la abuela eran hijas de la hermana de la que hasta ahora pensaba que era mi bisabuela, Remedios. Pero que, como ella y su marido murieron siendo las niñas muy pequeñas, Remedios y Gabriel las adoptaron. Luego tuvieron a sus propias hijas.

—Bueno —dice Paloma suspirando con desinterés—, ¿y qué importancia tiene eso? Al fin y al cabo, han sido una familia unida. A

todos los efectos, son hermanas.

—Cierto —responde Cloe—. Pero los padres de la abuela no murieron en un accidente, ¿sabes? Fue algo muy dramático.

—Que me imagino que me vas a contar —replica la mujer con un desagradable desinterés.

—Solo si tú quieres.

Paloma percibe la decepción en el tono de su hija. Sin embargo, no son el cariño ni los remordimientos, sino la curiosidad lo que la mueve a contestar.

—Sí, claro, cuéntamelo. No me dejes ahora con la duda.

—Pues parece ser, según tía Cecilia, por supuesto, que Teresa, mi verdadera bisabuela —se interrumpe un instante—, es que es un poco fuerte, mamá… —Oye un bufido al otro lado de la línea y prosigue—. Bueno, pues parece ser que ella maltrataba a su marido. Luis, se llamaba él.

—¿Que lo maltrataba? ¿Ella a él?

—Sí. ¿A que es sorprendente?

—¡Venga ya! —exclama Paloma con desdén— Tu tía está chiflada. Y ahora me dirás que ella se lo cargó.

Cloe abrió tanto la boca que notó un ligero dolor en la mandíbula.

—¡Vaya! —exclamó Cecilia con una sonrisa extraña—. Veo que te has quedado sin palabras.

Cloe miró la fotografía de nuevo. La mano de Luis en el hombro de Teresa. El hombre corpulento. La mujer tan frágil, con el bebé encima de sus rodillas.

—Pero ¿cómo es posible?

—Bueno… Ella estaba trastornada, de eso no cabe duda. Y él la quería tanto que apenas se defendía. Supongo que nunca imaginó que las cosas llegarían tan lejos. —Lo decía mirando hacia el ventanal, hacia el aire frío de la vida, hacia el frío del tiempo, hacia el vacío de la tarde que moría—. Lo que nos contaron es una historia extraña. Y terrible.

»Luis le confesó a mi padre que desde el nacimiento de Melania, cuando Teresa se disgustaba, comenzaba a gritarle. Si él hacía cualquier cosa que la molestara, lo amenazaba con tirarse por la

ventana o cortarse las venas. Él intentaba calmarla o ignoraba sus insultos, aunque sin dejar de vigilarla para que no se lesionara. Le contó a Gabriel que intentaba que Melania no oyera ni viera nada, y que por eso a veces la encerraba con llave en su habitación después de comprobar que no hubiera nada con que pudiera hacerse daño. Cuando nació Clotilde, Teresa pasó a las agresiones físicas. A veces lo golpeaba con las manos o con objetos punzantes, o le clavaba las uñas en la espalda cuando estaba dormido. Él le restaba importancia cuando hablaba con nuestro padre; le decía que su esposa estaba muy cansada por las niñas, que no tenía buena salud, que estaba enferma de los nervios... Insistía en que mejoraría cuando las pequeñas fueran más mayores.

»Tu abuela Clotilde siempre ha demandado mucho protagonismo —hizo un gesto de desafecto que Cloe ya había advertido en otras ocasiones—, parece ser que desde que nació. Lloraba sin parar. O eso es lo que decían nuestros padres. Y por lo visto su llanto desquiciaba a su madre. Cuando Clotilde comenzaba a berrear —a Cloe no se le escapó el tono despectivo del verbo—, Teresa enloquecía. Entonces Luis encerraba a las niñas en un improvisado cuarto de juegos, antes una pequeña despensa, donde tu abuela se quedaba en un capazo o en un parque de juegos cuando ya era algo mayor, y Melania sentada en el suelo, suponemos, entre muñecas y cubos de madera... Pobre Melania, ¿no te parece? Encerrada en una diminuta habitación sin ventanas, oyendo los gritos y los golpes de sus padres».

El silencio se coló por los poros de la piel de Cloe como una corriente de aire frío. Sin embargo, la sala estaba caldeada, sonaba una ópera de Verdi, el olor a café invadía la estancia.

—Hasta que un día, en uno de esos episodios de violencia, algo más sucedió.

Cecilia siempre ha sabido dosificar los tiempos; tiene algo de artista, suele pensar su sobrina, algo de dramaturga, de actriz. Esta vez no fue diferente; Cloe contuvo el aliento.

—Teresa cogió a la pequeña.

—¿A Melania? —interrumpió Cloe nerviosa.

Cecilia negó con la cabeza.

—A tu abuela —otra pausa, esta vez más breve, y el ojo de pez clavado con intensidad en el ojo izquierdo de Cloe—, que no dejaba de llorar. Luis se asustó. No hacía calor y, en cambio, la puerta del

balcón estaba abierta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Cloe llevándose la mano derecha a la boca. Cecilia asintió.

—Exacto. Teresa estaba fuera de sí, y parece que quiso tirar a la pequeña por el balcón. Hubo un forcejeo, y finalmente Luis le arrebató a la niña y la dejó en la alfombra para intentar calmar a su mujer. En ese momento, cuando todavía no se había incorporado del todo y antes de que pudiera reaccionar, Teresa empujó con fuerza a Luis, a sabiendas quizá de que la barandilla estaba oxidada y cedería fácilmente, y él cayó a la calle. Vivían en un quinto piso. No sobrevivió.

Cloe cogió aire y parpadeó incrédula. Luego expiró fuertemente y movió la cabeza hacia los lados.

—¡Madre mía! Qué horror... Pero ¿qué ocurrió con Teresa?

—No sabemos qué pasa por una mente trastornada, ¿verdad? —Cecilia sirvió otra taza de café a Cloe sin preguntarle y otra para ella; ya no estaba caliente—. Es un verdadero misterio. ¿Sabes cómo la imagino yo?

—¿A quién?

—¡A una mente trastornada! —rio la mujer moviendo las manos —. Como un enorme edificio vacío lleno de recovecos, escaleras y estancias decadentes, todo ello inundado por una niebla asfixiante, con miles de voces hablando a la vez y una energía siniestra invadiéndolo todo.

Cloe se quedó callada y cogió la taza. Odia el café frío, pero, a pesar de ello, le dio un sorbo.

—Vale. Pero ¿qué le pasó a ella?

—Se tiró por el mismo hueco de la barandilla. Cayó justo al lado del cuerpo de su marido, con la cabeza reventada.

—Pero ¿cómo se supo lo que ocurrió? ¿Es que hubo testigos? Las niñas...

—Parece que una vecina lo vio todo desde la ventana de enfrente. Relató a la policía cómo vio a los dos forcejear, cómo él intentaba arrebatarle a la pequeña porque ella trataba de lanzarla por el balcón. Dijo que ella lo cogió por sorpresa y lo empujó. Cuando estaba sobrecogida por la visión del cuerpo de él en la calzada, con un reguero de sangre comenzando a recorrer su figura, la sobresaltó el cuerpo de ella estrellándose junto a él.

Cloe se tapó las manos con la boca.

—Cuando llegó la policía y entró en el piso, encontró a las niñas dentro de la pequeña despensa, sentadas en el suelo, jugando con unas piezas de madera. Con la puerta cerrada.

—¿Melania se refugió allí con la pequeña?

—Eso parece. Clotilde no paraba de llorar, arrojaba los cubos contra la pared. Melania los recogía y no decía nada.

—¿Cuántos años tenía?

Cecilia pareció ausentarse unos segundos. Cloe notó un ligero aleteo en el párpado bueno, un casi imperceptible temblor en las manos. Estaba conmovida. La observó intrigada. Nunca había visto conmovida a su tía.

—Cuatro, creo. O iba a cumplirlos pronto.

—¿Y no dijo nada?

Cecilia suspiró e hizo un gesto con la cabeza.

—Solo dijo que sus papás se habían caído por la ventana.

Cloe pensó en Melania, en su figura en lo alto de la escalera, en los espejos rajados, en esa atmósfera fantasmal que envolvía su casa, en el aguamanil que ella había usado, en la habitación de la torre, en las caléndulas, y de pronto la ternura y el espanto se unieron; su pecho se volvió pesado, aprisionado por una tristeza oscura que tiñó la sala colgando de las lámparas de cristal como una telaraña sucia.

—¿Se acordaba de algo?

Cecilia negó con la cabeza.

—Todas mirábamos a mi padre cuando terminó de contar la historia, pero en realidad estábamos pendientes de Melania. Clotilde también. Dicen que a partir de los cuatro años comienzan a gestarse los recuerdos.

—¿Y los tenía? —preguntó Cloe abriendo mucho los ojos.

Cecilia se encogió nuevamente de hombros.

—Ella dijo que no, que no recordaba nada. De hecho, parecía tan horrorizada y sorprendida por la historia como las demás.

—Mejor así.

—Desde luego.

Cuando un par de horas más tarde Cloe se despidió de su tía, Cecilia se apoyó en el quicio de la puerta.

—¿Sabes qué dijo la vecina? —Su sobrina hizo un gesto interrogativo—. La testigo.

Cecilia se pasó la mano pecosa por el cabello.

—Contó que bajó a la calle, a curiosear, ya sabes cómo es la gente —el desprecio se coló entre las sílabas—, y que se fijó en ella. Dijo que se quedó impresionada y que no pudo borrar esa imagen de su mente durante muchas noches. Una mujer con la falda levantada, las piernas en una posición imposible y el rostro blanquísimo resquebrajado; de entre sus cabellos manaba un líquido espeso, que se extendía alrededor de la cabeza y del rostro formando una almohada carmesí donde se hundía su ojo izquierdo, abierto, grande y oscuro, como una gruta.

Cloe imaginó que esa vecina no se habría expresado así, pero no dijo nada. Se acercó a besarla y, como siempre, como le habían enseñado desde niña, lo hizo solo en la mejilla izquierda.

—A veces pienso —escuchó decir a su tía mientras ya se cerraba la puerta del ascensor— si esa gruta no sería como ese enorme edificio laberíntico invadido por la niebla y las voces. Si en esa misma gruta no se hundiría también Melania.

«Y Camila», pensó Cloe al tiempo que pulsaba el botón de bajada.

9

Zaragoza, noviembre de 1964

Sebastián le pasa el brazo por los hombros en actitud protectora. Ha caído la niebla y el frío se cuela impenitente bajo sus prendas de abrigo al pasar junto al convento de las Fecetas.

—¿Eres feliz, Mel? —pregunta Sebastián mientras la estrecha contra su cuerpo—. ¿Eres feliz conmigo?

Melania levanta el rostro hacia él y sonríe levemente.

—Por supuesto, mi amor.

Continúan por la calle Predicadores hacia el Mercado Central. A Melania le gusta ir allí a comprar, y a su marido le encanta acompañarla a ese edificio tan singular repleto de vida y algarabía, con sus columnas de hierro fundido y los olores mezclándose entre sí. Mientras ella escoge el género en los puestos de fruta, verdura y alimentación sin apenas prestar atención a las esbeltas columnas de fuste anillado, él se entretiene examinando la ornamentación que adorna los capiteles de las columnas de las fachadas.

—Hoy entra conmigo, anda —le pide Melania apoyando la cabeza en su hombro.

—Claro, por supuesto.

Sebastián, con las manos entrelazadas tras la espalda, deambula por el interior del Mercado Lanuza; camina despacio, con una calma reconfortante, extraña en un ambiente bullicioso como ese, donde se mezclan los gritos de los tenderos, las peticiones de vez, el trasiego de las ventas, los olores de la carne, el pescado y las verduras, la queja airada de alguna clienta, las risas de unos niños corriendo entre los puestos, todo revuelto en un batiburrillo de voces y aromas. Se siente bien. Los motivos vegetales salpican el entorno comercial y eso le complace, casi como si estuviera paseando por un extraño bosque metálico y tumultuoso: en las celosías, en las columnas de hierro, en los dinteles, en las cresterías, en multitud de elementos

arquitectónicos brotan girasoles y trigo y vides y granadas. De pronto cae en la cuenta de que también hay figuras de berro de los prados y neguilla, que representan el peligro, el diablo. La locura.

Pasado un rato no demasiado largo, busca a Melania entre la gente. Durante unos minutos angustiosos le cuesta encontrarla; gira sobre sí mismo, alza la mirada, siente un pálpito conocido y violento bajo las clavículas. Un hombre que transporta unas cajas apiladas en un carro lo empuja al pasar y se disculpa con voz ronca, casi sin mirarlo; huele a sudor, tabaco y alcohol. Sebastián siente un ligero rechazo y el pálpito se convierte en una presión dolorosa. Hasta que, de pronto, la ve. El cabello indómito, sus movimientos lentos, su abrigo inusualmente largo, oscuro, de cuello chimenea, sus manos voladoras y su rostro inmaculado, con esos ojos tan hondos. Él sonríe y espera a que ella levante la vista y lo vea. Cuando lo hace, mantiene la sonrisa solo unos segundos y luego la arruga de su frente se acentúa hasta conferirle un aspecto nada afable. La mirada de Melania tan solo lo ha rozado, sin un gesto de complicidad; ha planeado ligera por el interior del mercado, como una brisa fría, como un velo sutil desplegado a su alrededor, como una caricia regalada por accidente. Esa mirada se pierde entre el gentío del mercado, extraña, indescifrable, una mirada que a Sebastián le anega el alma en una cruel desazón.

Zaragoza, 13 de noviembre de 2019

—Gracias, en serio. Pensaba llamar a un cerrajero, no sabía cómo abrirlo.

Toni la mira con un destello de burla en los ojos. Suben la escalera y cuando llegan al dormitorio, él se da cuenta de que las cortinas no son las mismas que la última vez que estuvo allí.

—¡Vaya! Por fin te has animado a hacer algún cambio. Son bonitas.

—Bueno, las otras eran muy pesadas. Creo que con estas entra más luz.

—Desde luego. —Toni mira a su alrededor—. Y bien, ¿dónde está ese armario?

—En realidad es un bargueño. Pero, en serio, si ves que corres el

riesgo de romperlo, déjalo, que llamaré a alguien.

—¡No seas tonta! —exclama él aparentando estar herido en su orgullo—. ¿Por quién me tomas?

El mueble es de una belleza rotunda. La estructura principal, de madera de nogal profusamente decorada con incrustaciones de marfil, está dividida en múltiples compartimentos y pequeñas gavetas; una tapa abatible hace las veces de escritorio. Es rectangular y estrecho, razonablemente ligero para poder ser transportado, con una repisa con chambrana en la parte inferior.

—Mira, ¿ves? —le dice Cloe señalando la parte superior, formada por una hilera de cajones horizontales—. Todos estos estaban abiertos. Y vacíos. Pero hay uno en la fila inferior que no se puede abrir.

El cajón central, flanqueado por cuatro horizontales superpuestos y decorado con una flor aster, es el único que permanece cerrado.

—Tranquila —dice Toni sacando del bolsillo una pequeña navaja multiusos—. Si veo que me lo puedo cargar, lo dejo. La verdad es que es una preciosidad.

Con cuidado, Toni pasa una punta de navaja por la parte superior del cajoncito. Tras algunos intentos, consigue hacer saltar el pequeño pestillo, y la portezuela se abre.

—*Voilà!*

Dentro solo hay una libreta, una especie de agenda de piel negra. Los jóvenes ojean interesados el contenido.

—Parece un diario —observa Cloe—. Mira. Es del tío Sebastián.

—¡Vaya! Interesante... —Ante el gesto decepcionado de su prima, Toni le propina un cariñoso golpe en la espalda—. ¿Qué pensabas? ¿Creías que ibas a encontrar una joya carísima o algo así? ¡A mí me parece que no puedes quejarte de la herencia!

Lo dice despreocupado, con alegre desinterés; sin embargo, por vez primera, Cloe detecta algo agrio en su tono. ¿Es posible que sea envidia?

—No. Pensaba que encontraría algo de mi hermana. Gracias de todos modos —se apresura a contestar—. Eres un encanto.

Mientras estaban en el dormitorio, el sol se ha puesto y la oscuridad se ha adueñado de la casa. La habitación está iluminada por la magnífica lámpara de cristal de roca y una Tiffany en la mesilla, pero el pasillo más allá de la puerta de madera oscura está en penumbras. Toni mira hacia allí y una sensación de ahogo le presiona

el esternón; la negrura es densa y tibia, casi sólida, y siente que alguien les observa desde el otro lado.

—¡Joder, Cloe! —exclama, riéndose nervioso—. No sé cómo puedes vivir aquí tú sola.

Se escucha un crujido leve y un sonido como de agua al correr. Él se tensa.

—Son los típicos sonidos de una casa vieja, Toni —explica Cloe mientras se aproxima a la puerta—. No tienen más importancia.

Cloe tantea la pared en la oscuridad para encontrar el interruptor. El silencio no es silencio; Toni oye un siseo muy tenue, un frufrú de telas pesadas arrastrándose en pasadizos empolvados, el crujir de una barandilla. Como un destello le llega la visión de la escalera: la mujer seria, de ojos extraños y cabellos impenetrables, y la adivina allí, en el pasillo, su mano blanca y huesuda a punto de tocar con sus dedos fríos la piel cálida de su prima. Piensa que cuando se encienda la luz la encontrarán allí, de pie, frente a ellos.

—Ya está, ¿ves, bobo?

Cloe lo mira divertida, con una luz de burla en sus enormes iris. Toni casi cree ver a la mujer de vestido oscuro. Pero no. El pasillo ahora está iluminado, igual que la escalera, con el hermoso papel pintado de las paredes y las molduras blancas decorando los altos techos.

—Ya... —ríe algo incómodo. Se siente ridículo.

—Tenía que pedirte otro favor —le dice Cloe mientras lo acompaña a la puerta de la entrada—. También quiero cerrar la escoba de la bruja. Ya sé que solo la conoce la familia, pero me sentiría mucho más segura.

—¿La escoba de qué? —pregunta Toni confuso.

—¡Ah! ¿No lo sabes? Bueno, yo tampoco lo sabía. Si tienes un momento, te la enseño.

Toni echa un rápido vistazo al reloj y asiente.

—¡Claro! —contesta—. He quedado con Greta, pero voy bien de tiempo.

Cloe lo conduce a la cocina y, una vez allí, abre el gran armario; dentro no hay baldas ni cajones, sino un escobón, un recogedor y un cubo con una fregona. Ella pulsa un pequeño dispositivo situado junto a la bisagra de la puerta derecha, y con un ligero clic el fondo del armario se abre.

—¡Anda! —exclama Toni asombrado—. ¿Tienes una puerta secreta? ¿En serio?

Cloe coge una linterna de la repisa y sonríe.

—Más que eso, querido. —Empuja el fondo del armario y se introduce en él. Se gira hacia su primo y le hace un gesto con la cabeza—. Tengo un pasadizo secreto.

El pasillo es estrecho y ahora está completamente oscuro, tan solo iluminado por el haz de luz. Toni se fija en que el suelo es de cemento y, sin embargo, las paredes son de piedra grande y rugosa. Son pocos metros, pero siente una leve claustrofobia; huele a tumba.

—Ya llegamos —dice Cloe—. Ten cuidado al salir.

La luz de la linterna ilumina el final del breve túnel. Al principio Toni no sabe dónde está: un nido, una enorme telaraña leñosa. Cloe baja la cabeza y sale por un agujero entre las ramas nudosas. Toni la sigue. Una vez fuera, se incorpora y mira hacia el muro.

—¡Madre mía! —exclama llevándose las manos a la cabeza—. Nunca lo hubiera imaginado.

—Ya —dice Cloe—. Víctor, el jardinero, me pegó un susto de muerte.

—¡No fastidies! ¿Te lo encontraste dentro de casa?

Cloe asiente y cruza los brazos. Han salido sin el abrigo y hace frío.

—Quería dejarme unas flores. No te preocupes —se apresura a aclarar al ver el gesto de su primo—, es inofensivo, de veras. Me dijo que el pasadizo lo conocía la familia.

—Bueno, pues yo no tenía ni idea —comenta Toni rascándose la cabeza—. Ya sabes que siempre he sido la oveja negra. Pero bueno, tiene gracia.

—Pero me da un poco de miedo —apostilla Cloe.

—¿Por qué? Tú misma has dicho que si el fondo del armario está cerrado, desde aquí no se puede acceder.

Cloe niega con la cabeza.

—No, yo no he dicho eso. He dicho que, si estuviera cerrado, solo habríamos tenido que pulsar aquí para entrar.

Cloe introduce la mano entre el nido rugoso, en el punto exacto que le mostró Víctor.

—Aquí hay otro mecanismo de apertura, ¿entiendes? Cualquier persona que conozca la escoba de la bruja puede entrar en mi casa —

Toni hace un gesto de afirmación—; por eso quiero cerrar el acceso por dentro, poner un cerrojo o algo parecido en el doble fondo, de modo que no se pueda acceder a la cocina desde fuera. A no ser, claro, que yo lo deje abierto.

—Ya, buena idea —asiente Toni mientras pone la mano en el hombro de Cloe en un gesto protector—. Pues compro un cerrojo, vengo y te lo pongo, ¿de acuerdo?

Minutos después Cloe está en el umbral de la puerta, apoyada en el marco y tapada con una manta de lana color salmón. Toni se aleja por el camino del jardín entre las pequeñas luces encendidas. De pronto, como si hubiera olvidado algo, se vuelve hacia su prima.

—Por cierto —le dice alzando un poco la voz para que lo oiga—. No me he acordado de decírtelo, pero el otro día alguien me pidió tu número de teléfono —Cloe no distingue bien su cara, pero adivina un gesto divertido, incluso travieso—. Por supuesto, no se lo di.

—¿Quién?

—Lucas —suelta él mientras abre la puerta del jardín—. Pero te conozco. Sé que me habrías matado si lo hubiera hecho sin tu permiso. Dáselo tú cuando quieras. ¡Pero que sea pronto!

Zaragoza, 5 de enero de 2019

Hace frío y le duele el estómago. Es una sensación sorda y desagradable, como si se hubiera tragado un pequeño yunque o un panel de abejas muertas. Intenta no acercarse a los farolillos y se cuela entre los arbustos. De pronto, algo le golpea el rostro, aunque no es un golpe, es una caricia, es algo frío, ligero, alado; lo aparta bruscamente. Un ángel de Navidad. Sin querer, pisa una hilera de caléndulas que quedan aplastadas bajo su peso. Más allá de la jacaranda se divisan los ventanales iluminados y personas vestidas de fiesta que se mueven de un lado a otro brindando con estilizadas copas de champán. Juraría que oye la música, melodías ligeras, algo de jazz, tal vez villancicos. Pero no es cierto. Desde allí fuera, desde la oscuridad, entre los árboles y los setos, cerca del torreón, solo los sonidos de la noche perturban el silencio.

De repente levanta la cabeza, fija su atención en el mirador de lo alto de la torre y le parece advertir que la puerta está abierta. No está

segura. Algo sobrevuela la oscuridad cuajada de ramas. Un murciélago, quizá. El dolor de estómago se vuelve más intenso. Es una noche vibrante y fría, embrujada, la noche de todas las noches abriéndose paso entre el titilar de las velas y las mentiras que se les cuentan a los niños.

La rabia se licua en su garganta. Duda. Hace frío y ahora le duele algo más que el estómago. Le duelen el fracaso, la pérdida, la nada absurda y emponzoñada en la que se han convertido sus días. Le duelen la indiferencia, el ninguneo. Le duele la vida. Y quizá es ese mismo dolor el que conduce sus pasos a la parte posterior de la casa, hasta la pared cubierta de yedra y el enorme enramado reseco, esa masa leñosa que fragmenta el negro de la noche en un nido enmarañado de hebras grises.

Paloma se queda de pie junto a la escoba de la bruja. Alza la mirada. Desde ese lugar no se ve el mirador de la torre, pero ella sabe que está allí, dominando las vidas perfectas que transitan en el interior de la villa de Melania. Introduce la mano entre las ramas agostadas.

10

Zaragoza, 16 de febrero de 1960

«Melania. Mi Melania. ¡Oh, Dios! La melancolía *es* Melania.

¿Qué hago escribiendo un diario? ¡Un diario! Como si fuera una jovencita en lugar de un hombre hecho y derecho. Es tan absurdo, casi me avergüenzo. Pero la amo tanto, y estoy tan asustado...

Podría terminar con todo. Con todo. Sí, lo sé. ¡Podría hacerlo! Dejarla. ¿Acaso puedo dejarla? ¡No! ¡Nunca! Nunca. Ella me ama. Pero... suele estar tan, tan triste. ¡Tan triste! Lo peor no es la tristeza, es esa mirada. Esa mirada...

¿Qué hago, Dios? ¿Qué hago? Creo que tan solo hay una respuesta porque la amo más que a mi vida. Mi Mel, mi Melania. ¡No te abandonaré! ¡Nunca! Quizá no pueda salvarte, pero no te abandonaré. Aunque ninguno de los dos podamos salvarnos».

Zaragoza, 15 de noviembre de 2019

Cloe apaga el secador y contempla su cabello. Se diría que tiene vida propia, como un campo de espigas tiznadas mecido por el viento. Sobre la cama ha colocado el vestido que va a ponerse. Era de Camila. Ha dudado mucho entre esa opción o unos vaqueros con un jersey, pero finalmente se ha decidido por esa preciosa pieza larga de punto negro. Va a cenar con sus amigas en un restaurante de la plaza de los Sitios que ella no conoce y cree que será adecuado. Llevan mucho tiempo sin reunirse todas, años en realidad, desde antes de marcharse a Madrid. Le hace feliz recuperar la sensación de ser joven, de disfrutar de una noche de chicas, de sentirse abierta a las confidencias y a las risas.

Ha trabajado duro durante esta semana; de ahí unas ligeras ojeras, pero no hay nada que un buen corrector no pueda enmascarar.

Cuando termina de maquillarse, deja el lápiz de labios en la mesilla para no olvidar meterlo en el bolso; aunque después jamás se retoca, saber que puede hacerlo la ayuda a sentirse más segura. Su mirada se posa en la pequeña agenda de su tío, la que Toni y ella encontraron en el interior del cajón cerrado del bargueño. Se sienta un momento en la cama, en ropa interior, y la toma entre sus manos, acariciando la tapa de piel oscura, suave aunque cuarteada. La ojea una y otra vez, y se fija en la letra apretada, escrita con pluma. En algunas páginas la tinta está algo emborronada, pero resulta bastante legible. Lleva días leyendo esas notas que tanto le revelan de un dolor lejano y, sin embargo, muy suyo. En la soledad de sus noches, la voz de Sebastián la acompaña.

Llaman a la puerta y Cloe se apresura a ponerse el albornoz y a bajar al piso inferior. Será Toni. La ha llamado al despacho esta mañana y le ha dicho que ya tenía el cerrojo para la puerta secreta, que pasaría por la tarde a ponérselo. Cloe pensaba que lo haría antes, pero no pasa nada; mientras lo coloca, ella terminará de arreglarse. Abre sin utilizar la mirilla.

—¡Vaya! ¿Te pillo en mal momento?

Lucas la mira con gesto interrogativo, levantando mucho las cejas sobre las gafas de montura metálica.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —pregunta Cloe ciñéndose más el albornoz de un modo instintivo y sintiendo cómo el rubor tiñe sus mejillas más allá del colorete que se ha aplicado hace unos minutos.

Lucas hace una señal e indica un maletín grande y rígido que lleva en la mano derecha.

—El cerrojo —contesta con el mismo gesto expresivo. Ante la evidente confusión de Cloe, continúa—. Toni me pidió que viniera a ponerte un cerrojo, así que lo traigo, y también un buen taladro, por si tú no tenías. La puerta del jardín estaba abierta. Pero si es mal momento, Cloe... Veo que vas a salir.

Cloe niega con la cabeza y le hace un gesto para que entre en casa, mientras sonríe intentando disimular su incomodidad. «Te mato, Toni, yo te mato».

—Bueno... —dice tratando de mantener la sonrisa—. Mi primo no me lo había dicho. De hecho, yo lo esperaba a él. Pero ya que estás aquí... Adelante.

—Tú primero —dice Lucas, que parece no sentirse incómodo por

la situación—, yo no conozco la casa.

—Claro, por supuesto. Sígueme.

Caminan en silencio. Cloe se siente absurda cruzando la planta baja de su hermosa casa en albornoz y calcetines, seguida por un chico al que prácticamente no conoce. No sabe a qué estará prestando él atención; quizá al gran salón que se adivina tras la puerta abierta, donde le gustaría establecer su restaurante, a los papeles pintados, a las fastuosas lámparas de araña, o quizá a su espalda, a su figura enfundada en un grueso albornoz como si fuera un oso de peluche.

—Bien, pues aquí está —indica ella abriendo el armario de la cocina—. Así que mi primo te ha colgado el muerto. ¡Qué cara tiene!

—¡No, no, qué va! —exclama Lucas con un gesto de la mano. Coloca el maletín sobre la mesa y lo abre—. No me importa, en serio. Creo que Toni ha discutido con Greta, ya sabes —ambos hacen un gesto de entendimiento—, y yo no trabajo esta semana, en el restaurante están de reformas. Además —sonríe mientras saca el taladro y unas brocas—, es una buena ocasión para volver a verte.

Cloe se siente turbada y desvía la vista mientras suelta una risita nerviosa. Cuando vuelve a mirarlo, él ha vaciado el armario y está comprobando el fondo.

—¿Así que una puerta secreta? —Se gira hacia ella y pone un gesto divertido—. ¡Vaya! Y un pasadizo también, ¿no? —Cloe asiente, y él prosigue—. Esta casa es una maravilla; tienes suerte de vivir aquí.

Lucas es la primera persona que le dice eso. Los demás piensan que está loca; el otro día incluso percibió un miedo real en Toni en el pasillo oscuro. Él es el primero al que ha visto mirar su casa como lo hace ella.

—Yo también lo creo —contesta—. Te enseñaría el pasadizo, pero ahora mismo...

Cloe señala su albornoz y los calcetines. Ambos ríen. Tiene una sonrisa bonita, Lucas. Se le forman unas arrugas que le hacen parecer mayor. Más interesante.

—Bueno, no te preocupes. Esto lo pongo en seguida. Y si tú quieres ir a terminar de vestirte...

—¡Oh, no, no! —lo interrumpe Cloe, negando con la cabeza—. Tranquilo.

En realidad, piensa Cloe, va a llegar tarde. Pero subir a vestirse mientras un casi desconocido está solo en su cocina no le hace

demasiada gracia.

—En serio, no me importa. Únicamente tienes que decirme dónde quieres que ponga el cerrojo.

—Bien, pues mira... —Cloe pulsa el botón del mecanismo y la puerta secreta se abre. Ella la cierra de nuevo—. ¿Ves? Creo que hay que ponerlo aquí, en el fondo del armario. Más o menos a esta altura.

—Muy bien —dice Lucas mientras hace una pequeña marca con un lápiz—. Creo que con una broca de madera bastará. —La mira y le hace un pequeño gesto—. En serio, sube a vestirte, no te preocupes por mí.

Cloe duda unos segundos, pero finalmente asiente.

—De acuerdo. Si necesitas algo, me llamas. Vuelvo en seguida.

Se apresura a subir a su dormitorio. Una vez allí, cierra la puerta y se mira en el gran espejo del interior del armario. Las mejillas están más arreboladas de lo deseable, pero el cabello, como siempre, hace su magia y le permite sentirse hermosa. Se pone las medias con cuidado, luego el vestido, y prende un broche art nouveau en la parte izquierda, tres dedos por debajo de su clavícula: una hermosa hada de plata sentada en la luna menguante, con una perla en forma de lágrima pendiendo de sus pies descalzos. Se lo regaló su hermana cuando cumplió los dieciocho.

Se calza unas botas negras de tacón ancho y aplica unas gotas de perfume tras las orejas y en el escote. Después coge el abrigo, largo hasta el tobillo, y el bolso de mano donde ya tiene guardadas sus cosas. Baja corriendo las escaleras, deja el abrigo y el bolso encima del mueble de la entrada y se dirige a la cocina.

Cuando entra, encuentra a Lucas comprobando el cerrojo que ya ha colocado. Se fija en su jersey; está lleno de bolitas, el cuello algo estropeado y las coderas desgastadas dejan entrever la tela de la camisa que lleva debajo. Silba una melodía infantil que Cloe no reconoce.

—¡Vaya, sí que has sido rápido!

Cuando Lucas se gira, Cloe detecta un ligero cambio en su expresión que no sabe interpretar.

—Sí, ¡ya lo tienes! —Se vuelve hacia la puerta y se lo muestra—. Es un cerrojo de seguridad. Bastante bueno, Toni lo ha elegido bien. Le das una vuelta y el pasador se cierra. Es muy fuerte. De este modo es imposible que alguien pueda acceder desde fuera. A no ser que lo

dejes abierto, claro.

—Gracias, es estupendo —dice Cloe—. Así me siento segura del todo.

Lucas sale del interior del armario y coloca el escobón y el resto de los utensilios de limpieza dentro. Después cierra la puerta y la mira de arriba abajo. Sin disimulo.

—Estás preciosa.

Cloe sonríe de nuevo, intentando acomodar los pliegues del vestido.

—Te ofrecería una cerveza o algo, pero...

—¡Claro! —exclama él riendo—. No te preocupes, llegarás tarde a tu cita.

—Sí, bueno, he quedado a cenar...

—Tranquila. Si estás ya preparada, puedo acompañarte.

—¡Oh, no! —se apresura a contestar Cloe—. No es necesario, de veras. Pero salgo ya contigo, sí, tengo un poco de prisa.

—De acuerdo, pues vamos entonces.

Cuando se separan, Cloe consulta su reloj de pulsera y calcula que se retrasará unos cinco minutos. Bien. Sin pensarlo, se gira para mirar a Lucas. Lo ve alejarse tranquilo, con las manos en los bolsillos, contemplando las copas de los árboles del paseo. Qué extraño es este chico.

La plaza de los Sitios siempre es un lugar agradable para pasear. Está invariablemente llena de familias con niños las mañanas de los fines de semana, de jóvenes las tardes del viernes, y de paseantes que disfrutan de las zonas ajardinadas, del magnolio, del jabonero de china, del álamo, del ailanto y de tantos otros árboles hermosos que engalanan la plaza. Las pasadas fiestas del Pilar, Cloe había estado curioseando entre los puestos de artesanía aragonesa con Camila y su tía Cecilia; recuerda el ambiente festivo, los niños vestidos de baturros, los vendedores ambulantes de globos de colores, las tiendas de bisutería y juguetes de madera, el delicioso aroma a tarta de queso y a embutidos.

Cuando pasa junto al sauce llorón, Cloe divisa desde lejos a sus cinco amigas; no ha perdido el contacto con ellas, pero siempre se han visto por separado. Recuerda los años del colegio, las conversaciones en el patio, las faldas del uniforme dobladas en las cinturas para que quedaran más cortas, los problemas de acné y las pesadas mochilas.

Comprueba la hora. Al final han sido quince minutos de retraso. Se levanta el cuello del abrigo, mete los dedos entre el cabello para aumentar el volumen y se encamina hacia ellas a paso ligero.

La saludan con la mano cuando está a unos pocos metros y, una vez allí, los besos y los abrazos perfumados la envuelven en el manto olvidado de la complicidad.

Después, sentadas a la mesa, ruidosas y alegres, piden una botella de vino y consultan la carta. La luz es tenue y una música agradable ameniza el local, por donde los camareros uniformados se mueven cómodamente.

—Siento el retraso —repite Cloe, que ya se ha disculpado al llegar—, pero tenían que colocar un cerrojo en casa y ha habido un pequeño malentendido; por eso se me ha hecho tarde.

—¿Ah, sí? —pregunta Ana mientras el resto comenta la buena pinta que tiene la ensalada que están sirviendo en la mesa de al lado.

—Sí, ha venido Lucas a colocarlo, ha sido muy amable. Yo no tengo ni taladro —comenta riendo.

—¿Lucas? —Cloe ha captado la atención del resto de sus amigas —. ¡Vaya, qué calladito te lo tenías! ¡Cuenta, cuenta!

—¡Nada! —ríe ella haciendo un gesto con la mano—. No hay nada que contar, qué va... Lucas es amigo de mi primo.

—¡Toni! —exclama Julia—. ¿Cómo está tu primo, Cloe? Hace muchísimos años que no lo veo.

—Yo me lo encontré hace poco —comenta Ana—, no me acuerdo dónde... Está guapo, ¿eh?

—¡Siempre te gustó! —le dice Julia—. ¿Os acordáis?

—Bueno, en realidad le gustaban todos.

Ana suelta una carcajada y llena las copas de sus amigas. Las cinco tienen pareja, algunas bastante estable, otras menos. Cloe, sin embargo, no está abierta a una relación de momento. Cuando tenía quince años se enamoraba de todos los chicos que perseguían a su hermana; Camila jamás los miró. Cloe siempre pensaba que era raro que nunca se fijara en nadie; le preguntaba y ella susurraba divertida: «No quiero complicaciones».

Ella tampoco las quiere ahora, por eso siempre ha guardado cierta distancia con el sexo opuesto, quizá demasiada. Mientras vivió en Madrid, la presión constante a la que la sometía su madre servía de revulsivo, y ahora, tras la muerte de Camila, su empeño está puesto en

conocerse mejor a sí misma antes de abordar otros sentimientos.

—Pues entonces a lo mejor también te gustaba este —comenta mientras come algo de pan—. Es cocinero.

—¿En serio? —Ana sonríe divertida—. Ese es un punto a su favor. ¿Has estado en el restaurante en el que trabaja? Uno de estos días podríamos ir a cenar allí. Si es amigo de Toni, el éxito está asegurado.

Cuando Cloe llega a casa es muy tarde. Las luces del jardín y de la entrada están encendidas, como siempre. Nunca las apaga hasta que se levanta por la mañana. No es que tenga miedo, pero prefiere no sumir la casa en la oscuridad.

Se asegura de cerrar bien la puerta de forja de la entrada y atraviesa el jardín. La jacaranda proyecta sombras espectrales sobre los muros de la casa. Siente la tentación de asomarse a la parte de atrás, pero no lo hace. Cree ver algo cruzar rápidamente el suelo bajo el mirador de la torre. Quizá un gato. Recuerda que tía Cecilia le contó que Melania tuvo un gato blanco, un gato de angora con los ojos de diferente color. Tenía un nombre que a Cloe le pareció extraño. Eyre.

Introduce la llave en la cerradura de la puerta principal, pero antes de abrir acaricia con la yema de los dedos los zarcillos y los tallos que trepan por el paño. Finalmente entra en casa. Cierra la puerta y, como siempre, se encuentra con Melania.

La observa detenidamente mientras se desprende del abrigo y lo cuelga en el perchero de la entrada. Después sube despacio la escalera.

—Estoy agotada, ¿sabes? —dice dirigiéndose al lienzo—. Pero lo he pasado muy bien.

Se ríe y se dirige a su habitación, intentando no fijarse en las puertas cerradas que deja a su paso. Una vez allí, se desnuda, se pone el pijama y se sienta frente al tocador. Se siente feliz. Ha pasado una gran noche. Cuando se ha despedido de sus amigas, todas han jurado y perjurado que lo repetirían.

Mañana llamará a su madre. Llevan un par de días sin hablar y siente una punzada de remordimiento. Seguro que se pone contenta cuando le diga que se ha cogido días de vacaciones en Navidad y que los pasará en Madrid con ella. No quiere discutir. No quiere mirarla y

ver en sus ojos la recriminación constante, pero tampoco quiere quedarse anclada a ella, a una madre que languidece hundida en la autocompasión, que vive arrastrando cada minuto de su vida por el lodazal de la envidia, de la autocomplacencia destructiva, de la soledad. A una madre que no la quiere y solo pretende tenerla.

11

Zaragoza, abril de 1961

«Estoy cansado, pero quiero escribir antes de acostarme. Qué bien me van estas anotaciones. Nunca lo hubiera creído. Hoy ha ocurrido algo curioso. Cuando he ido a recoger a Mel, mi Mel, para ir a los cines Goya, he visto a la pequeña observando desde las cortinas. Esta niña me da escalofríos. No es sólo su cicatriz, su horrenda cicatriz. Es algo que no puedo explicar. Pobre niña, pobre..., pero no lo puedo evitar.

No le diré nada a Melania, claro. ¿Cómo podría? Es su hermana favorita... Mi Mel, tan extraña, tan especial. ¡Vida mía! No le ha gustado nada la película, ni siquiera se ha inmutado en la escena de la ducha. Ha habido gritos en el patio de butacas. Y ella, nada. Pero luego he visto que llevaba las uñas marcadas en la palma de las manos. Me ha dicho que prefiere las comedias. ¡Las comedias! Si algo no le pega a mi Melania es una comedia...».

Zaragoza, 16 de noviembre de 2019

La despierta un sonido insistente y molesto. Al principio no recuerda qué día es. Sábado. El móvil vibra encima de la mesilla de noche. Fuera debe de ser de día; posiblemente llueva, se oye un repiqueteo, como el sonido de cientos de diminutos timbales. Pero en su dormitorio todavía es noche cerrada; hasta que no abra las contraventanas de madera no habrá amanecido, no importa la hora que sea. Por eso le parece inoportuna la llamada y piensa en no contestar. Pero, de pronto, se acuerda de su madre.

—¿Hola?

—¡Buenos días, dormilona!

Se arrepiente al momento de no haber comprobado el número de teléfono. Suspira mientras se deja caer sobre la almohada y aparta el

pelo de su rostro.

—¿Qué quieres, Toni? —pregunta con desgana. Tiene la boca seca como el esparto—. ¿Sabes que hoy es sábado? ¿Qué hora es?

—Son las once de la mañana, Cloe. ¿Hasta qué hora pretendes dormir?

—Pues hasta la que me dé la gana, ¿qué te parece?

Toni suelta una carcajada al otro lado de la línea. Cloe supone que habrá hecho las paces con Greta por enésima vez y por eso su ánimo es optimista, como al comienzo de un viaje. Está tan cansada de sus idas y venidas, de haber perdido la cuenta de sus incontables retornos, que decide no preguntar.

—Claro, claro, no te pongas así, mujer.

—Por cierto —lo interrumpe frunciendo el ceño—, ya te vale. ¿Qué es eso de mandar a Lucas para que me pusiera el cerrojo? ¡Te lo pedí a ti, no a un tío que no conozco de nada!

A Cloe le desconcierta el silencio incómodo que se genera.

—Bueno —contesta Toni al fin—, no pensé que te molestaría. Creía que te había caído bien.

—Y me cayó bien, Toni. Pero, vamos, estuvimos unas cuantas horas cenando, y ya está. No se puede decir que tenga con él suficiente confianza como para que aparezca en mi casa de repente. Podrías haberme avisado, al menos.

—Ya...

—¿Qué pasa, Toni?

—Pues, en fin, verás...

—Toni.

Cloe lo imagina mesándose la barba rala y caminando en círculos.

—Pues que va a volver a ir.

Cloe se incorpora y sale de la cama. Se acerca a la ventana, abre los postigos y la luz invernal entra tímida a través del cristal. No llueve. Le pasa muy a menudo; imaginar una lluvia que no existe.

—¿Qué quieres decir?

—Pues mira, Cloe... ¡Pero no te enfades! De veras, pensé que no te importaría. Yo... ¡En fin! El caso es que Lucas me ha llamado esta mañana y me ha contado que ayer parecía que tenías una cita. Por cierto, me tienes que contar...

—¡Toni! —lo interrumpe ella levantando la voz—. De verdad, ve

al grano, que me estás poniendo nerviosa. ¿Te das cuenta de que me acabo de despertar?

—Vale, vale, disculpa. Bueno, pues que, con las prisas, porque tú tenías que salir, se dejó el taladro en tu cocina.

—Bueno, vale, pues ya quedamos para que lo recoja. ¿Cuál es el problema?

Oye un pequeño sonido gutural, como un atragantamiento.

—Pues que, en fin, el taladro no es suyo, es de un tío que tiene un taller o no sé qué historias me ha contado. El tema es que necesita devolvérselo hoy por la mañana y, claro, es algo que urge, y bueno... —Toni detecta la impaciencia de su prima—, que va a ir ahora a tu casa a buscarlo, vamos.

—¿Cuándo es ahora? —pregunta Cloe en un tono algo más alto del habitual.

—Ahora.

En ese momento suena el timbre de la puerta. Es el de la verja, que ella dejó cerrada la noche pasada. Cloe mira por la ventana y lo ve, escudriñando entre las barras de forja labrada el interior del jardín.

—Yo te mato. Te juro que te mato.

Cloe se mira un instante en el espejo del armario. Lleva un pijama viejo de franela a cuadros, con las mangas y las perneras encogidas por los innumerables lavados. Busca rápidamente una bata o algo para cubrirse un poco, pero no encuentra nada, así que coge un jersey amplio de lana gris y se lo pone mientras baja las escaleras. Ayer por la noche no se desmaquilló, y unos restos de máscara de pestañas crean manchas oscuras alrededor de los ojos, pero no tiene tiempo de limpiarlas.

Desde el telefonillo interior abre la verja y, mientras el inoportuno visitante recorre el sendero que lleva a la casa, intenta alisarse el pelo. De pronto cae en la cuenta de que el aliento le debe oler a mil demonios; coloca la mano sobre la boca y exhala algo de aire. En ese momento suena el timbre de la puerta.

Cuando la abre, Lucas está ahí con una bolsa de papel en la mano. Perfectamente afeitado, con el pelo peinado hacia atrás y el abrigo de paño azul, parece un niño bueno delante de la maestra. Huele a limpio, a casa ordenada, a calma, a familia. Sin embargo, tras las gafas de montura metálica, Cloe detecta un brillo de maliciosa

diversión en sus ojos castaños.

—¡Vaya! —exclama a modo de saludo—. Creo que vuelvo a cogerte en un mal momento.

—¿Tanto se nota? —pregunta Cloe incómoda, con una sonrisa falsa—. Muchas gracias.

—¡Oh, no! —exclama él a modo de disculpa, acompañada de una ligera carcajada—. Estás estupenda, de veras. Solo que no sé por qué, creo que te acabas de levantar.

—Bueno, no pasa nada, te traigo el taladro y ya está.

Cloe se da la vuelta para dirigirse a la cocina. Durante un momento piensa dejarlo ahí, en la puerta, esperado. Lo único que quiere es que desaparezca, que deje de mirarla con esos ojos escrutadores, que se olvide de su pelo revuelto, su rostro sucio, su pijama raquítico.

—Toni tampoco te ha avisado con tiempo esta vez, ¿verdad? —lo oye decir a su espalda—. Lo siento, en serio, se lo dije anoche. Si hubiera tenido tu móvil...

En su tono no hay burla, ni malicia, ni tan siquiera un ligero atisbo de diversión. Más bien contrariedad, disculpa. Cloe se vuelve hacia él. Sonríe. Esta vez de veras.

—Mi primo a veces es un desastre —se encoge de hombros y le hace un gesto para que pase—. Pero no te preocupes, tampoco pasa nada, ya era hora de que me levantara. Ven, vamos.

Allí está el maletín abierto, con el taladro dentro, sobre la gran mesa de madera maciza de la cocina. La mañana se ha oscurecido y entra poca luz por las ventanas vestidas de topos amarillos.

—Bonitas cortinas —comenta Lucas, y a Cloe le extraña que aprecie algo así.

—Gracias, las cambié hace unas semanas. Solo he cambiado cortinas, en realidad; el resto de la casa sigue igual.

Se oye un sonido lejano. Puede ser un trueno, tal vez se aproxime una tormenta. Cloe enciende la luz de la cocina.

—Te traía esto —dice Lucas ofreciéndole la bolsa—. Los he hecho yo.

Cloe acepta el paquete con una sonrisa y una interrogación prendida de la comisura de sus labios. Está caliente. Al abrirlo, un delicioso aroma a mantequilla inunda la cocina. Huele a desayuno, a falta de prisas, a mañana de domingo.

—¡Vaya, gracias! —De uno de los armarios altos saca una fuente de porcelana con frutas esmaltadas y dispone en ella la media docena de cruasanes—. Quizá esta vez no me hayas pillado en tan mal momento porque, de hecho, todavía no he desayunado. ¿Me acompañas?

Lucas se quita el abrigo y lo coloca en el respaldo de una de las sillas.

—Pensé que nunca me lo ibas a pedir.

Cloe enciende el fuego y pronto un intenso aroma a café se extiende por la estancia. La lluvia comienza a caer en el jardín, sobre el tejado a dos aguas, sobre la torre; rueda por los cristales, y en la cocina todo es luz y olores intensos, entrañables, como si una pequeña semilla minúscula estuviera germinando en mitad de un temporal sin ser arrasada.

Mientras ella coloca un mantel de lino blanco, servilletas con dibujos de flores de lavanda, dos tazas con sendos platos, un azucarero y la fuente con los cruasanes, Lucas comprueba que no se haya dejado ninguna broca fuera y cierra el maletín.

—¿Lo pasaste bien ayer? —pregunta Lucas mientras remueve el café con leche y le pasa el azúcar a Cloe.

Esta hace un gesto de rechazo.

—No, gracias, lo tomo sin nada —comenta, dando cuenta del segundo cruasán—. ¡Madre mía, están buenísimos! Eres un genio.

—No es para tanto —contesta Lucas sonriendo—. Toni me dijo que te encanta el dulce.

—Y es verdad —contesta ella con la boca llena.

Él la mira. Cloe se siente de pronto algo turbada. Hay algo en él, en su forma de observarla, en esa sonrisa comedida, que no sabe interpretar. De pronto se da cuenta. A Lucas no le incomoda el silencio. A ella sí.

—Bueno, pues me has preguntado...

—Por ayer —contesta él, dando un sorbo al café—. Si lo pasaste bien.

Cloe carraspea y cruza las manos apoyando los codos encima de la mesa.

—Sí, sí —contesta—, lo cierto es que sí. Estuvo bien. —Lucas asiente y sonríe, como si esperara que continuara. Y ella lo hace—. Salí a cenar con unas amigas.

—¡Oh! Estupendo. ¿A dónde fuisteis?

Cloe le habla del restaurante, de los platos de diseño, de los camareros uniformados, de la carta de vinos. Habla quizá más de la cuenta y de pronto se siente ridícula. Entonces nota que él la mira de nuevo. Con curiosidad.

—¿Por qué no vienes un día a cenar al restaurante donde trabajo? Seguro que me haces una buena crítica gastronómica —duda unos segundos y luego continúa—. Puedes venir con tus amigas, por supuesto.

Cloe se echa hacia atrás y se recuesta en el respaldo de la silla.

—Pues la verdad, Lucas...

De pronto, sin poderlo evitar, empieza a reír. Es una risa libre, argéntea, que dejó olvidada en su adolescencia; una risa que quedó herida al morir su padre y enterrada al estrellarse su hermana contra el suelo. Una risa que creía haber perdido para siempre. No la sonrisa, no la carcajada. *Esa* risa.

—Lo siento —dice cuando por fin consigue articular palabra—, lo siento, debes de pensar que estoy pirada. Pero es que estoy aquí, contigo, desayunando en mi cocina, y prácticamente no te conozco. Y, sin embargo, hablo por los codos de lo que cené anoche, con un pijama horrible, la cara llena de manchas negras, el pelo enredado... No sé, me siento bastante ridícula, y al mismo tiempo estoy bien, ¿sabes? —Él la mira sonriendo, pero no la interrumpe—. Pero vaya, que sí, que puedo ir a tu restaurante cuando quieras. Y puedo ir con Toni, si quieres, o...

—Bueno, no es mi restaurante —ahora sí la interrumpe, pero con una amabilidad pausada y afable—, solo trabajo allí. Aunque sé que algún día abriré el mío propio.

—Oye, todo esto... —suelta ella de pronto señalando los cruasanes— no será para presionarme porque quieres parte de mi casa, ¿no?

Lucas se ríe y niega con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Yo nunca utilizaría ese tipo de artimañas para hacer negocios.

—Bueno —dice Cloe levantándose—; pues si esperas a que me cambie, te la enseño. —La expresión de Lucas es como la de un niño el Día de Reyes—. Incluso, si me insistes un poco, vamos a cruzar el pasadizo de la escoba de la bruja.

No consigue localizar a su madre. La ha llamado un par de veces a casa y nadie responde, y el teléfono móvil está apagado o fuera de cobertura. Es posible que se haya quedado sin batería. Comienza a preocuparse; son ya varios días sin tener noticias suyas. Aunque algunas veces la ha castigado sin cogerle el teléfono durante semanas, esta vez no cree haberle dado ningún motivo para estar enfadada. Sin embargo, con su madre nunca se sabe. Hay algo cruel en su forma de amarla, si es que la ama; una especie de instinto predador disfrazado de preocupación. A veces, de pequeña, cuando Paloma entraba en su dormitorio, ella se hacía la dormida mientras la sentía sentarse a su lado, y en esos momentos la presión en el colchón era lo único real; el resto era una presencia que le destapaba los pies y la tocaba con las manos frías; el resto era la soledad, la más pura soledad.

Al tercer intento, descuelgan el teléfono.

—¿Diga?

Cloe suspira.

—¿Mamá? Me tenías preocupada.

Paloma carraspea y su hija la imagina al otro lado de la línea, paseando en bata por el pasillo, colocando rectos los cuadros de la pared.

—No estarás tan preocupada cuando no vienes a verme.

—Tranquila, mamá, pasaremos juntas todas las vacaciones de Navidad, ¿qué te parece?

Tras colgar, Paloma se sienta en el sofá y enciende la televisión. Pero no la mira. La siente reptar por su interior, invadir sus entrañas como un cáncer. Debe buscar soluciones.

Mientras tanto, Cloe recibe una llamada.

—¡Hola, Cloe! Soy Lucas.

—Vaya, sí que has utilizado pronto mi número de teléfono, ¡si te acabas de ir!

—Es cierto, pero es que he olvidado decirte algo.

—Lo de olvidar cosas se va a convertir en una costumbre—contesta Cloe riendo.

—Sí, tienes razón. Bueno, cuando me has enseñado la biblioteca he visto que tenías muchas novelas de Agatha Christie. ¿Es que te gustan a ti o estaban ya en la casa?

—¡Ah, me encantan! Poirot, miss Marple... ¡Me las he leído todas!

—¡Estupendo! ¿Haces algo el lunes por la tarde después de trabajar?

Clotilde se levanta haciendo un pequeño esfuerzo. Las rodillas comienzan a fallarle, los años también pasan para ella, está claro. Se acerca a la ventana y retira un poco la cortina; el cielo está cubierto de nubes turbias, como un aguacero contenido.

Alonso está terminando de vestirse; cada día es más lento, pero es normal. Irán a misa de una y, si no llueve, darán un paseo de vuelta a casa. Mientras espera y piensa en que no deben olvidar el paraguas, se acerca al estante colocado sobre el televisor, lleno de marcos de fotos, la mayoría de plata, repujados unos, sencillos otros, solo dos de cerámica. Suspira y sonríe. Ha tenido una vida feliz. A pesar de las pérdidas. Pasa el índice deformado por la artrosis por el rostro de su hijo Eugenio. Los abandonó tan joven que a veces piensa que no se ha ido, hasta que siente que la herida que atraviesa su alma sigue ahí. Se toca el costado instintivamente, como si quisiera sanar el zurcido tantas veces remendado. En otra instantánea Camila y Cloe posan junto a ella en el Parque Grande, a la entrada del Jardín Botánico; besa el rostro de su nieta muerta. Nunca le demostró demasiado cariño, es cierto, ninguna de las dos lo hicieron, pero estaba orgullosa de ella, pese a su obstinación y su extrañeza.

Alonso ya está listo. Clotilde se gira para dirigirse a la entrada, pero de pronto se detiene y vuelve sobre sus pasos. Coge el marco con la foto de las cuatro hermanas; Melania siempre fue la más hermosa. Ella nunca fue una ingenua; siempre notó cómo la miraban todos, incluso Eduardo y Alonso. Pasa la mano por el rostro de su hermana y suspira. La envidiaba a pesar de todo. Pobre Mel.

Abre el primer cajón de la cómoda y guarda la fotografía. Cloe irá a verlos por la tarde y no quiere más preguntas. Su vida ha sido larga, demasiado larga para volver ahora al pasado, remover antiguos recuerdos aletargados y abrir heridas ya cauterizadas. Demasiado como para verse obligada a olvidar que, verdaderamente, ha tenido una vida feliz.

12

Zaragoza, noviembre de 1963

«Gracias a Dios no todo es malo. Hoy ha llovido y al llegar a casa ella estaba arriba, contemplando la lluvia a través de la ventana del mirador. De pronto, se ha dado la vuelta y me ha sonreído. ¡Me ha sonreído! A veces ocurre. El milagro. A veces ella es feliz, o al menos lo parece, y entonces yo también lo soy. Cuando ella sonríe, así, como lo ha hecho hoy, entonces... Entonces solo hay luz. Ojalá pueda volver a escribir estas palabras una y otra vez para creer que la felicidad es posible».

Zaragoza, 18 de noviembre de 2019

La librería exhala un encanto romántico de casa victoriana, con un alfombrado de hiedra que trepa por la oscura fachada. Decenas de prímulas desbordan dos pedestales de piedra que flanquean los escasos escalones hasta la entrada. A ambos lados de la puerta, magnífica con su marco de madera blanca, sus cuarterones y vidrieras laterales, destacan dos ventanas en guillotina tras las cuales titilan las llamas de velas color lavanda. El enorme ventanal luce unas cortinas de algodón azul pálido con adornos de jarrones de rosas y pájaros.

En su interior suena *The Belgian Detective*, de Christopher Gunning, el tema central de la banda sonora de la famosa serie de Hercule Poirot, y huele a menta y a romero. Pequeños cestos de *crochet* cuelgan de las paredes con plantas aromáticas en su interior, y dos grandes butacones de piel cuarteada descansan a ambos lados de una falsa chimenea.

Genoveva, la propietaria, está en lo alto de una escalera rebuscando entre los libros de una estantería. Lleva un jersey gris perla que no disimula su exceso de peso y la melena oscura recogida

en la nuca con un par de lapiceros. No es elegante, ni hermosa, ni tan siquiera atractiva. Pero Genoveva tararea la melodía del pequeño y pulcro inspector; parece realmente feliz, y esa rareza la vuelve verdaderamente encantadora.

Con una modesta suma que sus abuelos habían ahorrado para ella y la ayuda de sus padres, a los dieciocho años Genoveva había abierto una pequeña librería especializada en las novelas de su admirada Agatha Christie. Gracias a su energía incombustible y muchas dosis de ingenio, tesón y valentía, el negocio se había ido asentando y creciendo, hasta conseguir una clientela fiel que poco a poco iba aumentando. Los clubs de lectura donde se degustaban pastelillos recién horneados y té inglés, los concursos de cocina inspirados en los libros de la famosa novelista, las pruebas de acertijos ingeniosos, los certámenes de disfraces en los que decenas de personas aparecían caracterizadas como el famoso detective belga o la ingeniosa señorita Marple, o los talleres infantiles de repostería inglesa eran algunas de las sorpresas que escondía esa peculiar librería.

—¡Vaya! —susurra Cloe impresionada—. Me encanta este lugar.

En el pequeño rincón de Un Crimen Dormido dedicado a los jóvenes lectores, un par de adolescentes ojean una colección de novelas policiacas, mientras seis niños de corta edad intentan descifrar el complejo mecanismo que abre una caja secreta. Una docena de adultos merodean entre las estanterías, y la sala donde se celebran los clubs de lectura y las veladas culinarias, una estancia de paredes redondeadas con una ventana en saledizo, aparece pulcra y recogida, empapelada con ramos de amapolas y cabezuelas azules. En un atril, el anuncio de la próxima actividad muestra una fotografía de Geraldine McEwan, una de las actrices que encarnó a Miss Marple. «Concurso de disfraces», reza el cartel en grandes letras cursivas.

—Hola, Lucas, ¿qué tal va todo? —saluda la simpática librera acercándose a la pareja.

—Buenas tardes, ¿qué tal? Te presento a Cloe, una amiga. Es fan de tu detective preferido, así que la he traído para que conociera la librería.

—¡Vaya, vaya! —exclama Genoveva plantándole a Cloe dos sonoros besos en las mejillas—. ¡Pero qué chica tan guapa! Me alegro de que Lucas te haya traído. Espero que te guste.

—¡Me encanta! Y no la conocía.

—Pues ahora ya la conoces, así que espero verte por aquí muy a menudo. ¿Sabes que tenemos un concurso de disfraces dentro de unos días? ¡Podríais inscribiros!

Cloe decide comprar una camiseta blanca con una frase escrita en inglés —*You must use your little gray cells, mon ami*— bajo el característico bigote de Poirot. Están esperando junto a la caja para pagar cuando un hombre entra en la librería. Cloe se fija en él; cómo no hacerlo, pues, aunque pasa de los cuarenta, resulta muy atractivo. Él les saluda con un gesto de cabeza y una sonrisa, y después besa a la librera en los labios.

—Voy a hacer unas cosas y luego paso a buscarte, ¿de acuerdo? —le pregunta, mientras echa un vistazo al reloj—. ¿Habrás terminado a las ocho?

—Espero que sí.

Cuando salen a la calle, Cloe se levanta el cuello del abrigo y se pone los guantes de lana. Al levantar la vista se da cuenta de que Lucas la observa divertido.

—¿Qué? —pregunta ella riendo—. ¿Qué pasa?

Lucas hace un gesto inocente, pero continúa con esa sonrisa divertida prendida de sus ojos.

—Nada. Es solo que me da la impresión de que algo te ha sorprendido allí dentro.

Cloe continúa caminando y mueve la cabeza. Él calla. Ahora tampoco la incomoda a ella. El silencio.

—No sé —dice finalmente encogiendo los hombros—, es una estupidez. Me avergüenzo incluso de pensarlo.

—Hacen una extraña pareja, ¿no? Eso has pensado.

Cloe siente que se ruboriza; se alegra de que no haya casi luz.

—Sí, supongo. Ella me ha parecido majísima, pero… no sé, no pegan.

—¿Por qué?

Cloe vuelve a encogerse de hombros.

—Él está… muy bien. Es un tipo muy atractivo.

—Y ella no lo es. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Yo no he dicho eso —contesta Cloe incómoda—. Es solo que no pegan, sin más.

Lucas se ríe. Cloe no sabe si se ríe de ella, pero calla.

—Claro, es demasiado apuesto para salir con alguien como

Genoveva, ¿no?

—No insistas.

Genoveva y Óscar se habían conocido un año antes, cuando las trágicas muertes del grupo de exalumnos de una amiga llevaron a Genoveva a tejer una teoría sobre los asesinatos. Al principio el inspector Óscar Soler, alto, bien parecido, de facciones angulosas y pómulos marcados, solo tuvo ojos para la amiga de la librera. Esta, con una belleza serena y una figura esbelta, atrajo su atención, mientras que Genoveva, una entrometida bajita y entrada en kilos, le resultó algo impertinente, además de falta de atractivo. Sin embargo, día a día se vio sorprendido por esa mujer inteligente y peculiar, que no tenía televisión en casa, que jamás llevaba tacones, que nunca bebía alcohol, y a la que poco o nada le importunaban las miradas críticas de los demás. Hasta que descubrió que no podía dejar de pensar en su sonrisa, en esa luz iridiscente que invariablemente la envolvía cuando alzaba la comisura de los labios y se le formaba un pequeño hoyuelo en la mejilla derecha. Y sucedió.

—Bueno, supongo que eso es el amor —dice Lucas.

Cloe lo mira, y en sus ojos hay una pregunta muda. Lucas sonríe y pronuncia las palabras despacio, como si las rozara.

—Ver más allá de las obviedades.

Madrid, 22 de noviembre de 2019

Prepara el neceser con cuidado. Primero coloca todos los frascos que necesitará; no son muchos, solo los indispensables. Después abre la maleta sobre la cama, una maleta individual, tan exigua como su compañía. Coloca la ropa doblada con esmero, estirando las mangas para que no se formen arrugas innecesarias; la ropa interior, tan neutra; dos pares de zapatos perfectamente alineados junto al armario. Por la mañana ha ido a la peluquería a teñirse, un vestigio de coquetería que todavía conserva, cuidando una feminidad casi en desuso, pero latente.

Antes de terminar de hacer el equipaje se sienta en la cama y pasea la mirada por la habitación; el bolso de mano preparado, la billetera revisada tres veces, dos pulseras y una sortija sobre la mesilla. Súbitamente se siente agotada. Agotada y pequeña. Tiene

ganas de llorar. Recuerda los tiempos en que Camila llegó a su casa para quedarse; era muy joven y acababa de perder a su madre. Ahora ya no es esa mocosa repelente y seria que la retaba con sus innumerables silencios; de pronto la ve triste y asustada, sola, un alma diminuta en un cuerpo frágil, perdido en la inmensidad de esa melena indomable que ella tanto odiaba. Ahora, de repente, se pregunta por qué la odiaba, por qué, y recuerda la maleta que traía hecha, tan ordenada, tan pulcra, oliendo a lavanda, a campo, a libertad, a niñez. Recuerda la forma que tenía de preparar sus cosas, de organizar sus libros, y le produce ternura; de pronto nace este sentimiento casi desconocido que ahora le hace llorar, aunque es tarde ya para casi todo.

Mañana Paloma cogerá el tren con destino a Zaragoza. No se lo ha dicho a Cloe ya que, si lo hacía, su hija iría a recogerla a la estación y eso frustraría sus planes. Necesita hacerlo sola. No está segura del resultado, pero, sea de un modo u otro, todo saldrá bien. Al menos, eso cree. Después, una vez hecho lo correcto, le dará una sorpresa a Cloe. Y, pese a que no quiere estar en esa casa, una noche la pasará como sea, aunque tenga que tomarse alguna pastilla para dormir.

Ya en la cama, tumbada boca arriba con su pijama de flores azules y la luz apagada, cierra los ojos y nota una presencia junto a ella. Casi puede sentir el peso sobre el colchón, la huella sobre las sábanas; una mano, una caricia, un leve soplido. Pero esta vez no se asusta, tan solo respira hondo y coloca la mano junto a ella, pidiendo que sea Eugenio, que sea su esposo que vuelve a acompañarla; o que, al menos, sea quien sea, ese fantasma la mire con la misma ternura con la que ella ha visto a Camila hoy, de repente, en sus recuerdos, por primera vez.

13

Zaragoza, noviembre de 1963

«Otra vez. De nuevo. ¿Qué diablos...? Ahora unas rosas. Unas malditas rosas rojas. La doncella dice que fue ella misma quien las dejó ahí, pero mi amada Melania las odia. ¡Si llegara a verlas! Y el servicio murmura, habla. ¿Cómo no hacerlo, de todos modos? Muchos la miran como si estuviera loca. ¡Tengo que hacer algo! Pero ¿qué? Las he tirado. He tirado las flores y me he pinchado con una de las espinas. La sangre..., la sangre me ha manchado la camisa blanca. ¡Dios, como esas manchas de sangre en el camisón de Mel!

Hoy en el *Heraldo* venía la noticia del asesinato de Kennedy. Quizá sea absurdo anotar algo así en un diario... Pero es que recuerdo el día que tomó posesión del cargo, porque fue el día en que murió mi madre. Necesito que Melania me abrace, como entonces. Que me abrace y me sonría. Que me diga lo mismo que aquella noche: "La vida aquí siempre nos parecerá breve". Querida Mel... La vida *aquí* siempre nos parecerá breve».

Zaragoza, 23 de noviembre de 2019

Hoy es uno de los días luminosos de Cloe, a pesar de la niebla. Esos días en los que se levanta con ganas de café, de magdalenas, de una buena ducha caliente; una de esas mañanas en que abre las cortinas con más energía, casi con la cadencia de un paso de baile improvisado, en que se alegra de que haga frío porque así podrá estrenar por fin la bufanda de colores que compró en el mercado de las Armas; uno de esos momentos en los que se siente joven, libre, con un futuro vibrante que la espera, que la abraza, que la consolará si cae, que le brinda años, amores y vida. Hoy es un día en que los huecos dejados por su padre y su hermana parecen colmarse de la

materia esponjada de los recuerdos y su presencia se cuela como un fantasma amable entre los pliegues de su presente; uno de esos días en los que el albornoz huele a lavanda y es suave y blando, en los que se mira al espejo y le sorprende su rostro armonioso, en los que su cabello se transforma en un ser con vida propia que la arropa.

Abre todas las ventanas, salvo la del mirador, y deja que el aire helado se cuele por las habitaciones y las ventile. El frío no la incomoda hoy, y podría salir al jardín y pasear bajo la jacaranda envejecida, entre los setos recortados y las caléndulas airosas.

Tiene que limpiar. Todo está muy ordenado, ella solo utiliza su dormitorio, su baño y la cocina. Y, por supuesto, la sala junto a la escalera, ese lugar cálido y recogido de paredes empapeladas de intrincada vegetación, con su amigo el búho sabio acompañándola desde la espesura; un espacio que ha hecho suyo, donde un orejero cuarteado la abraza por las noches mientras ve la televisión arropada por una manta, y los vinilos antiguos y el tocadiscos conviven con las cientos de canciones que aloja su móvil; donde se sienta frente al ordenador mirando por la ventana y divisa los macizos de flores. Pero hay mucho polvo en toda la casa, el suelo de madera oscura muestra la huella de pisadas blanquecinas. Se fija en unas en particular, unas más grandes que las suyas, con las suelas rayadas. Lucas. Sonríe.

De pronto, suena el teléfono. No es el móvil, sino el fijo, de modo que solo puede ser su madre, sus abuelos o alguna de sus tías. Por ellos lo mantiene.

—¿Cloe? —la voz de Clotilde siempre se oye desde lejos, como con eco—. ¿Cómo estás, hija?

—Bien, abuela, bien. ¿Y vosotros?

—Bueno, los dolores de siempre, ya sabes... Cosas de la edad. Oye, ¿hoy vienes a comer?

—Lo que mejor os vaya a vosotros. Hoy o mañana.

—Pues ven hoy, que haré asado, ¿quieres?

—¡Claro, abuela! Llegaré sobre las dos.

Hoy es uno de los sábados luminosos de Cloe, a pesar del frío. Nunca hay domingos luminosos; todos se ensombrecen por la tarde desde que era niña. Hay algo pesaroso en los finales, en todos los desenlaces, no importa cuál sea su naturaleza; por eso Cloe cada domingo al anochecer siente la pérdida. Quizá del fin de semana, tal vez de su tiempo libre; aunque ella sabe que no es así. Es el morir de

un septenario, de ese intervalo de vida que acaba para volver a renacer el lunes al salir el sol. Pero hoy no es domingo. Hoy es sábado, aunque tenga que encender la luz de la cocina para desayunar. Después se pondrá ese mono viejo de pintor que usaba su hermana para estar en casa, se recogerá el cabello, pondrá un disco a todo volumen y dedicará la mañana a limpiar.

En contra de lo que pueda parecer, no es esa una tarea que desagrade a Cloe. Le gusta la sensación de devolver el lustre a las cosas, el olor a producto desinfectante, el trabajo repetitivo, sencillo y físico. La relaja. Aunque ha oído decir que lo normal es comenzar desde arriba, ella suele empezar por la planta baja. La habitación del búho, el gran salón con la salita de música, el cuarto de baño, la cocina. Repasa muebles y tarimas, lámparas y poltronas, una bañera que nadie utiliza, rodapiés de madera, y se deja envolver por la música, por la magia de esa casa, por el olor a antiguo y a vivido. La única estancia de esa planta que nunca limpia es la biblioteca, llena de volúmenes encuadernados en piel, con tres butacas junto al ventanal vestido de satén y la antigua chimenea cuya alcoba cobija una cómoda pintada en azul brillante; sobre la amplia repisa de mármol agrisado dos pequeños paneles franquean uno mayor, donde aparece grabada una escena campestre. A Cloe la limpieza de la biblioteca le parece una tarea inabarcable, de modo que se limita a ventilar y a ahuecar los cojines ribeteados de puntillas azules. Luego sube al primer piso y comienza por los dos dormitorios dobles, los que están frente al cuarto de baño y a la habitación destinada a un niño que no vivió. Esta se decoró con mimo, y hay algo en ella que le produce ternura y la impulsa a dejarla tal y como está; quizá el amor con el que se eligieron los escasos muebles, los detalles de estarcido en las paredes, las flores de las molduras que empiezan a deteriorarse. Los otros dos dormitorios sin dueño son diferentes, tan solo habitaciones para invitados; es posible que su tía Cecilia se quedara allí alguna noche cuando era niña, tal vez algún amigo. Son bonitos pero impersonales, aunque fáciles de limpiar. No suele entrar en el cuarto oscuro, ese que está junto a la escalera de caracol que sube al ático de la torre, aunque hoy se aventura y abre la pequeña ventana de arco apuntado para que penetre el aire. Siempre le produce escalofríos esa estancia, un lugar reducido y tenebroso, poco más que una despensa, con las paredes desnudas a excepción de un retablo de madera y plata que muestra

escenas religiosas, y un reclinatorio de nogal con un cojín desgastado de color sangre.

Cuando cuatro horas después decide dejarlo, todavía le queda por limpiar su dormitorio y su baño. Y la habitación de lo alto de la torre, por supuesto; el otro día llovió y los cristales del mirador estarán sucios. Suspira y piensa que debería haber empezado por allí, pero ya lo hará otro día; tiene que arreglarse para llegar a tiempo a casa de los abuelos. Comprará algo por el camino; quizá una trenza de Almudévar, unas palmeras de chocolate en Tupinamba o, tal vez, unos merengues. Antes de maquillarse ligeramente, consulta el móvil que está encima de la cómoda. Tras echar un vistazo, empieza a corretear por la habitación, dando pequeños saltitos y riendo alborozada. Sus amigas han propuesto quedar por la tarde; parece que por fin está recuperando la juventud, haciendo cosas de su edad, desempolvando esa alegría que tanto le falta. Sin duda, hoy es uno de sus sábados luminosos.

—Pensaba que quizá quisieras quedar para dar una vuelta, o tal vez para cenar, si te apetece.

El silencio de Cloe es como una lámina de hielo colocada sobre su pecho.

—Es que —una pequeña risa, un tic nervioso, y él prosigue—, verás, están a punto de acabar las obras en el restaurante y el fin de semana que viene ya tendré que trabajar. Es decir, que es mi último sábado libre por la noche. Y por la tarde también.

La hoja escarchada se quiebra con la voz vacilante de ella.

—Lo siento, Lucas, pero hoy no puedo. Es imposible.

—¡Oh, vaya! Vale, ya tienes planes, de acuerdo. ¿Vas... a salir? Si vas a algún sitio, quizá pudiera...

—No, no —interrumpe Cloe intentando parecer desenfadada—. Tengo muchas cosas que hacer en casa, me quedaré aquí. Tengo que trabajar. —Al no oír respuesta, prosigue acelerada—. Uf, no sabes —una risa nerviosa—, ¡no sabes la cantidad de asuntos pendientes que tengo! Me los he tenido que traer del despacho, así que...

—Bueno, pero tendrás que cenar de todos modos, ¿no? —El tono desenvuelto—. Si quieres puedo ir a tu casa y hacerte la cena. ¡Prometo no molestar!

—No, de veras, lo siento. No es una buena idea. Además, ¡es tu último sábado libre por la noche! ¿En serio? —Ríe nerviosa; espera que él no lo note—. ¿Y quieres desperdiciarlo conmigo? ¡Seguro que tendrás planes mejores!

—Estar contigo hubiera sido un gran plan, pero no te preocupes, ya habrá otra oportunidad.

—Claro.

—Bueno, ¿y qué tal todo? ¿Estás bien?

—Sí, muy bien, ¿y tú?

—También. Hoy viene mi hermana a comer con mi cuñado. Ya sabes, mi hermana mayor, ¿te acuerdas? La que se ha casado hace poco.

—¡Sí, claro, claro que me acuerdo! Qué bien, ¿no? Tus padres estarán contentos de reuniros todos de nuevo en casa.

—¡Sí! Están contentísimos. Lo cierto es que la echan de menos, acostumbrados a estar siempre todos juntos...

—Pues yo me voy a comer con mis abuelos. Ahora mismo estoy yendo hacia allí.

—¡Estupendo! Aprovecha.

—¿Que aproveche?

—Claro. Disfruta de ellos. No estarán siempre ahí.

Cloe se cierra el abrigo con la mano izquierda, el cierzo la empuja y agacha levemente la cabeza. Aun así, su sábado sigue siendo luminoso.

—En fin —dice Lucas—, no te entretengo más. Que no te canses mucho.

—¿Que no me canse mucho de qué?

—De trabajar.

—¡Oh! —exclama riendo—. ¡Claro! ¡Claro! Sí, sí, me lo tomaré con calma.

Lucas calla y una incomodidad alargada y seca, como una rama quebrada, queda prendida de la conversación.

—Estupendo —dice al fin—. Cuídate, Cloe. Ya hablaremos.

Está preciosa. La falda de seda de Camila, larga hasta el tobillo, con un estampado de amapolas, le sienta de maravilla debajo de un jersey negro de cuello cisne y el collar de plata. Es cierto que es una prenda

de verano, pero con unos leotardos y botas altas queda perfecta. Se ahueca el pelo con las manos; casi nunca lo cepilla, es tan intrincado que las púas posiblemente se quedarían atrapadas en ese caos. Se pone el abrigo negro y cierra la puerta con cuidado dejando las luces encendidas, como siempre, para que le aguarden a su vuelta.

Ha quedado con sus amigas a tomar un café en el Botánico. Ninguna ha propuesto ir después a cenar, pero ella piensa que quizá el plan se alargue. Camina rápida por la calle Alfonso. De pronto algo oscurece su luminosa tarde de sábado invernal. Una piedra pequeña, un canto rodado, una china alojada en la boca del estómago. No debería haber mentido a Lucas. En realidad, no sabe por qué lo ha hecho, pero está tan contenta por haber recuperado esa sensación de ligereza, de juventud, que no quiere complicaciones. Frunce el ceño levemente; alguien ha tapado el sol con la mano. Se pregunta por qué ha pensado que Lucas era una complicación. Agita la cabeza, suspira e intenta apartar el guijarro de su interior. Aprieta el paso y entra en el Pasaje del Ciclón; siempre le han parecido hermosas estas galerías, con las falsas columnas neoclásicas, la decoración floral y sus techos azules. Cuando llega al Botánico, ese café que parece un invernadero, comprueba que, tal y como imaginaba, está atestado de gente; sin embargo, Ana y Julia la esperan sentadas junto a una mesa del fondo. Sonríe y las saluda con la mano; ellas le devuelven el saludo.

—¡Hola, hola! —le dice Ana sonriendo y dándole unos besos sonoros en las mejillas—. ¿Cómo estás? ¡Ya solo faltan dos!

—Muy bien, ¿y vosotras? —dice quitándose el abrigo y sentándose junto a ellas—. ¿Ya habéis pedido algo?

Mientras Cloe da un repaso al delicioso surtido de tartas y bizcochos, ve de reojo cómo mira Julia su falda, con una crítica implícita en su gesto. De pronto se siente incómoda. Pestañea rápido y recuerda que es su amiga, no su madre, que con estas chicas no necesita cumplir ninguna expectativa.

—Bueno, contadme —dice cuando ya tienen en la mesa unas tazas de café humeantes y varias porciones de tarta—. ¿Qué tal todo?

Pasa la tarde, aromática y tranquila, entre el murmullo amable de las mesas, las sonrisas cómplices, los comentarios amenos, el placentero aroma a café y a bizcocho, la calidez tras el cristal que las separa del cierzo. En un par de ocasiones se ha quedado observando a sus amigas, jóvenes y esperanzadas, y ha sonreído pensando en su

futuro, en su suerte a pesar de las desgracias. Sin embargo, el guijarro continúa allí, alojado en su interior, como si hubiera anidado esperando una absurda eclosión.

—¿Nos vamos? —pregunta Julia levantándose y mirando el reloj —. Llevamos aquí un buen rato, no sabéis lo a gusto que he estado con vosotras, pero habrá que dejar la mesa libre para alguien más.

—¡Claro!

Abandonan el coqueto local y, al salir al exterior, las recibe el frío con un abrazo alargado y estrecho. Ya ha oscurecido. Caminan por la calle Santiago hasta coger la calle Alfonso, rebosante de vida.

—Bueno —dice Julia—, ¿qué planes tenéis? Yo he quedado con mi chico.

Cloe intenta desembarazarse de la pequeña piedra que la oprime sin que ellas noten la maniobra. Sabe qué es. No ha podido quitarse de la cabeza a Lucas. ¿Por qué le mintió? ¿Por qué no le dijo, simplemente, que había quedado con unas amigas?

—En realidad, no tengo planes —dice desenfadada—. Si alguien está libre, quizá podríamos ir a cenar.

Julia arruga la frente en un gesto encantador.

—¡Oh, vaya! No sabéis cuánto me gustaría. Pero no puede ser. Tengo que acompañar a mi novio a un compromiso con gente del trabajo...

Cloe se sube el cuello del abrigo como si tuviera frío. El resto de las chicas, salvo Ana, también se excusan.

—¡Pues yo no tengo nada que hacer! —exclama esta cogiendo a Cloe del brazo—. Rafa ha quedado con sus amigotes, en plan chicos, ya sabes.

—¡Estupendo! Entonces nos vamos nosotras a cenar.

Las amigas se despiden con efusivos besos y abrazos y se van perdiendo entre el gentío, los abrigos de colores, la lana de las bufandas, los rostros enrojecidos. Extienden los brazos, agitan las manos, prometen verse pronto, antes de que acabe el año. A los pocos metros, Cloe y Ana se han quedado solas.

—¿Por qué no vamos a Puerta Cinegia? Seguro que allí habrá algún sitio que nos guste.

—De acuerdo.

Caminan juntas, hablando del terrible clima de Zaragoza, de las Navidades que ya invaden las calles, del tedio de las tardes de

domingo. Casi al llegar a la esquina con el Coso, Cloe está a punto de chocar con un vendedor ambulante de globos. En ese momento, un joven no muy alto, con grandes ojos avellana tras unas gafas de montura metálica, un chico normal, como cualquiera al que no prestarías demasiada atención a primera vista, pasa a unos metros de las amigas. Ellas no lo ven, pero él a ellas sí. Es Lucas, quien de pronto siente que su sábado se ha oscurecido como la tarde, como la tormenta que acecha, como una mentira mal dicha.

La plaza España es un hervidero de transeúntes, gente que pasea, que se encuentra y se despide, que charla animadamente en las terrazas arropada por las chimeneas de gas prendidas entre las mesas, un tumulto jubiloso y festivo.

Cloe y Ana acaban de llegar a la entrada del Mercado Gastronómico de Puerta Cinegia, donde se agolpan también numerosas personas, ruido y vuelo de miradas. De pronto, cuando están a punto de entrar, se oye un grito agudo, y después más, un clamor llamando a emergencias, a una ambulancia. Una muchedumbre se amontona unos metros más allá, cerca de la esquina donde está la Oficina de Turismo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ana a un hombre que viene de allí, mirando de vez en cuando para atrás, hacia la multitud que les tapa la visión.

—Un accidente —les dice con el rostro enrojecido—. A alguien le ha atropellado el tranvía.

—¿Y está grave? —insiste Cloe, aunque el interpelado parece tener prisa.

El hombre para un momento y se toca la cabeza, como si quisiera cumplir con una formalidad ante la gravedad del hecho.

—Creo que ha muerto.

14

Zaragoza, abril de 1964

«¡Cuántas veces me pregunté cómo se habría herido de ese modo! ¡Cuánta angustia, qué terrible es todo esto! Ver a mi amada Mel cubierta de arañazos, de moretones... Tan lastimada. Y yo, ¿qué he hecho?, ¿qué he hecho para evitarlo?, ¿qué hago?, ¿qué puedo hacer además de lamentarme en este diario?

Las noches que he pasado en vela... Me siento tan impotente... Quizá debería haberme dado cuenta antes. ¡Pero no! ¡No, no! Lo vi. Vi los golpes. Vi las laceraciones. ¡Intenté averiguar qué estaba pasando! ¡Por Dios, que lo intenté! La miro, la vigilo, la cuido... Mi amor, mi pequeña. He examinado su cuerpo, palmo a palmo, y en fin...».

La primera vez pensó que se habría lastimado en el jardín. Tantos arañazos juntos, como una telaraña tejida en su antebrazo, no podían pasar desapercibidos. Pero ella no recordaba cómo se los había hecho. Sebastián no se preocupó; sus olvidos siempre formaron parte consustancial de Melania, al igual que sus silencios, su mirada, sus cabellos. Ahora a veces la observa cuando ella no se da cuenta, cuando está ensimismada en sus recuerdos, y se pregunta qué imágenes ven sus ojos extraviados, en qué recoveco de la memoria se ha sentado con su falda abullonada, quizá con algo entre las manos, una remembranza hecha pedazos como un puzle que se intenta recomponer; y es entonces cuando Sebastián se siente impotente y aterrado. Le juró que siempre la protegería, pero está allí tan a menudo, como una funámbula sentada sobre la cuerda floja, que teme que caiga al vacío y él no llegue a tiempo de socorrerla. Por eso, a veces, la llama. Ella lo mira y normalmente sonríe; sonríe y le pregunta qué quiere. Nada. Solo asegurarse de que regresa.

Los verdugones en las piernas dieron lugar a las primeras

sospechas. Por la mañana se quedó en la cama leyendo, como cada domingo, y cuando ella se levantó pudo ver sus muslos marmóreos violentados al subirse el camisón de lino inmaculado, ese que había heredado de su abuela, ese que últimamente lleva marcas bermejas que Melania intenta limpiar frotándolas con ese jabón ocre con nombre de reptil. Le preguntó por ellos y Melania lo miró confusa, como si no supiera de qué le estaba hablado. Bajó sus ojos hacia los moretones y, cuando los volvió hacia Sebastián, un mar tempestuoso rompía contra un acantilado: estaba aterrada. Se abrazó a su esposo con fuerza. Él no supo qué decir; se limitó a acariciar sus cabellos, a besarle el rostro, a susurrarle. Y, de pronto, ella se calmó; la niebla había vuelto a su mirada y le dijo que no lo sabía, que no lo recordaba. Quizá en el jardín.

Sebastián estuvo durante días preocupado. ¿Quién podría haberla lastimado de ese modo? Esas lesiones no podían ser consecuencia de un accidente como los arañazos en los antebrazos. Melania prácticamente no salía de casa, de no ser para ver a sus hermanas. Su angustia iba en aumento al tiempo que aparecían nuevos golpes, cardenales, arañazos. A menudo ella los ocultaba y él fingía no verlos. Comenzó a cambiarse de ropa en el baño, a evitar permanecer desnuda en su presencia. A veces, cuando dormía, Sebastián descubría sus heridas; zarpazos, desolladuras, pequeñas incisiones que dejaban huellas oscuras en su piel blanca, como pisadas de alimañas diminutas. Conforme aumentaban las marcas en su cuerpo, crecía la desolación de su esposo.

Pensó en Eyre, el gato blanco de angora de Melania. Diseccionaba sus heridas cuando ella no lo veía, las medía y las dibujaba, preguntándose si podían ser obra del animal. Algunas sí; otras muchas no.

Un día Sebastián volvió antes de lo normal y no la encontró allí. La buscó. Fue a casa de sus hermanas y ninguna de ellas sabía nada; Clotilde y Alonso se desentendieron rápidamente. Gabriela le ofreció un café y le habló de Melania, de la melancolía anclada en sus ojos, perenne en su alma desde niña, de la desolación que impregnaba su tristeza y la hacía tan misteriosa, de ese halo monástico que no era tal.

—Nunca ha sido tan feliz como contigo —le dijo. Sebastián estuvo tentado de contarle lo de las heridas, pero no lo hizo.

Antes de abandonar la casa se encontró con la pequeña Cecilia,

que lo abrazó sin sorprenderse, como si lo esperara, y lo miró con sus ojos de pez muerto. Cuando le dijo que estaba buscando a su hermana, movió la cabeza, en un gesto de negación.

—Sebastián, cuánto me apena verte así. Querido, querido Sebastián —musitó.

Qué quince primaveras tan extrañas, pensó él; a veces su cuerpo casi infantil parecía contener el alma de una anciana. No podía asegurarlo, pero juraría que en ese momento ella ya lo sabía. Tan joven. Conocía sus dolores, sus cicatrices, sus inexplicables heridas. Sin embargo, no le preguntó. Se quedaron allí, en silencio, hasta que Sebastián se excusó para marcharse.

Cuando llegó a casa, Melania estaba en el jardín. Al verlo sonrió y fue corriendo a su encuentro. Estaba sucia de tierra, como si hubiera estado removiendo entre las flores. De inmediato se dio cuenta de que su esposo estaba preocupado; le acarició el entrecejo y le preguntó qué le pasaba. Él le explicó que la había estado buscando, y entonces ella se rio y le dijo que había ido a ver a Cecilia. Él prefirió callar.

Hace solo unas semanas lo descubrió. Sebastián encontró sangre en el cuarto de baño, unas gotas junto al mueble donde se guarda la ropa blanca. Lo abrió; un espejo de mano yacía sobre la pila de toallas, todas ellas bordadas con sus iniciales, todas ellas blancas, blancas como la niebla sólida de sus ojos; blancas, mas no inmaculadas. La luna del espejo estaba quebrada, rota en cinco pedazos irregulares; uno de ellos faltaba, el más estrecho, el más afilado; y desde el espejo hasta el suelo se abría un camino de gotas carmesíes.

Finalmente, la duda se ha convertido en certeza y esta en horror. Hoy es el cumpleaños de Eduardo y, como siempre, lo celebra en su casa con toda la familia. A Melania siempre le han gustado estas fiestas y estima tanto a su cuñado que para ella es un día muy especial. Ayer fue a comprar su regalo, una hermosa pipa de madera rojiza tallada; la trajo envuelta en un papel de hojas y plantas tropicales, con un enorme lazo verde. Por la mañana se ha levantado temprano para llevar a cabo su ritual: un largo baño con sales perfumadas, el lavado del pelo con distintas lociones, la aplicación de cremas en la piel. Luego ha elegido uno de sus vestidos, el de color esmeralda, y lo ha colocado encima de la cama, junto a los zapatos y a un pequeño collar de plata y ámbar que Gabriela le regaló las últimas

Navidades. Ha besado a su marido, le ha sonreído, y ha vuelto a entrar en el cuarto de baño. Sebastián ha bajado a desayunar.

Se ha entretenido leyendo la prensa y, de pronto, se ha sorprendido al mirar el reloj y comprobar que Melania todavía no ha aparecido; ha pensado que seguiría arreglándose, que quizá no quisiera tomar nada.

—¿Llevo un café a la señora? —ha preguntado Manuela.

—No, gracias. Lo haré yo —ha contestado Sebastián.

Mientras subía por las escaleras ha oído un golpe fuerte, un estruendo ensordecedor seguido de otro más pesado. Ha echado a correr hacia el piso de arriba, derramando el café en su carrera, con la garganta aprisionada por una sospecha.

Al llegar al dormitorio no se oía ningún sonido; quizá, prestando mucha atención, se apreciara una especie de silbido tenue, como un hilo de vida escapando por el resquicio de una ventana entreabierta. Melania no estaba allí y la puerta del baño seguía cerrada. Ha dejado la taza manchada sobre la cómoda y se ha acercado con sigilo; el tacto del pomo le ha producido un escalofrío.

En ese momento ha aparecido Manuela en la puerta de la habitación con la respiración agitada; advertida por el golpe, ha subido corriendo las escaleras.

—Tranquila, tranquila —le ha dicho él con aparente serenidad—. Puede retirarse, no ha pasado nada.

Ella lo ha mirado con incredulidad, ha inclinado la cabeza y ha salido; al instante se han oído los susurros. Sebastián ha girado el pomo y ha entrado en el baño.

Al principio no ha comprendido lo que veía. Un rastro carmesí en la loza blanca, hojas granas agonizando entre los baldosines, brotes de rubí escalando la pared cuajada de insectos escarlata. De pronto se ha dado cuenta de que era sangre y, en medio de toda esa constelación púrpura, yacía desnuda Melania; desmadejada como una muñeca rota, con los cabellos como cientos de algas, ahogándola, cubriendo su rostro, su pecho, anegando su piel blanca. Se ha apresurado a socorrerla, a tomarla entre sus brazos. Y es entonces cuando ha visto su rostro roto, desfigurado, cubierto de sangre. Ella no ha llorado, no ha dicho nada, no ha contestado a sus preguntas. Él la ha levantado, la ha cubierto con la bata y la ha sentado sobre la silla de enea blanca donde siempre se colocan las toallas dobladas, para limpiarla con

cuidado. El canto del lavabo también estaba cubierto de sangre, agrietado, como si alguien hubiera estrellado su cara contra la cerámica.

Pasado un rato, Melania ha observado su imagen en el espejo. Tenía el ojo derecho prácticamente cerrado, con el párpado tumefacto y amoratado, y una pequeña brecha hendida en la cola de la ceja.

—Yo quería ir —ha susurrado sin apartar la vista de su imagen maltrecha—. Yo tenía muchas ganas de ir. Es el cumpleaños de Eduardo…

Sebastián le ha acariciado el cabello que le caía por la espalda. Han sido las primeras palabras que ha dicho desde que la ha encontrado.

—Si quieres, podemos ir —le ha sugerido mirándola a los ojos a través del espejo; el corazón desbocado, la pena anegándole el alma—. Podemos decir que resbalaste al salir de la bañera o que te golpeaste con una puerta.

Melania se ha perdido unos segundos, extraviada en una red tupida de emociones.

—¿Mel?

Al fin se ha vuelto hacia él, pero no lo ha mirado a los ojos.

—Voy a acostarme. Me duele mucho la cabeza. Seguro que Eduardo y Gabriela lo comprenderán.

«… ¡No me ha mirado a los ojos! ¡Siempre me había mirado a los ojos! Hoy he vivido el horror. Mi Mel, mi vida… ¿Cómo ha podido suceder esto? Tal vez alguien mejor que yo hubiera podido salvarla. Necesito buscar ayuda. ¿Quién nos podrá ayudar, Dios mío? Pero sí, sí… La buscaré. Necesita un profesional, alguien… ¡Mi pobre Melania! De niño me engañaron. Nos engañan a todos. El amor no todo lo puede».

Zaragoza, 24 de noviembre de 2019

Aún no son las once de la noche del sábado y Cloe ya está en casa. Cierra la puerta con llave y enciende las luces del recibidor y la escalera, pero no sube a su dormitorio. Entra en la sala del búho, como ella la llama, coloca el abrigo y el bolso encima de la silla y se

deja caer en el butacón de piel cuarteada. Tiene una sensación desagradable; la pequeña piedra en la boca del estómago no acaba de desprenderse y se siente molesta.

Enciende el televisor y sintoniza el canal donde emiten sus series y películas favoritas, historias policiacas y de misterio; sube el volumen y va a la cocina a prepararse una infusión. Mientras lo hace, piensa que lo ha pasado bien; sin embargo, hay algo que no acaba de encajar. Por ahí anda uno de esos sentimientos que la razón reprime, pero se queda alojado en alguna parte del cuerpo, como un convidado inoportuno para el que no tienes sitio preparado en la mesa, pero al que no puedes echar. Y cuando vuelve a la salita y se sienta frente al televisor, quita el volumen de pronto; necesita pensar.

Suena el teléfono y Cloe deja la taza en la mesa antes de contestar.

—¿Diga?

—¡Hola, hola! —la voz grave, ese deje agrietado al final de las palabras—. ¡No me lo puedo creer! Pero ¿qué haces en casa?

—A ver, Toni —contesta Cloe riendo—. Si pensabas que no estaba en casa, ¿por qué me llamas aquí?

—Bueno —contesta él alargando las vocales—, por si acaso. No sabía cuánto se habría prolongado la cita.

—¿Qué cita?

Cloe se aproxima a la ventana y retira la cortina. El jardín se vislumbra en las sombras a través del halo de las pequeñas luminarias y las ramas mecidas por el viento.

—Ya veo que me tienes muy controlada.

Toni suelta una carcajada.

—Es mi responsabilidad de primo mayor.

—Dos años mayor.

—Bueno, pues lo que sea. Y cuéntame. ¿Qué habéis hecho? ¿Cómo ha ido?

—No tenía ninguna cita, solo he salido.

—Vale, vale, llámalo cómo quieras. Pero ¿qué tal?

—Bien —contesta Cloe escueta.

—¿Bien? ¡Quiero más datos!

—Pero ¿qué quieres que te cuente, Toni? A ver, hemos ido a tomar un café al Botánico y luego...

—¡Oh! —interrumpe Toni. Parece decepcionado—. ¿Y no habéis

ido a cenar? ¿Cómo es que habéis terminado tan pronto?

Cloe frunce el ceño, incómoda.

—A ver, hemos tomado algo, y luego Ana y yo nos hemos tomado un bocadillo; las demás no podían. ¿Pero se puede saber qué te pasa?

El silencio se alarga más de lo normal.

—¿Toni?

—Sí, sí, te oigo. Es que... ¿Ana? —pregunta alzando un poco la voz—. ¿Quién demonios es Ana?

Cloe frunce el ceño.

—¿Cómo que quién es? Pues una de mis amigas. No sé cómo sabías que había quedado con ellas, no entiendo a qué viene...

—¡Lucas! ¡Te estoy preguntando por Lucas! Pero ¿es que no has salido con él?

Cloe inspira fuerte y se lleva la mano izquierda a la cara. Se sienta en el butacón y suspira.

—Pues no, Toni, no he salido con Lucas.

Se oye un bufido prolongado.

—¡No me digas! Qué malentendido, madre mía... Lo siento, Cloe. Lucas. Lucas me dijo que te iba a llamar para quedar. Por eso pensaba...

—Ya, bueno, pues no, quedé con mis amigas.

—Ya.

—¿Qué?

—Nada —vuelve a alargar mucho las vocales—, solo que habría preferido que salieras con Lucas.

—No me digas —suelta Cloe.

—Pero está fenomenal que salgas con tus amigas, claro —se apresura a continuar—, que te diviertas, así que estupendo. Vaya, que eres tú la que tienes que decidir con quién te apetece estar.

—Vaya, gracias. Es un alivio que me lo digas.

—Pero, entonces, ¿Lucas no te llamó?

—Sí, sí —contesta Cloe; el canto rodado se ha atravesado y ahora le produce una opresión algo mayor—. Lo hizo. Pero ya había quedado con ellas.

—¡Oh! Me consta que tenía muchas ganas de verte. Le gustas, ¿sabes? Supongo que ya lo habrás notado. ¿Y cómo se lo tomó?

El guijarro crece de tamaño como si se hubiera expandido. Se siente una estúpida. ¿Por qué no se lo contó? ¿Por qué no fue sincera

con él? ¿Por qué no se disculpó sencillamente, diciéndole que ya había quedado? La pequeña piedra pesa y rueda descontrolada por sus vísceras.

—Bien, creo. Iba a comer con su familia, supongo que habrá pasado un buen día. Su hermana, no me acuerdo cómo...

—Paula, un encanto de chica.

—Pues eso. Ya sabes que su hermana se ha casado hace poco, y hoy se reunían todos en casa de sus padres.

—Lucas tiene una familia estupenda. Están muy unidos.

—Tiene suerte.

Mil gotas de lluvia cansada se posan en los muebles y encima de sus hombros; una humedad tibia e imprevista empapa sus contornos. La tristeza de su soledad, la orfandad de su padre, la pérdida de su hermana, la distancia insalvable con su madre, su desafecto, el desamparo. Todo pesa.

—Venga, no te pongas triste, ¿eh? Tú también tienes a tu familia. ¡Sobre todo a tu superprimo, que siempre cuidará de ti!

Cloe ríe, y la risa compartida la protege de la lluvia.

—Gracias, Toni. Lo sé.

—Y, dime, ¿tiene alguna posibilidad mi amigo Lucas o ya puede ir tirando la toalla?

—¡Venga, pesado!

Charlan un rato sobre cosas cotidianas, sobre las Navidades que se acercan, sobre el trabajo y el tiempo. Cuando están a punto de despedirse, Cloe se apresura a preguntar.

—Oye, Toni, ¿entonces...? Quiero decir, ¿tú crees que le gusto a Lucas?

Él se ríe y emite un silbido.

—Bueno, guapa, ya nos veremos.

Cuando cuelgan, Cloe consulta los mensajes. No tiene ninguno. Comienza a dar vueltas alrededor de la habitación. Las once y cuarto de la noche. Tarde para llamar, sin duda. Deja el móvil sobre la mesa y se fija en un *flyer* donde se anuncia un concurso de disfraces en una pequeña librería. Recuerda que la librera se lo metió en la bolsa junto a la camiseta de Poirot. Sonríe. Coge el teléfono y busca el contacto de Lucas. Ni siquiera sabe qué le va a decir, pero necesita que esa piedra molesta se deshaga para poder respirar.

Los tonos se suceden acompasados por el latido de su propio

corazón. Finalmente contesta su voz amable, pero cuando Cloe se apresura a hablar se da cuenta de que es una grabación. Un contestador.

Suspira y cuelga el teléfono. Apaga el televisor y la luz de la salita y sube a su dormitorio. Leerá un poco y se acostará. Quizá mañana termine la limpieza que ha dejado a medio hacer y luego llame a Lucas de nuevo. Tal vez puedan quedar a dar un paseo; quiere disculparse con él, solo eso.

Todavía no son las doce, pero se ha quedado adormilada mientras leía; algo la despierta. Es el sonido del móvil; tiene el volumen muy bajo, pero vibra sobre la mesilla. No comprueba el número de teléfono antes de contestar.

—¿Sí? —la voz somnolienta, los ojos medio cerrados.

—Buenas noches —dice alguien al otro lado de la línea—. ¿Hablo con Cloe?

Se incorpora lentamente, y frunce el ceño.

—Sí. ¿Quién es? ¿Sabe que son las once de la noche?

—Lo lamento, señora... —es un hombre; le habla despacio, con una especie de contenida educación—, pero esto es importante. Le llamo de la Policía. ¿Qué relación la une con Paloma Vidal?

Cloe se levanta bruscamente de la cama y siente un leve mareo. Se sienta en el borde.

—Es mi madre.

Un breve silencio al otro lado de la línea, como un punto y seguido en un texto.

—Lo imaginamos al comprobar las llamadas de su móvil. —Un ligero carraspeo—. Señorita, lamentamos informarla de que su madre ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente? —grita Cloe precipitándose hacia el armario—. ¿Cómo está? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está?

—Lo sentimos mucho —otra pausa, breve, dura, definitiva—. Su madre ha fallecido.

15

Zaragoza, diciembre de 1964

«¡Por fin! Creo que por fin puedo escribir algo alegre en este diario. Y no es que no sea feliz... Soy feliz con mi esposa, con mi amor, cada día que me despierto junto a ella. Pero hoy, ¡ojalá, Dios mío!, creo que esa felicidad puede ser eterna, total. ¡Melania está embarazada!

Es cierto que ya había quedado encinta antes y que ninguna de esas veces prosperó. No soy un desmemoriado, lo recuerdo. Recuerdo cada una de las pérdidas. Y de las dudas. Quizá... ¡Pero no! Los abortos no pudieron ser consecuencia de las lesiones. ¿No? No, creo que no. ¡No!

Esta vez será diferente. ¡Por favor! Sí, sí, será diferente. Esta vez todo irá bien. Hay algo distinto en ella... ¡Brilla! Brilla como si tuviera luz, tiene las mejillas arreboladas, ¡viste de blanco!

Y pensar que hace unas semanas su hermana me insinuó que, si quería, podía abandonarla. ¿Abandonarla? ¿Pero es que no lo entienden? ¿Cómo iba a abandonarla? ¡Internarla! Que nadie me lo reprocharía, me dijo. ¡Será estúpida! Melania es la única razón de mi existencia. ¿Cómo sería mi mundo sin ella, Dios mío? ¡La nada! La soledad. Dicen que el dolor puede paralizar la vida. ¿Es que no lo entienden, no lo entiende su estúpida hermana? Sin ella me convertiría en un fantasma. ¡Ruego a Dios que nunca me imponga tal destino!

Ahora todo irá bien. Lo presiento. Melania está feliz y, desde que se confirmó el embarazo, no ha habido más golpes. Su vientre está ligeramente abultado y el bebé nacerá en junio. Y rezo para que, a partir de entonces, nunca, nunca más, vuelva a caer la niebla».

Zaragoza, noviembre de 2019

Durante el funeral Cloe se deja guiar por su tía Cecilia. Tiene una parte del pecho adormecido, como si sus sensaciones estuvieran bloqueadas por algún tipo de anestesia; es doloroso, no obstante, sentir que tu cuerpo se ha vuelto de corcho. Ni siquiera le llegan bien los sonidos; parece que entren amortiguados en su interior y luego reboten quedándose allí dentro mezclados, todas las voces, todas las frases, todos los estímulos.

No ha asistido demasiada gente. Era lo esperado. Es triste comprobar que su madre ha importado a tan pocas personas, aunque le hubiera sorprendido lo contrario. Una pareja de ancianos se ha acercado a ella en el velatorio; sus abuelos maternos, los padres de Paloma, los que la repudiaron cuando se casó con Eugenio. No parecían afectados en realidad, más bien avergonzados por su propia indolencia. Cloe supone que, para ellos, esta es la muerte de una persona ya fallecida en su corazón, un reencuentro con la tumba de una hija casi olvidada. Simplemente se ha limitado a dejarse abrazar y a darles la espalda.

Sus amigas y algunos compañeros de trabajo se han acercado al velatorio a mostrar sus condolencias. Caras de circunstancias, palmaditas en el hombro, pésames en susurros. Y por supuesto, allí junto a ella, siempre su primo Toni, su hermano en realidad, aunque no compartan padres, aunque, Cloe lo sabe, en esos momentos no compartan ni siquiera el mismo pesar.

—Vamos, preciosa —le ha dicho, incansable, a cada rato—. ¿Por qué no vamos a que te tomes algo? Necesitas comer.

Sus abuelos y sus tíos también han permanecido junto a ella todo el tiempo. Cloe no lo esperaba, quizá por su edad, avanzada la de algunos, quizá por la desafección que sabe que sentían por Paloma; sin embargo, allí han estado todas las horas terribles de espera, toda esa eternidad frente al féretro cerrado. Le reconforta su cariño, tan distante a veces por parte de su tía Gabriela y de sus abuelos, Clotilde y Alonso, tan cercano por parte de su tío Eduardo, tan incondicional por parte de su tía Cecilia.

Greta, la novia de Toni, también ha asistido al velatorio; se ha sentado junto a ella, ha permanecido a su lado con su semblante sosegado, y ha sido capaz de transmitirle una extraña quietud. De pronto le ha cogido la mano y se la ha apretado con firmeza, y ha continuado así durante dos, cuatro, quince minutos, manteniendo su

mano seca entre las de Cloe, acompañándola de manera silenciosa y sincera. Cloe en ese momento ha comprendido por qué Toni siempre vuelve a ella, qué calma interior tan clara acoge ese cuerpo pequeño y aparentemente gris.

En un momento que no es capaz de concretar —mañana, tarde—, alguien a quien no esperaba ha aparecido en la sala donde estaban velando el cuerpo de Paloma; un joven castaño, no muy alto, unos ojos grandes tras unas gafas de montura metálica.

—Cloe…

Lucas le ha dado un abrazo. No dos besos, no la mano. Un abrazo. La ha estrechado fuertemente y ella ha sentido que eso era precisamente lo que necesitaba, que alguien la sostuviera para no caer.

Se han sentado juntos en unas sillas de la salita. En silencio. De pronto él le ha tomado la mano. La suya era cálida y fuerte, más de lo que Cloe hubiera imaginado. Tenía algo de la mano de Greta, algo poderoso y oculto, una fuerza que irradiaba desde el interior. Algo que no todo el mundo tiene.

—Lo siento mucho.

Se ha creado un silencio cargado de triste complicidad.

—¿Sabes que ahora soy huérfana? —ha preguntado Cloe de repente.

No entiende por qué ha hecho esa pregunta. Se ha sentido estúpida y al mismo tiempo culpable. Parece que sea ella la víctima, y es su madre la que está en esa caja, la que se ha ido, la que ya no paseará, ni comerá, ni se lavará, ni se vestirá. La que ya no reirá, no conversará, la que ya no disfrutará de la vida. Sonríe con pesar. Paloma no disfrutaba de la vida, apenas conversaba si no era para acabar enfadada, nunca reía. Pobre mamá.

—Cuánto lo siento. De veras.

—Era muy joven, ¿sabes? Solo tenía cuarenta y tres años.

—¡Vaya! ¿En serio? Entonces fue madre muy pronto.

Cloe lo ha mirado a la cara, por primera vez desde su llegada.

—Acababa de cumplir los veintidós.

—Muy joven.

Han permanecido callados un instante. Ella ha mirado al frente, pero ha podido percibir la mirada de él.

—Era la segunda mujer de mi padre. ¿Eso lo sabías? —Lucas ha

negado con la cabeza—. No, claro, cómo vas a saberlo. Casi no sabes nada de mí.

—Sé que estás muy triste, y es normal. También sé que te sientes sola, pero no lo estás.

Cloe lo ha mirado y ha sonreído con una mueca resignada.

—Mi padre —ha dicho despacio— se casó con mi madre después de divorciarse de su primera mujer. Se llevaban diez años. Imagino que fue una historia de lo más corriente. En realidad, nunca les pregunté cómo sucedió. Cómo se conocieron, o cómo se enamoraron...

—Quizá alguien te lo pueda contar. Tus abuelos, sus amigos.

—No creo... —La sala se ha vaciado de repente; se han quedado solos—. En realidad, nadie quería a mi madre, ¿sabes? Sus padres —una especie de risa hueca, turbia— la olvidaron, se alejaron de ella solo por no estar de acuerdo con la decisión que tomó.

—¿Cómo es posible algo así? ¿Qué decisión puede ser tan mala, tan grave, como para que unos padres...?

—Casarse con mi padre —lo ha interrumpido Cloe con la mirada perdida—. Eso. Eso fue. Y —ha continuado— mis abuelos y mis tíos... Bueno, nunca la quisieron. Para ellos fue siempre una entrometida que quería estar en un lugar que no le pertenecía. No sé, no puedo explicármelo. Por supuesto, si se lo preguntara, ellos lo negarían, claro; hasta se escandalizarían si yo insinuara que la despreciaban. Pero es la verdad —le dice mirándolo de pronto a los ojos, sintiendo cómo unas lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas, liberándola—, es la verdad. Luego —ha continuado sin dejar de mirarlo— murió Ada, la madre de mi hermana Camila, en un accidente de coche, de modo que ella se vino a vivir con nosotros. Nuestra pequeña familia. Una familia de cuatro miembros. No demasiado bien avenida: mi madre odiaba a mi hermana —le parece horrible verbalizarlo, pero algo la ha impulsado a hablar, como si se hubiera convertido en la muñeca de un ventrílocuo—, no sabes cómo la odiaba.

—Cloe...

—Sí, es terrible, ¿verdad? —Se ha secado la cara con las manos, dándose ligeras palmaditas—. Lo sé. Pero es cierto. Y tampoco sé por qué. No sé muchas cosas, como puedes ver; y nunca las sabré, me temo. Porque luego mi padre murió. Una enfermedad. Ya sabes, esas cosas pasan... Y hace menos de un año, Camila, una chica preciosa, con toda la vida por delante, se tiró por una ventana y acabó con la

cabeza destrozada entre las flores de su jardín. Mi familia de cuatro se convirtió en una familia de dos. Y ahora, mi madre...

Le ha sorprendido un sonido extraño y agudo, como el silbido de una cafetera o de un globo al deshincharse. Ha mirado a su alrededor con los ojos empañados intentando encontrar el origen de ese ruido molesto que se le clava en los oídos, en la cabeza y en las cuencas de los ojos. Y de pronto se ha dado cuenta de que brotaba de su garganta junto a sus palabras, agarrado a cada una de las sílabas, como un lamento lúgubre intentando salir por su boca. Entonces, de repente, ha roto a llorar porque no sabía qué hacer, no sabía cómo callar ese sonido; no dejaba de oírlo por más que se tapara la boca con las dos manos, por más que intentara dejar de respirar; seguía allí, presionando su garganta, inundando la sala, haciendo que todo el mundo que estaba en el pasillo entrara y la mirara. La desesperación se ha convertido en una espiral, y en el centro de ese tornado se ha producido ese sonido, cada vez más alto, cada vez más agudo. Hasta que algo la ha cubierto como un manto protector, fuerte y suave, algo que ha ocultado la luz, que ha paralizado la zozobra, que ha acallado el grito.

—Tranquila. —Lucas la ha abrazado, la ha acunado, le ha apartado el cabello del rostro—. Tranquila, Cloe.

Él se ha quedado allí hasta el final. A veces en el pasillo; otras, sentado en una silla sin decir nada; en ocasiones charlando con Toni y con Greta. Cuando Cloe se ha quedado sola y sus miradas se han encontrado, se ha acercado a ella y la ha acompañado.

—No entiendo cómo ha podido pasar.

—Es una zona peligrosa, ya ha habido algún que otro percance de este tipo. Ten en cuenta que no hay un paso señalizado, y el tranvía... —ha dicho Lucas.

—Ya, pero mi madre nunca habría cruzado sin mirar —lo ha interrumpido Cloe—. Era tremendamente controladora. Siempre estaba alerta. Siempre.

—Los testigos dicen que iba como despistada, Cloe —ha intervenido Toni—. Y no ha sido uno ni dos los que lo han dicho. Parece ser que chocó con alguno de ellos antes, que pasó sin mirar... Iría pensando en otra cosa.

Cloe ha negado con la cabeza.

—Es muy raro. Tú la conocías —le ha dicho a su primo haciendo

un gesto—. ¿De veras te cuadra? ¿Mi madre chocando con la gente? ¡Por Dios! Estaba siempre alerta, siempre —ha repetido—. No sé. Además, ¿qué hacía en Zaragoza? ¡No me había dicho nada! ¿Cómo es posible?

—Quizá quería darte una sorpresa.

—¿Mi madre? ¿Una sorpresa? —El suspiro ha sido tan fuerte que Cloe se ha llevado la mano a la boca inconscientemente—. Esto es muy raro. Si no había forma de hacerla venir a Zaragoza. Y en unas semanas yo iba a ir a Madrid a pasar las Navidades con ella.

—Bueno —ha dicho Lucas—, nunca se sabe. A veces las personas que mejor creemos conocer nos sorprenden. Quizá se dio cuenta de que nunca tenía ese tipo de detalles y se le ocurrió lo de la sorpresa.

—¿Y qué hacía allí? —ha preguntado Cloe moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad—. Si hubiera sido eso, habría venido a mi casa.

Toni se ha disculpado, le ha dado un beso a Cloe y se ha dirigido hacia la puerta a recibir a un familiar lejano que llega a presentar sus respetos. Sabía que lo mejor que podía hacer por su prima era atenderlo él.

—¿Sabes si lo hizo? —el tono de Lucas bajo y contenido—. Quiero decir, puede que fuera a tu casa el sábado por la tarde y no estuvieras allí.

Cloe se ha llevado las manos a la cabeza y ha soltado un leve quejido.

—¿Sabes algo horrible, Lucas? —le ha preguntado con los ojos anegados—. ¿Horrible? Yo estaba a pocos metros de ella cuando el tranvía la arrolló, cuando murió tirada en la calzada. Yo estaba allí —ha estirado la mano y señalado un punto imaginario en la distancia—, allí…

Lucas quisiera pasarle el brazo por los hombros y atraerla hacia él, pero no lo ha hecho. Se ha quedado sentado junto a ella, escuchando su respiración entrecortada, apretándole la mano de vez en cuando para infundirle fuerza. Y cuando Clotilde se ha sentado al otro lado de su nieta, él se ha levantado y se ha alejado un poco, mientras dos palabras fluían de sus labios empañadas de tristeza:

—Lo sé.

16

Zaragoza, febrero de 1965

«Ahora los espejos... ¡Los espejos! Ha sido terrible verla así. ¡Voy a perderla! Necesita ayuda, pero nada está funcionando. ¡Nada! No me dejan entrar en las sesiones. El doctor dice que irá bien, pero yo no noto mejoría. Y ella, mi amor, no me pregunta, nunca pregunta. Aunque creo que en realidad lo sabe, sabe que está enferma y que por eso tiene que entrar allí y... Nunca hemos hablado de ello... Pero ahora los espejos...».

Dicen que los espejos rotos en una casa simbolizan la muerte. La melancolía también es una luna rota, con la imagen de un bello rostro quebrada en fragmentos desdibujados. A Melania siempre le han gustado los espejos; había, al menos, una veintena repartida por la casa; hay quien dice que son una puerta a otra realidad, quizá a una existencia con más prismas, con más cancelas y recodos. Tal vez los espejos atrapen el alma; antes se cubrían con velos y paños para evitar que quedara aprisionada cuando alguien fallecía. Por eso, cuando dos semanas antes Sebastián llegó a casa y vio rajado el de la entrada después de unos meses de luz, sintió una fuerte turbación.

Manuela apareció en la puerta con el rostro alterado. Antes de que pudiera preguntarle qué ocurría, unas voces airadas lo paralizaron; provenían del piso de arriba y sin duda eran de Melania. No pedía auxilio, sino que discutía con alguien, presa de una gran agitación.

—¿Qué ocurre? ¿Con quién está la señora? —le preguntó a Manuela mientras se desprendía del maletín y el abrigo.

Ella no contestó. Abrió la boca para decir algo, pero luego se quedó callada como un pez boqueando. Sebastián se precipitó hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos para llegar cuanto antes al

piso superior.

Las voces provenían de su dormitorio. Cuando abrió la puerta la encontró vestida con una túnica azul, una prenda que ella misma había confeccionado con una tela que alguien le regaló. Llevaba el cabello suelto y desordenado, como un enjambre de abejas lóbregas que zumbara alrededor de su cabeza y revoloteara en su espalda, en su cintura, casi en sus glúteos. Miraba el espejo con pavor incontenible, con el rostro crispado y los miembros atenazados.

De pronto se escuchó una voz, profunda y desconocida. Al principio Sebastián miró a su alrededor sobresaltado, hasta que se dio cuenta de que brotaba de la boca de Melania. Casi no movía los labios; su gesto, sus ojos, su mirada aterrorizada no se correspondían con esa voz cruel, despiadada, que salía de sus adentros pronunciando palabras siniestras e incomprensibles para él.

Melania hablaba con el espejo, con su imagen al otro lado de la luna. Él estaba allí, paralizado, como si estuviera presenciando una posesión demoníaca.

Oyó pasos acercándose por la escalera y se apresuró a cerrar la puerta. Pensó que Melania lo habría oído, pero ella seguía inmersa en esa conversación delirante. Luego corrió hasta una pequeña peana de madera que se encontraba junto a la ventana y cogió una escultura de bronce. Representaba el busto de una mujer con los cabellos sueltos y el cuello expuesto y desnudo; la agarró con ambas manos y la lanzó con todas sus fuerzas contra el espejo. El estrépito fue afilado, como de luna quebrada, y ella se desplomó en el suelo como un espíritu exhausto, con los cabellos desparramados a su alrededor.

Sebastián se precipitó hacia ella, la tomó entre sus brazos, besó sus mejillas húmedas. Melania permanecía con los ojos abiertos y la mirada perdida. Su esposo colocó la mano derecha sobre el vientre abultado e intentó transmitir a su hijo calor y protección. Luego la ayudó a levantarse, a acostarse, y se quedó sentado junto a ella hasta que anocheció. Después, una vez que comprobó que dormía, aunque su sueño era agitado, fue a la planta baja y se encaminó a la cocina, donde encontró a Manuela sentada en una silla con una labor de punto en las manos.

—¿Todavía está usted aquí? —le preguntó sorprendido.

—Sí, señor. No sabía qué hacer. Estaba preocupada por la señora y me he quedado por si me necesitaban.

—Tranquila, Manuela. Mi esposa no se encuentra bien, pero mañana estará mejor. Puede usted marcharse. Le agradezco mucho su preocupación. La recompensaré...

—No, no —lo interrumpió ella—. No es necesario. Sabe que les aprecio mucho.

Una punzada de culpa le taladró el pecho. Siempre había considerado a Manuela una persona entrometida y murmuradora. Quizá debería poder confiar en alguien. Por primera vez, no se sentía capaz de afrontarlo todo él solo.

Cuando la puerta de entrada se cerró delicadamente, Sebastián subió a su dormitorio. Melania dormía, con la respiración regular. Recogió algunas esquirlas de cristal del suelo y las metió en una caja de cartón para tirarlas más tarde. Después descolgó el espejo roto, un regalo de boda, el de cristal de Murano, y lo subió al ático.

A lo largo de las dos últimas semanas la escena se ha repetido en numerosas ocasiones. Algunas veces ha estado él presente, otras ha sido Manuela la testigo de tanto sinsentido. Poco a poco, los espejos de la casa han ido desapareciendo, hasta quedar tan solo el espejo de la entrada.

—¿Qué está ocurriendo, amor mío? —pregunta Melania casi a diario—. ¿Dónde están los espejos? ¡No entiendo qué pasa!

Sebastián le sonríe y trata de disimular su tristeza y su desesperación. El tratamiento no está funcionando; las sesiones de hipnosis han sido infructuosas, la nueva terapia de sofrología de la que tantos informes favorables le habían llegado, igual de inútil.

Hoy, después de arreglarse y cepillar sus cabellos ayudándose tan solo del espejo de mano, Melania ha pasado junto a la entrada y se ha quedado parada frente al espejo rajado. Ha observado su imagen durante un largo rato y luego, muy despacio, se ha vuelto hacia su esposo.

—Es el único de la casa y también está roto.

Él la ha tomado por los hombros y la ha estrechado contra su pecho. Temía que se sobresaltara al percibir la velocidad a la que latía su corazón, pero no podía sino abrazarla.

—Lo sé, pequeña. No te preocupes, hoy mismo llamaré al cristalero.

Melania se ha separado de su marido presionando con las manos y ha vuelto a contemplar su imagen fracturada.

—No —las palabras han fluido límpidas y seguras, a pesar de manar de esa voz de gruta y acantilado—. Prefiero que se quede así. Mejor así.

«... Ahora puedo aprovechar para escribir porque ella duerme. Acabo de bajar de la habitación de lo alto de la torre. Está llena de espejos. Decenas de espejos. Cerca de una veintena de espejos apoyados en una de las paredes, todos rajados, rotos. ¡Qué sensación tan perturbadora! Manuela me ha dejado preparadas unas sábanas y los he cubierto con ellas. ¡Que acabe esta locura! ¡Por favor, que acabe!».

Zaragoza, diciembre de 2019

Cuando abre los ojos se queda unos minutos tumbada sin moverse, tapada con la manta y la colcha, sintiéndose acogida por el colchón mullido y la tenue luz que se cuela por las contraventanas. Durante unos segundos se siente feliz, con esa felicidad sencilla de la juventud, esa alegría del día que empieza, hasta que, de pronto, de un modo abrupto, recuerda que no puede ser feliz, no hoy, no ahora, no cuando acaba de quedar huérfana. Un peso invisible le oprime el pecho, esa felicidad culpable se quiebra como una fina lámina y una ventisca gris se cuela por la habitación. Se abraza el cuerpo y luego extiende el brazo para acercar la frazada color malva que yace a los pies de la cama; la estrecha contra el pecho para buscar el calor suave de la cobija. Hoy no puede llamar a mamá. Mañana tampoco podrá hacerlo. Ni al otro. Ya no.

Cuando, un rato después, desciende por la escalera, percibe un fulgor dorado en la planta baja. El pie izquierdo, enfundado en un grueso calcetín de colores, queda suspendido a escasos centímetros de un peldaño. La luminosidad vuelve a aparecer para desvanecerse a continuación. Cloe apoya la mano derecha en el pasamanos y baja con cuidado; un jadeo contenido parece aletear sobre los cuadros de las paredes, deslizándose sobre la tarima oscura, casi un sollozo reprimido, una presencia incorpórea. Un temor infantil y primario

despierta el palpitar precipitado de sus sienes. ¿Comprobó ayer el cerrojo de la escoba de la bruja? ¿Cerró la puerta? ¿La cancela del jardín?

Traga saliva y presiona con más fuerza el pasamanos. Baja unos cuantos peldaños más y encuentra al fantasma. El espejo. Simplemente, unos brillos en el espejo, unos reflejos de la luz del jardín, del sol deslizándose entre las ramas y entrando por la ventana.

Cloe suspira aliviada. Se gira hacia el espejo roto y se contempla durante unos instantes. Debería arreglarlo, llamar a un cristalero para que cambie la luna rajada. Pero hay algo, un sentimiento inquietante que la compele a dejarlo así, incompleto y fragmentado, como una puerta entrecerrada. Quizá simplemente se deba a que Camila, en casi un año que vivió allí, tampoco lo cambió. A veces le parece verla al otro lado del espejo: sus cabellos ramificados como un bosque, su rostro grave, su mirada honda. Pero la ilusión dura tan solo un instante. Cuando enfoca la vista se reconoce en el reflejo. Un rostro menos hermoso y una mirada más limpia.

Cecilia cubre la mesa de madera con un muletón sobre el que extiende un mantel de lino color marfil. No le gustan los estampados. Escoge unas servilletas color lavanda, dispone los servicios con platos de porcelana de distintos colores —menta y rosa pastel— y saca la cristalería francesa tallada a mano que heredó de su madre. Después coloca en la mesa dos frascos de cristal esmerilado con sendos lazos color salmón; antes de que llegue Cloe encenderá unas velas y las meterá en los farolillos, no importa que sea de día cuando el día es tan oscuro, invernal, un día de luto en el corazón de su sobrina, la hija que ella hubiera deseado tener. Odia cocinar, pero aun así ha dedicado toda la mañana a elaborar una crema de calabaza y un brownie de chocolate y nueces, y la merluza con patatas ya está en el horno. Por el comedor se expande un aroma a pan horneado y a naranjas.

Suena el teléfono y Cecilia se apresura a contestar. La melena pelirroja, sin una sola cana, le ha crecido en los últimos meses, y luce un jersey de lana con motivos navideños que su sobrina Camila le regaló en su última Navidad. Últimamente está comiendo mucho y ha debido de engordar un par de kilos, pero qué más da, piensa ella. Qué

más da ya. En realidad, qué más ha dado siempre.

—¡Buenos días! —saluda al descolgar el aparato—. ¿Qué tal? ¿Cuándo vienes?

—En un ratito estoy allí —responde la interpelada—, estoy terminando de arreglarme.

—Estupendo, querida. Aquí estaré. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Te sientes mejor?

Cloe titubea.

—Supongo que sí, tía. Me siento rara, ¿sabes? Pero estoy más tranquila. He hablado hace un rato con la dueña del piso que mamá tenía alquilado, la amiga que le dio el trabajo. Ha sido muy amable. Me ha dicho que no me preocupe, que no tiene pensado alquilarlo hasta dentro de unos meses, de modo que puedo ir a recogerlo todo más adelante.

—¡Oh! Ha sido realmente considerada.

—Sí. Menos mal. Ahora mismo haber ido allí... No sé, me agobia muchísimo pensar en todas sus cosas. ¿Qué haré con ellas?

—No te preocupes; cuando llegue el momento no irás sola. Te acompañaré yo o tus abuelos. Quizá el tío Eduardo o Toni... No sufras por eso.

—Ya —un suspiro prolongado—. He pensado que me quedaré con algunas de sus cosas, puedo incluso guardarlas en cajas en el ático, aquí tengo mucho sitio... Y su ropa la donaré a alguna parroquia. En cuanto a los muebles... —resopla—, no sé qué hacer. Me parece mal deshacerme de ellos, pero...

—No te preocupes, Cloe —interrumpe Cecilia con tono impaciente—, ya lo pensarás. Siempre puedes conservar algunos, los que más te gusten, pequeñas piezas a las que les encuentres una ubicación adecuada en la casa. Y el resto puedes venderlos o, simplemente, donarlos a la caridad.

Cloe siente una estocada en el lado derecho que la deja sin respiración. Al principio piensa que se trata de algún tipo de trastorno intestinal, hasta que se da cuenta de que es la melancolía que pugna por alojarse en su costado.

—Es terrible. Toda su vida está allí. Sus muebles...

—No seas tonta, Cloe —suelta Cecilia con un tono seco, esa inflexión odiosa que a veces ensucia su afecto—. Su vida está en ti. No en una librería o en una mesa.

La huérfana calla. Se muerde el interior del carrillo para que ceda la presión en el costado.

—Venga, anímate —el tono de su tía abuela es ahora amable—. Te espero a comer. He hecho el postre especialmente para ti. Por cierto, uno de estos días, si quieres, también puedes invitar a tu amigo. Es majo ese joven.

—¿A mi amigo?

—Sí, ese chico de gafas.

—¡Oh, Lucas! —Cloe esboza una sonrisa—. ¿Por qué lo voy a invitar? Casi no nos conocemos, es amigo de Toni.

—¡Vaya! Pues no es eso lo que parecía el otro día, querida. —Un silencio espumoso se derrama en la línea, hasta que Cecilia concluye con voz clara—. Imagino que pensarás que tu tía es solo una vieja solterona, pero te aseguro que conozco a la gente. Aunque no lo creas, sé de amor mucho más de lo que puedas imaginar. He frecuentado *el amor*, ¿entiendes? Aunque es cierto que él no me ha frecuentado a mí. —Una risa atragantada—. La mirada de ese chico era inconfundible. No deberías dejarlo escapar.

17

Zaragoza, septiembre de 1965

«Hoy, por fin, me he despedido de él. Mi pequeño hijo, nuestro pequeño hijo. No había vuelto al cementerio desde el día de su entierro.

Melania sigue sin salir apenas del dormitorio. No me habla. No la culpo... ¡Yo me culpo! Yo soy el monstruo. Pero cuando la vi allí, con el cuerpecito en sus brazos, pensé... ¡Cómo, cómo pude pensarlo! ¿Cómo? Pero lo hice, que Dios me perdone. Lo hice...».

Melania a veces franquea la puerta y deambula por la casa en camisón, sin hablar, aunque después de la muerte de su bebé estuvo tres días sin salir de la cama. Sebastián recorre la casa sin saber qué hacer, se acerca a la puerta y apoya las manos en la madera. La mayoría de las veces no la abre y vuelve a alejarse por el corredor silencioso. Cuando se decide a entrar, ella siempre está tumbada en la cama, con los ojos cerrados y las piernas abrazadas, destapada sobre la colcha, con un camisón de lino blanco y los brazos y los pies desnudos. Su piel nívea, la tela alba, el lecho armiñado; un retal de vida blanca con un único elemento discordante: el abundante cabello oscuro esparcido alrededor de su cabeza y su espalda, como una aureola de duelo.

Durante los tres primeros días Sebastián ni siquiera pudo dormir al lado de su esposa. Cada vez que cerraba los ojos la veía allí, sentada en el suelo en una esquina de la habitación, bajo la ventana, con el pequeño cuerpo de su hijo muerto entre sus brazos.

Se siente culpable. Mezquino. Sabe que ella leyó en sus ojos la sospecha, esa terrible y sucia sombra. No le dice nada, pero no hace falta. Ella lo vio. Vio su expresión al encontrarla allí, al percibir la fuerza con que lo estrechaba, al recordar sus golpes, sus laceraciones,

sus fracturas, las lunas rajadas y las voces espantosas. Al hallar a su hijo muerto, ella lo miró a los ojos y lo descubrió.

Los primeros días las hermanas de Melania anduvieron errantes por la casa como espíritus extraviados. Sebastián vio que en los ojos de todas braceaba la misma duda, la misma obscena sospecha; aunque los silencios enturbiaban el aire hasta hacerlo irrespirable, ninguna de ellas habló. Tan solo Eduardo mantuvo la mirada limpia. Sebastián piensa que el marido de Gabriela es el único que mira a Melania con los ojos despejados, libres de esa mancha que ensucia a los demás cuando dirigen la vista hacia su esposa. Eduardo es el único que percibe en ella lo mismo que él: una belleza honda que va más allá del envoltorio fascinante que muestra al mundo, un universo interior que desborda bondad. Intuye que él la admira, la estima como si de una hermana se tratase, sin atisbo de miedo ni aversión ni malicia. Es fácil hacerlo cuando se la observa sin prejuicios y con piedad.

Eduardo mantuvo la mirada limpia. Ni un solo rastro de desconfianza o duda. Al contrario, Sebastián dudó y se avergüenza de ello cada segundo. Dudó y ella lo supo.

Al fin ha conseguido borrar esa inmundicia de su mirada y de su corazón. En realidad, no quiere pensar más; su hijo falleció de muerte súbita, se repite, le pasa a muchos bebés. Simplemente, dejó de respirar. No obstante, su esposa no debe pasar de nuevo por algo así, sería demasiado para ella. Por eso Sebastián ha decidido tener cuidado, tomar todas las precauciones necesarias para que no vuelva a quedar embarazada.

Melania comenzará un nuevo tratamiento en septiembre. Sebastián espera que las cosas vayan mejor; ahora tienen un ángel en el cielo. Le ruega todos los días que interceda por ellos, que desde allí donde está vele por su madre. Cuando ella leyó el epitafio ni siquiera se inmutó; permaneció seria, con una expresión inescrutable y la mirada extraviada. Sin embargo, antes de irse, se inclinó hacia delante, su cuerpo frágil cubierto de negros ropajes bajo el sol inclemente, su cabello recogido a la altura de la nuca pugnando por escapar, y pasó la mano sobre las palabras grabadas en el mármol. La dejó allí unos instantes, encima de la última frase, y cuando se volvió hacia Sebastián, con el rostro seco y la mirada encharcada, puso esa misma mano en su pecho, a la altura del corazón.

SEBASTIÁN LANUZA VEGA
(Junio 1965-Agosto 1965).
«Amado hijo. Cuida de tu madre».

Zaragoza, diciembre de 2019

Cloe está sentada en la buhardilla frente a los espejos rajados. No ha encendido la luz y fuera ya comienza a anochecer. El suelo de madera está frío, pero no demasiado; se queda ahí con las piernas cruzadas, como cuando era pequeña. Su reflejo fracturado la contempla con la mirada abatida pero clara. Quizá su vida sea así, piensa, imágenes que se van quebrando con el paso de los días y que ella va apilando en algún lugar limpio y cálido de su interior. Siempre las mantendrá allí, amontonadas y a salvo, pero también sabe que cuando llegue el momento se levantará, se acercará a la escalera y cerrará la puerta al salir con un cerrojo sólido antes de descender a la claridad de la planta baja.

—Eres fuerte, Cloe —le ha dicho su tía Cecilia al mediodía, mientras daban buena cuenta del puré de calabaza, con las velas encendidas y una música envolvente sonando en el tocadiscos—. Tienes la capacidad de sobreponerte a las adversidades.

—Imagino que tampoco me queda otra opción, ¿no?

—¡Oh, sí! Por supuesto, querida. Otro tipo de persona se abandonaría a la queja y al desánimo. Pero tú no. Tú eres fuerte. Como tu abuela. Como yo.

Cloe ha suspirado y ha entornado levemente los ojos. Su tía le ha presionado la mano con firmeza.

—Además, sabes que no estás sola. Tienes a mucha gente que te quiere.

—Lo sé, tía. Gracias.

Cecilia la ha mirado con cariño y le ha acariciado el cabello.

—Eres nuestra niña. No lo olvides. Incluso tu abuela, la vieja Clotilde... —ha añadido Cecilia con una carcajada—. Es una gruñona y puede ser muy seca. Me imagino que mi hermana no se prodigará mucho en abrazos, ¿verdad? —La sonrisa de Cloe resultó esclarecedora—. Igual que ese abuelo tuyo, no he visto a nadie más callado, ¡por Dios! Pero te adoran, eso no lo dudes.

—Claro, tía —ha contestado Cloe apretándole la mano con fuerza—. Lo sé.

—Y ese atolondrado primo que tienes también te quiere mucho. Como a una hermana. Y el tío Eduardo —un expresivo gesto con las manos y con la parte izquierda de su rostro—, ¡qué decirte del bueno de mi cuñado! Eres la niña de sus ojos.

Cloe ha asentido con la cabeza. Su tío es su preferido, siempre tan cariñoso. Siempre tan próximo.

—Nunca he entendido cómo ha aguantado tanto junto a mi hermana Gabriela... —Un ápice de maldad se ha colado en las palabras como un ingrediente inadecuado en un pastel—. No me mires así, solo estoy pensando en voz alta.

Cloe no ha podido evitar sonreír, aunque ha negado con la cabeza y le ha hecho un gesto de reprobación.

—¡Mira que eres! De verdad, no tienes remedio.

—Bueno... —ha dicho Cecilia haciendo un gesto con la mano para quitar importancia al comentario—. Incluso Jorge y Julieta han estado muy pendientes de ti. Sé por Toni que preguntan constantemente.

A pesar de ser una pareja feliz y bien avenida, a pesar de ser amables, encantadores en realidad, y de preocuparse por todas las necesidades materiales, educativas y afectivas de Toni, los padres de su primo nunca aparecen demasiado en las reuniones familiares. Es como si la vida se hubiera saltado una generación: Eugenio, hijo único de Clotilde y Alonso, muerto, y Jorge, también hijo único de Gabriela y Eduardo, casi siempre ausente.

Cloe sospecha que quizá la razón sea la mala relación de Gabriela con su nuera. A veces percibe una mirada fría y superior en su tía cuando conversa con Julieta, la misma que advertía cuando estaba con su madre. Es algo demasiado sutil como para poder echárselo en cara o pedir explicaciones, pero Cloe lo ha visto; una especie de desdén disfrazado de maneras impecables. La diferencia es que Paloma, siempre tan deseosa de ser aceptada por aquella que consideraba su ideal, no reparaba en ello. En cambio, Cloe está segura de que Julieta, al igual que ella, es capaz de distinguir ese menosprecio camuflado de cortés amabilidad. Por otra parte, la esposa de su tío es una mujer tan inteligente como pragmática, y Cloe intuye que ha preferido siempre la distancia a la confrontación.

—Hemos estado hablando —le ha dicho Cecilia en los postres— y todos estamos de acuerdo en que estas Navidades es mejor que las pases con alguno de nosotros.

Cloe ha pestañeado como si se le hubiera metido algo en los ojos. Había olvidado por completo que en unas semanas sería Navidad.

—No sé, tía —ha protestado—. Yo estoy muy bien en mi casa, de verdad. No es necesario.

Cecilia ha permanecido callada unos minutos y después se ha levantado a servir el café. Cuando ha regresado, se ha sentado y, mientras acercaba a Cloe el azucarero, ha continuado con tono sosegado.

—Por supuesto que estás bien en tu casa, Cloe. Pero estos días serán difíciles para ti. Hemos decidido que todas las fechas importantes las celebraremos este año en casa de Eduardo y Gabriela. El piso es muy grande y tienen un salón enorme; allí podemos reunirnos todos.

—Me parece bien —ha dicho Cloe encogiéndose de hombros—, en serio, me parece estupendo. Ayudaré a prepararlo todo, por supuesto, contad conmigo. Pero luego me iré a casa, ¿cuál es el problema?

Cecilia ha titubeado y se ha llevado la taza a los labios.

—Cloe, son fechas delicadas, no queremos que te sientas sola.

—Tía... —Cloe ha sonreído—, sé que no estoy sola. Pero también sé que es normal que esté triste. Echo de menos a mi madre. Y a Camila. Bueno, y a papá. Pero dormir algunas noches en otro lugar no va a cambiar nada, ¿entiendes?

—Ya, querida... Pero, no sé, quizá no sea demasiado adecuado que a principios de año estés en esa casa.

De repente Cloe lo ha entendido. La víspera de Reyes.

—¡Oh! —ha exclamado—. Ya veo.

En el lugar donde cayó Camila ahora crece una hermosa adelfa de flores blancas; Cloe le mandó a Víctor plantarla nada más llegar. Es cierto que no pasa demasiado por esa zona del jardín, pero a veces se asoma desde su dormitorio y ve cómo brotan las flores albas entre la espesura.

—No pasa nada, tía. De veras. Esa noche es como cualquier otra.

—Bueno...

—¿Qué es lo que cambia? Yo me acuerdo de lo que pasó todos

los días; y todos los días trato de olvidarlo.

Cloe sabe que mucha gente no comprende cómo puede vivir en esa casa tras el último trágico suceso. Sin embargo, que esa villa sea la misma en la que Camila vivió —aunque también murió— es un motivo para quedarse, no para huir. Si, tal y como parece, su hermana se suicidó, está segura de que no fue por la casa. Era feliz allí. Hay algo en Villa Melania, una presencia, pasos que se deslizan a través del tiempo, suspiros retenidos tras el espejo de la entrada, algo extraño que, en cambio, no le produce pavor, que no le eriza la piel como a su primo, que no le causa dolor. Todo lo contrario. En la casa se siente acompañada, se siente parte de un todo, de un mundo más amplio que el suyo. A Cloe no le asusta estar sola; lo que le aterra es la soledad. Y en Villa Melania la soledad no existe.

Después de pasar un par de horas limpiando a buen ritmo, Cloe se da una ducha y se sienta en la cama envuelta en su albornoz color melocotón. No encuentra la pinza de pelo, esa negra y grande con la que puede recogerse todo el cabello en la parte superior de la cabeza. Abre el cajón de la mesilla y rebusca hasta dar con una pequeña libreta de piel negra. La tapa está cuarteada y, en su interior, la letra cursiva y apretada está escrita a pluma. El diario del tío Sebastián.

—¡Por fin! —exclama.

Llevaba días buscando el momento adecuado para dedicarse a su lectura completa con calma. Coloca unos cojines grandes ribeteados en puntilla blanca sobre la almohada de su cama, y busca una posición cómoda.

«Melania. Mi Melania. ¡Oh, Dios! La melancolía *es* Melania».

Frunce levemente el entrecejo, enciende la lamparilla que tiene colocada en el cabezal de la cama con una pinza y dirige la luz a las páginas del diario. Aunque no es muy tarde, ya es noche cerrada; el cierzo sopla en el exterior; las ramas de los árboles, las hojas de los arbustos y la casa entera participan de la fuerza del viento. Ella, en la calidez de su hogar, siente una presencia inopinada. Levanta unos segundos la vista hacia la puerta de su dormitorio; ha olvidado dejar encendidas las luces de la escalera y la entrada, como hace siempre, pero no se mueve y continúa leyendo. Cuando termina, cierra la libreta y acaricia la tapa mientras su mirada queda anclada en un

punto indeterminado de la habitación, más allá de la puerta abierta del cuarto de baño. Levanta la mano y toma el móvil. Busca en los contactos recientes y pulsa la tecla de llamada.

Cecilia se pone en pie con gesto brusco y se acerca a la ventana. De pronto, la vaciedad de su tarde se ha vuelto una sima desde la que la miran unos ojos encendidos. Comienza a dar vueltas por el salón y finalmente se detiene junto al aparador donde descansa la figura de una mujer con los ojos cerrados. Pasa la mano derecha por la cara de bronce y después lleva esa misma mano a su rostro. Suspira y se sienta en uno de los dos sillones alfonsinos que decoran su rincón favorito, junto al ventanal. Encima de la pequeña mesa auxiliar descansa un teléfono clásico, con cable; Cecilia odia los inalámbricos. Descuelga el auricular y marca un número. Tres tonos, y alguien responde.

—Hola, soy Cecilia. —La voz al otro lado de la línea se oye apacible, con pequeñas inflexiones al hablar—. Sí, lo sé. —El gesto taciturno, un pequeño ademán de irritación—. Vale, vale, pero no te llamaba para eso. —Tras unos segundos, Cecilia cabecea impaciente —. ¡Calla de una vez y escucha! —Un breve silencio teatral—. La niña sabe algo.

18

Zaragoza, diciembre de 1965

«Todo parece tranquilo. Mel está mejor. Eso parece. Eso me dicen todos. Sin embargo, yo... No lo sé. Está tan triste...

Esta víspera de Reyes celebraremos una fiesta en casa. A ella le gustará. Decoraremos la casa y el jardín. Creo que eso animará a Melania. Ahora mismo ella debe de andar de aquí para allá, buscando adornos y eligiendo la mantelería...».

Hace un mes Sebastián leyó en la prensa que Nueva York había sufrido un apagón. Sucedió por la noche y duró diez horas. Durante ese tiempo, algunas personas quedaron atrapadas en un ascensor del Empire State Building. Sebastián imagina la angustia que sentirían a oscuras en ese habitáculo, esperando. Imagina el aspecto fantasmagórico de la enorme ciudad, las calles borrosas y sombrías, con los haces de luz de las linternas desgarrando la negrura, con las velas titilando en las ventanas de los rascacielos como luciérnagas perdidas en unas enormes fauces negras. Imagina ese miedo atávico, el que sienten los niños, los que lloran por las noches y buscan el abrazo de su madre. Cuando leyó la noticia pensó en Melania. La imaginó allí, en medio de su propia mente, donde la luz se apaga cada cierto tiempo, y se preguntó si en esos momentos algún haz de luz le indicaría el camino.

Desde que su hijo murió, Mel ya no se autolesiona, no la ha oído hablar consigo misma, no han vuelto a aparecer extraños objetos ajenos a su propia realidad. Manuela lo mira sonriente cada vez que sus pasos se cruzan en la casa; hay esperanza en la comisura de su boca, como si dijera: «Esté contento, señor. Todo va a ir bien». Sebastián entiende que lo piense; imagina que ella estará mucho más tranquila. Ya no debe recoger fragmentos de cristal, ni de espejo, ni de

cerámica; ya no tiene que recibir las miradas airadas de su esposa cuando pensaba que la fiel Manuela la quería volver loca; ya no ha de correr asustada como cuando los gritos inundaban la planta superior. Todo eso es cierto. Quizá se deba a su hijo, que cuida de ella desde el cielo; tal vez al actual tratamiento, a esta nueva terapia que parece funcionar. Todo eso es verdad.

Sus hermanas también parecen aliviadas, como si la tormenta se hubiera por fin alejado después de años de cruda tempestad, y en el cielo ya solo se divisaran densos nubarrones en la lejanía. Únicamente la pequeña la sigue mirando con algo de reticencia, aunque siempre acompañada de una admiración incondicional.

—Veo bien a Melania — le dijo hace una semana Eduardo, mientras fumaban en la terraza tras una comida—. Pero no debes bajar la guardia, amigo. No sabemos qué monstruos acechan allí donde ella se pierde de vez en cuando.

Sebastián lo sabe. Siente que *el horror* sigue allí, en alguna parte. Ahora está más tranquila, pero también mucho más triste. La melancolía se ha convertido en su sombra y la acompaña allí donde va. Permanece horas en silencio con la mirada perdida y, cuando le habla, lo mira con unos ojos rebosantes de amor, de un amor que intenta desesperadamente regalarle, pero que queda prendido a medias en esa red de tristeza que envuelve su figura. Trata de sonreírle; y ese atisbo de sonrisa fragmenta su alma en mil pedazos y los transporta a un lugar donde cada día hay menos esperanza.

«… Antes de sentarme a escribir la he contemplado mientras rebuscaba entre los antiguos adornos navideños. De pronto, al sentirse observada, ha levantado la cabeza y me ha mirado a los ojos. Su mirada era limpia y despejada. Entonces, ¿por qué esta angustia? ¿Por qué esta opresión? No sé qué me ocurre. No sé por qué… Pero tengo un sombrío presentimiento».

Zaragoza, diciembre de 2019

«… tengo un sombrío presentimiento».

Cloe relee las últimas líneas que Sebastián escribió en su diario

hace ahora más de cincuenta años. Cuando ayer lo terminó, un celaje triste invadió el dormitorio, el mismo cuarto en el que Melania y su esposo habían dormido, descansado, se habían amado, habían sufrido; el mismo lugar donde esa mujer extraña y desgraciada había destrozado un hermoso espejo, pues alguien que no era ella le hablaba con sus propios labios desde el otro lado; cerca de donde se había lastimado de un modo tan horrible innumerables veces olvidándolo después. Había tanto dolor, desesperación y amor en esa estancia que su propia tragedia se diluía por momentos.

Recuerda a su tío como a un hombre imponente, incluso en su vejez. Un anciano extremadamente correcto, siempre elegante, de mirada severa aunque amable. A pesar de sus visitas, jamás llegó a profesarle un verdadero afecto. Ella era una niña, y luego una adolescente algo superficial a la que aburrían sobremanera esas reuniones. Ahora, sin embargo, ve al hombre tras el artificio de la edad y las formalidades, ve a un hombre incondicionalmente enamorado de su esposa, totalmente entregado a su cuidado. Absolutamente devastado por su pérdida.

«... tengo un sombrío presentimiento».

El presagio de Sebastián se cumplió: un mes más tarde, Melania estaba muerta. Lo imagina caminando por la casa solitaria, escuchando el sonido procedente de las estancias vacías, los crujidos de la tarima, el viento susurrante entre las ramas de la jacaranda. ¿Subiría al ático a sentarse frente a los espejos rajados? ¿Pasaría horas contemplando su reflejo quebrado en el de la entrada, intentando escudriñar el fondo de la imagen como si ella se escondiera en el otro lado, en esa otra realidad donde siempre quedaba atrapada? ¿Sentiría su presencia en los corredores desolados, ante la imagen de ese cuadro? No le extraña que circularan historias sobre esa casa y el fantasma; Cloe presume que Sebastián vivió casi medio siglo allí, solo acompañado del recuerdo de Melania.

Cuando ayer terminó de leer el diario, llamó inmediatamente a Clotilde. Ni siquiera lo pensó.

—¡Hola! —saludó precipitadamente—. ¿Cómo estáis? —Antes de oír la respuesta continuó, como impelida por un resorte—. ¿A que no sabes lo que he encontrado en la casa, abuela? ¡Un diario escrito por el tío Sebastián! ¿Tú sabías que escribía un diario?

El silencio al otro lado de la línea resultó inquietante.

—¿Abuela?

—No, Cloe —la voz firme, el tono severo—. ¿Por qué lo iba a saber?

Cloe se revolvió incómoda en la cama.

—Habla de tu hermana. De la tía Melania.

—Me imagino que lo hará. Era su esposa. Aunque hace tanto tiempo que murió... Él vivió muchos más años sin ella que con ella.

—Ya, pero en realidad solo hizo anotaciones mientras ella vivió. A partir de diciembre de 1965 no hay nada más.

—Nada más... —La voz fue un susurro lastimoso, y Cloe creyó sentir toda la compasión por la desdicha de Sebastián condensada en ese par de palabras—. Es cierto, para él no hubo nada más.

—Pero —continuó Cloe— no lo entiendo. ¿Cómo es que nunca nos contasteis nada de lo que pasó? Tu hermana estaba loca.

—¡Niña, no digas eso! —El grito de su abuela fue seco como un trueno inesperado—. Qué horror, esa forma de hablar.

—Bueno, perdona —continuó Cloe disculpándose—, pero ya me dirás... No estaba nada bien. ¡Pero nada bien!

—Mira, eso es algo de lo que no voy a hablar, Cloe.

—Pero...

—¡No hay peros que valgan! No entiendo esa obsesión tuya por remover las cosas. ¿Para qué? ¿Para qué quieres saberlo todo, niña? ¿No te das cuenta de que no sirve de nada?

—Pero es la historia de mi familia.

—¡De tu familia! —El tono exaltado, el ruido de algo al caerse—. ¡Pero si no la conociste, no seas absurda!

—Conocí al tío Sebastián.

—¿En serio? —Una risa agria—. No, niña, tú no conociste a Sebastián; a ti te daba igual ese viejo al que visitabas de vez en cuando con tu padre y tu hermana. Y, al fin y al cabo, ¿cómo hubiera podido ser de otro modo? El pobre Sebastián se convirtió en un ermitaño, un hombre solitario y silencioso que avivaba las historias sobre el fantasma de su esposa. ¿Qué más te da a ti? ¿Qué te importa? ¡Era mi hermana! ¡Mi hermana!

—Abuela...

—¡Yo la quería! La quería y la admiraba, aunque no consiguiera comprenderla. ¿Cómo podría haberlo hecho? Y sufrí mucho por ella durante toda su vida. Por ella y por todos los que la rodeábamos. ¡Y

no quiero hablar más! ¡No quiero...!

Cloe jamás había visto así a su abuela. La voz crispada, deshilachada en cientos de tonos agudos perdiéndose al otro lado de la línea; ruidos de objetos al caer; un sollozo contenido, reprimido contra una mano arrugada; silencio.

—¿Abuela?

El silencio enturbiado por siseos inaudibles, como un camino a oscuras a lo largo de un túnel con pequeños respiraderos en las paredes de piedra resbaladiza.

—¡Abuela!

—Cloe —la voz clara de Alonso responde al otro lado—, déjala, déjala estar, pequeña.

—Pero...

—Mira, Cloe. Si Sebastián escribió algo sobre Melania, entiendo que ya sabrás que, efectivamente, estaba enferma. A ti te da igual; esto solo es una historia del pasado que puede despertar más o menos tu curiosidad. Pero debes entender que se produjeron circunstancias dolorosas para todos y tu abuela no quiere hablar de eso. —Cloe abrió la boca para hablar, pero su abuelo continuó—. Tu abuela ha perdido a su hijo y a su nieta mayor...

—Como tú —interrumpió Cloe.

—Como yo, por supuesto —prosiguió Alonso con ese tono monocorde que siempre lo ha caracterizado—. Tu abuela es fuerte, Cloe. Pero no quiere remover lo turbio de su pasado. ¿No lo puedes entender?

—Claro que sí. Pero me gustaría saber qué pasó, abuelo. ¿Es tan raro? Además, vivo en *su* casa. Entiendo que la abuela no quiera hablar, no pasa nada. Cuéntamelo tú.

El silencio es expresivo y esclarecedor.

—A ella no le gustaría que habláramos de esto.

—Pero...

—Pregunta a las otras hermanas. Ellas sí te lo contarán.

La siguiente llamada de Cloe fue a Cecilia. Ni siquiera se levantó a encender las luces del pasillo, y eso que la oscuridad comenzaba a sitiar el dormitorio.

—Hola, querida, qué sorpresa. ¿Va todo bien?

Cuando Cloe le contó lo que había descubierto, su tía se quedó callada unos segundos. Luego, con una tranquilidad que contrastaba

con los nervios de su hermana, le contestó con voz grave y pausada.

—Entiendo que tengas curiosidad. Los seres humanos tenemos ese pequeño vicio, ¿verdad? Ese deseo de escarbar en lo ajeno. Pues bien, querida, no te culpo. Es natural. Aunque es algo delicado para hablarlo por teléfono, ¿no te parece? Cuando te venga bien vienes a casa y te contaré lo que quieras saber.

Tras colgar el teléfono, Cecilia se puso en pie bruscamente y se acercó a la ventana. El pasado resonaba en su presente como un eco interminable, nunca se desvanecería del todo por más que ella lo deseara; iba y volvía, y regresaba de nuevo después de alejarse en un eterno vaivén. Comenzó a dar vueltas por el salón y, finalmente, se detuvo junto a la figura que Melania le había regalado cuando cumplió los dieciséis años, una escultura de bronce que representaba una mujer con los ojos cerrados. Cuando su hermana se la regaló, no supo muy bien cómo reaccionar; hubiera esperado un vestido, quizá un libro o algún perfume. Pero esa figura tan extraña ni siquiera le pareció hermosa. «¿Está durmiendo?», le preguntó. Su hermana mayor la miró con dulzura y le pasó la mano por la cara. Excepto su madre, Melania era la única persona que había acariciado el rostro de Cecilia. «Solo está sintiendo», le contestó.

Desembarazándose de ese recuerdo, Cecilia suspiró, descolgó el aparato y marcó un número. Después de tres tonos, una voz conocida respondió.

—Hola, soy Cecilia.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¿Cómo está mi querida cuñada? Tu hermana pensaba que la llamarías hoy para comenzar a organizar los detalles de Navidad. Ya sabes que Gabriela es muy previsora.

—Sí, lo sé —contestó Cecilia haciendo un pequeño gesto de impaciencia.

—Tenemos tiempo, no te preocupes. Te la pasaría ahora, pero está acostada. Una de sus jaquecas, ya sabes...

—Vale, vale, pero no te llamaba para eso —interrumpió.

—¡Ah, bueno! O sea, que me llamabas a mí. ¡Qué honor! —Una risa franca acompañó la exclamación.

—¡Calla de una vez y escucha! —Un breve silencio teatral—. La niña sabe algo.

—¿Algo de qué? —preguntó Eduardo con tranquilidad—. Madre mía, Cecilia, mira que eres dramática para todo. ¿Te refieres a Cloe?

—Por supuesto, ¿a quién si no? Parece ser que Sebastián escribió un diario en el que hablaba de Melania, y ahora ella quiere saberlo todo.

—Bien, pues cuéntaselo.

Cecilia se revolvió en la silla y frunció el ceño; a veces odiaba la bonhomía de Eduardo.

—Lo haré, por supuesto. Pero entenderás que no me haga mucha ilusión hablar de mi hermana, ¿no? Después de todo lo que pasó, de todo lo que sufrieron, de lo que sufrimos todos en realidad.

Eduardo suspiró y se pasó la mano por el cabello que comenzaba a clarear, aunque continuaba siendo la envidia de sus amigos.

—Mira, Cecilia, si quieres, puedo hablarle yo de Melania. No me importa, de veras. Sabes que ni Gabriela ni Clotilde querrán contar nada de ella; siempre se mantuvieron bastante al margen. La querían, estoy seguro, pero creo que siempre sintieron...

—¿Vergüenza?

—Miedo. Creo que no querían ver esa otra parte de su hermana, ¿entiendes? Solo Sebastián y nosotros dos la aceptábamos por completo.

Cecilia suspiró y afirmó levemente con la cabeza como si Eduardo pudiera verla.

—De acuerdo. Yo le hablaré de ella. No me hace ninguna gracia, te lo advierto...

—Puedes decirle que hable conmigo. No me importa. Incluso me apetece. La echo de menos, Cecilia. Y, además, soy de los que piensan que al callar enterramos a nuestros muertos un poco más hondo.

19

Zaragoza, diciembre de 2019

—Querida Cloe —comienza Cecilia, mientras le coge la mano y acomoda un cojín en la espalda—, imagino que tienes una gran curiosidad por conocer la historia de Melania. Lo entiendo —Cloe va a hablar, pero su tía le hace un gesto para que calle—, por supuesto que lo entiendo. Por una parte, supongo que te parecerá un relato fascinante; a pesar de no haber leído el diario de Sebastián, conocí bien a mi cuñado, y me figuro el tipo de narración con el que te habrás encontrado. Además, las historias trágicas siempre nos atraen, ¿verdad, cariño? La desdicha, aderezada con un poco de tristeza, una gran dosis de amor desgraciado y algo de locura, a menudo resulta deslumbrante; parece que nuestra realidad se vuelva más anodina y, por ende, también nuestras miserias. Por otra parte, comprendo que tengas interés en saber más sobre lo que aconteció en *esa* casa; no puedo reprochártelo, no cualquiera se atrevería a convivir con los fantasmas.

»¡No, no pongas esa cara, Cloe! Está claro que yo no creo en esas cosas, qué tontería. Pero sí tengo el convencimiento de que algunas presencias pueden quedar ancladas a determinados lugares, como hologramas estancados en un bucle temporal. No me negarás que a veces has podido sentirlo, ¿no? Es demasiado intenso lo que se vivió en esa casa, demasiado dilatado el recuerdo en el tiempo, demasiado pesado como para evaporarse. ¿Nunca te has planteado remodelarlo todo, deshacerte de esos muebles viejos, retirar el enorme retrato de la entrada? Nadie te lo reprocharía, al contrario. Sebastián mantuvo tan viva a Melania en esa villa que, a veces, cuando entras por la puerta, crees oír sus pasos. Son los crujidos habituales de una casa vieja, lo sé; pero hay algo intangible que se mueve entre los muebles, una mirada que recorre los pasillos, como si hubiera cientos de agujeros en las paredes empapeladas por los que asomara un ojo oscuro...

»Pues bien, ya que quieres saber, te lo contaré. No es un misterio, en realidad. Es solo una tragedia, como tantas otras que asolan la vida de la mayoría; si acaso algo más perturbadora, pero eso es todo, me temo. En mis primeros recuerdos, Melania ya tendría unos catorce o quince años; una muchacha fascinante, extraña, callada y serena, distante. Era una joven atractiva, desde luego, el prototipo de lo que yo deseaba llegar a ser. De entre todas mis hermanas, ella fue sin duda mi preferida. Tu abuela era muy mandona, siempre resultó una muchachita insoportable, y Gabriela no era sino una cara bonita. Melania, sin embargo, se sentaba junto a mí en la cama y me contaba historias, cuentos de reinos fantásticos y aventuras con cientos de finales diferentes; me peinaba antes de ir al colegio y admiraba mis cabellos pelirrojos, me decía que eran hermosos como el fuego, que yo había sido bendecida con ellos; me curaba las heridas cuando me caía jugando a la rayuela o al pillapilla y llegaba a casa con las rodillas descarnadas; incluso me encubría delante de nuestro padre cuando yo hacía alguna trastada. Era una hermana mayor perfecta. Excepto cuando hacía *esas* cosas.

»Yo era la pequeña, por lo que, durante años, me protegieron del *horror*. Antes de que yo naciera, Melania intentó quitarse la vida en dos ocasiones. Era solo una niña. La primera vez se cortó las muñecas con la navaja de afeitar de nuestro padre; la segunda, intentó precipitarse al vacío desde la ventana de su dormitorio. Sí, lo sé, casi fue una premonición de lo que sucedería años después. En ambos casos, afortunadamente, sus intentos fracasaron. Ella decía de sí misma que era *rara*, que algo no funcionaba bien en su cabeza; los demás la miraban con cierto temor. Metía las blusas en los armarios de la cocina, los libros en la despensa, la comida en la alacena de la vajilla... y luego no recordaba haberlo hecho. Se perdía en la calle; acudía a un lugar y no sabía cómo había llegado hasta allí. Había sábados o domingos que no recordaba y, después de haber estado de excursión o de haber asistido a alguna fiesta en la que se había comportado de un modo extraño, como si fuera otra persona, preguntaba que por qué la habíamos dejado dormir durante todo el día.

»La primera vez que fui consciente de que a mi hermana mayor le pasaba algo, yo tendría unos ocho años. Pasé junto a la puerta de su dormitorio y oí voces. Una de ellas parecía la de una niña y estaba

asustada; discutía con alguien mayor. Abrí la puerta con cuidado y miré por la rendija. Melania estaba sola en la habitación.

»—¿Me oyes? —preguntaba la voz grave.

»—Sí —respondía asustada la voz infantil—. ¿Si te oigo es que estoy loca?

»—Claro que estás loca. Pero no se lo cuentes a nadie.

»Salí corriendo y me encerré en mi dormitorio; no sabía muy bien lo que había visto y me convencí de que Melania estaba jugando, igual que yo lo hacía con mis muñecas cuando ponía voces e inventaba historias. Pero, desgraciadamente, no se trataba de ningún juego.

»Durante un tiempo comenzaron a sucederse episodios de sonambulismo. Melania se levantaba y vagaba por la casa en camisón, con los cabellos desordenados. Nuestro padre temía que pudiera lastimarse, de modo que la dejaba encerrada en su habitación. De pronto, los paseos nocturnos cesaron. Pero entonces Melania comenzó a autolesionarse. Se trataba de pequeños cortes, de quemaduras que al principio parecían involuntarias...

»Bien, no creo que haga falta que te cuente nada más, querida. Me resulta, aún ahora, descorazonador. Sebastián ya lo habrá hecho, supongo. Cuando él la conoció, se enamoró de ella al instante. Nadie podría reprochárselo. Tan bella y tan misteriosa... Lo que nos sorprendió a todos fue su reacción cuando la conoció en *todas* sus facetas; estábamos convencidos de que él, como tantos otros antes, abandonaría su cortejo. No lo hizo, sin embargo; muy al contrario, se volcó todavía más en su cuidado, la protegió siempre, desde el primer momento. Ese es el amor del que te hablé el otro día, Cloe. Casi imposible de comprender y, precisamente por ello, tan fácil de envidiar.

»Nuestra madre murió pronto, cuando Melania y Sebastián comenzaban su relación, de modo que él no llegó a conocerla bien. Una enfermedad de la sangre. El pobre papá nunca le gustó a mi cuñado. Puedo adivinar que no habrás encontrado ni una sola alusión a él en el diario, ¿verdad? ¡Claro, estaba segura de ello! Querido Sebastián, siempre tan correcto. En realidad, aborrecía a nuestro padre pero, por respeto a su esposa, nunca se habría permitido la más mínima crítica hacia él.

»Nuestro padre siempre nos quiso mucho. A las cuatro por igual. Era un hombre tranquilo, pero resultaba difícil llegar a él; hablaba

poco, leía mucho, casi nada lo sobresaltaba. Era mayor que nuestra madre, se llevaban casi veinte años, de modo que cuando enviudó, con una edad más propia de un abuelo que de un padre, se encerró todavía más en sí mismo. Y, por supuesto, no pudo ayudar a una hija como Melania; simplemente, no sabía cómo afrontarlo, de modo que actuaba como si no pasara nada. Sebastián insistía en que había que llevarla a un médico, en que debían buscarle ayuda, algo a lo que él se dedicó en cuerpo y alma, aunque sin éxito, desde que se casó con ella hasta su muerte. Nunca perdonó la inacción de nuestro padre. Cuando murió de un ataque al corazón, Melania y Sebastián ya estaban casados. Todas nosotras lo lloramos desconsoladas; Sebastián se limitó a acompañar a su esposa durante todo el proceso de duelo. No lo culpo, no me malinterpretes. Cada cual elige sus afectos.

»A lo largo de su matrimonio, Melania pasó periodos tranquilos y otros que no lo fueron tanto. Olvidos, vacíos en su memoria, y finalmente las lesiones. Aunque ella trataba de ocultarlas bajo la ropa, bastaba un gesto suyo, cualquier pequeño ademán para descubrir un verdugón, un arañazo, una moradura. Parecía como si solo Eduardo y yo pudiéramos verlos. Creo que al principio mi encantador cuñado se escandalizó; pensó que era Sebastián el causante. Sin embargo, Gabriela lo sacó pronto de su error; menos mal, querido Sebastián, él, que no vivió sino para Melania. Sin duda, resultaba inaudita la actitud de mis hermanas; sencillamente, actuaban como si no lo vieran. A menudo los hijos imitan a sus padres; en este caso, sin duda, así era. Así es. Ellas creen que si no hablas de algo, ese algo no existe. Qué equivocadas están.

»¿Te sorprende, cariño? Clotilde y Gabriela siempre han sido mujeres superficiales; tal vez soy injusta con tu abuela al decir esto... Permíteme que lo retire. Gabriela siempre ha sido una mujer superficial: en sus prioridades, en sus objetivos, en sus afectos. Vive cómoda en su mundo, como si no pudiera desviarse de su perímetro porque, si lo hiciera, se ensuciaría esos zapatitos tan caros que siempre calza; por supuesto, eso sería una desgracia inadmisible. Yo creo que, sencillamente, Melania le daba miedo; quizá a no saber reaccionar ante esos episodios, tal vez temor ante la posibilidad de que esa locura pudiera ser hereditaria. —Un gesto de desprecio curva sus labios finos—. Qué estupidez. Todos sabíamos que Melania estaba rota, y puede que eso sea hereditario, pero desde luego no es

contagioso.

»En cuanto a tu abuela, creo que, más que miedo, a ella le producía vergüenza. Si mi hermana la hermosa vivía en un mundo superficial, mi hermana la perfecta vivía en un mundo perfecto que no podía ser enturbiado por una loca. Toda su vida ha seguido una hoja de ruta, no necesariamente fácil, pero invariablemente controlada. Su propia imagen, que muy a pesar suyo nunca fue sino la caricatura de Melania, su envarado esposo, sus modales, su hogar. Entiéndelo, Cloe, en ese mundo de ensoñación desentonaba la demencia.

»Recuerdo un cumpleaños de Eduardo. Sebastián llamó para excusarse; su Mel se encontraba mal, una hemicránea atroz. Cuando él utilizaba ese término, en lugar de la tradicional jaqueca o migraña, todos sabíamos qué había pasado. Igual que cuando comenzaron a desaparecer los espejos de la casa; el de la entrada rajado, los cortes en sus manos... No hacía falta decir nada más. Recuerdo... Recuerdo a Sebastián.

»Cuando Melania mató a su hijo, la confianza hasta entonces inquebrantable de Sebastián se vio comprometida. Pobre, querido, infortunado Sebastián. —La mirada de Cecilia se pierde entre los jirones de la tarde—. No, Cloe, no tengo ninguna duda. Estoy segura de que ella ni siquiera fue consciente, pero una criatura era algo demasiado delicado como para dejarla en los brazos de Melania, una mujer que no podía reconocer su propio reflejo, que se producía a sí misma unas heridas terribles, que podía ser tan violenta. No debería haber quedado nunca embarazada, pero bueno, las cosas pasaron así, y mi cuñado nunca se perdonó no haber vigilado al niño más de cerca. Él nunca lo dijo, por supuesto, pero era tan obvio... —Mira a Cloe con cierto fastidio mientras ella la interpela—. Sí, sí, ya lo sé. Eduardo nunca lo creyó. Ya. Mira, querida, Eduardo está bendecido por un don: él tan solo ve la parte loable de las personas. Es un don, pero como suele pasar, también es una maldición, pues aquel que cree que no existe la maldad está abocado a ser víctima de ella. Eduardo veía bondad en mi hermana; para él Melania era un tesoro cubierto de velos sucios. Pero, en fin, yo no soy tan ingenua; sospecho que Sebastián tampoco lo fue. Y esa tragedia pasó a formar parte del baúl de los secretos de Villa Melania.

»La noche de su muerte yo estaba muy excitada. El vestido que llevaba me lo había comprado Melania, un vestido verde esmeralda,

que según mi hermana resaltaba el color de mi pelo. Me sentía mayor y especial. Casi hermosa. Recuerdo el jardín iluminado y, en el salón, el gran árbol de Navidad de mis padres, un hermoso abeto que rozaba las molduras del techo, coronado por una luminosa estrella blanca; las bolas de colores pendían de los lugares más insospechados recreando un bosque de luciérnagas vidriosas. Sonaban villancicos, y todos conversaban y reían mientras bebían champán. Yo había llevado mis regalos envueltos y recorría la casa para esconderlos. Dejé alguno en la sala de música, bajo la tapa del piano, y otro en la gran cama con dosel, cubierto por la colcha de hilo bordado. Esa repisa de madera que hay encima de la ventana de la cocina, esa donde ahora has colocado libros, macetas y frascos de confitura, entonces tenía ganchos en la base de donde colgaban canastas rebosantes de ramilletes de brezo, varas de boca de dragón o perejil silvestre; me subí en una silla e introduje un pequeño obsequio en una de ellas. Me acuerdo como si fuera ayer... Era la primera vez que compraba regalos por Navidad, y eso me hacía sentir mayor y dadivosa. Hasta que se oyó el golpe.

»¿Sabes cuál es otra de las razones por la que tu abuela nunca habla de Melania? Creo que se siente culpable. Sin motivo, por supuesto, pero a veces la culpa se convierte en obsesión. Ese es el caso de Clotilde, me aventuraría a decir. Esa noche, la víspera del Día de Reyes de 1966, tu abuela estaba embarazada de tu padre. Sospecho que siempre pensó que Melania, tan frágil después de la pérdida de su hijo, había sufrido un repunte de angustia al contemplar el vientre abultado de su hermana, preludio próximo de ese bebé que mecería pronto en sus brazos, y recuerdo del vacío que anidaría siempre entre los suyos.

»Ya te figuras qué enfermedad sufría mi hermana, Cloe. Claro que sí, eres una chica lista. Antiguamente lo llamaban trastorno de personalidad, doble personalidad, o algo por el estilo. Ahora creo que lo han bautizado como trastorno de personalidad disociativo. Dicen que suele estar relacionado con traumas tempranos sufridos en la infancia; sin duda, recordarás el episodio que te conté sobre la muerte de sus padres. Debió de ser muy traumático para una niña de tres o cuatro años vivir todo aquello: las peleas, las agresiones, los gritos, que las dejaran encerradas en esa pequeña habitación, poco más que un armario, durante horas... Todo eso se mantuvo en el tiempo y

terminó del modo más trágico. Parece ser que la pequeña Melania no fue capaz de afrontar esa vivencia y su mente desconectó para protegerse del horror; esa especie de escisión se fue repitiendo hasta convertirse en un automatismo; no se desarrolló de un modo sano y su personalidad se fragmentó, se rompió en múltiples pedazos. Y nadie, ni siquiera Sebastián, pudo ayudarla a recomponerse de nuevo.

»Y eso es todo, querida Cloe. El resto es una historia de fantasmas, donde el alma de su viudo languideció durante décadas en la melancolía. Tal vez te parezca romántico, pero la tristeza de Sebastián hundía sus raíces en algo más que el amor; lo hacía también en la soledad y en la culpa, culpa por no haber sido capaz de salvarla, a ella y a su hijo. Nunca entendió que mi hermana estaba abocada a la oscuridad, a una vida rota en pedazos como las lunas de los espejos que ella misma destrozaba. Con cada golpe, con cada hendidura, se quebraba más su mente trastornada.

»Eres muy joven, querida Cloe, pero ya has sufrido mucho, me temo. Sin embargo, eres fuerte, eres una luchadora. Sebastián también lo era, no creas que no lo era. Encajó la muerte de su hijo con una entereza admirable. A cambio, a veces un dolor profundo puede detener la vida. Eso es lo que le pasó a él. Continuó trabajando, manteniendo una imagen de absoluta corrección, conversando con la misma amabilidad que gastaba en su juventud; pero después entraba en esa casa y se rendía al abrazo descarnado de la ausencia de Melania, que, como una sombra, caía sobre su tiempo, deteniéndolo. La villa se convirtió durante décadas en una necrópolis habitada por dos fantasmas, aunque uno de ellos todavía tenía un corazón que latía bajo el pecho. Siempre olía a tierra y a otoño, aunque fuera verano.

»La fiel Manuela estuvo con él hasta el final. Cuando ya era demasiado mayor para seguir trabajando, fue su hija la que tomó el relevo en las tareas del hogar; sin embargo, ella continuó allí, visitándolo a diario. Se sentaban en la pequeña sala y, mientras él fumaba despacio y leía, ella tejía chaquetas de lana para sus nietos; quizá hablaran o tan solo le hiciera compañía. Todos sabíamos lo que pasaba, pero nadie lo vivió con él como Manuela. No me extraña que fuera tan generoso con ella; no esperó a legarle nada en el testamento, sino que, un año antes de morir, le donó una cuantiosa cantidad.

»Debes tener cuidado, Cloe. Te ruego precaución con esa casa; no dejes que te absorba como me temo que hizo con tu hermana. Aunque

tú no eres como ella; Camila, tan parecida a Melania, debió de sentir una conexión especial con su fantasma. Puede que la sombra siniestra no solo se extendiera sobre Sebastián...».

Aunque hace frío, Cloe ha quedado con Eduardo en el Parque Grande. Desde que era pequeña, su tío siempre la ha llevado a pasear a ese maravilloso espacio verde; recuerda haberlo visitado junto a él sentada en una de las vagonetas del pequeño tren que lo recorría, alquilar un cochecito biplaza a pedales en el Paseo de los Plátanos, merendar en uno de los quioscos, visitar el templete modernista del Quiosco de la Música, o protegerse del cierzo en el Jardín de Invierno, entre los cedros del Himalaya, los cipreses y las tuyas.

El punto de encuentro, como es habitual, es el Puente de los Cantautores. Se mete las manos en los bolsillos; a pesar de llevar guantes, nota los dedos entumecidos. Al levantar la vista ve llegar a su tío a lo lejos. Sonríe. Le gusta contemplarlo así, con su abrigo de paño y su bufanda gris, como si tuviera diez años menos.

—¡Hola, pequeña! —le dice mientras le da un abrazo estrecho y cálido. Nadie abraza como Eduardo—. ¡Guapísima, como siempre! ¿Estás segura de que te apetece pasear? ¿No prefieres que vayamos a una cafetería? ¡Hace un frío del carajo! Podrías haber venido a casa...

—No, no, tío. De veras. Prefería que no estuviera la tía, ¿sabes? —Eduardo enarca las cejas en un gesto de sorpresa—. No es por mí, es por ella. Quería que habláramos de Melania, y tía Cecilia me ha dicho que a la tía Gabriela no le gusta mucho sacar el tema.

El rostro de Eduardo pierde por unos segundos su vivacidad habitual; sus ojos se oscurecen, las facciones se relajan bajo la sonrisa que ahora se deshace. De pronto parece mayor, pero al instante se recompone, aunque una cierta gravedad inusual sigue prendida en su semblante.

—Claro —dice al fin—. Cecilia me avisó de que ya sabías algo sobre lo que vivió Melania. Así que has hablado con ella... Bien, me alegro de que me hayas llamado, Cloe. En esta familia nombrar a Melania es difícil. Nadie quiere hacerlo. Ni siquiera Cecilia, en realidad. Te aseguro que habrá hecho un esfuerzo enorme para contártelo todo.

Cloe coge del brazo a su tío y ambos echan a andar por el paseo

San Sebastián; al fondo, las blancas escalinatas monumentales rodean la cascada que nace de la base de la imponente escultura del Batallador. El entorno es hermoso a pesar del frío, y el rumor de las fuentes mece la tarde en una serena quietud. Cloe le cuenta todo lo que Cecilia le ha dicho y Eduardo se limita a escuchar y a asentir con la cabeza, mientras el vaho dibuja figuras alargadas junto a ellos.

—Todo esto... —razona él cuando ella termina— duele, y es normal que no quieran hablar, pequeña. No juzgues a tus abuelos ni a mi querida Gabi. La historia de Melania es la historia de Melania y Sebastián. Y la suya es la historia de la tristeza. Ella era en realidad un ser luminoso, de modo que su sola presencia en los momentos buenos hacía que todo lo malo perdiera importancia. Imagino que para mí era sencillo, pero supongo que Sebastián, o incluso la fiel Manuela, no lo vivirían del mismo modo. Todo desde la distancia parece más fácil y más hermoso.

—Pero lo de su hijo...

—¡Oh, sí! Lo del bebé. Qué desgracia. —Eduardo mueve la cabeza hacia ambos lados con gesto apesadumbrado—. Pobres míos.

—Me ha dicho Cecilia...

—Ya. —El gesto es firme y algo violento—. Nunca lo creeré. Jamás.

—Me dijo que Sebastián también lo pensaba.

Han llegado al Jardín Botánico. Rodean el pequeño lago y se encaminan hacia los senderos sinuosos para proseguir su paseo entre el arce campestre, el mirto y la sabina negra.

—Eso no es cierto. Cecilia no tiene mala intención; es posible que lo crea. A menudo solemos interpretar la realidad de forma que refuerce nuestra visión. Sé que al principio Sebastián dudó. Efectivamente, así me lo dijo; no solo estaba desolado, sino horrorizado por la posibilidad de que hubiera sido Melania la causante de la muerte del niño. Sin embargo, también tengo la certeza de que, una vez superado el impacto inicial, lo reconsideró y descartó la idea.

—Pero ¿cómo estás tan seguro? Si estaba como una cabra...

Eduardo se detiene de repente. Están junto a un ailanto o árbol del cielo y, de forma instintiva, el hombre mira hacia arriba.

—No digas eso —su tono es severo—. Deberías hablar de todo el mundo siempre con respeto, Cloe. Melania estaba enferma, y ya fue bastante pesada la carga que tuvo que soportar como para que además

manchemos su recuerdo siendo descorteses con su memoria, ¿no te parece?

—Lo siento.

—Melania estaba... fragmentada —Cloe recuerda que su tía Cecilia se refirió a ella de la misma manera—. Es como si su cerebro estuviera roto. En cambio, su alma estaba intacta. Y era hermosa, mucho más hermosa que su rostro. Era una mujer *buena*. No he visto más bondad en nadie, esa es la realidad. Evidentemente, incluso eso estaba teñido de extrañeza. Pero así era. Recuerdo un día de un frío intenso...

—¿Más que hoy? —interrumpe Cloe con una sonrisa, apretándose un poco más contra su tío.

—Sí, pequeña —contesta él mirándola con dulzura—, mucho más que hoy. Gabriela y yo la acompañábamos a Villa Melania. Había comido con nosotros, creo que Sebastián tenía mucho trabajo y no había podido venir. Ella llevaba un bonito abrigo negro de paño, con aplicaciones de astracán en el cuello y los puños; le encantaba esa prenda, la llevaba prácticamente a diario en invierno, a pesar de contar con algún otro abrigo más en su guardarropa. Estábamos llegando al final del paseo Sagasta cuando nos topamos con una mujer que caminaba en dirección contraria. Creo que era mucho más joven de lo que parecía, pero se la veía muy avejentada. Era extremadamente delgada, tenía la cara demacrada y los cabellos desgreñados, pero lo que más llamaba la atención era que temblaba con violencia. De frío. No llevaba abrigo alguno. Nosotros estábamos hablando de Cecilia; Melania quiso hacerse cargo de la pequeña cuando su padre murió, pero finalmente se decidió que quedara a nuestro cuidado. Ella estaba disgustada y se preocupaba por su situación... Al pasar junto a la mujer, Melania de pronto se quitó el abrigo, se acercó a ella y se lo puso en los hombros. La pobre se quedó de piedra, mirando con los ojos muy abiertos a esa figura alta de cabellos excepcionales; Melania se limitó a sonreírle, le apretó ligeramente el brazo, y se dio la vuelta para continuar su camino junto a nosotros.

—Vaya...

—Gabriela puso el grito en el cielo. Bueno —sonríe con una cierta socarronería no muy habitual en él—, eso es un decir, ya sabes que tu tía nunca levanta la voz. Lo que quiero decir es que se *indignó*

por el gesto de su hermana. Yo simplemente me ofrecí a dejarle mi abrigo para que se resguardara del frío. Ella me miró y sonrió. «Oh, no, gracias, querido cuñado. Qué bueno eres. Pero ya estamos cerca de casa. No lo necesito».

—Era generosa, entonces.

—Mucho. Pero no por el hecho de regalar un abrigo a alguien que vio que lo necesitaba más que ella. Lo verdaderamente grandioso de su generosidad era que ella no le daba importancia alguna. Ni la más mínima.

Se han sentado en uno de los bancos de piedra, pero el frío es demasiado intenso, de modo que deciden retomar el paseo.

—No sabes cómo cuidó a Clotilde cuando un invierno enfermó de gravedad. Estuvo junto a su cama día y noche. Ni siquiera le importó que luego ella no se lo reconociera ni se lo agradeciera. Se sintió tan feliz cuando su hermana se recuperó que durmió durante casi un día entero, y luego la visitó de nuevo llevándole comida para una semana. Y ahora —dice propinando un pequeño pellizco a su sobrina— te invito a un chocolate caliente, que si no, los que enfermaremos seremos nosotros.

—De acuerdo —acepta Cloe sonriendo—, vamos para allá. Es una historia muy triste.

Eduardo la mira a los ojos. Cloe descubre tras su rostro cuajado de arrugas al amigo fiel, al hermano leal.

—Muy triste. Pero nunca debes dejar que la tristeza te engulla, porque entonces tú también te convertirás en un fantasma.

20

Zaragoza, marzo de 1943

Luis camina deprisa. Después de tantas horas sentado, los pantalones milrayas de algodón están muy arrugados; sin embargo, conserva el aspecto aseado que siempre le caracteriza. El cuello blanco y almidonado de la camisa le roza la piel produciéndole una leve escoriación, de modo que afloja la corbata de lunares y desabrocha el último botón. Luce el pelo oscuro algo largo, aunque perfectamente arreglado en el cuello y peinado con fijador y raya alta. Cuando el mundo es gris pero tu vida es todavía más oscura, tus días transcurren en una alerta constante. No hay luz ni calidez ni alegría. Tan apenas perspectivas. Por eso Luis anda un poco encogido, con toda la carga de la desesperanza pegada a la espalda. Aunque hace fresco, lleva la gabardina colgada del brazo, doblada con cuidado; siente calor al acelerar el paso, y quiere llegar cuanto antes.

Últimamente Luis recuerda con mucha frecuencia un incidente acontecido en Zaragoza un tiempo atrás. Salió en prensa y causó una gran expectación; en ese momento, a él le pareció una tontería.

«¡Voy a matar a todos los habitantes de esta maldita casa!».

Hace más de ocho años, unas risotadas perversas despertaron al vecindario de la calle Gascón de Gotor, pero resultó que no había nadie profiriendo tales voces.

«¡Cobardes, cobardes, voy a matar a todos los habitantes de esta maldita casa!».

Cuando meses después la voz siniestra se dirigió a la sirvienta de la familia Palazón a través de la hornilla, la Casa del Duende se convirtió en el primer fenómeno paranormal investigado en España. Luis recuerda la fotografía de la joven Pascuala Alcocer, a la que en un principio se la acusó de emitir las voces que tanto revuelo causaron en la ciudad; una muchedumbre se congregaba junto a la puerta de la Casa del Duende para tener la oportunidad de ser testigo de sus

inquietantes carcajadas, de sus palabras insultantes. A pesar de la exhaustiva investigación que tuvo lugar en el inmueble, nunca se descubrió el misterio, aunque la joven sirvienta fue devuelta a su localidad natal, donde, sin embargo, el fenómeno nunca se repitió.

Últimamente Luis recuerda el incidente con mucha frecuencia. Quizá sean los gritos, quizá las risotadas espeluznantes que se oyen de noche, quizá el miedo a que una multitud se reúna bajo su balcón esperando el retorno del duende de la hornilla en otro edificio. Porque en su hogar también hay carcajadas de madrugada y gritos que amenazan muerte por la tarde, pero ni siquiera le queda el consuelo de que se trate de un truco de ventriloquía, ni un alma atormentada a la que un exorcismo pueda expulsar.

Deja atrás el Camino de las Torres y recorre el paseo Sasera con paso rápido; hace tres años le cambiaron el nombre y ahora es el paseo de las Damas, pero Luis no repara en esas fruslerías; ahora solo quiere llegar a casa lo antes posible.

En la oficina un asunto de última hora lo ha retenido más de la cuenta; ojalá Consuelo haya podido quedarse. Ella sabe lo que ocurre, sabe del peligro, de los gritos, del llanto incontenible del bebé, de los ojos asustados de su hija, pero la pobre Consuelo tiene también sus propias tribulaciones. Son tiempos duros y plomizos; no es él el único que camina con la espalda encorvada.

Cuando llega al portal distingue a tres vecinas con las persianas corridas oteando la calle; los visillos caen cuando abre el portón de madera oscura. Sube las escaleras de dos en dos, percibiendo los ojos que lo espían a través de las mirillas de las puertas cerradas; una de ellas está abierta, tan solo una rendija, una hendidura en la desazón de la finca, una grieta que se sella a su paso con lastimosa discreción. Los gritos y los llantos se suceden arriba y se solapan como un oleaje tempestuoso.

Al abrir la puerta Luis nota una corriente de aire desconcertante. No debería haber ninguna ventana abierta; hace fresco. Sin embargo, al instante siente un peso que se abalanza sobre sus piernas y lo abraza por las pantorrillas impidiéndole avanzar.

—Cariño —susurra tomando a la pequeña en brazos—, tranquila. No pasa nada. Papá ya está en casa.

La niña lleva la cara sucia de lágrimas, el cabello extremadamente corto, las rodillas llenas de costras, los lóbulos

desnudos. Abre la boca, pero no emite ningún sonido; con el bracito izquierdo se aferra a su padre con una suerte de desesperación, mientras con la mano derecha señala hacia la sala de estar.

—Tranquila, princesa, no pasa nada —susurra Luis de nuevo, dejando a Melania en el suelo. Se pone en cuclillas para quedar a la altura de su hija; en la sala, los juramentos de Teresa se oyen entre gritos, mientras el llanto del bebé se sucede en estridentes oleadas—. Quédate aquí, ¿de acuerdo? —le dice mirándola a los ojos; la pequeña asiente, aunque no suelta la mano de su padre—. No te muevas de aquí, en seguida vuelvo.

Cuando Melania ve a su papá atravesar la puerta de la sala de estar, se sienta en el suelo y apoya la espalda contra la pared. A mamá le ha vuelto a dar uno de sus ataques. Antes, Consuelo se ha acercado a ella, que estaba jugando con unos cubos de madera. Montaba torres altas, muy altas; es muy difícil que se sostengan y la niña raras veces consigue colocar todos los cubos para que la torre siga en pie. Consuelo se ha sentado junto a ella con la preocupación prendida en su rostro ya de por sí atribulado. Melania no se ha dado cuenta, todavía no tiene cuatro años, aunque muy pronto los cumplirá; es normal que no haya reparado en el gesto crispado de Consuelo, en las manos inquietas retorciendo la esquina del delantal, en la arruga que se le forma en el centro de la frente cuando comienza a dolerle la cabeza.

—Pequeña, bonita— le ha dicho también susurrando. En esa casa siempre se susurra y, en cambio, muchas veces Melania tiene que taparse los oídos con las manos y apretar fuerte—. No puedo quedarme más rato. Mis hijos me esperan y mi padre está en cama, debo... —Se ha tapado la boca con las manos, como si tuviera una arcada, pero no es vómito, es angustia, es miedo, es ese sentimiento de impotencia que a veces le provoca sollozos—. Pero papá llegará pronto; ya no puede tardar mucho. Tu hermanita está durmiendo, yo creo que no se despertará. No hagas mucho ruido, ¿de acuerdo? Intenta no hacer ruido, que no se despierte... —Le ha pasado la mano por la cara con cariño y le ha sonreído—. Qué guapa eres. Si te dejaran el cabello largo... Serás preciosa cuando seas mayor.

Consuelo ha depositado un beso en la frente de Melania y ha salido con pasos cortos, como un pajarillo abandonando el claro de un bosque. Cuando la puerta se ha cerrado con cuidado, Melania se ha

levantado y se ha asomado al dormitorio de sus padres. Su mamá dormitaba en la cama, con el cabello extendido sobre la almohada como un manto de ónice negro. Melania sabe que su mamá la quiere. A menudo la sienta en sus rodillas y le canta canciones, le cuenta cuentos y le pasa la mano por las mejillas. Cada quince días la coloca frente a su tocador y le corta el pelo con unas tijeras grandes y brillantes. Melania ya ha aprendido a no llorar cuando eso ocurre; sabe que si lo hace, su mamá se pondrá triste y le cambiará el humor. Prefiere estar fea y que su mamá sonría.

Lo que no entiende es por qué mami nunca ha querido a su hermanita. Cuando Clotilde nació, ella la quiso de inmediato; se parecía a su muñeca, con ojos grandes y la boquita pequeña y roja como los tomates que les llevaba de vez en cuando su tío Gabriel. Sin embargo, desde el principio su madre la miraba con una cara extraña, se le arrugaba la nariz y el labio superior se le crispaba levemente; era la misma expresión que ella ponía cuando le daban de comer judías o manzanas. Después, cada vez que la pequeña lloraba, mamá se ponía tan nerviosa que comenzaba a gritar. Daba vueltas por la casa, arrojaba cosas al suelo o las estrellaba contra las paredes, se tiraba del pelo, o acercaba la cara a la del bebé y chillaba sin parar. A veces, Clotilde callaba; se quedaba con los ojos muy abiertos y las mejillas mojadas, hipando, como si no entendiera lo que estaba pasando. Otras veces, el horror no terminaba hasta que no llegaba Consuelo y se llevaba a la pequeña en brazos o papá intervenía.

Melania ha vuelto ahora a su habitación y ha metido los cubos de madera dentro de una caja. Se ha descalzado para no hacer ruido y ha caminado despacio hasta el cuarto de su hermanita. Ha decidido que se quedará con ella hasta que llegue papá; no quiere dejarla sola mientras mamá esté en casa y no haya ningún mayor con ellas. Sabe que mamá la quiere. No sabe por qué no quiere a su hermanita, por qué no quiere a su papá. Pero sabe que a ella la quiere, aunque no le permita dejarse el pelo largo ni ponerse vestidos bonitos. Se ha acercado a la cuna, pero no llega al borde, no ha podido mirar dentro. Sin embargo, no se oye nada; Clotilde estará durmiendo, tal y como Consuelo le ha dicho antes de marcharse.

Se ha sentado en el suelo y ha ido sacando los cubos de madera poco a poco. Una vez que los ha dividido por colores, ha comenzado a colocarlos uno encima de otro. Tres cubos. Otro más. La torre se ha

ido haciendo cada vez más alta; le gustaría que llegara a ser más alta que ella, más alta que mamá y que papá, tan alta que llegara al techo de la habitación y que quizá lo traspasara y alcanzara el cielo. Le ha parecido oír a mamá levantarse de la cama; un muelle siempre cruje cuando alguien se sienta en el borde. Melania se ha quedado quieta escuchando; si Clotilde no se despierta, todo irá bien. Se ha puesto en pie con cuidado y se ha acercado a cerrar la puerta; no lo ha hecho del todo porque a mamá no le gustan las puertas cerradas, solo se cierra la puerta cuando papá está en casa, así que la ha dejado entornada. Cuando ha vuelto, ha rozado sin querer el tercer cubo, este se ha desplazado y toda la torre ha caído.

El estrépito la ha dejado aterrada: casi cuatro años de sobresalto, espanto y angustia condensados en un solo instante. El ruido ha despertado a la pequeña Clotilde, que ha comenzado a llorar. Al principio han sido unos sonidos extraños, como el balbuceo de un animalillo, pero de pronto han estallado los llantos agudos y penetrantes del bebé. Melania se ha quedado paralizada. Ha oído pasos precipitados y una especie de rugido, como si un perro hubiera entrado en casa. La niña ha hecho un esfuerzo por mover las piernas, que parecían sumergidas en cemento fresco, y ha corrido hacia la puerta del dormitorio para cerrarla. El golpe la ha lanzado al suelo y, como siempre que siente ese cosquilleo que se aloja entre la nariz y los ojos, ha hecho un esfuerzo por no llorar. Con mamá siempre es mejor no hacerlo.

—¡Maldita mocosa! —Los ojos de su madre están preñados de niebla, una calígine que desborda como una cascada humeante—. ¡Deja de llorar, deja ya de llorar, me vas a volver loca!

Teresa ha cogido al bebé y ha salido de la habitación precipitadamente. Melania ha visto cómo su madre se dirigía a la sala de estar y ha oído ruidos, como si se descorrieran las cortinas, como si golpearan vidrios; luego el sonido de los goznes, de la madera, del aire. Ha salido corriendo hacia la entrada de la casa, justo cuando ha oído la llave en la cerradura y la puerta al abrirse. Papá.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? —le dice mirándola a los ojos—. No te muevas de aquí, en seguida vuelvo.

Melania asiente con la cabeza, pero cuando Luis se abalanza hacia la puerta de la sala de estar no puede evitar acercarse. Oye un zumbido en sus oídos, una colmena de abejas enloquecidas resonando

dentro de su cerebro; apoya su mano en el marco de madera y de pronto las abejas entran en el interior de ese cuerpo pequeño y frágil de casi cuatro años; todas caen como una lluvia de insectos, cientos de alas transparentes se amontonan en sus pulmones y la pequeña siente que le cuesta respirar. De repente, su padre desaparece. El balcón está abierto de par en par, una brisa fresca invade la sala, y Luis ya no está. Las manos de mamá empujándolo hacia la barandilla oxidada, empujando fuerte, gritando, gritando sin parar, empujándolo hacia fuera, hacia la nada. Melania oye un golpe seco, extraño, de cáscara rota, gritos en la calle, pero la niña oye de nuevo el zumbido y ve a mamá, o a alguien que se parece a mamá; una mujer que solo es cabello, mechones, brazos extendidos y una voz que chilla.

—¡Callaaa! ¡Cállateee!

Melania ni siquiera tiene cuatro años. Pero en ese instante sabe que su hermana, ese bebé que desde que nació ella ampara y acuna, corre peligro. Clotilde está tumbada en la alfombra, con el rostro enrojecido por el llanto, y esa persona que se parece a mamá, pero que no puede ser mamá porque ha hecho desaparecer a papá, porque no tiene los ojos de mamá, porque de pronto es la bruja de los cuentos que le contaba mamá, da unos pasos hacia ella con las manos extendidas. Melania mira el balcón abierto, el vacío, la mujer malvada, el bebé sollozante. Su hermanita. Y sabe que, si no reacciona, la pequeña Clotilde también desaparecerá. De modo que Melania corre hacia esa loca enfurecida, corre con toda su energía, corre como cuando Consuelo la persigue por el parque y no quiere volver a casa, corre mucho más y, con toda la fuerza de la que es capaz, empuja a esa mujer que, sin haber reparado en ella, pierde el equilibrio y cae por el hueco abierto, atravesando el vano del balcón, y desaparece. Y de nuevo Melania oye un golpe, seco, extraño, de cáscara rota, algunos gritos en la calle, pero no se asoma, no mira, no se acerca al vacío. Mientras siente que algo se mueve dentro de su cabeza, como pedazos de cerámica rota, se acerca a la pequeña que sigue llorando en la alfombra y la coloca entre sus piernas, y comienza a acunarla y a cantarle la canción que espera que mamá le cante cuando vuelva a casa.

21

Oporto, enero de 2020

Cloe espera en la plaza de la Batalla, junto a la entrada del hotel Moov. La iglesia de San Ildefonso, con su fachada de azulejos azules, está cerrada a esa hora. Se mete las manos en los bolsillos y deja caer su peso sobre la pierna derecha y después sobre la izquierda, en un balanceo suave e hipnótico. El vaho que sale de su boca se pierde en la mañana. Ha sobrevivido a su primera Navidad como huérfana y a esa primera víspera de Reyes tras la muerte de Camila. No está segura de haberlo conseguido en realidad; tiene la certeza de que la familia que aún le queda se ha esforzado por hacer desaparecer esos días de su calendario, y ahora su vida está horadada, llena de extrañas cavidades.

Celebraron Nochebuena y Navidad en casa de sus tíos Eduardo y Gabriela. La noche del veinticuatro de diciembre se congregaron alrededor de la mesa tan solo seis personas: sus abuelos, sus tíos y ella. Sin embargo, la conversación resultó animada por los comentarios jocosos de Eduardo y Cecilia, que cantaron villancicos mientras los demás tocaban las palmas. Cloe sintió un vacío dentro del pecho, pero su tristeza estaba tan encorada en la costumbre que la noche pasó sin más, envuelta en guirnaldas, turrones, frutas confitadas y sonrisas condescendientes. Durmió en Villa Melania a pesar de la insistencia de sus familiares, como no hubiera podido ser de otro modo, y descansó en la gran cama con dosel que antaño cobijara a su tía abuela y más tarde a su hermana, sintiendo de tanto en tanto el roce de una mano incorpórea y cálida que la hacía sentir segura y viva. Al día siguiente, el salón de sus tíos, ya de por sí espacioso, adquirió proporciones formidables al retirar la mesita de centro y los grandes butacones granates. Como por arte de magia, una gran mesa, resultado de un meticuloso montaje de caballetes y tablones, ocupaba toda la estancia, y el enorme árbol de Navidad que la noche anterior decoraba la

esquina junto al ventanal apareció en el vestíbulo, junto al nacimiento de la Virgen triste, como siempre la había llamado Camila, un clásico de las Navidades en casa de sus tíos. Ese día eran diez; incluso Greta acudió a la comida sin casi parpadear, como un pajarillo curioso. Cloe recuerda haber observado uno a uno a los comensales: Toni se metía con su padre entre carcajadas, su abuela le colocaba bien la corbata a su abuelo con un gesto de fastidio, Cecilia bebía champán con el asado y ponía pose de artista trasnochada. Toda su familia. Todos los que le quedaban.

En Nochevieja, Cloe declinó con amabilidad todas las invitaciones que le hicieron para despedir el viejo año. Con una paciencia infinita convenció a sus abuelos y a sus tíos de que prefería quedarse en casa tranquila e irse pronto a dormir. El más insistente fue Toni, que la amenazó con presentarse en su puerta y quedarse allí hasta que Cloe se decidiera a salir.

—¡No seas tan tozuda! —le decía cada vez que la llamaba por teléfono, algo que sucedía invariablemente cada tres horas—. Nos vamos de cotillón, a empalmar hasta la mañana siguiente.

—Mira que eres pelma... —contestaba Cloe riendo—. Este año no, Toni.

—Bueno, con nuestro grupo también viene Lucas. Y a ti te cae bien.

—Ya.

Lucas le había enviado mensajes a diario. A veces se trataba tan solo de un pequeño emoticono que simbolizaba la fuerza, otras un «Espero que estés bien», a menudo alguna cita o poema corto relacionado con los cambios o la esperanza. Normalmente Cloe no le contestaba, aunque de vez en cuando le respondía brevemente. Hasta que, unos días antes de Navidad, la llamó.

—¿Qué tal, Cloe? ¿Cómo estás?

—Bien, Lucas, gracias. Y gracias también por estar tan pendiente.

Un silencio breve y un ruido repentino, como si algo se hubiera caído.

—Yo... Bueno, espero no haberte resultado pesado. Quería que supieras que me acordaba de ti y que, si me necesitas...

Cloe percibió el azoramiento del joven y una sonrisa instintiva apareció en su rostro.

—Me ha encantado comprobar que te preocupas por mí, Lucas.

—¿Y qué tal estás? Toni me ha dicho que pasas mucho tiempo en casa.

—Sí, es cierto, pero estoy bastante bien. A veces me siento incluso culpable por no encontrarme peor.

—Te entiendo —la respuesta de Lucas alivió a Cloe—. Y no debes culparte; eres fuerte, eres joven. Todo irá bien.

—¿Sabes? —añadió Cloe—. He pasado mucho tiempo observando cuidadosamente la casa.

—¡Ah, perfecto! —exclamó él—. ¿Te has decidido finalmente a dejarme que instale allí mi restaurante?

—¡No! —contestó Cloe riéndose—. Por supuesto que no. Ahora sé muchas más cosas de esta casa, de las personas que vivieron aquí, de todas las vivencias que encierra. Algún día puede que te las cuente.

—¡Vaya! Lástima, creo que tendré que seguir llevándote el desayuno de vez en cuando, a ver si finalmente te convenzo.

Los dos rieron recordando ese encuentro de meses antes.

—Lo que sí quiero es hacer algunos cambios. Por ejemplo, hay una habitación que me gustaría vaciar para montar allí un estudio. Ya sabes, una mesa con un ordenador, quizá un sillón de lectura... Y siempre me ha apetecido aprender a pintar, de modo que tal vez ahora sea el momento. Es bonita y espaciosa, y da al jardín. Para eso tendría que deshacerme de un montón de cosas que estoy segura que tienen valor, pero que no puedo colocar en ningún otro sitio. ¿No querrías tú dos cabeceros de cama, por casualidad?

—Pues no, Cloe, me temo que no podría darles uso —respondió Lucas divertido.

—Lástima, porque son bonitos y antiguos. Igual que una vitrina colocada junto a la ventana; es preciosa, Lucas, de madera maciza de caoba, con el fondo tapizado con un tejido de damasco color mostaza. Y dentro hay un reloj muy hermoso, pero he buscado otro sitio donde colocarlo y no encuentro la ubicación. Esta casa tiene relojes en todas partes... También hay una enorme lámpara de araña de cristal, dos apliques de cerámica... Bueno, lo que sí quiero guardar, aunque todavía no sé dónde lo colocaré, es el fanal de novia.

—¿El qué? —preguntó él, tratando de parecer interesado.

Lucas intuía que Cloe necesitaba, sencillamente, hablar, recuperar el gusto por lo cotidiano.

—¡No sabes cuánto me costó saber qué era! Dentro de la vitrina

encontré un objeto muy extraño, aunque muy bonito, una peana de madera oscura encerrada en una campana de cristal. Dentro hay un enramado de flores de bronce y oro. Resulta que esto se utilizaba para guardar el ramo de novia.

—¿Y había algún ramo dentro? —preguntó Lucas.

—¡Oh, no! Imagino que sería de mi tía Melania, o de su madre... No sé.

Sin darse cuenta, su voz se fue adelgazando hasta convertirse en cristal quebradizo. Él lo notó.

—¿Sabes una cosa, Cloe? —intervino animoso—. Tengo una idea estupenda. ¿Por qué no te pones en contacto con algún anticuario y que vayan a echar un vistazo? Quién sabe, igual puedes sacar una buena suma, y además das la opción a otras personas de que disfruten de esas piezas.

Cloe agradeció que su amigo fingiera no reparar en el quiebro de su voz.

—Es una idea estupenda. Pero yo no conozco a ninguno, buscaré a ver...

—No hace falta. Mi madre es muy amiga de Marcela, una de las dueñas de Ofelia Descalza, una tienda de antigüedades preciosa. Ellas son muy amables; si quieres, te puedo acompañar.

—Me encantaría. De verdad. Después de que pasen todos estos días, ¿te parece?

Lucas supo de inmediato a qué días se refería ella.

—¿Puedo hacer algo, Cloe?

En esos momentos ella deseó que él estuviera allí, que la mirara con esos ojos limpios y abiertos, tan limpios que la oscuridad se convertía en una invención lejana. Pero no se lo dijo.

—Dile a Toni que no me presione —la voz surgió algo enronquecida—. Sobre todo para Nochevieja.

En esos momentos él deseó que ella estuviera allí, para confesarle que esa noche tampoco sería de celebración si no estaba con ella. Pero no se lo dijo.

—Por supuesto. Lo entiendo. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Cuando estaban a punto de colgar, Cloe tuvo la necesidad de añadir algo.

—Lucas, hace tiempo que quería contarte algo. Esa noche, la noche... —se interrumpió sintiendo lija en la garganta—, yo... bueno,

tú me llamaste. Me llamaste y yo te dije...

—Lo sé —la voz de Lucas de pronto se hizo más profunda—. Lo sé, Cloe, y no pasa nada. No pasa nada. Llámame si me necesitas. Para lo que sea. Cuando sea.

La mañana del dos de enero, Cecilia le pidió que preparara la maleta rápidamente y la acompañara a Valencia para visitar a una vieja amiga. —«Te vendrá bien, Cloe. Te quedan días de vacaciones, ¿verdad? Te gustará Mónica, es una mujer muy divertida»—. Cuando llevaban un par de días en la capital del Turia, disfrutando de la ciudad y de su encantadora anfitriona, Cecilia la sorprendió con dos billetes de avión con destino a Oporto.

—Es mi regalo de Navidad, querida. Debes aceptarlo; no le niegues este placer a tu vieja tía.

Llevan tres días en la ciudad decadente y mágica, donde la melancolía se funde con los antiguos edificios y el empedrado de las calles. El primer día dieron un paseo hasta la iglesia de Santa Clara, un tesoro escondido entre viviendas; la deslumbrante decoración barroca, la profusión de las tallas doradas, las esculturas y los motivos vegetales creaban una atmósfera de encantamiento difícil de igualar. Un afable guía les contó la historia de la iglesia y les señaló detalles que a ellas les hubieran pasado desapercibidos, como la pirámide escalonada tan presente en la mayor parte de los templos de la ciudad.

—Imagínate —le susurró su tía al oído— una de mis fotografías en este escenario. Una joven hermosa, de cabellos enmarañados y ondulantes, vestida con un vaporoso vestido blanco, descalza, sentada en el centro de este universo dorado. Tú hubieras podido ser mi modelo.

Después se dirigieron a la catedral de la Sé, situada en la zona más alta de la ciudad. Lloviznaba. El cielo gris, el gris de la piedra, el gris del mundo circundante, con las gaviotas como puntos blancos en movimiento, aletargaba los recuerdos de Cloe, quitándoles dramatismo. Tomaron un capuchino en la terraza de uno de los muchos bares que salpican la ribera, cogieron el funicular Dos Guindais, comieron en una cervecería artesanal y, tras descansar unas horas en el hotel, visitaron la torre de los Clérigos: las nubes habían desaparecido y Cloe subió los doscientos cuarenta escalones para

disfrutar de una de las puestas de sol más hermosas que había presenciado en su vida.

Al día siguiente fueron a tomar un chocolate con torrijas al Café Majestic. Ese retorno a la *belle époque,* el art nouveau inundando todo el espacio con sus ángeles, sus molduras, los enormes espejos y las mesas de mármol, fascinó a Cecilia. Le habló a Cloe de sus recuerdos de juventud, de la suntuosidad de sus exposiciones fotográficas en afamadas galerías francesas, de los días en que todo era luz y futuro.

El tercer día lo pasaron en Guimaraes, una localidad de estrechas callejuelas empedradas, edificios góticos y pintorescas plazas. Eran tantos los rincones con encanto que Cecilia trataba de inmortalizar con su cámara, que vagabundearon horas por el entramado de calles hasta que se decidieron a visitar el palacio de los duques de Braganza y el castillo. Antes de volver a la estación, pasaron de nuevo por la hermosa plaza Largo de Oliveira; el día era oscuro y caía de nuevo una lluvia fina, gotas acariciadoras que limpiaban el rostro de Cloe.

—Deja que te haga una fotografía allí. Sitúate justo debajo del templete, junto a la cruz.

Cloe obedeció y se colocó erguida, mirando hacia la cámara y sonriendo.

—No, no, así no —indicó Cecilia—. Siéntate en la base y coloca tu codo derecho en la rodilla... Sí, eso es. Ahora reposa la barbilla en la mano y dirige la mirada hacia la izquierda. Menos. Solo un poco. Gira el mentón hacia arriba, levemente. Eso es. No sonrías, querida.

Mientras volvían a Oporto, arrulladas por el leve traqueteo del tren, Cecilia miró a Cloe fijamente.

—Te pareces tanto a ellas. Tanto. No siempre, ¿sabes? Hay momentos en los que no veo nada de Melania ni de Camila en ti. Sin embargo, cuando miras a lo lejos, cuando te observo sin que te des cuenta, con el cabello suelto, vestida de oscuro... —Suspiró y desvió su mirada hacia los árboles que pasaban veloces al otro lado de la ventanilla—. En esos momentos me parece verlas de nuevo.

Cloe sonrió. Antes de que pudiera decir nada, Cecilia volvió a mirarla con un destello tornasolado en un lugar recóndito de sus iris.

—Aunque tienes suerte, pequeña. A pesar de compartir algunos rasgos con ellas, tus ojos son absolutamente distintos. Son limpios, no hay rastro de gasa o niebla en ellos. Ciertamente —continuó Cecilia sin dejar de escudriñar en el interior de sus pupilas—, tu mirada no es

tan misteriosa ni fascinante como la suya. Pero hay cosas más importantes en la vida que ese magnetismo, como, por ejemplo, ser feliz. Y tus ojos están limpios. Te auguro un futuro lleno de luz, querida niña.

Hoy ha despertado aliviada y alegre. Aguarda a su tía en la entrada del hotel para disfrutar de su último día en esa ciudad romántica y antigua. Tienen mucho que hacer; espera poder visitar la famosa librería Lello, cruzar el río hasta llegar a Vila Nova de Gaia, volver en el teleférico, contemplar los antiguos rabelos atracados en el muelle y pasear de nuevo por la Rua das Flores. Cierra los ojos y deja que el frío de la mañana le acaricie el rostro. Escucha el graznido de una gaviota y vuelve a abrirlos, justo en el momento de sentir dos gotas gruesas y frescas en su frente. Abre el paraguas y percibe el repiqueteo tenaz de la lluvia: la naturaleza está viva, tan viva como ella que hoy, ocho de enero, en Oporto, sabe por fin que le espera un futuro ancho y benigno, donde los socavones pueden sortearse, donde entre las grietas de las piedras centenarias surgen flores silvestres. Un futuro lleno de luz.

22

Zaragoza, diciembre de 2018

El papel es blanco y satinado, una ladera nevada por donde la tinta azul se desliza con la suavidad del satén. Camila está sentada en el suelo encima de una gran almohada, arropada por una manta de angorina azul marengo. El cabello cae sobre sus hombros como un río de lava azabache que se expande por su espalda y su cuello. Frente a ella decenas de damas salidas de un bosque se concentran en la escritura con sus figuras quebradas, rajadas como los recuerdos fracturados; Camila está en el ático, frente a los espejos rotos, como si de ese modo estuviera acompañada en esa gran casa donde los crujidos de la madera velan sus noches, donde inexplicables corrientes en los pasillos acarician sus mejillas, donde la vida está detenida, el tiempo pausado, y el pasado vaga por las estancias como en una historia de fantasmas.

«Nunca me han gustado los diarios. Jamás he escrito ninguno. ¿Contener el tiempo en palabras? No lo tengo claro. Además, nada es inmutable, todo cambia. Pero ahora, a pesar de todo, necesito escribir, tengo que plasmar en el papel lo que siento para poder vaciar mi cabeza. Es posible que luego me arrepienta. Si así fuera, me desharía de este cuaderno, pero ahora necesito escribir, contar mi historia. Lo necesito para avanzar.

Recuerdo mi niñez...».

Camila recuerda su niñez como una época muy feliz. Recuerda a su madre Ada. Era guapa, pero, por encima de todo, era alegre. Siempre sonreía, y nada le parecía lo suficientemente grave como para arrebatarle esa sonrisa. A menudo la reprendía con cariño; le hacía

cosquillas y le decía que no debía *ser* tan seria. Ser. No le decía «estar», sino «ser». A Camila siempre le costaba expresar sus emociones. Podía sentir afecto, ira, tristeza, alegría, pero es cierto que, a pesar de ser feliz, no solía reírse. Ella se esforzaba para que su madre supiera que era feliz. Porque lo era. Pero para ella, desde siempre, la felicidad era una luz cálida que irradiaba de dentro e inundaba todo su interior. Su madre lo entendía. Decía que sonreía con los ojos, que un fulgor atravesaba la mágica bruma que a menudo desbordaban sus pupilas, que tenía suerte de tener una mirada de hechicera y que, en realidad, lo que una persona cobija en el alma se advierte en su forma de mirar y no en su boca. Y así fue, mientras fue niña y adolescente. Así fue cada día, hasta que ella murió.

Camila tenía diecisiete años cuando su madre se fue. El accidente tuvo lugar una noche de lluvia. Ada siempre pensó que estábamos de paso, de tránsito hacia otro lugar. Camila quiso creer que era así, e imaginaba que allí donde estuviera seguiría sonriendo. Al principio la sentía; no es que advirtiera su presencia, sino a ella, a ella de otro modo, pero tan cierta y viva como cuando estaba aquí. Con los años esa sensación se fue perdiendo, aletargándose en la memoria como si se tratara de una ensoñación, pero Camila siempre se sintió acompañada.

A veces la imagen de su madrastra el día del entierro de su madre volvía a su memoria como un fogonazo, y entonces su odio por esa mujer se recrudecía. Sus lágrimas la ofendieron más que cualquier desprecio. Hasta ese momento tan solo la veía de tanto en tanto, en momentos muy puntuales; la mayoría de las veces los encuentros con su padre tenían lugar a solas o con su hermana, una niña delgada y sonriente. A menudo pensó que Cloe se parecía a su madre, aunque no compartieran genes: su punto de unión era la alegría.

—Yo no voy a ser su sirvienta, Eugenio —oyó que Paloma le decía a su padre—. Espero que eso lo tengas claro. Ella tendrá que ocuparse de sus cosas.

Y lo hizo. Aunque tampoco durante demasiado tiempo en esa casa. En cuanto cumplió los dieciocho años habló con su padre para que le permitiera independizarse. Trabajaría por las tardes y los fines de semana para costear sus gastos. Él la cogió por los hombros y la miró con un gesto extraño. Al principio no supo qué era: duda, o tal vez perplejidad, quizá decepción. Sin embargo, cuando le acarició la

mejilla supo que era amor. Su padre la quería. Y comprendía que su hija no podía ser feliz allí, con ellos. Con Paloma.

Camila guardaba gratos recuerdos de los años que vivió en Conde Aranda, en un apartamento frío pero lleno de vida. Olga, una de sus compañeras, era peluquera y le encantaba trenzar sus cabellos y elaborar complicados recogidos mientras escuchaba a Héroes del Silencio y dejaba consumirse el cigarrillo en el cenicero de la salita de estar. Más de una vez le pidió que participara en algún desfile que ella organizaba en su centro estético; adoraba la melena de Camila, decía que jamás había visto nada igual. Por supuesto, ella siempre se negó. Silvia, la tercera integrante de su pequeña comunidad, una estudiante de Magisterio que había venido a Zaragoza desde un pueblo turolense, empapeló las paredes con pósteres de amaneceres y paisajes con riachuelos. Hacía yoga, llevaba rastas y organizaba fiestas en el piso cada semana. A menudo Camila se quedaba en su dormitorio estudiando o leyendo, pero, a veces, se unía a la celebración y se tomaba un par de cervezas, bailaba y charlaba con los invitados. Los sábados por la noche siempre salían por Doctor Cerrada o por San Miguel; había ocasiones en las que terminaban en el Casco tomando la última copa. Nunca le interesó ningún chico en serio; algún escarceo, pequeños romances en los que jamás se implicó. Creía que era mejor estar sola, que todo lo que conllevara un compromiso supondría un lastre que podía apagar la luz de su interior. Su felicidad, la felicidad que prometió a su madre, solo estaba allí, dentro. No quería ponerla en peligro.

Todo siguió igual hasta que murió su padre. Llevaba un tiempo enfermo, pero jamás pensaron que el desenlace sería tan rápido.

—Te llamaré para el reparto de la herencia —le susurró su madrastra al oído, con el féretro de su padre delante—. Te llevarás lo que te corresponda y, a partir de entonces, no esperes nada más de mí.

Camila nunca había esperado nada, y ese comentario le produjo más lástima que odio.

Tras licenciarse, en seguida comenzó a trabajar a jornada completa. Olga fumaba demasiado y había adquirido algunos malos hábitos en los últimos años. Silvia había abandonado los estudios un tiempo atrás y regresado a su pueblo para dedicarse al negocio familiar, una mercería donde hacían cursos de *patchwork*; en su lugar llegó Carla, una aspirante a modelo de largas piernas, muy superficial

y un tanto desquiciada. Así que Camila abandonó el piso y alquiló un pequeño apartamento en la calle Manifestación. Le gustaba el lugar, tan cerca de la calle Alfonso, con su trasiego, las hermosas farolas y ese magnetismo que irradia la basílica del Pilar. No había día que bajara a la calle y no se detuviera junto a *La samaritana*, la escultura que contempla el paso del tiempo desde el centro de la fuente; le fascinaba el rostro de esa ninfa con el cabello recogido en dos aladares, un moño y una cinta adornando su frente. Percibía algo en su rostro, o más bien en su actitud, que le resultaba extremadamente familiar. Finalmente se dio cuenta de que le recordaba a sí misma.

Su edificio tenía cuatro plantas y Camila vivía en el segundo; un dormitorio, un baño con ducha, un salón con cocina americana y un pequeño balcón con un guardavecinos de rejas con motivos florales. Fue este un tiempo de sencilla quietud, de la más apacible felicidad. Echaba de menos a sus padres, pero su recuerdo la envolvía en un estrecho abrazo. Añoraba a su hermana, a la que veía de vez en cuando siempre que ella volvía a Zaragoza. La vida transcurría sin sobresaltos; su luz interior parpadeaba pero continuaba viva, inalterable.

La muerte del tío Sebastián no la afectó demasiado. Iba a verlo con cierta frecuencia y él la invitaba a tomar chocolate y charlaba con ella con una amabilidad algo anticuada. Era agradable y le producía lástima su soledad y su forma de cuidar el recuerdo de su fantasma. Casi se alegró por él cuando supo que ya se había reunido con su esposa; creía que ese era el final de un viaje que el anciano estuvo deseando durante muchos años, dedicados a recorrer las estancias de esa casa. Su casa. Camila adoraba Villa Melania. Desde niña le había fascinado el torreón en la esquina del enorme edificio de piedra, la pequeña torre medieval, sus vidrieras de colores y el mirador en lo alto. Cuando su tío le contó que había un pasadizo secreto que salía a la parte trasera del jardín desde la enorme cocina, el placer fue aún mayor. Le sorprendió que la llamaran para asistir a la lectura del testamento, pero lo que le resultó verdaderamente asombroso fue su contenido: Sebastián les había legado Villa Melania a Cloe y a ella, además de una importante suma para mantenerla.

Si su desconcierto fue grande, también lo fue el del resto de la familia paterna, con la que Camila nunca había tenido demasiada relación. Siempre consideró a su abuelo como una persona insípida y

callada, una especie de sombra que simplemente ocupaba un lugar en el espacio. También estaba convencida de que su abuela Clotilde no la quería, pues la anciana siempre la miraba con recelo, la observaba como si la examinara, como si hurgara en cada gesto, en cada pliegue de su ropa, en cada poro de su piel, indagando en su interior. Y casi nunca le dirigía la palabra.

—Lo ha hecho porque Camila es como *ella* —oyó decirle a tía Gabriela—. Por eso. Porque es como ella.

Camila sabía que era cierto. Era la viva imagen de Melania. En las visitas al tío Sebastián, cada vez que pasaba junto a la gran pintura de la entrada se sentía víctima de un fenómeno de *doppelgänger*: un doble fantasmagórico la observaba desde un retrato para el que ella jamás había posado.

—¡Mira! —le había susurrado Cloe al pasar junto al él—. ¡Eres tú de mayor!

El día que llegó a la casa, el jardinero la miraba con una especie de absurda reverencia.

—Señorita, es usted extraordinaria. Hay que ser muy valiente para plantearse vivir aquí —le dijo.

Entonces no lo entendió. Conocía la historia del «trágico suceso»; era una leyenda de la familia, siempre se había hablado de esa noche entre susurros, evitando entrar en detalles. Sin embargo, no le importaba lo más mínimo. Qué absurdo creer en fantasmas, pensaba; qué grotesco temer a los muertos. Ese día sí que se detuvo junto al gran cuadro y observó el rostro de su tía abuela. Su rostro. Su cabello. Su mirada.

Los primeros meses fueron tan luminosos en ese hogar como oscuro el invierno en el exterior de los muros del jardín. Se sentía tan segura en casa, tan acunada por sus sonidos nocturnos, por esos pasos que creía escuchar y que le hacían compañía, por toda la belleza de esa construcción decadente y hermosa que a partir de entonces sería su morada, que los días transcurrían felizmente entre el trabajo y su dedicación al cuidado de Villa Melania. Recorría todos los rincones, cada una de las estancias, incluso la escoba de la bruja y la habitación de lo alto de la torre. Allí encontró los espejos. La escena le pareció muy poética; tantas molduras doradas y barrocas, enmarcando decenas de reflejos fragmentados, amontonadas sobre la tarima oscura, en esa habitación de techos altos, con un pequeño mirador de

cristal esmerilado que daba al jardín, allí donde florecía la jacaranda.

Se preguntó por el motivo de ese almacenamiento, al tiempo que reparaba en que no había ningún espejo más en la casa, salvo el de la entrada, que también estaba roto. Hizo muchas conjeturas, barajó numerosas hipótesis, pero no llegó a comprender cómo habían llegado allí todos esos espejos; sin embargo, decidió dejarlos donde estaban. En una ocasión le preguntó a Víctor, el jardinero, y él le contestó que no lo sabía con seguridad, pero que creía haber oído que estaban allí desde hacía décadas.

Un día, limpiando el altillo de un antiguo armario, encontró un cuaderno, una pequeña libreta de piel negra. Estaba cubierta por una gruesa capa de polvo, pero las páginas se conservaban en muy buenas condiciones y la letra era legible. Un diario. El diario de Sebastián. Comenzó a leerlo esa misma tarde; cuando lo acabó, la casa estaba sumida en la oscuridad y algo había cambiado. De pronto los espejos de la buhardilla adquirieron un nuevo significado; encerraban tras sus lunas quebradas mucho dolor, mucha tristeza, pura locura. Los sonidos de la casa se volvieron entonces más intensos, los pasos se precipitaban por las escaleras, los largos corredores escondían fantasmas envueltos en la penumbra. Cuando pasó junto al espejo de la entrada se detuvo unos instantes; su perfil derecho aparecía cubierto de esquirlas sobre la superficie borrosa, y creyó ver a Melania detrás de ella, observándola.

Esa noche durmió mal. Soñó con decenas de mujeres morenas y silenciosas que recorrían la casa y subían por las escaleras hasta llegar al mirador. Allí abrían las puertas de cristal y saltaban al jardín, donde sus cabezas se rompían como las lunas de los espejos. Pero antes de que pudiera gritar ya había otra cayendo, y luego otra y otra, y todas se cruzaban por los pasillos, y pululaban por las estancias como almas en pena. Todas tenían el rostro de Melania. Su rostro.

Al día siguiente le dolía tanto la cabeza que llamó al trabajo y se disculpó por su ausencia. Se quedó en la cama y volvió a leer el diario de Sebastián. Sintió por él una atracción extraña, una fascinación profunda y absurda al mismo tiempo; le costaba reconocer en ese hombre enamorado y generoso, sensible, pasional, entregado, al anciano cansado con el que compartía merienda de vez en cuando. Empezó a obsesionarse. Con Melania. Con Sebastián. Con la locura de ella. Con su historia de amor. Con la casa.

De pronto se sintió menguada: jamás nadie la había amado como Sebastián había amado a Melania, posiblemente nadie lo haría, y la angustia iba aumentando a cada momento, fagocitando el resto de sus emociones. Comenzó a temer mirarse en el espejo; su propio reflejo le producía estremecimientos, se despertaba por la noche con las mejillas húmedas sin recordar lo que había soñado. Pobre Melania, musitaba, pero tras la compasión asomaba cierta envidia por una mujer que había sido tan amada.

Comenzó a no salir de casa si no era para trabajar. Encontró una cuna embalada en una de las habitaciones cerradas. Era sencilla y antigua, con un colchón lleno de manchas de humedad. A partir de entonces, creyó escuchar llantos de bebé amortiguados, dispersos por las habitaciones de la casa. Balbuceos. Nunca pensó que todo esto fuera real, jamás tuvo miedo. Pero un día, cuando cayó en la cuenta de que estaba dejándose arrastrar por una riada de tristeza, una tristeza que no era suya, y que pronto no tendría ningún asidero en el que sujetarse, se asustó.

Sentada en el suelo y arropada por la manta de angorina, por fin ha decidido que abandonará la casa. Cree que no le conviene estar allí. Demasiada aflicción, demasiada tragedia a punto de convertirse en obsesión. Necesita volver a sentirse ella misma, volver a ser Camila, solo Camila. Celebrará una fiesta la víspera del Día de Reyes, tal y como hizo Melania. Será su último homenaje. Y luego se irá. Hablará con Cloe sobre qué quiere hacer con Villa Melania. Está segura de que con ella no habrá ningún problema.

Ayer fue al cementerio y buscó su tumba. Tardó en encontrarla, pero pudo conseguirlo porque tiene buena memoria espacial y recordaba haber ido allí alguna vez, con Cloe y con alguien más; quizá con el tío Sebastián. La piedra tiene la capacidad de hacerle sentir finita y breve, una sensación parecida a la que experimentaba contemplando a *La samaritana* de la plaza del Justicia, cerca del pequeño apartamento de la calle Manifestación. No pudo evitar tomar unas fotos de la lápida, de las inscripciones, de las dos evocadoras esculturas algo erosionadas por el tiempo. Pensó que, si en Zaragoza lloviera más, sería hermoso que aparecieran cubiertas de musgo.

Dentro de un momento volverá a su dormitorio, el de Sebastián y

Melania, donde el bebé murió, posiblemente a manos de la misma mujer que lo trajo al mundo. En el exterior el cierzo azota las ramas de los árboles y el día es frío y desapacible; un sábado gris e inclemente se extiende allá fuera, más allá de los muros. Aquí, en su mundo, la tristeza pugna por apagar la luz de su interior, esa que prometió a su madre mantener encendida. En realidad, se resiste a dejar este lugar; se pregunta si podrá encontrar de nuevo cierta calidez al otro lado de la tapia abrazada por la yedra. Se sentará en la cama y se cubrirá con la pequeña manta azul, esa que tanto le gusta, la que le regaló la tía Cecilia por su cumpleaños y que siempre la acompaña. Pero ahora está aquí, en la habitación de la torre, escribiendo en su diario. Antes de acabar, saca el móvil y examina las fotografías que tomó en el cementerio. Después apaga la pantalla y retoma la escritura.

«Puede que sea una adicta a la melancolía. Sí, puede que lo sea. Pero ahora..., esto es diferente. Hay demasiado dolor, tanto dolor que no me llega el aire, que me estoy ahogando. Por eso tengo que despedirme. Lo siento, lo siento tanto. Pero no puedo seguir, debo irme. Debo irme para volver a respirar. Ya solo puedo decir adiós».

23

Zaragoza, enero de 2020

Cuando esta mañana ha llegado a la oficina, sus compañeros la esperaban con una tarta de bizcocho y frambuesa, vasitos de moscatel y una postal de felicitación. Cloe ya es fija en la empresa. Tras todos estos meses de trabajo duro, ha conseguido un contrato indefinido más un modesto plus salarial. La sorpresa la ha pillado desprevenida, con la mente centrada en proyectos más o menos concretos, pero la sonrisa ha surgido presta al reconocer el cariño de todos esos rostros afables y familiares.

—¡Eso tenemos que celebrarlo! —le dijo Toni la noche anterior cuando se lo contó—. Hoy en día conseguir un contrato fijo es muy difícil. ¡Y tú lo has hecho a la primera! Si es que tengo una prima que vale un potosí.

—Si tú lo dices...

—Pero no me vengas con que lo celebraremos con una comida en tu casa, ¿eh? Yo creo que ya es hora de celebrar en condiciones. De hecho —añadió como si hubiera tenido una revelación—, mira lo que te digo, te invito a cenar.

—Hombre, lo suyo sería que fuera yo la que invitara.

—Pues probablemente, pero ya sabes que soy un inconformista. —Cloe sonrió ante el comentario de su primo—. Ya lo harás otro día, pero mañana te invito yo a cenar. Más que nada porque acabo de pensar en un sitio muy chic, y no quiero que luego digas que te arruino.

—Vale, ya veremos. ¿Dónde has pensado llevarme? Miedo me das...

—Te voy a sorprender, sin duda.

—Como siempre.

—Por supuesto. Tú ponte guapa y de lo demás me encargo yo. Reservaré mesa para las diez.

—¿Y quiénes iremos?

—Greta y nosotros. ¿O es que quieres que se lo diga a los abuelos?

—Eh, no... —contestó Cloe—. No, no. Ya lo celebraremos todos otro día con una comida, ¿te parece? Yo me refería, no sé... Pensaba más bien en Lucas.

—¡Oh! —detrás de la exclamación inocente Cloe creyó detectar un tono de leve burla que la irritó—. Me temo que no será posible. Creo que has olvidado que él es chef. Trabaja los viernes por la noche.

—Claro. Por cierto... —Cloe pareció vacilar—. Lucas es algo extraño, ¿no crees?

—No sé qué quieres decir con extraño. Es un tipo estupendo, pensaba que te caía muy bien.

—¡Sí! —se apresuró ella a exclamar—. Claro que sí. Es un encanto. Pero parece mayor, no sé, más maduro de lo normal. Lo encuentro un poco extravagante, como de otra época. Esa serenidad tan poco común en una persona de nuestra edad...

Su primo calló. Parecía ocultar algo, un ligero titubeo revoloteando en el silencio.

—¡Toni! —espetó Cloe.

—Sí, perdona —dijo él—. Mira, tal vez no te lo debería contar, pero puede ser bueno para ti recordar que todo el mundo sufre, que no eres la única que afronta pérdidas y dolor...

—Eso ya lo sé —lo interrumpió Cloe molesta—, no creo que vaya de víctima por la vida.

—No, claro que no, no he querido decir eso...

—Bueno —le cortó ella con cierta brusquedad—, ¿me vas a contar qué pasa con Lucas o no?

—Si lo hago, me tienes que prometer que no le dirás que lo sabes —contestó Toni—. Él te lo contará si quiere hacerlo.

—¡Que sí, pesado! —exclamó Cloe—. Te lo prometo.

—De acuerdo. —La voz de su primo adquirió de pronto un tono serio y un tinte oscuro—. Lucas no ha sido siempre así de correcto y contenido. De crío era muy travieso, en clase siempre recibía reprimendas e incluso algún parte de expulsión. No era un mal chaval aunque fuera algo gamberro; tenía un carácter expansivo y era bastante popular en el colegio.

—Madre mía —dijo Cloe casi en un susurro—. No me puedo

imaginar a Lucas haciendo travesuras. Parece que me hables de otra persona.

—Tampoco eran para tanto. Se saltaba alguna clase, fumaba a escondidas, cosas de esas...

Toni calló de nuevo y el silencio se dibujó en el aire como copos de nieve arremolinándose a su alrededor. Esta vez Cloe no lo atosigó.

—Ya sabes que Lucas tiene una hermana mayor —continuó él al fin—. Aunque es una chica estupenda, se llevan muchos años, por eso de pequeño no tuvo una relación muy estrecha con ella. Pero Lucas no creció solo. Estaba Dani.

No había nacido uno; nacieron dos. Lucas y Daniel, gemelos idénticos. Casi idénticos. De bebés sus padres los acostaban juntos en la cuna y Dani agarraba con fuerza el pulgar de su hermano, nacido ocho minutos y medio después de él. Esa pequeña diferencia se convirtió en un presagio: Dani se erigió desde el principio en protector de Lucas. A pesar de su increíble parecido, pronto fue fácil distinguirlos, pues eran tan distintos en su forma de actuar como exactos en sus facciones. Dani era serio, quizá demasiado, aunque su seriedad no resultaba adusta, sino apacible y amable. Siempre estaba dispuesto a resolver los conflictos, a relativizar los pequeños contratiempos que desde niño se le pudieran presentar. Parecía que le resultara fácil hacer lo correcto, aunque no solía obedecer sin cuestionar las órdenes recibidas. Lucas, por el contrario, creció siendo un pequeño bullicioso y travieso, de carcajada fácil, corazón limpio y rodillas despellejadas. Rompía los juguetes, jugaba con la pelota dentro de casa, escondía chocolatinas bajo la almohada. Al crecer se convirtió en un adolescente espabilado y simpático; su rebeldía se debía más a las ganas de divertirse que a la búsqueda de su propia identidad.

A pesar de sus diferencias, Lucas y Dani siempre estaban juntos. Eran los mejores amigos, los más fieles aliados; el vínculo que los unía resultaba inquebrantable. Durante dieciséis años jamás se fallaron el uno al otro. Nunca. Hasta la noche en que una parte del corazón de Lucas se vació.

Era invierno. La niebla devoraba las calles, las luces, los contornos de la vida. Se había echado por la tarde y después se había vuelto más densa hasta tragarse la ciudad. Los hermanos regresaban a

casa después de entrenar; Lucas se había tomado un par de cervezas con algunos compañeros de equipo mientras Dani conversaba en la puerta del polideportivo con la hermana de uno de ellos.

—Vaya con Rebeca —le dijo Lucas pegándole un codazo—. Así que ha venido a verte, ¿eh?

—No digas tonterías —contestó Dani.

Su hermano notó que se ruborizaba y soltó una carcajada.

—¡Será posible! —dijo Lucas—. La pequeña Beca... Pues no está nada mal.

Dani movió la cabeza despacio y suspiró.

—No seas bobo, anda —replicó, aunque se intuía una sonrisa.

—Así que te gusta. ¡Muy bien, te doy mi bendición! —exclamó Lucas haciendo aspavientos.

Daniel frunció el ceño y cogió del brazo a su hermano. Este se soltó con un gesto enérgico.

—Tío, estás fatal —dijo Dani—. No deberías haber bebido, no sé cómo demonios consigues la cerveza si eres menor. —Su hermano abrió la boca para replicar, pero él lo interrumpió—. Vale, no me cuentes historias. Como papá y mamá te vean así se van a dar cuenta y te va a caer una gorda.

—¿Qué dices? ¡Mira que eres exagerado! Estoy fenomenal. Mira —dijo mientras flexionaba la pierna derecha para luego extender los brazos y tocarse con el dedo índice la punta de la nariz—, ¿ves? No hay problema. No cambies de tema, que aquí lo importante es que a Dani le gusta Rebeca —dijo esto alargando mucho las últimas vocales. Su hermano no pudo evitar reír—. ¡Así que pronto tendrás novia! —continuó Lucas a voz en grito. La acera se estrechaba en ese punto durante unos cuantos metros y él invadió la calzada deteniéndose en el centro y abriendo mucho los brazos—. ¡Qué bonito es el amor!

Las carcajadas de los muchachos parecían cristalizar en el vaho denso que salía de sus bocas.

—¡Anda, ven aquí! —le gritó Dani señalándole la acera—. No seas infantil. ¡Eres un crío!

De pronto unos faros surgieron de la niebla a escasos metros de Lucas. Él no los vio, tan solo se fijó en el rostro demudado de su hermano, en el pánico reflejado en sus ojos y en la boca abierta. Gritaba algo, pero él no podía oírlo. Todo sucedió a cámara lenta hasta que el tiempo se aceleró y explosionó, y Lucas se levantó

aturdido del suelo, sintiendo un dolor sordo en el costado. El lugar en el que hacía solo unos segundos abría los brazos y reía había sido invadido por un coche, un todoterreno blanco con el parachoques y el frontal abollado, que ahora tenía la puerta abierta y los faros encendidos, y Lucas no entendía cómo había llegado él hasta la acera. Dani no estaba allí. Un hombre con un chubasquero azul se llevaba las manos a la cabeza y una mujer joven hablaba a gritos por el teléfono móvil. Alguien se acercó a preguntarle algo, pero él se desembarazó del desconocido y comenzó a llamar a su hermano, a caminar a trompicones entre la niebla y los viandantes que se aproximaban, que le tapaban la visión, a gritar el nombre de su gemelo una y otra vez, porque el pánico comenzaba a morder los contornos de sus recuerdos, porque sentía que le habían arrancado algo de cuajo, un pedazo de pulmón, un trozo de corazón. Y entonces lo vio.

Dani lo había empujado para salvarlo del impacto y lo había recibido en su lugar. Yacía a unos metros del coche, inerte y silencioso, con los ojos abiertos y el cráneo destrozado.

A partir de entonces, Lucas se adentró en una espiral de culpa y sufrimiento. Echaba tanto de menos a su hermano que la tristeza apenas le permitía respirar. Pasaba horas mirándose al espejo y hablando con su gemelo muerto. Sus padres, devastados por el dolor, tardaron tiempo en descubrir el abismo de soledad en que se había sumergido su hijo vivo. A Lucas le obsesionaba pensar que Dani ya no estaba por su culpa, por salvarlo; era un peso excesivo para él que le fue arrastrando al mutismo y al aislamiento. Necesitó algunos años para superarlo, apoyo psicológico y, finalmente, una fuerte determinación. Decidió que la muerte de Daniel no sería en vano, que haría que su vida mereciera la pena; se reconstruyó a sí mismo como si restaurara un edificio vacío que luego tuviera que amueblar. Y lo hizo a su manera.

Lucas recuperó la paz. Al finalizar el duelo, su habitual desenfado había desaparecido, pero la profunda tristeza que lo había acompañado durante tanto tiempo también. Él estaba vivo y Dani había muerto; así que lo dejó marchar, avanzar hacia la luz, y él se resignó a quedarse, a continuar con los asuntos de la vida, pero con cierta prevención, sin dar nada por descontado, como si las migas de alegría que recogía de vez en cuando fueran un bien precioso que hubiera que saborear con calma y compartir con precaución.

Cloe está frente al espejo de la entrada, comprobando el maquillaje antes de que Toni pase a recogerla; ese espejo rajado que le recuerda la tragedia, la locura, el amor, todo lo que aconteció en esa casa. Parte de todo ello. Todavía no puede creer que su hermana saltara.

—Olvídalo de una vez —le dijo su tía Cecilia cuando, paseando por las calles empedradas de Oporto, Cloe volvió a insistir sobre el tema—. Es mejor asumir las cosas, querida. Dar vueltas al pasado y removerlo no te hará sentir mejor. No cambiará nada y te quitará las ganas de vivir.

—Pero piénsalo. Puede que ella no saltara. ¿Y si fue un accidente? O quizá alguien...

Cecilia la miró con desdén en un gesto amargo e inesperado.

—¿Qué quieres dar a entender? —preguntó agitando la mano, como si estuviera espantando a un insecto molesto—. No sabes qué estás diciendo.

—Lo único que digo es que...

—Estás sugiriendo —espetó Cecilia cortante— que alguno de los que estábamos allí esa noche pudo asesinar a Camila. Me parece insultante.

Cloe no contestó de inmediato. Esos segundos de silencio comenzaron a resquebrajar la tarde anaranjada.

—Esa noche —continuó Cecilia— solo estábamos nosotros. ¿Tus abuelos mataron a tu hermana, eso sospechas? ¿O tal vez Gabriela? No, claro, ella no. ¿Quizá Eduardo, el querido Eduardo? ¿O tu primo, compinchado con su novia? Creo que no sabes qué estás diciendo, Cloe, has visto muchas películas policiacas. ¿O acaso crees que fui yo quien lo hizo?

Cloe agitó la cabeza y sintió una opresión conocida en el pecho. Angustia.

—No, por supuesto que no. ¿Cómo voy a pensar algo así? Pero alguien podría haber entrado en la casa a través de la escoba de la bruja.

Cecilia se subió el cuello del abrigo y cogió a Cloe del brazo.

—Ese pasadizo solo lo conocemos nosotros. Bueno, además de Víctor y la hija de Manuela, desde luego. Nadie más. No me dirás que

sospechas de ellos. Es un despropósito.

—Ya...

Unas semanas más tarde, Gabriela y Eduardo fueron a tomar café a casa de Clotilde y Alonso. Cloe había ido a comer con sus abuelos y se alegró de ver a su tío.

—Ya sé que es una locura —le dijo cuando se quedaron solos en la salita de estar, mientras el resto continuaba charlando en el salón—, pero no paro de darle vueltas. Camila parecía feliz en esa casa...

—No todo es lo que parece, querida —le dijo Eduardo mientras limpiaba su pipa, desde la boquilla hasta la cavidad interior—. Es normal que te cueste aceptar lo de Camila, pero ya ha pasado un año.

Era una pipa antigua, con el cuerpo de madera rojiza y motivos vegetales tallados en la cazoleta. Eduardo abrió una pequeña bolsa, tomó unas hebras de tabaco a pellizcos y realizó la primera carga con cuidado.

—En esa casa tuvieron lugar dos tragedias —continuó Cloe—, que se produjeron de la misma forma y protagonizadas por dos personas casi idénticas, aunque con más de cincuenta años de diferencia. Nunca sabremos con exactitud lo que sucedió esa víspera de Reyes de 1966 porque nunca vamos a acceder a los pensamientos de Melania, aunque resulta evidente lo que ocurrió. Sin embargo, Camila no era Melania. Aunque tuviera su rostro, sus gestos, incluso esa mirada... Camila no tenía ningún problema. Era reservada, silenciosa, solitaria, pero nada más. ¿Por qué haría algo así?

—No lo sé, Cloe. Tu hermana no se dejaba conocer. ¿Tú crees que sabías realmente cómo era, lo que pensaba? Tú y yo siempre hemos estado muy unidos, ¿no es así? —Cloe asintió y le sonrió con cariño, mientras él sujetaba la pipa con la mano izquierda y presionaba suavemente el tabaco con el pulgar derecho—. Yo nunca te elegí a *ti*. Las dos erais mis sobrinas, las nietas de mi cuñada Clotilde, y a las dos os quise por igual desde el principio; siempre estuve pendiente de Camila y, sin embargo, ella nunca dejó que me acercara. Era tan hermética como hermosa. De modo que ¿de veras puedes asegurar que no estaba deprimida?

—Me cuesta mucho creerlo.

Eduardo terminó de cargar la pipa, presionando con fuerza.

—Nunca ha habido duda, Cloe. La nota es una prueba esclarecedora.

—Eso me dijo Toni…

—¡Vaya! ¿Es que le has contado tu teoría a todo el mundo? —preguntó Eduardo, mientras con un pequeño atacador alisaba la última carga.

—No, por supuesto que no. A los abuelos no les he dicho nada, ni me lo planteo. Pero fíjate que la nota no estaba firmada.

—¿Cómo que no estaba firmada?

—Pues eso. Cuando escribes una nota, incluso una nota para decirle a tía Gabriela que llegarás tarde a cenar, ¿no la firmas? Lo normal es firmarla.

Eduardo aplicó la llama con un fósforo largo.

—Me encanta esta pipa —dijo señalándola—. Tiene el conducto alineado con la cánula de un modo perfecto. Y, además, fue el último regalo de Melania. —Hizo una pausa y después miró a su sobrina a los ojos—. Puede ser que lo normal sea firmarla, Cloe. Pero tu hermana se estaba despidiendo. Eso es incontestable.

—Además —le ha dicho esta tarde Toni cuando le ha trasladado de nuevo su preocupación—, se hizo un estudio grafológico que corroboró que la nota, sin duda alguna, la había escrito Camila. Y algunos compañeros de trabajo comentaron que últimamente la veían más apagada, como preocupada o algo así.

—No sé…

—A ver, que si quieres yo te acompaño a la Policía, Cloe. Si te vas a quedar más tranquila… Pero no tiene sentido, en serio. Y un año después, además.

Cloe se ha levantado y se ha acercado a la fregadera. Ha aclarado su taza preferida, una pieza decorada con pequeños pájaros de pico largo y delgado, y ha abierto el lavavajillas. Tras unos segundos de duda lo ha cerrado de nuevo y la ha fregado a mano.

—Pone que es apta para el lavavajillas —ha comentado a su primo, que continuaba sentado, comiendo un enorme pedazo de bizcocho de naranja—. Pero yo nunca me he atrevido a meterla. Temo que, si lo hago, desaparecerán mis colibrís.

Toni ha callado. Esperaba que Cloe volviera a retomar la conversación anterior. Sabía que su prima necesitaba cerrar ese tema para avanzar.

—¿Tú crees que serviría de algo? —ha preguntado Cloe al fin.

—No —ha contestado él con total sinceridad—. Estoy convencido de que no. Pero si te vas a quedar más tranquila...

Cloe se ha tapado la cara con las manos. Luego ha mirado a su primo y ha suspirado.

—Tienes razón. No tiene sentido. Aunque quizá fue un accidente...

—¿Y la nota? —ha interrumpido Toni.

Cloe se ha encogido de hombros.

—De acuerdo —le ha dicho Toni tomándole la mano—. Pudo haber sido un accidente. Es verdad. Quizá se acordó de Melania, abrió los ventanales del mirador y se asomó. Tal vez se acercó demasiado y perdió el equilibrio. Nunca lo sabremos.

Cloe ha mirado a Toni y su mente se ha deslizado por el pasado de ambos, las noches bajo las mantas con las linternas, los juegos en la piscina del apartamento de la playa de sus tíos, sus charlas de adolescentes y cada uno de los momentos compartidos.

—¿De verdad lo crees, Toni?

Su primo se ha levantado, se ha acercado a ella y le ha dado un gran abrazo. Después ha sonreído y ha cogido su abrigo del respaldo de una de las sillas.

—Acuérdate. A las nueve te recojo. Ponte guapa.

El local no es muy grande y está oscuro. Sin embargo, el ambiente es agradable y la música envolvente: los camareros visten de negro y llevan, tanto los chicos como las chicas, el pelo engominado y la espalda muy recta. Un joven atractivo, cuyo nombre es Eric según la tarjeta identificativa que lleva prendida de la camisa, los acompaña hasta una mesa situada junto a la ventana. Desde allí pueden divisar las torres del Pilar a lo lejos.

—Aquí les dejo la carta —les dice con una sonrisa mientras deja en la mesa tres tablillas—. ¿Les puedo servir ya la bebida? ¿Quizá algún vino?

Cloe se siente algo intimidada por el trato. En cambio, Toni conversa con el camarero como si lo conociera, y finalmente este se retira para ir a buscar una botella de vino y otra de agua.

—Vaya... —comenta Cloe—, un sitio muy agradable. ¿Venís aquí

con frecuencia?

—Alguna vez —contesta Greta jugueteando con la servilleta—. ¿Te gusta?

Greta está muy delgada, tanto que la piel se le tensa bajo los pómulos. Hace poco abrió un negocio con un antiguo compañero de clase, un estudio de fotografía. Cloe sabe que ese es uno de los muchos motivos de discusión entre la pareja; Toni no soporta al socio de su novia.

—¿Y qué tal va el estudio, Greta? Vi el otro día en Instagram las fotos donde la novia llevaba un abrigo blanco. ¡Eran preciosas! ¿Las hiciste tú?

—Sí, yo me encargo de las bodas —contesta Greta levemente sonrojada por el cumplido—. Las comuniones se las dejo a Francisco; a mí no me van mucho los niños. —Sonríe y está mucho más guapa.

—Algunas veces le he dejado caer a tía Cecilia que podría facilitar a Greta algunos contactos en el mundo de la fotografía. —Toni hace una pausa mientras el camarero le sirve el vino. Lo prueba, asiente, y deja la copa en la mesa—. Está bien, sí, gracias —le dice a Eric, que se apresura a llenar las demás copas, para después alejarse con discreción—. Lo que te decía. Ella llegó a ser una fotógrafa muy reconocida. Estoy seguro de que podría echar una mano a Greta. Pero esa mujer es una bruja —prosigue tomando la mano de su novia—, una amargada.

—No exageres, Toni —protesta Cloe incómoda—. No me gusta que hables así.

—Vale, como quieras —contesta él haciendo un gesto contrariado—. Ya sé que tienes muy buena relación con ella, pero... ¿Sabes? Cecilia es la típica solterona frustrada que te ha acogido bajo sus alas para sentirse mejor consigo misma. ¡No, en serio! —exclama entre carcajadas, mientras Cloe lo mira reprobadora—. Contigo es encantadora, no lo niego, pero... En fin.

—Tampoco es un secreto —apunta Greta— que yo no le gusto. —Se encoge de hombros antes de seguir—. Nunca le he gustado. Apuesto lo que quieras que sería feliz si un día Toni llegara a una de esas reuniones familiares y dijera que lo hemos dejado.

—Que lo habéis dejado definitivamente, querrás decir —comenta Cloe, y los tres estallan en carcajadas—. Porque, vamos, lo vuestro es algo...

Greta degusta una ensalada templada de frutos rojos y sonríe fingiendo que le interesa la conversación. En realidad, piensa en lo poco que le agrada la familia de Toni, todos siempre tan envarados, tan distantes. Tan solo Cloe le gusta. Sostiene el tenedor con la mano derecha y se fija en el hueso marcado de su muñeca; se baja el brazalete para taparlo.

En su piso Cecilia escucha a Beethoven mientras contempla las ramas de los árboles azotadas por el cierzo; algunas de ellas parecen a punto de quebrarse, pero aguantan, se mueven como tentáculos desesperados, con movimientos espasmódicos. Se levanta y se aproxima al tocadiscos; la melodía crece en intensidad cuando ella sube el volumen. Quiere acallar el sonido del tiempo, ese latido imparable que la acompaña todos sus días, y todas sus noches.

En la mesa, Toni lleva ya tres copas de vino. Se ha dado cuenta de que Greta le ha dirigido una mirada de reconvención y eso lo ha molestado tanto que se ha servido la cuarta. Parece mentira que todavía no lo conozca, que aún no sepa que ese tipo de cosas lo irritan. A pesar de ello está disfrutando de la velada; una cena con las dos personas que más quiere en el mundo. Se alegra de que Cloe tenga algo que celebrar. Por fin.

Clotilde y Alonso están sentados frente al televisor. Ella mira un programa de cotilleos y él lee una novela policiaca, aunque de vez en cuando se le cierran los ojos. Su esposa está a punto de llamarle la atención, pero de pronto piensa que no importa, que prefiere que dormite allí a su lado, en el sofá, a que se vaya a la cama y la deje sola en el salón oscuro. Lo mira con cariño y pone la mano encima de su brazo.

Cloe ha terminado sus canelones de foie con cebolla caramelizada y está satisfecha. Ha sido una buena idea salir a cenar, Toni casi siempre tiene razón. Se siente feliz, cómoda en ese lugar tranquilo e íntimo, bien acompañada. En un momento determinado piensa que, de haber vivido su madre, Paloma no habría querido celebrar la conversión en indefinido de su contrato laboral; tan solo deseaba que abandonara Zaragoza y volviera a Madrid. Camila sí se habría alegrado, aunque es probable que tampoco hubiera estado allí con ellos; no se llevaba demasiado bien con Toni. Demasiado intenso, solía

decirle. Demasiado.

Eduardo se va a la cocina con su bata de rayas azules y grises. Hace un tiempo que tiene que tomar pastillas para dormir; sin ellas es incapaz de conciliar el sueño. Abre el aparador y saca un vaso de cristal. Mientras bebe agua, piensa en Melania. Su amiga, su hermana. Nunca entendió cómo Gabriela, su amor, no era capaz de ver lo que él veía en ella. Cómo no la ha echado nunca de menos. Sacude la cabeza y apaga el interruptor de la luz. Viejo imbécil, se dice. A veces ha llegado a pensar que para Gabriela la muerte de Melania fue un alivio; inmediatamente se arrepiente e intenta arrancar ese pensamiento de su mente como si fuera una mala hierba creciendo entre los arbustos recortados de un hermoso jardín.

—En seguida les traigo el postre —anuncia el camarero mientras retira los platos.

Toni y Greta sonríen satisfechos y se miran con ternura.

—Pero ¿no tiene carta de postres? —pregunta Cloe—. Además, no sé, estoy algo llena, quizá preferiría tomar una infusión o un café.

Eric la mira y exclama:

—¡Oh, no, señorita! No necesitan carta. Si me disculpa, el chef saldrá a saludarles al final de la cena.

Cloe se queda sorprendida y mira a su primo y a su novia con desconcierto.

—Pero...

El camarero se apresura a servirles unas pequeñas tartaletas rellenas de algo parecido a la crema pastelera con arándanos y almendras, y rodeadas de nubes de nata dulce.

—¡Está riquísimo!

—Muchas gracias —una voz conocida la sorprende a su espalda —. La crema es una receta secreta; es el postre especial de la casa y se llama «La sorpresa de Cloe».

Lucas, con una chaquetilla blanca de doble abotonadura, la mira con gesto divertido.

—¡Tú! ¿Trabajas aquí?

Toni y Greta se ríen y se pegan codazos. Los comensales de la mesa de al lado, una pareja de edad indeterminada, repeinado él, mucho más joven ella, con pinta de aburridos, no pierden detalle de lo que acontece junto a ellos.

—Exacto —contesta Lucas mirándola desde arriba—. Espero que

hayas disfrutado de la cena.

—¡Desde luego! Estaba todo muy bueno.

—Me alegro.

—Ya —interrumpe Toni—, ¿y qué me dices del postre? ¿Alguna vez alguien había puesto tu nombre a un postre, primita?

Cloe nota cómo enrojece, y se siente agradecida por la semioscuridad de la sala.

—Nunca, desde luego.

—¿Sabes cuándo lo elaboré por primera vez, Cloe? —Lucas está distinto, quizá más seguro, piensa ella, más maduro—. El día que fui a tu casa por la mañana a buscar el taladro que me había dejado allí la noche anterior. Cuando te vi recién levantada, en pijama... Estabas tan graciosa —todos estallan en carcajadas, excepto Cloe, que pone cara de circunstancias, aunque en el fondo se siente apreciada y feliz—, no sé, tan indefensa; se te veía incómoda, pero fuiste tan amable... En fin, cuando volví a casa, me metí en la cocina y... *voilà*! La sorpresa de Cloe.

24

Zaragoza, 5 de enero de 1966

Sonríe cuando ve a Cecilia subir las escaleras. Ese vestido verde fue un acierto; resalta aún más sus cabellos pelirrojos. A veces, cuando la observa parlotear, despreocupada y enérgica, olvida el perfil desfigurado y se entretiene tan solo en el rostro inteligente de su hermana menor. Sabe que los demás no pueden evitar fijar la vista en sus cicatrices para luego desviarla rápidamente, que siempre se pierden esa aguda expresión que anida bajo la piel violentada. Lo sabe, y eso le produce un sordo desconsuelo.

Villa Melania está tan hermosa que, si una casa pudiera sentir, hoy estaría rebosante de felicidad. El gran árbol preside la sala principal, soberbio y deslumbrante, todos los rincones están decorados con muérdago y las ventanas del primer piso con arreglos florales, como cornisas de musgo, flores de seda, varas de arbustos y cintas. Los candelabros de plata y cristal se distribuyen por el gran salón con las velas encendidas, y el fuego de la chimenea desprende sombras danzarinas sobre la alfombra. La música suena envolvente, las mesas están cubiertas con mantelerías antiguas de lino en color crudo, las copas de grueso cristal tallado dispuestas junto a los platos de postre. Ella sonríe y pasea por las estancias con las manos en los bolsillos de la pesada falda, asintiendo levemente al pasar junto a alguno de los invitados. Las cortinas que ocultan la pequeña puerta verde están descorridas; en la sala de música la tapa del piano está levantada y partituras de villancicos se apilan sobre la *chaise longue*. Melania se acerca al ventanal que da al jardín y otea la oscuridad sembrada de farolillos, como decenas de libélulas con sus alas extendidas y transparentes.

—¿Cómo estás, mi amor?

Sebastián la ha abrazado por el talle colocándose a su espalda. Siente su presencia poderosa, el calor de su aliento en la nuca.

—Bien.

Nunca hasta ahora ha sido consciente de cómo suena su voz. Casi se ha sobresaltado al oírse. Una voz de gruta y acantilado, de tormenta. Se da la vuelta y mira a su marido.

—Bien —repite—. Está todo precioso, ¿no te parece? Creo que se sienten a gusto.

—Por supuesto, querida. ¿Cómo podría ser de otro modo? No hay mejor anfitriona que tú.

Ella sonríe con cierta tristeza, antigua y arraigada.

—Lo ha hecho todo el servicio, en realidad —musita—. Manuela es una joya... —titubea unos segundos, pero rápidamente prosigue—, no sé qué harías sin ella.

Sebastián se separa un poco y frunce el ceño sorprendido.

—¿Yo?

—Nosotros. Nosotros, claro.

Se oye el ruido de unos cristales al romperse y un pequeño grito seguido de carcajadas.

—Vaya. Eduardo ya ha roto otra copa —dice Sebastián con gesto divertido—. Este hombre acabará con nuestra cristalería. Voy a ver si alguien recoge los cristales, no vaya a ser que algún invitado se corte.

Le da un beso y se acerca al grupo que charla junto al árbol de Navidad. Clotilde tiene el rostro todavía más redondo de lo habitual y algo hinchado, como si se hubiera puesto una máscara; no deja de acariciar su abdomen abultado y bajo. Queda poco para que nazca el bebé, piensa Melania, un bebé que se parecerá al nuestro, al de Sebastián y mío, a ese pedacito de mi carne que me miraba con ojos limpios. Como un acto reflejo, se toca el vientre plano y duro. A veces aún lo siente moverse en su interior, qué extraño, una especie de culebrilla traviesa entre sus vísceras. En otras ocasiones todavía oye su llanto pertinaz. Cuando está acostada en la oscuridad del dormitorio lo oye constantemente; Sebastián continúa durmiendo y emite leves ronquidos. Si enciende la luz, el llanto fantasma cesa. Hay noches en las que desea cerrar los ojos para escucharlo, para reencontrarse con el espíritu de su hijo muerto, para acunar ese cuerpecito invisible entre sus brazos fríos, para musitar palabras de consuelo y hablarle de su pena.

Lo peor de todo, casi peor que la pérdida, fue el horror en la mirada de Sebastián. Cuando esa criatura de miembros sarmentosos

asomó por los ojos de su marido, Melania supo que todo estaba perdido. De pronto, al descubrir la sospecha, su mundo se volvió inestable, como si se tratara de un inmenso colchón de agua. Comenzó a moverse muy despacio, a vivir despacio, porque el cuerpo le pesaba en esa especie de turba en la que su vida se había convertido. Bien es cierto que la sospecha desapareció pronto de los ojos de su esposo, pero desde ese día no ha vuelto a sentir el suelo firme.

El bebé estaba muerto cuando lo encontró. Quizá nunca lo sepa nadie. Quizá ni siquiera Melania esté segura. Quizá el espanto y la sospecha impregnen para siempre los pensamientos de esa familia que a menudo parece deambular por los corredores de una casa encantada. O quizá la cruel certeza se instale en sus almas tan antiguas, tan llenas de espejos. El bebé estaba muerto cuando lo encontró...Tiene que ser así. Dejó de respirar mientras dormía, ligero en su cuna como un ángel.

Ha notado extraña a su hermana Clotilde. La miraba con cierta reticencia, poniendo distancia, como si su contacto fuera a producirle una urticaria. Eduardo se ha dado cuenta. Eduardo casi siempre se da cuenta de todo. Su querido, queridísimo cuñado. Melania sabe que es el único en quien la sospecha no pudo encontrar acomodo, ni siquiera durante unos instantes. No como el resto. Pobre Clotilde, piensa Melania, seguro que cree que me entristece su inminente maternidad. ¿Cómo podría? Ella se alegra de la felicidad de su hermana, de la llegada de un nuevo ser, de un bebé, alguien a quien cuidar. Alguien a quien proteger.

Se lleva la mano a la frente y presiona con fuerza un punto de su sien izquierda. De pronto un estruendo, como una torre de cubos de madera al caer, le ha provocado un fuerte dolor de cabeza. Mira a su alrededor. ¿De dónde ha venido ese ruido? Cecilia no está allí, pero el sonido no proviene del piso superior, y en el salón todos ríen y charlan, no hay nada fuera de su sitio, nadie salvo ella se ha sobresaltado.

Siente un estremecimiento. Tiene frío. Quizá debiera ponerse esa toquilla negra de flores malvas que reservó para la ocasión. Irá a buscarla. No es necesario que se disculpe con sus invitados, tan solo será un momento. ¿Dónde la dejó? Puede que en el armario de su dormitorio. ¡Pero no! Recuerda que la llevaba en la mano cuando ayer subió a la habitación de lo alto de la torre a buscar la caja de las

campanillas de Navidad; seguramente la dejó allí. Sube las escaleras con paso rápido; es curioso, de repente siente los escalones firmes, no necesita moverse con lentitud, los miembros le responden, aunque el dolor de cabeza es cada vez más penetrante, como si le estuvieran clavando alfileres en las sienes.

La habitación de lo alto de la torre está oscura y el aire viciado. La toquilla está colgada en el pomo de la puerta que da al mirador, seguramente la llevaría en la mano y la dejaría allí cuando cogió la caja de las campanillas. Al tirar de la prenda la puerta emite un leve quejido y cede unos milímetros. Melania se dispone a cerrarla, pero de repente la abre de par en par. El frío entra como un caballo galopando y le golpea el rostro; sus pulmones se llenan del aire helado y una lágrima huidiza se desliza por su mejilla derecha. Se abriga con la toquilla de lana y da la espalda a la noche. Se aproxima al montículo de sábanas ondulantes como dunas y descubre los espejos que, uno a uno, le devuelven decenas de Melanias, y cuantas más aparecen, más oscura es la estancia, más triste, más llena de llantos, de almas, de años.

Es posible que todos estemos algo resquebrajados por dentro, que nadie conserve intacta la luna del espejo en el que nos contemplábamos siendo niños. La vida está plagada de golpes que la astillan, haciendo saltar pequeñas esquirlas de cristal que después pisamos con los pies descalzos. Y así, poco a poco, nuestro reflejo se vuelve algo más confuso, menos nítido, aunque continúa siendo perfectamente reconocible; incluso puede que lo amemos más por esa aura doliente y misteriosa de los reflejos. Sin embargo, Melania no se reconoce, y está tan cansada de buscarse que se deja caer de rodillas en el suelo, con el cabello rozando la tarima polvorienta.

Todas las Melanias que asoman en los espejos la miran expectantes; algunas lo hacen con enojo, otras con una furia que la asusta; en los ojos de algunas otras descubre lástima y derrota. Está exhausta. Es hora de descansar.

Melania, la misma niña que aguantaba las lágrimas cuando su mamá le cortaba el pelo a tijeretazos, la misma que cuidó a su hermana pequeña cuando era un bebé, la misma que tiró el cubo de madera que provocó el desastre, la misma a la que su papá tomó por los hombros antes de desaparecer por el vano del balcón, la misma que se enamoró, la misma que trató de cuidar a su familia, que hizo

de su cuñado un hermano, que acabó con el rostro destrozado tras estrellarlo contra el lavabo del baño, la misma que gestó en su vientre a un bebé y después lo perdió, la que deambuló por el cementerio entre las tumbas recordando, olvidando, la misma niña de casi cuatro años que empujó a su madre hacia el vacío; esa misma Melania se asoma al mirador y se sube a la barandilla de forja.

Cuando ya no es posible mantener el equilibrio, piensa en Sebastián. Un fogonazo le atraviesa el pecho y duda. Siente el dolor de su esposo, como si con su gesto lo condenara a atravesar páramos desiertos durante el resto de sus días, pero ya está cayendo. En unos instantes, el fogonazo se extingue y llega la oscuridad.

Zaragoza, 5 de enero de 2019

—No sabes lo molesta que está mamá.

Suena una melodía navideña con toques de jazz. Camila comprueba que la puerta esté cerrada; le ha parecido sentir una corriente de aire en el vestíbulo. A veces ocurre. En esa casa siempre hay un espectro frío e invisible que vaga por los corredores; Camila se ha dado cuenta de que no suele entrar en las habitaciones, sino que deambula por las escaleras y los pasillos. Sonríe entornando levemente los ojos; sabe que no hay fantasmas, que es tan solo el recuerdo enquistado de tristeza, pero a veces esa especie de brisa le resulta reconfortante, como si nadie se fuera del todo. A menudo piensa que lo peor es la nada.

—En serio, estaba ofendidísima —insiste Cloe, mientras busca los ojos de su hermana, que no parece prestarle atención—, decía que lo normal es que la hubieras invitado.

Camila la mira, pero como siempre su mirada es nebulosa.

—¡Oh!

—Ya la conoces. Aunque dice no querer saber nada de esta casa…

—Ni de mí —interrumpe Camila. Su rostro permanece inescrutable; no hay forma de saber si está ofendida, dolida o si los sentimientos de su madrastra hacia ella le resultan indiferentes.

—Sí, bueno —Cloe sonríe—, ya sabes. ¿Qué te voy a contar? Sin embargo, mamá adora a la tía Gabriela; más que adorarla la admira y, además, es orgullosa… En fin, que estaba hecha un basilisco.

Camila cree descubrir una alegría cruel en la mirada de su hermana. Nunca ha comprendido exactamente el tipo de relación que esta tiene con Paloma. Le consta que Cloe quiere a su madre, pero, de vez en cuando, el hartazgo asoma en sus gestos y en su mirada.

—Qué quieres que te diga —comenta mientras se encoge levemente de hombros—. ¿Te apetecía que viniera?

Cloe parece desconcertada. Se alisa el pelo y una arruga se forma entre sus ojos.

—¿Habría cambiado algo eso? Quiero decir... —titubea—, si te hubiera pedido que la invitaras, ¿lo habrías hecho?

Camila mira a su alrededor sin contestar. Sus abuelos charlan con sus tías junto al árbol de Navidad, su tío Eduardo y su primo Toni están llenando sus copas mientras ríen a carcajadas, y los padres de este, Julieta y Jorge, contemplan el jardín a través del enorme ventanal mientras cuchichean con las cabezas juntas. De pronto, la joven parpadea y devuelve la atención a su hermana.

—No. Pero me alegro de que eso no haya supuesto un problema para ti.

Un rato después, todos conversan animadamente junto a la mesa donde Camila ha servido una cena bufé, algunos sentados en sillas, otros de pie, todos disfrutando de las variadas delicias culinarias que la anfitriona ha encargado a una empresa de catering. Las copas de champán y de vino blanco se entrechocan en brindis improvisados; Cloe hace fotografías con su teléfono móvil y Cecilia posa encantada, siempre tratando de ocultar su perfil dañado.

—Podías haber venido con esa chica con la que estás saliendo, Toni —le comenta a su primo tratando de mostrar interés—. Me hubiera gustado conocerla.

Hace poco que Camila es consciente del timbre de su voz, y por primera vez se siente incómoda al oír su cadencia pausada y cavernosa. Lleva unos días tratando de imprimir algo de jovialidad en su modo de hablar y, aunque le resulta difícil y artificioso, también le parece ilusionante. Necesita desprenderse de la figura de Melania, recuperar su identidad, totalmente ajena a una tragedia que no le corresponde.

—En otra ocasión, seguro. —Toni se pasa la mano por el cabello corto; parece confuso o incómodo—. No es algo... serio, ya sabes. No sé...

A Camila le resulta completamente indiferente la novia de su primo. Ha oído hablar de ella; cree que ha sido Cloe quien le ha dicho que se llama Berta, o Greta, o algo por el estilo. Tampoco Toni le interesa mucho en realidad. Nunca han tenido demasiada relación. Su hermana se lleva muy bien con él, pero a Camila le parece un muchacho descerebrado e insulso. Él parece sorprendido por la atención que le presta la anfitriona, y ella percibe ese leve desconcierto. No le extraña; él no sabe que, ahora, la joven solitaria quiere quererlos. *Necesita* quererlos.

El último año su mundo ha quedado reducido al interior de los muros de Villa Melania; al margen de la fría relación que mantiene con sus compañeros de trabajo, los escasos encuentros con sus familiares y las esporádicas visitas de su hermana, su única compañía han sido dos fantasmas vagando por los pasillos oscuros. Ha comido con ellos, ha dormido con ellos, los ha acompañado en su periplo por las estancias, los ha oído cuchichear en las letras apretadas del diario de Sebastián, ha dejado que juguetearan con sus cabellos esparcidos sobre la almohada. Pero ellos, seguramente sin querer, han ido alimentando el ánimo de Camila de una negrura teñida de desesperanza, de la tristeza más densa y antigua. La melancolía es una historia de fantasmas, y ella ha quedado atrapada en esa mansión deshabitada plagada de espectros. Lo que antes era paz ahora es desasosiego, lo que antes era serenidad ahora es pesadumbre. Por eso ha decidido despedirse de Melania y distanciarse todo lo posible de su recuerdo.

—La casa está preciosa —comenta Toni haciendo un gesto con la copa de cristal—, no la recordaba así. Claro que tampoco había venido mucho... Eso sí —añade riendo—, tienes que arreglar el espejo de la entrada. Si quieres, puedo ayudarte con eso, conozco...

—No hace falta —interrumpe Camila dirigiendo la vista hacia el vestíbulo iluminado; luego la devuelve a su primo—. No lo voy a arreglar, no merece la pena. Venderemos la villa.

Es la primera vez que lo expresa en voz alta, como si estuviera ensayando delante de una comparsa lo que luego sabrían todos.

La mirada de Toni relampaguea como un cielo de tormenta. Frunce el ceño y casi vierte el champán.

—¿Venderla? ¿Vender la casa? Pero.., ¿en serio?

Camila mantiene la mirada de su primo durante unos segundos y

luego se dirige a la entrada. Toni la sigue y no puede evitar sentirse algo aturdido por la hipnótica oscilación de la melena que cubre la espalda oscura, como una aparición decimonónica. Una vez allí, ella contempla el retrato de Melania en silencio.

—Pero ¿por qué? —insiste Toni—. Esta casa es una maravilla. ¡Jamás podrías haber soñado con tener algo así! ¿Y Cloe está de acuerdo?

—Todavía no lo sabe. Se lo contaré esta noche después de la fiesta.

Toni observa el retrato de su tía abuela. Un escalofrío le recorre la espalda. Camila va vestida casi como ella; son tan parecidas que la sensación resulta incómoda.

—No creo que le haga mucha gracia —añade él casi en un susurro—. Ella adora esta casa.

—No te preocupes —contesta y le sonríe—, seguro que lo entenderá.

Él sonríe a su vez con una mueca extraña, y es que hay algo singular y un tanto siniestro en la sonrisa de Camila, algo que lo desorienta. De pronto cae en la cuenta: es la primera vez que ve sonreír a su prima.

Lo que Toni no sabe es que Camila ha estado ensayando sonrisas frente al espejo de su dormitorio esa misma mañana. Se ha estado observando un buen rato y ha decidido que el día después de Reyes irá a la peluquería y se cortará el pelo. Esta noche viste como Melania, recuerda a Melania, homenajea a Melania. Y después la dejará descansar en esta mansión para abrirse camino en otros lugares donde nunca falte el sol.

—Pero, Camila, esta casa... —Toni parece nervioso, comienza a dar zancadas por el vestíbulo hasta que se detiene bruscamente—. Esta casa tiene muchísimas posibilidades. ¿Te has planteado abrir en ella un restaurante de lujo, por ejemplo? Podrías seguir utilizándola como residencia, todas las plantas superiores seguirían siendo privadas, y el salón es espectacular, imagínatelo. O tal vez un hotel, de esos con encanto que salen en las guías de turismo. Estas mansiones ya no se encuentran, tienen mucha historia, y si no quieres usarla como residencia habitual, que lo entiendo, hay muchas cosas que se pueden hacer.

Camila sonríe de nuevo. Esta vez su rostro se muestra armónico y

sereno.

—No me interesa, Toni, de veras —dice encogiéndose de hombros—. Quizá quien la adquiera pueda convertirla en un restaurante o en un hotel. No es mala idea en realidad, eres un chico inteligente —le roza levemente el antebrazo y la mirada de él se vuelve más oscura—, un emprendedor. Pero *necesito* vender la casa.

—¿Tienes problemas de liquidez? —pregunta él dejando la copa encima del mueble de la entrada—. Imaginaba que el tío Sebastián...

—Tenemos dinero. No se trata de eso.

—Entonces no lo entiendo.

Camila se sienta en los escalones y lo mira desde abajo. De pronto, se da cuenta de que Toni ya no es ese niño desgarbado y torpe que aparecía de vez en cuando en las reuniones familiares acompañando a sus padres, o el que jugaba con Cloe al parchís las tardes de lluvia en casa de los tíos. En realidad, solo tiene un par de años menos que ella, de modo que ya es un hombre, bastante atractivo de hecho, con esa voz grave y esos ojos oscuros de mirada huidiza.

—Es complicado.

—Me lo puedes contar.

Se sienta junto a Camila y esta percibe la fragancia masculina que emana de su cuello.

—Nunca hemos tenido demasiada relación, ¿verdad, Toni?

Él parece sorprendido por la pregunta, pero la evidente incomodidad que sentía hasta el momento desaparece.

—Tú nunca has tenido demasiada relación con nadie, Camila. Bueno, al menos con ninguno de nosotros. Salvo con tu hermana, claro. ¿O me equivoco?

Camila suspira y se coge los tobillos con las manos.

—Tienes razón. Supongo que soy la rarita de la familia, ¿no?

Ambos ríen y sus carcajadas se confunden con la música de jazz y la voz de Cecilia que cuenta algo en el salón. Cloe los observa desde la puerta abierta; es la primera vez que ve a su hermana reír de ese modo y le sorprende que esté con Toni. Eduardo finge escuchar a su cuñada, pero también está pendiente de la imagen de la pareja sentada en los escalones de la entrada.

—Un poco, no te lo voy a negar —contesta Toni, y tiene ganas de tocarle el cabello, de apartarlo de su rostro y su hombro anguloso—. La misteriosa, más bien.

La mirada peculiar de Camila inunda la entrada y se vuelve hacia el retrato de la escalera.

—¿Como ella? —la voz de gruta y acantilado—. ¿Crees que me parezco a ella?

Toni no necesita contemplar el cuadro. En lugar de eso, escruta el perfil de su prima, su piel clara, sus pómulos elevados, sus pestañas tupidas.

—Eres como ella —afirma, y cree percibir un leve escalofrío en Camila que continúa sin apartar la mirada de la pintura—. Al menos físicamente.

Camila siente un hormigueo en los ojos y se le nubla la vista. Una opresión conocida e inoportuna le lacera el costado.

—Eres preciosa.

No es la frase, es el tono, la calidez con la que nunca antes nadie le había dirigido esas palabras. Se gira hacia Toni y le mira a los ojos. La bruma ha desaparecido.

—Gracias.

Se levanta y le tiende la mano.

—¿Volvemos con los demás?

Él le coge la mano y se levanta. Sus dedos son fríos y secos, y se retiran al instante.

—Claro.

Se dirigen hacia el salón. Cloe finge ordenar unos platos sobre la mesa para que no se den cuenta de que los ha estado observando. Eduardo en ese momento discute con Alonso sobre algo relacionado con el último partido de fútbol que ha perdido el Real Zaragoza.

—Pero, en serio, piénsatelo. No vendas la casa... —continúa insistiendo Toni un rato después, poco antes de que Camila se disculpe y vuelva a salir de la sala.

—Eduardo.

Gabriela golpea a su marido en el hombro.

—¡Eduardo! Hijo, que no te enteras...

—Dime, amor —contesta él con una encantadora sonrisa.

—Te estaba hablando, pero tú ni caso —se queja ella sin perder la compostura—. No sé en qué estabas pensando.

Pero sí lo sabe. Ha visto cómo su marido observaba a Camila cuando esta ha abandonado el salón, y un sentimiento siniestro se abre paso en su interior, como un lobo con las costillas marcadas en el

pelaje ralo. Gabriela nunca llegó a comprender la relación de complicidad que su esposo había mantenido con su hermana mayor, pero lo dejó pasar, amortiguando sus celos con gruesos colchones y evitando las preguntas incómodas. Ahora esta nueva Camila, que parece querer integrarse de pronto en la familia, que parece *querer* quererlos, amenaza con apartar a empellones los viejos jergones apolillados.

Ella, ajena a los pensamientos de su tía, sube las escaleras con paso decidido y ánimo ligero. Va a cambiar, a desembarazarse de ese fantasma sombrío del pasado, a ser única y distinta, a vivir de un modo diferente. Sabe que Cloe lo comprenderá, y que la apoyará cuando le explique que esa casa la ancla a un pasado de tristeza, de soledad y corredores vacíos. Se siente tan extraña, tan nerviosa, tan llena de energía desconocida, que casi sube corriendo a la habitación en lo alto de la torre. Ha dejado allí algo que quiere recuperar.

Cuando llega, se detiene de golpe en el vano de la puerta. Percibe la presencia magnética de Melania; a veces piensa que todo su dolor, su miedo, su culpa y su locura están atrapados en las lunas quebradas de los espejos. Entra despacio. La tarima cruje; un quejido húmedo de años contenidos. Su diario descansa encima del mueble junto a la puerta del mirador, justo donde lo dejó la otra tarde.

Se va a deshacer de él. Ha decidido no compartir con nadie lo que ha descubierto, lo que sabe, la historia de Melania y Sebastián. Sus abuelos y sus tíos no quieren hablar de eso y ella no es quien para remover el pasado. Y a nadie más le importa. Se lo contará a Cloe, por supuesto, pero le parece innecesario dejar un registro escrito de esa historia trágica. También destruirá el diario de Sebastián. Pero eso lo hará mañana, o pasado, cuando se dedique a dejar todo cerrado y preparado para la venta. No hay prisa. Tiene toda la vida por delante.

Va a quemar esas pocas páginas escritas por ella esta noche en la chimenea. Ver arder las hojas y con ellas las sensaciones albergadas durante estos meses será un símbolo de sanación. Justo cuando va a coger el diario siente una última pulsión, el impulso de ofrecer a Melania un último homenaje, y abre la puerta que da al mirador de par en par. El frío entra como un caballo galopando y le golpea el rostro; sus pulmones se llenan de aire helado y su ánimo de alegría.

La persona que está en ese momento apoyada en el marco de la puerta observa la figura recortada en la noche; la espalda cubierta por

esa manta de pelo, el vestido oscuro, la cintura ceñida, la falda pesada. De pronto, todo es absorbido por una espiral densa y electrizante, la tarima no cruje, no hay lamento, como si también el sonido hubiera desaparecido en esa especie de ciclón hambriento. El tiempo se detiene y unas manos que surgen de ese remolino silencioso empujan a Camila con fuerza hacia el vacío.

Todo es tan rápido que el grito queda atrapado en su garganta, atenazado por la angustia. En milésimas de segundo Camila comprende que ya ha llegado al final del camino. Siente la pérdida, la maldición, la impotencia, pero ya está cayendo. En unos instantes, el fogonazo de aterrada incredulidad se extingue en la oscuridad.

25

Zaragoza, 5 de enero de 2019

La mayoría de las personas ocultan en su interior una habitación cerrada. La llave está escondida para que nadie, bajo ninguna circunstancia, pueda entrar; está tan bien guardada que a veces ni siquiera la persona que la alberga puede acceder a ella. O quizá no se atreva a hacerlo.

La habitación de Toni es pequeña y oscura, muy pequeña y muy oscura, y está al final de todos los pasillos intrincados que esconde el interior de cualquiera de nosotros. Es diminuta, en realidad; tal vez ni siquiera se trate de una habitación, es más bien una especie de altillo de techo inclinado con una claraboya sucia que no deja entrar la luz. En su interior, una sombra permanece sentada encima de un baúl polvoriento de remaches oxidados; es una mujer joven, con un vestido que roza el suelo de tarima carcomida y el cabello como un enjambre de abejas negras. Sin embargo, cuando alza el rostro hacia la lucerna cegada, un haz de luz iridiscente inunda la estancia, su rostro claro emite un resplandor donde vuelan mariposas blancas y, de pronto, su cabello es un bosque encantado.

Toni conserva un manual de física de sus tiempos de instituto; tiene las tapas estropeadas y dibujos circulares hechos con bolígrafo azul en la portada. Es el único que guarda de esa época, pues todos sus compañeros de clase firmaron en las primeras páginas. A veces se acuesta en la cama y saca del interior del libro una fotografía, también algo deteriorada por los bordes. Es de una de sus fiestas de cumpleaños. Cloe y él aparecen en el centro de la imagen sentados a la mesa jugando al parchís, mientras al fondo se ve a su abuelo y a su padre charlando con unas cervezas en la mano. Eduardo está joven, tiene el cabello más oscuro y derrocha elegancia; Jorge está algo más fornido y menos calvo. Y mirando por la ventana, de pie, en primer plano, aunque en la esquina derecha de la foto, una Camila de unos

dieciséis años con la cabeza ladeada y el rostro impasible.

—¿Has comido algo, Toni? —le dice su madre mientras disfruta de una enorme porción de empanada de atún—. ¿Qué haces aquí solo? Tienes una cara...

—Nada, nada, mamá. Estaba... —titubea unos segundos— pensando. Es preciosa esta casa, ¿no te parece?

—¡Desde luego! —exclama Julieta, con la boca llena—. ¡Es impresionante! Camila tiene mucha suerte de vivir aquí. ¡Aunque yo tendría ciertos reparos!

Las carcajadas de Julieta son luminosas. Desde luego, piensa Toni, su madre es una mujer feliz. Siempre lo ha sido. Es de ese tipo de personas que solo ven lo bueno que les depara cada día de su vida. No recuerda haberla visto nunca enfadada, salvo esa vez que su padre llegó una hora tarde porque se había quedado sin gasolina, y ella sufrió tanto pensando que le había pasado algo que, cuando llegó a casa, se puso a gritarle sin parar. Jorge se quedó sorprendido por la reacción de su esposa, se limitó a abrir los brazos y a exclamar un escueto «me quedé sin gasolina, cariño, y no pasaba nadie por la carretera», suficiente para que Julieta estallara en llanto y abrazara a su esposo riendo entre lágrimas. Ni siquiera se enfadaba con su hijo, y eso que Toni fue un niño y un adolescente bastante rebelde. Su madre se limitaba a adoptar una actitud seria, a explicarle con claridad qué había hecho mal, qué se esperaba de él y cuáles serían las consecuencias de sus actos, en cuya aplicación, eso sí, Julieta siempre se mantuvo inflexible. Toni piensa que esa faceta feliz de su madre es lo que ha mantenido a su padre tan enamorado de ella; de hecho, él siempre se ha sentido en cierto modo un extraño entre ellos, como si Julieta y Jorge no fueran completamente dichosos sino estando juntos y solos.

—Imagino que le habrá hecho ilusión que hayáis venido —dice Toni cogiendo un pastelillo de salmón—. No os prodigáis demasiado en reuniones familiares, mamá. Creo que tiene que sentirse honrada de que hayáis aceptado la invitación.

—¡Oh, bueno! —exclama ella riendo; su cara, regordeta y sonrosada, muestra ahora unas pequeñas arrugas—. Tampoco Camila se prodiga mucho, ¿no te parece? Pero a veces —le guiña el ojo— tengo que hacer alguna concesión a la familia de tu padre. Por él, ya sabes.

Toni recuerda el día en que se tomó la foto que guarda entre las páginas de su libro de física. Fue el día en que cumplió catorce años. Hacía dos que no veía a su prima, ya que siempre que se celebraba algún acontecimiento familiar Camila estaba con su madre. En realidad, nadie parecía echarla mucho de menos, a excepción de la pequeña Cloe; ni siquiera el tío Eugenio hablaba demasiado de su hija mayor. Había oído decir a sus padres que eso era muy normal; los hijos de los primeros matrimonios siempre quedaban relegados a un segundo plano cuando llegaban nuevos vástagos a la nueva familia. Sin embargo, Toni dudaba de la veracidad de esa afirmación; aunque su tío casi nunca hablara de su hija, creía percibir en él un ánimo sombrío cuando esta no lo acompañaba. Suponía Toni que debía de sentirse incompleto, como si anduviera por la vida con un brazo amputado y sintiera el dolor del miembro fantasma. El día de su décimo cuarto cumpleaños Camila se presentó en casa de sus tíos y su primo junto a su padre y su hermana, ataviada con un vestido de gasa color verde oliva inusualmente largo y luciendo el cabello más fabuloso que él había visto en su vida. En ese momento, Camila entró en la pequeña habitación del interior de Toni y se sentó encima del baúl. Después, con el tiempo, él cerró la puerta y la dejó allí dentro para que nadie la pudiera encontrar.

Al principio fue fascinación, la admiración de un muchacho por una chica mayor, guapa y misteriosa. Aunque eran primos, Toni la había tratado mucho menos que a cualquiera de sus compañeras, de modo que no se había creado entre ellos ningún tipo de vínculo fraternal. De hecho, no la volvió a ver hasta un año después, cuando falleció Ada; Toni y Cloe no asistieron al funeral, pero Eugenio, Paloma y Camila acudieron después a casa de Gabriela y Eduardo, donde se reunió la familia. Durante todo el tiempo transcurrido, Toni había pensado mucho en Camila; la recordaba callada, indiferente más bien, con el ceño algo fruncido cuando pensaba que nadie la observaba. El día del funeral de Ada la encontró más esbelta, con el rostro pálido y compungido, y ligeras ojeras bajo los ojos grandes y tormentosos; le mostró sus condolencias como lo que era, un chico vergonzoso, casi sin mirarla a la cara mientras apoyaba la mano en su brazo. Recuerda que ella lo retiró.

—Por cierto —continúa Julieta mientras se sirve una copa de vino blanco—, ¿dónde está la anfitriona?

Toni se encoge de hombros.

—Ni idea.

—Está guapa tu prima, ¿verdad? Tiene ese no sé qué misterioso de la familia de tu padre. Bueno, de una parte de la familia. Aunque me gusta más Cloe.

—Mamá, tú siempre comparando...

—¡Ay, hijo, y tú siempre criticándome! —exclama con una carcajada; no está ofendida, esa es otra de las cualidades de su madre que Toni envidia: nunca se ofende—. No seas tan mojigato, que nadie nos oye. Y, además, tú también prefieres a Cloe, ¿o no?

—Siempre he tenido mucha más relación con ella, ya lo sabes, somos como hermanos. Pero tú no has dicho eso...

—Lo que he dicho es que me gusta más Cloe.

—Que es más guapa Cloe —dice Toni bajando la voz y abriendo mucho los ojos—. Estabas hablando de eso, mamá, no de con quién te llevas mejor.

Julieta hace un gesto de asombro y traga otro pastelillo de tomate.

—No es eso... —contesta ella con la boca llena—, yo qué sé quién es más guapa, qué tontería. Yo solo digo que prefiero a la pequeña.

Durante los años posteriores al funeral, Toni vio a Camila cinco o seis veces como mucho hasta que, cuando cumplió los dieciocho y comenzó a disfrutar de una mayor libertad, empezó a buscarla a menudo cerca del piso donde sabía que vivía. De vez en cuando se acercaba a la universidad para verla salir de clase; la observaba a lo lejos, caminando despacio, siempre tranquila, siempre hermosa. Algunos de esos días en los que iba sola se hacía el encontradizo y la acompañaba a casa; conversaban sobre temas intrascendentes, ella le preguntaba por sus padres y sus abuelos y le hablaba de las clases y de Cloe. Nunca le propuso subir a su piso y siempre declinó la invitación de su primo para tomar un café. Toni comenzó a imaginar su cuerpo blanco, tan blanco como su rostro, y a escribir su nombre en las tapas de los cuadernos para después tacharlo de manera que no se adivinaran las letras.

—¿Dónde ha ido tu prima?

Julieta se ha reunido con su marido y están los dos solos en uno de los rincones de la sala, hablando casi al oído y riendo de cosas que nadie más oye. Gabriela se encuentra ahora junto a su nieto

retorciendo una servilleta de papel. Toni le sonríe y ella le devuelve el gesto, aunque él cree percibir un ligero tic en su ojo derecho, como el aleteo de una pequeña mariposa que hubiera quedado atrapada en su párpado caído.

—No lo sé, abuela. —Le da un abrazo, aunque con cuidado; sabe que a ella le molesta que la estrujen fuerte, no soporta que la despeinen—. Qué guapa estás. Lo cierto es que tengo los abuelos más guapos del mundo.

—¡Anda, anda, zalamero! —exclama ella con una mirada de cariño—. Me he puesto lo primero que he encontrado en el armario y ni siquiera he tenido tiempo de ir a la peluquería. Esta chica podría haber avisado con más tiempo. No se dicen las cosas de un día para otro.

La admiración a menudo puede confundirse con el amor, sobre todo en la primera juventud; la fascinación también puede desorientar un corazón inmaduro y transformarse en obsesión. Toni no sabe qué fue, no puede poner nombre a eso que lo acompañó durante tanto tiempo y que a veces amenazaba con inundarle las entrañas. Antes de cumplir los veinte años cerró la puerta y ocultó la llave en la tierra fresca e imaginaria de un pesado macetero desbordado de helechos y flores de cera. Creyó enamorarse un par de veces, se desenamoró, conoció a Greta. Pero, de vez en cuando, aún desentierra la llave, se asoma al interior de esa estancia secreta y de nuevo vuelve a sentir un encantamiento opresivo, la misma sensación que le produce Villa Melania, esa casa que él soñó que algún día sería suya.

—Bueno, abuelita refunfuñona —contesta él poniéndole las manos en la cintura; la nota tan frágil que parece que vaya a quebrarse—, en realidad Camila avisó con una semana de antelación. Creo que no hace falta más, ¿no? ¿O qué esperabas? ¿Una invitación en tarjetones azules con letras doradas enviada por correo cuatro meses antes?

—No digas tonterías, Toni.

—Era una broma. Además, tú no necesitas ni ir a la peluquería, nadie adivinaría la edad que tienes.

—Basta ya de piropos...

Sin embargo, Villa Melania nunca fue suya. El viejo Sebastián legó la casa a sus primas y a él lo dejó sin ninguna posibilidad. Al principio le molestó mucho, aunque comprendía que en realidad no

tenía motivos para ello; él apenas había tenido relación con su tío, y en cambio sabía que Camila lo visitaba con cierta frecuencia, así como la pequeña Cloe. Además, estaba el parecido con el fantasma del cuadro. Toni había oído historias, aunque bastaba con detenerse a los pies de la escalera y levantar la vista para toparse con él. Con *ella*. Cuando se le pasó el enfado, pensó en cómo acercarse a la casa aunque fuera de otro modo; quizá podría proponer algún negocio a su prima. Sin embargo, hay momentos, como esta noche, en que la opresión se vuelve algo más punzante, pues Villa Melania es en cierto modo como Camila; lo hipnotiza, pero, al mismo tiempo, le produce desasosiego.

—¿Estás bien, abuela? —pregunta Toni cogiéndola del brazo—. Se te ve un poco acalorada.

—No, no te preocupes, estoy bien —responde Gabriela frunciendo ligeramente el ceño—. Voy un momento al servicio.

—Vale —dice Toni rebuscando en sus bolsillos—, yo voy al coche, que me acabo de dar cuenta de que me he dejado allí el móvil.

—¡Ay, hijo, pero qué despistado eres! —exclama su abuela riendo y propinándole un pequeño pellizco en el brazo derecho—. Algún día te olvidarás la cabeza...

Cecilia contempla el árbol de Navidad ensimismada. Recuerda aquella víspera de Reyes en la que solo era una niña y estrenaba un vestido verde. Hoy viste de marrón. Parece que hayan pasado cientos de años, vidas enteras desde entonces, desde que sus cabellos eran llameantes y se movían como las crines de un caballo galopando en una playa. Cuando se gira hacia la entrada del salón, ve a Toni salir poniéndose el abrigo.

—Pero ¿qué ocurre? —pregunta a Eduardo, que charla con Alonso sobre achaques y pruebas médicas—. Está desapareciendo todo el mundo.

Cecilia siempre ha tenido la mala costumbre de ignorar las conversaciones ajenas.

—Pues no sé, querida —le contesta él distraído, y continúa hablando con Alonso.

Su cuñada pasea por el salón, merodea alrededor de la gran mesa, coge un vaso grande de cristal y parece buscar algo. De pronto, se vuelve hacia ellos y los interrumpe de nuevo.

—Voy a la cocina a buscar agua. Aquí solo hay vino.

Pocos minutos después, Cloe le está contando al padre de Toni sus problemas con la profesora de inglés. Clotilde y Julieta charlan sentadas junto a la bandeja de embutidos, quejándose de los nuevos vecinos, unos estudiantes extranjeros que celebran ruidosas fiestas los jueves por la noche. Alonso consulta el móvil, arrellanado en el enorme orejero de piel cuarteada, frente al ventanal con vistas a la jacaranda del jardín.

Eduardo contempla la estampa navideña, colorida y antigua, tan parecida a otra de muchos años antes, aunque con los protagonistas envejecidos y nuevos personajes. Siente una punzada de añoranza en el centro del pecho y piensa que es el corazón; no el que bombea sangre, sino el otro, ese que no tiene forma, ni color, ni textura, ese que deambula alrededor de nuestra alma tiñéndola de emociones. Sale de la sala y se detiene al pie de la escalera; levanta la vista y la clava en el cuadro. La mayoría de las personas ocultan en su interior una habitación cerrada; Eduardo no. Él es una enorme casa llena de ternura, de abrazos, de añoranza, de una nostalgia que no se ancla en la tristeza, sino en la dicha que vivió, que se recrea en la felicidad del presente sin olvidar a los fantasmas, a los que también acoge y que le habitan. Echa de menos a sus amigos. A Melania. A Sebastián. A todo ese amor que se daba sin pedir nada a cambio.

26

Zaragoza, 5 de enero de 2019

—Basta ya de piropos... —suelta Gabriela hablando con Toni.

Ve imágenes difusas, como fotografías en papel de revelado químico que han estado expuestas durante años a la luz del sol. Hay gestos que no se han repetido, expresiones que no ha vuelto a contemplar. Hay un Eduardo que murió cuando su hermana mayor se tiró desde el mirador de la torre.

Nadie le enseñó nunca a reconocer sus sentimientos y esa carencia le ha hecho sentirse en ocasiones confusa. Quizá eso la haya vuelto más reservada desde niña, menos expresiva, más contenida. Gabriela siempre ha identificado sus emociones negativas con colores; su interior se tiñe de gris marengo, de azul nocturno, de marrón desvaído. A menudo, cuando era joven, creía escuchar una música triste que nadie más parecía oír; hace años que ya solo la arropa el silencio. Seguramente la vida va insensibilizando el alma; dicen que los niños pueden ver, que pueden rodearse de fantasmas, de hadas, de monstruos, de multitud de presencias que seguramente siguen allí aunque los adultos ya no puedan advertirlas. Hace tiempo que ella ya no ve ni escucha; solo actúa como comparsa en una obra de teatro.

Los últimos años de la vida de Melania, Gabriela solía vestir de claro, rosas discretos, verdes sutiles; era su forma de equilibrarse, de contrarrestar el color de su pecho en algunas ocasiones. Era un tono muy concreto que solo aparecía en *esos* momentos, un borgoña arterial que cualquiera hubiera asociado a los celos; pero no lo eran en realidad, pues Gabriela nunca se sintió amenazada. Se sintió incómoda, eso sí. Y absurda. Confiaba en su hermana y, desde luego, confiaba en su esposo. Sabía que Melania amaba a Sebastián más allá de lo imaginable; no en vano, desde que lo conoció, nunca volvió a intentar quitarse la vida hasta esa noche en que, finalmente, lo hizo. Gabriela sabía que era el amor lo que la había salvaguardado todos

esos años, si no de la locura, sí de la desesperación. También tenía la certeza de que Eduardo le era fiel y de que el cariño por Melania había sido siempre fraternal; su marido nunca ha sabido fingir, jamás. Sin embargo, a veces envidia todas las miradas que Eduardo enterró con ella bajo la lápida donde ya descansaba el pequeño ángel.

—¿Estás bien, abuela? —pregunta Toni cogiéndola del brazo—. Se te ve un poco acalorada.

Hacía tantos años de la muerte de su hermana mayor que ya había olvidado ese color. Hasta hoy.

—No, no te preocupes, estoy bien —responde Gabriela frunciendo ligeramente el ceño—. Voy un momento al servicio.

Sabe que ese es el motivo por el que nunca ha querido mucho a su sobrina. Porque le recuerda ese tono sangriento que la invadía cuando estaba con ellos, ya que de algún modo, posiblemente sin ellos quererlo, la excluían. Sabe que es terrible, pues tiene la certeza de que Melania la quería, la quería como quería a todos, como solo ella sabía querer, aunque nadie quisiera admitirlo, pues hacerlo hubiera sido demasiado doloroso: reconocer que la mejor de todas ellas era precisamente la que estaba rota.

—Vale —dice Toni acercándose a su abrigo que descansa sobre una silla—, yo voy al coche, que me acabo de dar cuenta de que me he dejado allí el móvil.

—¡Ay, hijo, pero qué despistado eres! —exclama su abuela riendo y propinándole un pequeño pellizco en el brazo derecho—. Algún día te olvidarás la cabeza...

La noche comienza a abrirse paso a zancadas, como si quisiera alcanzar apresurada el amanecer. Aunque todavía no son las doce.

Cecilia ve salir a Gabriela, que desaparece por la derecha del corredor. Se fija en que cojea levemente, posiblemente debido a la artritis de la rodilla. Tuerce el gesto y se rasca la nariz. Qué absurda resulta la tiranía de la belleza; a pesar de su edad y del dolor al caminar, su hermana lleva tacones. Pura vanidad. Se pasa la mano por el cabello; todavía extraña la melena, como si esperara encontrarla allí. Toni rebusca en los bolsillos del abrigo, se lo pone y sale de la estancia. Sin duda, ese chico creció demasiado y en poco tiempo; siempre parece patoso y desmañado. Hace ya rato que Camila se ha ausentado.

—Pero ¿qué ocurre? —le pregunta a Eduardo—. Está

desapareciendo todo el mundo.

—Pues no sé, querida —contesta él distraído, casi sin mirarla, y continúa hablando con Alonso sobre niveles de colesterol y transaminasas.

Cecilia se siente ofendida y está a punto de insistir, pero finalmente desiste con un gesto desdeñoso y se acerca a la gran mesa. Tiene sed, últimamente el chocolate le sienta mal, y sin duda se ha excedido con los bombones. Coge un vaso y busca la jarra de agua. Está vacía.

—Voy a la cocina a buscar agua —le dice a Eduardo, que le hace un gesto con la mano—. Aquí solo hay vino.

Junto al gran árbol de Navidad, Jorge disfruta de un pedazo de pastel de manzana mientras parece prestar atención a Cloe. Asiente repetidamente mientras ella habla, pero Eduardo, que tan bien conoce a su hijo, sabe que en realidad está deseando acabar la conversación.

—Es una profesora inaguantable —está diciendo Cloe, gesticulando mucho con las manos—, y siempre califica a la baja. Bueno, siempre, no, claro. A quien quiere le baja la nota. A mí, de hecho. ¿Crees que es normal que siempre me redondee hacia abajo? Encima de que no explica nada de nada. Se limita a poner audios que nadie entiende, porque además el aparato que usa se oye fatal...

Eduardo se gira hacia Alonso, que se ha sentado en el enorme orejero de piel cuarteada de Sebastián; él lo tenía en la sala de estar, en la del búho en la pared, en la esquina más alejada del escritorio. Lo recuerda allí sentado, tan alto a pesar de los años, tan digno siempre, languideciendo en la melancolía; echa de menos las charlas con su amigo, las conversaciones pausadas, los silencios, sus eternas partidas de ajedrez. Camila ha cambiado algunas cosas de sitio, entre ellas ese sillón testigo de tantas veladas y que ha colocado junto el enorme ventanal del salón. Es comprensible, piensa él, las cosas no siempre pueden permanecer igual. La propia Camila hoy parece otra.

—No voy a comer nada más —dice—, estoy lleno. Me temo que esta noche no podré pegar ojo por culpa del estómago. ¡Los años no perdonan! Así que, ya puestos, voy a por un poco de cafeína. ¿Quieres un café, Alonso?

—No, gracias —responde su cuñado—. Creo que yo sí intentaré dormir por la noche.

Eduardo da una palmadita en el hombro a Alonso y se aproxima

a la mesa auxiliar junto a la chimenea. Es un mueble lacado en blanco, de formas redondeadas y un compartimento repleto de botellas de licor que la dueña de la casa no ha ofrecido. Lo abre y comprueba que todas están precintadas. El servicio de café está dispuesto encima de la mesa, en una bandeja extraíble, junto a un termo de acero inoxidable y una pequeña jarra de leche tibia. Toma una de las tazas de porcelana blanca y la llena del líquido humeante.

Mientras bebe a pequeños sorbos se acerca a la mesa, junto a la que se han sentado Julieta y Clotilde. Ambas charlan animadamente, su nuera con las piernas cruzadas, su cuñada algo encogida y con las manos deformadas encima de las rodillas.

—Son agotadores, de verdad —cuenta Clotilde con gesto cansado—. Cuando Esteban, ya sabes, el del tercero derecha, nos dijo que iban a alquilar el piso ya me disgusté. Nunca sabes quién va a entrar, ¿verdad? Al enterarnos de que serían tres estudiantes, me temí lo peor. Ya ves, no me equivoqué.

—¿Pero de dónde son? —pregunta Julieta fingiendo interés.

—Franceses, creo. —Mueve la cabeza y cierra los ojos—. Y mira que al principio me parecieron muy educados, unos chicos muy agradables. La primera vez que me los encontré en el ascensor yo venía de comprar y me ayudaron con las bolsas.

—Normal.

—Sí —continúa—, pero los hijos del de la puerta de al lado nunca lo han hecho, y eso que me conocen desde pequeños. ¡Si hasta los cuidé alguna vez cuando eran bebés para hacerle un favor a su madre! Si los vieras ahora... Unas pintas, y siempre con esos cascos enormes puestos. Apenas te saludan.

—La juventud, hija, ya sabes...

—Eso es la educación, querida... Pero bueno, lo que te comentaba —prosigue—, estos muchachos lo que ocurre es que montan unas fiestas los jueves por la noche que no te puedes hacer una idea. La música a tope hasta las tantas.

—Pues llamad a la Policía —sugiere Julieta.

Eduardo deja la taza sobre la mesa y se dirige a la entrada con las manos en los bolsillos. Tiene algo de calor y le apetece muchísimo fumar en pipa. Ojalá la hubiera traído, aunque hubiese tenido que salir al jardín; Camila no tolera el humo, esa es una de las pocas cosas que sabe de su sobrina.

El recibidor está iluminado y el tictac del reloj de pared resuena vibrante y acompasado como el latido del corazón de la casa. Las escaleras se pierden en la oscuridad, aunque los apliques están encendidos. El cuadro se muestra majestuoso e hipnotizante, como si la villa se materializara en esa mujer de rostro impasible y perfecto, de cabello impenetrable. Eduardo coloca la mano derecha en el pasamanos y el pie derecho en el primer escalón, que cruje ligeramente como un lamento lejano. Levanta la cabeza y su mirada se encuentra con la de Melania; cree vislumbrar un brillo extraño en las pupilas, como un destello y un aviso.

27

Zaragoza, 5 de enero de 2019

Por fin ha llegado la noche de la celebración, la víspera del Día de Reyes. En el salón presidido por un inmenso y luminoso árbol de Navidad, una cena bufé cubre la gran mesa central, mientras los invitados disfrutan de la comida, del champán y del vino.

Esta noche faroles y velas aromáticas iluminan diferentes puntos del jardín, y figuras de ángeles blancos cuelgan de los árboles y se asoman entre los parterres. Y allí, entre la espesura, una sombra se mueve con cuidado, tratando de no quebrar ninguna rama, de no dejarse ver desde el interior. Tiritando.

—Mamá, es normal que no te haya invitado. No habría tenido ningún sentido que lo hubiera hecho —dijo Cloe un par de días antes de la fiesta de su hermana, mientras decidía qué se pondría para el evento.

Paloma sentía hervir la cólera dentro de ella y se presionaba los costados con ambas manos como si quisiera contenerla.

—¿Cómo que no? —gritó, y sintió que parte de esa ira se escapaba por su boca proporcionándole un consuelo momentáneo, para regresar al instante duplicada en su interior—. ¡Soy *tu* madre! ¡Y esa casa también es tuya!

—Claro, mamá, claro —replicó Cloe, intentando resultar conciliadora—, pero no se trata de eso. Es Camila la que celebra una fiesta, independientemente de que sea en nuestra casa. Y reconoce que hubiera sido hasta raro que te invitara.

Paloma soltó un suspiro y se acercó a la ventana. El cielo de Madrid estaba cubierto de nubes negras y el viento soplaba fuerte, zarandeando a los viandantes que se aferraban a sus abrigos.

—Va a estar todo el mundo menos yo.

Cloe puso los ojos en blanco, pero su madre estaba tan ofuscada

por la pretendida humillación que no se dio cuenta.

—Mira, mamá, no ves a Camila desde hace... ¿cuánto? ¿Tres años? En todo ese tiempo siempre la has evitado. ¿Has hablado alguna vez por teléfono con ella, acaso?

—¿Me ha llamado, *acaso*? —preguntó Paloma con una voz aguda e irritante, marcando mucho la última palabra.

—Pues no —contestó Cloe poniendo un gesto desagradable—. Pero te recuerdo que fuiste *tú* la que le dijiste que no querías saber nada más de ella. Y el día que enterramos a papá, nada menos.

Paloma sintió que todos sus órganos internos hervían en una rabia sucia, al tiempo que la desesperación le oprimía la cabeza. Sí, lo recordaba. Y se arrepentía, pero al mismo tiempo se reafirmaba en su postura, y al instante hubiera querido verla para odiarla más todavía. El vaivén de emociones le hizo sentir náuseas.

—Bueno, podía haberse tragado su orgullo y haberme invitado, aunque solo fuera por ti.

Cloe la miró sorprendida.

—Yo no estoy enfadada. Hace tiempo que acepté que jamás estaría junto a mi madre y mi hermana a la vez. Bueno —sonrió, acariciando la cara de su madre con cariño; ella le dio un pequeño manotazo—, quizá el día de mi boda, ¿no?

—Para eso primero tendrías que encontrar a alguien que quisiera casarse contigo, y no veo yo que tengas un montón de admiradores haciendo fila precisamente.

Cloe suspiró y miró a su madre con una mezcla de tristeza y desprecio.

—Tú siempre tan encantadora, mamá.

—Lo que quería decir —prosiguió Paloma ignorando el malestar de su hija— es que si yo también hubiera sido invitada a esa fiesta, podría haberte llevado en coche. De este modo, tienes que irte en tren.

—Pero con el AVE no hay ningún problema. Es incluso mejor que ir en coche.

—Que sí, que sí. Por supuesto —continuó Paloma refunfuñando, mientras salía de la habitación—. Al final resultará que te ha hecho un favor no invitando a tu madre.

Al día siguiente por la tarde, el viernes anterior a la fiesta, Cloe cogió un tren, se puso los cascos y se dispuso a escuchar la música de One Direction, Shawn Mendes y Ed Sheeran durante el recorrido. Se

sentía feliz. La Navidad era su época favorita, y la Navidad en Zaragoza era todavía mejor. Tendrían tiempo de disfrutar en la plaza del Pilar del mercadillo navideño con sus casetas de madera, el taller de Papá Noel, el tiovivo veneciano, la pista de hielo cerca de la fuente de la Hispanidad y los trineos neumáticos en la fuente de Goya; quizá a Camila le apeteciera patinar con ella. No quería perderse la visita al tradicional belén gigante ni una buena docena de churros. Su hermana le había confirmado que la recogería en la estación, luego irían a Villa Melania a dejar la maleta, y de allí saldrían por Zaragoza engalanada de Navidad. Aún tendría todo el día del sábado, aunque Camila le había dicho que no contara con ella porque tenía que preparar la fiesta de la noche. A pesar de la insistencia de Cloe en ayudarla, su hermana se había mostrado inflexible.

—Ni hablar —le había dicho—. Tú tienes que disfrutar del día. Queda con las amigas que conservas en Zaragoza, vete de compras, come con Toni... Yo me ocupo de todo.

Así que ya lo tenía todo programado. Café con unas antiguas compañeras del colegio, paseo y compras por la mañana, comida con Toni en algún bar del Tubo y tarde de descanso hasta la fiesta. Cloe sonrió alegre.

Hace frío y a Paloma le duele el estómago. Es una sensación sorda y desagradable, como si se hubiera tragado la cabeza de un martillo o un panel de abejas muertas. Intenta no acercarse a los farolillos y se cuela entre los arbustos. De pronto, algo le golpea el rostro, aunque más que un golpe es una caricia, algo ligero, alado; lo aparta bruscamente. Un ángel de Navidad. Sin querer, pisa una hilera de caléndulas, que quedan aplastadas bajo su peso; sabe que se trata de esas flores naranjas, aunque no pueda advertir su color. Más allá de la jacaranda se pueden ver los ventanales iluminados y personas vestidas de fiesta moviéndose de un lado a otro y brindando; juraría que oye la música, algo de jazz, tal vez villancicos. Pero no es cierto. Desde allí fuera, desde la oscuridad, entre los árboles y los setos, cerca del torreón, solo los sonidos de la noche perturban el silencio.

Cuando ayer Cloe abandonó su hogar para dirigirse a la estación —«¿No vas a acompañarme?». Silencio. «¿Mamá?». «Por supuesto que no»—, Paloma se quedó sentada en el viejo sofá de la sala de estar,

frente al pequeño aparato de televisión encendido. Echaban un programa de debate, donde una mujer grande y desagradable le gritaba a un tipo que se miraba las uñas como si no la escuchara. Permaneció allí un par de horas, mirando la pantalla con el volumen tan bajo que apenas era audible. De pronto se levantó y se preparó para acostarse. Todavía era muy, muy temprano, pero ella solo quería dormir. Cuando Cloe la llamó para decirle que ya estaba en Zaragoza, ella no respondió al teléfono. Su hija volvió a llamar. Dejó un mensaje en el contestador.

Hoy por la mañana se ha quedado en la cama hasta casi la hora de comer. Ha dormido mal, el sueño se ha confundido con una vigilia plagada de pesadillas, pero se ha resistido a levantar las persianas y comenzar un día que no quería encarar. Finalmente se ha vestido, ha ventilado la habitación y ha comido algo delante de la televisión. No ha sido hasta casi las siete de la tarde cuando ha tomado la decisión. Ha sido un impulso, una de esas pulsiones vitales que de vez en cuando desafían lo planeado para imponerse a la cotidianidad. Se ha dirigido precipitadamente a su dormitorio, se ha vestido —pantalón negro, blusa blanca con un jersey gris encima, abrigo de piel vuelta oscuro y botines planos— y se ha maquillado ligeramente. Se ha pintado los ojos con sombras azules, pero luego ha observado su imagen en el espejo y no se ha reconocido; con un algodón se ha limpiado los párpados. Después ha comprobado que llevaba en el bolso la cartera, las llaves y las gafas que utiliza para conducir debido a su leve miopía, y ha preparado un pequeño neceser de viaje. Ha dudado. ¿Debería reservar en un hotel? Desde luego, su llegada sería una sorpresa para todos, desagradable para la anfitriona, sin duda, pero eso no la preocupaba. Pero, claro, ¿dónde pasaría la noche? No creía que Camila la acogiera de buen grado y le ofreciera una habitación. Quizá Gabriela... Ella siempre era tan correcta que seguro que tendría a bien... ¡Pero no! Ella no necesitaba suplicar la hospitalidad de nadie. Se iría a un hotel, podía pagarlo. ¿Por qué no? Por otra parte, si hacía una reserva parecería que lo había planeado todo; pero si no la hacía, puede que no tuviera dónde dormir. Desde luego, a esas horas no. Bueno, si era necesario, cogería el coche y volvería a Madrid, aunque fuera de madrugada.

Y ahora, allí, entre la espesura, Paloma se mueve con cuidado, como una sombra, tratando de no quebrar ninguna rama, de no

dejarse ver desde el interior. Tiritando. Inmóvil, levanta la cabeza, fija su atención en el mirador de la torre y le parece advertir que la puerta está abierta. No está segura. Algo sobrevuela la oscuridad cuajada de ramas. Un murciélago, quizá. El dolor de estómago se vuelve más intenso. Es una noche fría, embrujada, la noche de todas las noches abriéndose paso entre el titilar de las velas y las mentiras que se les cuentan a los niños.

La rabia se licua en su garganta. Duda. Da la vuelta. Se encamina de nuevo hacia la fachada principal de la casa, se acerca con cuidado y mira por la ventana. Todos sonríen, todos conversan, todos beben, comen; todos tan elegantes, tan estupendos.

Ahora se arrepiente de no tener un plan, y eso que se ha pasado el viaje imaginando el momento de su llegada a la fiesta. Sin embargo, no sabe qué hacer. ¿Debería llamar al timbre sin más y aparecer en la puerta con una sonrisa, diciendo algo así como «ya me disculparéis, llego un poco tarde»? Se siente ridícula y nerviosa, pero ha conducido casi cuatro horas de noche, en invierno, para estar allí. Paloma está ahora junto a la escoba de la bruja y piensa que quizá pueda echar un vistazo desde dentro sin que la vean y luego hacer una entrada triunfal. Tiene tanto frío que le cuesta pensar con claridad, de modo que introduce la mano entre las ramas agostadas y pulsa el mecanismo de apertura.

El pasadizo es estrecho, con olor a humedad y a algo ácido que Paloma no puede reconocer; tan solo unos metros entre paredes de piedra y suelo de cemento. En seguida se topa con el fondo del armario de la cocina; el mecanismo ha funcionado, y empuja el panel que se abre sin hacer ruido. En cambio, está a punto de tirar un escobón y un recogedor; tiene los reflejos suficientes como para cogerlos al vuelo y evitar que golpeen el suelo o las paredes, eso la hubiera delatado. Por debajo de la puerta del armario ve una franja de luz y teme el movimiento que pueda haber en la cocina. Aguanta la respiración e intenta escuchar, pero tan solo oye el sonido precipitado de su corazón latiendo con fuerza. Empuja suavemente la puerta y observa el interior. Por suerte no hay nadie, aunque la luz está encendida. La cocina es inmensa, no la recordaba tan grande. Es normal que sea espaciosa, se dice, posiblemente fuera necesario en el pasado, cuando la cocinera y el servicio se movían en ella para cumplir con sus quehaceres. Junto a la fregadera se apilan platos y

algún vaso, y el cubo de la basura, grande y abierto, está desbordado de envases vacíos de comida, algunos todavía llenos de líquidos aceitosos. Encima de la mesa hay dispuestas cuatro tartas diferentes, junto a varias botellas de vino blanco y champaña, servilletas de papel y algunas cajas de bombones. A lo lejos se escucha una suave melodía navideña.

Paloma se sobresalta al sentir que algo le golpea ligeramente la cabeza; es una cesta desbordada de caléndulas secas que cuelga de una gruesa viga salediza. Se recompone y en ese momento le parece oír un portazo, como si se hubiera cerrado la puerta principal al salir o entrar alguien. Se asoma con cautela al pasillo. Todas las luces del piso inferior están encendidas. Avanza unos metros con cuidado, tratando de no hacer ruido. ¿Y si alguien sale de repente del salón y la encuentra allí, en el corredor, como un ladrón que se hubiera colado a hurtadillas en la casa? Al pasar junto a la puerta cerrada del baño de la planta baja, un sonido le produce un sobresalto. Es la cisterna del váter. Sin duda hay alguien utilizando el servicio, así que se apresura, corre hacia las escaleras y las sube rápidamente para no ser vista desde el salón.

Una vez arriba se apoya en la barandilla. Ahora sí que debe hacer acto de presencia. O marcharse. Algo tiene que hacer. Qué vergüenza, Dios mío. Se gira hacia la oscuridad y se tapa la cara con las manos; siente la piel caliente y húmeda al mismo tiempo.

De pronto oye un sonido quejumbroso, como una tabla de madera al crujir bajo el peso de una pisada. Se asoma con cuidado y ve a alguien a los pies de la escalera. Le parece Eduardo, aunque desde donde está no lo puede ver muy bien. Tiene apoyada la mano derecha en la barandilla y ha puesto un pie en el primer escalón. Paloma se echa atrás. ¿Y si sube?

Pero no. Cuando faltan tan apenas diecisiete minutos para la medianoche, se oye un grito que proviene del salón. Es Cloe. Ha visto caer algo mientras miraba por la ventana, un bulto oscuro, una espesura y, de pronto, se ha oído un golpe. Seco. Sordo. Eduardo se abalanza hacia la puerta de entrada y, tras él, Paloma ve salir a varias personas del salón, corriendo, con cara de espanto, Clotilde tapándose la boca con la mano, Gabriela precipitándose desde el baño hacia el jardín. Paloma duda un segundo, no sabe qué hacer, no sabe qué ha pasado, comienza a oír gritos en el exterior. De manera instintiva da

unos pasos hacia atrás hasta tocar con la espalda la puerta de un dormitorio, la abre y se oculta en la penumbra. El pulso golpea como un diapasón de hierro. Es en ese momento, justo a punto de volver a salir, cuando siente una especie de ráfaga, un movimiento veloz y silencioso que casi la roza, que le eriza la piel; ve a alguien bajar las escaleras sin encender la luz, rápido, y, al llegar a la entrada iluminada, salir al exterior.

Paloma respira agitada, coloca las dos manos en el pecho y se acuna ligeramente. Debe salir de allí. Se descalza y, con los botines en la mano, se precipita escaleras abajo todo lo deprisa que puede. Teme caer rodando por los peldaños, pero consigue mantener el equilibrio y llegar a la cocina. La luz sigue encendida. Alguien ha entrado en casa y está hablando a gritos. Es la voz de un hombre, parece que ha comunicado con Emergencias; una voz femenina lo apremia con tono histérico. Paloma no quiere ver ni oír nada más. Se calza mientras siente la respiración desbocada que le atenaza la garganta. *Ahora* sí que no la pueden encontrar allí. Abre la puerta del armario y, desde dentro, la cierra de nuevo, empuja el fondo y se adentra en el pasadizo. Lo atraviesa corriendo y, cuando está a punto de llegar al final, se resbala y cae. El golpe casi la hace gritar, pero reprime el lamento, se levanta y continúa corriendo.

Cuando sale al exterior, camina agachada entre los arbustos hasta llegar a la puerta trasera del muro, esa tan fácil de saltar por la que ha accedido hace apenas media hora. A lo lejos se oye una sirena. Ella no se gira, no mira hacia la parte iluminada del jardín, no ve el bulto oscuro en el suelo ni las personas congregadas a su alrededor que gritan, lloran, se quiebran, se abrazan, caminan en círculos hablando por el teléfono móvil. Ella solo sigue corriendo hasta llegar a su coche, aparcado una calle más abajo.

Una vez dentro, deja caer la cabeza hacia atrás e intenta recuperar la calma. Inspira y expira, tratando de ralentizar el proceso y de dejar de temblar. Nota las mejillas arreboladas y calientes, pero tiene tanto frío que se cierra el abrigo y enciende la calefacción. A los pocos minutos se siente un poco mejor y es capaz de pensar.

No sabe qué ha pasado. Solo ha oído un golpe en el jardín. Cloe ha gritado y todos han salido fuera montando un gran escándalo. Llantos, llamadas, una sirena. Quizá un animal. Un gato que haya caído del tejado. Quizá Camila tuviera uno de esos animales en casa.

O un pájaro. Un pájaro grande tendría que ser. No, no llamarían a Emergencias por un animal. No sabe lo que ha sucedido, pero es algo malo, sin duda. Y grave. Lo suficientemente grave para que nadie sepa que ella estuvo allí.

28

Zaragoza, 8 de febrero de 2020

Cuando Lucas le propuso dar un paseo el sábado por la mañana, a Cloe le pareció lo más natural del mundo. Poco a poco, entre aromas de cruasán y crema pastelera, sonrisas cómplices y esa singular serenidad, él se había instalado en su vida, como un huésped acomodado en el dormitorio de invitados al que no quieres dejar marchar.

—¿Pero no tienes que trabajar? ¿Qué hay de la comida?

—Se encarga Hugo. Han alquilado el restaurante para una celebración familiar, unas bodas de oro, creo. Pero en realidad no son muchos comensales. El jefe está tan contento conmigo que me da la mañana libre.

—¡Vaya, eso es estupendo! Pues quedamos si quieres, claro.

—No tienes miedo a las alturas, ¿verdad? —preguntó antes de colgar, después de más de media hora hablando por teléfono.

—No —contestó ella frunciendo un poco el ceño—, ¡creo, vamos! ¿Por qué me lo preguntas?

—Ya lo verás. Tengo un plan.

Cloe sonrió y sintió un pequeño aleteo en el estómago. Estaba sentada en el sillón del cuarto del búho, con las piernas cruzadas y los pies enfundados en unos calcetines gruesos de algodón. La iluminación del jardín se había encendido y, a través de la ventana, podía distinguir las sombras de la noche allí dentro, resguardadas por los muros que la protegían de la vida en la ciudad.

—De acuerdo. ¿A qué hora quedamos?

—¿Te paso a recoger a las once?

—Vale, estupendo. Mañana comeré con mis abuelos y mis tíos, así que tendré que estar allí sobre la una y media para echar una mano.

Un breve silencio queda alojado en la línea, levemente acunado

por las ondas.

—En ese caso, si te parece bien, te paso a buscar a las diez.

—¿Por qué? —rio abiertamente—. ¿Qué estás tramando?

—¡Oh, nada! —exclamó él—. En serio, no es nada.

—¿Entonces? A ver, no es que sea una dormilona, pero, Lucas, es la una de la madrugada...

—En ese caso, no te preocupes. Quedamos a las once.

—¡No, no, en serio! Si prefieres que quedemos a las diez, pues a las diez. Solo te he preguntado por qué quieres quedar antes.

—Porque me parece poco. Porque quiero estar más tiempo contigo.

Cloe sintió que enrojecía y que el corazón se aceleraba de un modo inesperado. Era tan obvio, tan cursi. Tan hermoso.

—Bueno —ella podía percibir la turbación de Lucas a través de la línea—, es una tontería, es solo que...

—¿Qué?

—Que todo el tiempo me parece poco cuando estamos juntos.

Cloe se levantó y se acercó a la ventana. Sonreía y el cristal se empañó con su respiración.

—A mí también me gusta estar contigo.

Lucas se rio. No era una risa nerviosa, ni avergonzada; era una de sus risas, esas que llenaban de luz el momento volviéndolo todo más fácil.

—A mí no es que me guste estar contigo. Yo *quiero* estar contigo.

Cloe no rechistó. Sin embargo, ese «quiero» había quedado prendido de la manilla de la ventana, del cinturón de su bata azul, de cada rama que creía vislumbrar entre las sombras, del búho sabio de la pared, de la yedra del jardín.

—Buenas noches, entonces. ¡Me voy a la cama pitando! ¿Me traerás algo para desayunar?

—Desde luego que sí, prometido. Cloe... —titubea unos segundos —, estarás bien, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Por qué no iba a estarlo?

—Por supuesto —de nuevo la risa—, qué tonto soy. A veces olvido que eres una chica valiente.

—¿Por qué dices eso?

—Es una casa muy grande y estás sola.

Cloe miró por la ventana y después se encaminó al recibidor.

Como siempre, las luces de la entrada y de la escalera estaban encendidas; al fondo del corredor la puerta de la cocina permanecía cerrada.

—No querrás meterme miedo, ¿verdad?

—¡No, no! —se apresuró a contestar—. ¡Nada de eso! Y tampoco te estoy haciendo ninguna proposición indecente ni nada por el estilo; quiero decir... —De pronto estaba avergonzado, sin saber cómo continuar, y a Cloe le pareció gracioso—. Lo único... Lo único que quiero que sepas es que puedes llamarme a cualquier hora. Simplemente si oyes un ruido raro, o si estás asustada.

—¿Siempre duermes con el móvil encendido en la mesilla? —preguntó Cloe divertida—. ¿Tú sabes que eso no es bueno para la salud? Las ondas..., esas cosas, ya sabes.

—Ya, bueno... Nunca lo hacía, no tenía ningún motivo.

—¿Y ahora sí?

—Sí, ahora sí.

Media hora después, Cloe dormía envuelta entre sábanas y mantas de colores. Comenzó a soñar, pero de repente se despertó sobresaltada: alguien estaba llamando a la puerta de Villa Melania. Miró el reloj de la mesilla; era la una y media de la madrugada. No se asustó, aunque se puso en guardia; se levantó, se echó por encima la bata, se calzó las zapatillas y bajó despacio por las escaleras encendiendo las luces a su paso. Los timbrazos continuaban insistentes. En la pantalla del telefonillo divisó un rostro conocido, anguloso y delgado, un cuello largo y estrecho con una nuez pronunciada.

—Pero ¡qué demonios...! —maldijo Cloe mientras pulsaba el botón para que se abriera la verja.

Su primo corrió por el camino hasta llegar a la puerta principal. Estaba aterido por el frío de la noche y los ojos le brillaban febriles. Cloe jamás lo había visto tan alterado.

—¡Cloe! —exclamó abrazándola y cerrando la puerta tras de sí—. ¡Cloe! ¡Tenía que venir a contártelo! ¿Cómo no te lo iba a contar? ¡Tenías que ser la primera! ¡Cloe!

Ella frunció el ceño y se alejó algo de él. No olía a alcohol. Su excitación resultaba desconcertante. Cuando se desprendió del abrigo y la miró, Cloe descubrió de qué se trataba. Felicidad.

—Toni, ¿estás loco? —casi gritó ella—. ¡Son las tantas de la

noche! ¿Pero cómo vienes a mi casa a estas horas? ¿Se puede saber qué pasa?

—Bueno, Cloe, no exageres; hoy es viernes, lo que no es normal es que a tu edad estés ya en la cama un viernes por la noche, ¿no te parece? —dijo mientras se ponía el abrigo de nuevo—. ¡Madre mía, pero qué frío hace aquí!

—A ver —dijo Cloe pasándose la mano por la cara—, si tienes algo importante que contarme, vamos a la habitación del búho; allí he tenido encendido un radiador hasta hace poco y todavía estará caldeada. Y si no es importante —miró a su primo con cara de cabreo—, ¡te vas ahora mismo y me dejas dormir!

Una vez allí, Toni le cedió a ella el amplio sillón y él se acomodó en la silla del escritorio, frente a su prima, que lo miraba con cara de pocos amigos.

—Sí que se está mejor aquí, sí, tenías razón. Bueno —añadió con tono conciliador—, siento haberte despertado. La verdad es que no me había dado cuenta de la hora que era...

—Ya —refunfuñó Cloe.

—... pero tampoco es para tanto. No es como si tuvieras que madrugar mañana.

—Bueno, ¿qué pasa, Toni? A ver, sorpréndeme.

Él se levantó y comenzó a caminar por la sala. Daba zancadas tan largas que prácticamente andaba en círculos.

—Es algo importante. ¿No te lo imaginas?

Cloe negó con gesto de hastío.

—Ni idea.

—¡Cloe, Greta y yo esperamos un hijo!

El sueño que todavía atenazaba a Cloe se esfumó de inmediato.

—Pero ¿qué dices?

—¡Sí! —Él reía, se frotaba las manos, daba pequeños saltitos—. ¿No es increíble?

—Toni, eso es... genial. Aunque no me lo esperaba.

—Ya —dijo él—, te entiendo, te entiendo. Ha sido una sorpresa, ¿no? ¡Imagínate cuando lo cuente en casa! De todos modos —se sentó en la silla y su rostro se apaciguó—, ahora que lo dices, tampoco sé por qué estás tan asombrada. Greta y yo llevamos juntos más de cinco años.

—Sí, sí, claro. Pero sois muy jóvenes todavía. Aún tienes

veinticuatro...

—Por poco tiempo —interrumpió él sonriendo—, y Greta es dos años mayor, ya tiene veintiséis. Y además, ¿qué problema hay? Soy joven, sí, pero ya tengo un trabajo fijo, y eso es algo que hoy en día mucha gente de más edad no puede decir.

—¡Por supuesto! —exclamó ella sonriendo y acercándose a su primo para cogerle de las manos—. Estoy muy contenta por vosotros, en serio, no quiero que pienses que no es así.

—De todos modos, aún falta tiempo para que nazca el bebé.

—¡Qué bien! —Cloe lo abrazó y le dio un sonoro beso en la mejilla—. Un niño... o una niña. Me alegro muchísimo, Toni, enhorabuena, es un paso muy importante.

Él se quedó mirándola de un modo extraño. En silencio. La felicidad continuaba allí, anclada en sus pupilas, meciéndose en la acuosidad de sus ojos oscuros. Pero había algo más junto a ella, una especie de reflejo ondulado buceando entre algas.

—Imagino que tu sorpresa no se debe tanto a mi edad como a la relación que hemos tenido Greta y yo durante todo este tiempo, ¿me equivoco?

Cloe se sintió algo incómoda, pero sonrió.

—Bueno, yo la adoro, Toni. Y me consta que tus padres también. Pero eso de que lleváis más de cinco años juntos... Es un decir, ¿no? Supongo que te refieres a que la primera vez que tuviste algo con ella fue hace cinco años. Pero, vamos, dudo que alguien os considere una pareja estable. Tú eras el primero en decir hasta hace bien poco que no era nada serio. Puede ser que este último año sí hayáis estado mejor, que vuestra relación haya sido más formal, pero... Un hijo. ¿De veras?

Toni suspiró y la miró a los ojos.

—Hasta hace poco no me he dado cuenta de cuánto la quería. A veces confundes las cosas, ¿comprendes? Te obsesionas con ideas extravagantes, te obcecas... No sabes ver más allá. No sabes comprender la realidad. Ni siquiera tus propios sentimientos. Pero amo a Greta. La quiero. Es *ella*. No hay nadie más. Y pronto seremos tres.

Cloe volvió a abrazar a su primo. El abrazo fue cálido y firme.

—En ese caso, tienes mi bendición. Estoy muy contenta por vosotros, de veras.

Toni sonrió y se dirigió a la entrada.

—¿Quieres quedarte a dormir aquí? —le preguntó su prima—. Es tarde y tengo muchas habitaciones.

—No, gracias. Prefiero irme a casa.

Estaban en el recibidor, Cloe de espaldas a la escalera. Toni levantó algo la vista y la presencia acuática volvió a flotar en sus ojos.

—Camila era muy especial, Cloe. —Ella se volvió y miró a su vez el retrato—. Pero no te quedes en esta casa por ella.

—No lo hago —replicó asombrada—. ¿Por qué dices eso?

—Pensaba venderla. Pedirte permiso y venderla.

El gesto de sorpresa de Cloe fue inmediato y brusco.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo sabes eso?

Él se encogió de hombros.

—Me lo dijo.

Cloe se llevó la mano al pecho y ladeó la cabeza.

—Entonces... Entonces, ¿no ves que no tiene sentido lo del suicidio? ¡Si vas a suicidarte, no haces ese tipo de planes!

—Puede ser. —Toni se acercó a la puerta; de pronto parecía tener prisa por marcharse de la casa—. No te lo quise decir precisamente para que no le dieras vueltas, porque sabía que lo harías. Es raro, sí. Pero ella también lo era. Quién sabe lo que pasaba por su mente. Quién sabe si lo de la venta lo dijo por decir, si era un modo de despedirse... —Hizo un gesto con la mano y prosiguió—. En todo caso, las pruebas eran claras. La nota era irrefutable. No le des más vueltas.

La abrazó y Cloe levantó la cabeza hacia él mostrándole una sonrisa que aún navegaba en la duda.

—Mañana como con tus abuelos.

—¡Ah! —exclamó él riendo—. Pues guárdame el secreto y no les digas nada. Quiero ser yo el que suelte la bomba en la próxima reunión familiar.

Le guiñó un ojo y se volvió hacia el jardín oscurecido por la noche. Recorrió el camino de baldosines como si casi no pesara, ligero, rápido, como la sombra de un sueño del que despiertas recordándolo todo.

Cuando suena el timbre a la mañana siguiente, Cloe mira el reloj de pulsera y sonríe. Las diez en punto. Ni un minuto más ni un minuto

menos. No piensa decirle nada, pero mientras se peinaba hace un rato, ha visto desde la ventana de su dormitorio cómo Lucas daba vueltas alrededor de los muros del jardín. De hecho, lo ha visto pasar delante de la verja en tres ocasiones.

Trae una bolsa con cuatro enormes magdalenas esponjosas, su sonrisa de siempre y un cuello de camisa perfectamente planchado.

—¡Hola! —saluda Cloe. Le da dos besos en las mejillas y se apresura a quitarle la bolsa de las manos—. ¡Qué buena pinta! Pasa, ya está hecho el café.

Tras un rápido y sabroso desayuno salen a la calle y caminan charlando, como siempre; Lucas mirando hacia arriba, descubriéndole a Cloe hermosos altillos en edificios por los que ella había pasado cientos de veces, jardines en terrazas de áticos, pájaros posados en algún alféizar. Ella anda casi saltando encima de los adoquines, apartándose el cabello de los ojos, riendo constantemente por comentarios sin importancia.

—¿Dónde vamos? —le pregunta al pasar por la plaza Paraíso—. ¡Espera! ¿No te parece preciosa?

Cloe se refiere a la figura de la mujer dormida, la escultura que muestra el busto de una joven encima de un pedestal rectangular cubierto de hiedra; su encanto al reclinar la cabeza sobre el brazo desnudo, que parece emerger de entre las hojas verdes, es un contrapunto fascinante en el centro de la urbe apresurada.

—A Dani también le gustaba.

—¿Dani? —pregunta ella, fingiendo no saber a quién se refiere.

—Sí... —La mirada de Lucas se pierde un instante en el vacío y luego vuelve a Cloe—. Otro día te hablaré de él. Esa escultura —continúa señalándola— me recuerda un poco a ti.

—¿En serio? ¿En qué?

—No sé... Las dos sois guapas, y el gesto... Imagino que cuando te quedas dormida en el sillón de la sala del búho, con la cabeza apoyada en el brazo, tienes ese aspecto. Parecida a un hada.

Cloe sigue caminando en silencio con las manos en los bolsillos y Lucas apresura el paso para colocarse junto a ella.

—Últimamente estás un poco raro —dice ella mirando al suelo, en un tono algo más grave del habitual.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—No sé... Me dices unas cosas un poco... raras.

Lucas se rasca la cabeza y se sube las gafas, que se han deslizado ligeramente por el puente de la nariz.

—Lo siento. No quería molestarte.

—No —se apresura Cloe a contestar—, no lo haces. Es solo que, no sé..., me parece un poco extraño que me compares con un hada o que pienses en el aspecto que tengo cuando me quedo dormida en el sofá, eso es todo.

Lucas se sonroja y los cristales de sus gafas se empañan.

—¡Y bien! —exclama Cloe cambiando de tema—. ¿Dónde me llevas?

—Vamos al Pilar.

Una sombra de desilusión tiñe el rostro de Cloe.

—¡Oh! Genial. Pero esperaba algo de más...

—¿Altura? —pregunta él guiñándole el ojo—. Una vez me dijiste que nunca habías subido a la torre del Pilar y pensé que eso era algo que debíamos solucionar sin demora.

Ella ríe, y su risa es como cientos de cascabeles. Lucas sonríe y entorna levemente los párpados. Siempre ha querido rodearse de personas así, claras, luminosas, que ahuyentan las sombras.

Entran por la puerta que da a la Ribera del Ebro; el ascensor que los llevará a lo alto de la Basílica se ubica en la torre San Francisco de Borja. Una pareja con dos niños espera para comprar la entrada. «Los niños suben gratis, caballero», les dice un señor uniformado de amplio bigote a juego con su sonrisa.

—¿Preparada? —pregunta Lucas indicándole la puerta del elevador.

—¡Claro! ¡Esto es genial!

En veinte segundos ascienden sesenta y dos metros por el interior de la torre. Cuando se abren las puertas, suben dos tramos de escaleras hasta llegar a una zona de descanso desde la que parte una escalera de caracol.

—Aquí ya acaba el ladrillo —le explica Lucas—. ¿Ves esas aberturas? Para ascender por el interior del chapitel de plomo de la torre tenemos que hacerlo por aquí.

—¡Perfecto, pues vamos! —exclama Cloe mientras comienza a ascender por la escalera. De pronto, tropieza con un peldaño—. ¡Uy, anda que como me caiga!

—Tranquila. Yo te recogería.

Ella se gira y lo mira sin decir nada.

—Siempre he sentido fascinación por los corredores —dice al fin—, por los lugares con diferentes alturas y, sobre todo, por las escaleras de caracol. ¿Eso lo sabías?

—No. Pero ahora lo sé. Seguro que tiene que significar algo.

—¡Seguro! —ríe ella divertida al verlo pensativo.

—Quizá en algún recodo de la escalera esté tu habitación secreta.

Ella lo mira de nuevo en silencio. No hay nadie más allí. La pareja y los niños ya han subido y se escuchan a lo lejos los gritos de los pequeños.

—Yo no tengo ninguna habitación secreta.

Él sonríe y calla.

—¿Y tú? —pregunta ella.

Lucas se mira los pies y se balancea levemente agarrado a la barandilla.

—Creo que sí. Aunque quizá no es necesario que sea secreta para todo el mundo.

—¿A mí me dejarías entrar?

En ese momento la pareja y los dos niños bajan las escaleras y ellos se hacen a un lado para permitirles pasar.

—Venga, Cloe. Un poco más y tendremos Zaragoza para nosotros solos.

La vista es espléndida. A pesar de que el mirador está cerrado en parte con unos vidrios para proteger del frío y el viento, hoy el cierzo sopla con fuerza y revuelve los cabellos de Cloe, que parecen querer sobrevolar la ciudad, elevándose sobre los tejados.

—¡Qué maravilla!

Desde lo alto de las cubiertas y las once cúpulas multicolores de la basílica pueden observar el Ebro a sus pies, atravesado por sus catorce puentes; la silueta del Moncayo al oeste; la plaza de las Catedrales, las murallas romanas, el Mercado Central y la torre de San Pablo; los edificios construidos con motivo de la Expo 2008 en la lejanía.

—¿Nos hacemos un selfi? —pregunta Cloe.

—Claro. ¿Dónde quieres hacerlo?

Se colocan con la torre sudoeste a sus espaldas, juntan las cabezas y el cabello de Cloe se enreda sobre sus rostros; ella lo recoge con la mano derecha, mientras con la izquierda sostiene el móvil.

—¡Ya está! —exclama ella, mirando a su alrededor con el rostro iluminado—. Tenías razón, Lucas, es increíble. ¡Tenemos que subir todos los años, una vez al año al menos!

Él la mira en silencio, como si no existiera nadie más, nada más, ni siquiera los colores, ni el azul del cielo tocado del blanco algodonoso de las nubes, ni el parduzco de los edificios a los lejos, ni los verdes, amarillos, azules y blancos de las tejas vidriadas que cubren las cúpulas.

—Podríamos repetirlo cada 8 de febrero.

Ahora es ella quien lo mira, apartándose el cabello de los ojos, sintiendo un viento cálido y extraño en su interior, como si de pronto el vidrio que rodea el mirador los aislara de todo.

—Cloe…

Un beso le impide acabar la frase. Un beso húmedo y blando, que se prolonga mientras el viento acaricia un nuevo proyecto de felicidad.

29

Zaragoza, 8 de febrero de 2020

Cloe tiene llaves del piso de sus abuelos desde que su madre murió. Nunca ha reparado en la coincidencia que supuso la entrega de ese símbolo de confianza con la muerte de Paloma. Simplemente ahora, cuando va a verlos, entra sin esperar a que le abran, aunque sigue llamando antes, un breve timbrazo para avisar de su llegada.

Hoy se siente tan feliz que cree que se lo notarán. En algo. En los ojos, en la piel coloreada de las mejillas, en los labios. Sin embargo, todavía no quiere decir nada. Tal vez se lo cuente a Cecilia. O a Eduardo. Pero estando todos allí, prefiere esperar.

«Like a bridge over troubled water, I will lay me down...». Se oye la canción favorita de Eduardo, aunque a ella este tema de Simon y Garfunkel siempre le ha producido una profunda tristeza. No sabe si se trata de la música, de la letra, de la voz nostálgica del vocalista, o de ese episodio que un día su tío le contó sobre un amigo que se quitó la vida asfixiándose en su coche y en cuyo funeral sonó esta melodía. En cambio, le resulta sorprendente ver cómo él es capaz de disfrutarla sin caer en la melancolía. Ella, de mayor, quiere ser como Eduardo.

—¡Cuánto de bueno por aquí! —exclama él cuando la ve entrar en el salón—. ¡Guapísima, que estás guapísima!

Está fumando su pipa de pie junto a la ventana, vestido con un pantalón color canela y un jersey azul marino. Junto a él, Alonso lee el *Heraldo de Aragón*, sentado en su butaca beis.

—¿Qué tal, Cloe? —le pregunta a modo de saludo, mirándola por encima de las gafas de lectura—. ¿Todo bien, cariño?

Ella se acerca y los besa a ambos. Su abuelo dobla con cuidado las hojas para dejar la sección de pasatiempos del periódico a la vista y coge un bolígrafo de la mesita auxiliar.

—Anda, cuñado, siéntate a mi lado, que me vas a ayudar a resolver este crucigrama. Últimamente siempre hay alguna palabra

que se me atraganta, maldita senectud.

Eduardo se acomoda en la butaca de enfrente y mira a Cloe divertido, alzando mucho la ceja derecha, uno de sus gestos más característicos.

—Dudo mucho que tu abuelo me necesite utilizando esas palabrejas que usa, ¿no te parece? Pero, bueno, le daré apoyo moral, como un buen compañero de batallón.

Cloe se fija en que la mesa está puesta, perfectamente alineados los cubiertos, las copas de diferentes alturas, la panera ribeteada de puntilla. En el salón hay aroma a tabaco de pipa y a ambientador de manzana. Sin embargo, en la cocina huele a asado. Gabriela y Clotilde, ambas con delantales y zapatos de tacón bajo, se afanan preparando platos, cortando tacos de queso y pelando langostinos, mientras discuten sobre dónde comprar el mejor ternasco o si ya estarán hechas las patatas.

—¡Hola, hola! —saluda dándoles un abrazo y un beso a cada una—. He venido un poco antes para ayudar, pero ya veo que lo tenéis todo controlado.

—Desde luego, querida —contesta Gabriela sonriendo, con la barbilla algo alzada—, ya sabes que tu abuela es una maravillosa anfitriona.

A Cloe le parece extraña esa forma de hablar de su tía. Los cuatro están casi siempre juntos y, a cambio, ella nunca parece alejarse de los cánones más estrictos de protocolo. También se ha fijado últimamente en ese gesto nuevo, ese de levantar el mentón; cree que es para disimular la incipiente papada que la edad no le perdona.

—Comemos en cinco minutos, Cloe —le dice su abuela—. Estaba preocupada por si se pasaba un poco el asado; no había calculado bien el tiempo, pero como has llegado tan puntual, no habrá ningún problema. ¿Puedes decirles a los hombres que se vayan sentando?

—Pero falta la tía.

—Cecilia no viene a comer. No se encuentra muy bien.

Cloe se sienta en la silla de enea y frunce el ceño.

—¿En serio? ¡Vaya! ¿Qué le pasa? —pregunta Cloe con inquietud.

—¡Oh, nada grave, querida! —responde Gabriela mientras abre un bote de espárragos y los coloca con cuidado, perfectamente dispuestos, en una bandeja con florecillas azules—. Parece que está

algo resfriada. Es normal, con este tiempo.

—¿Pero se encuentra muy mal? —insiste Cloe.

—Le duele la cabeza, un poco de tos... —Clotilde rebusca en el cajón de los cubiertos la pala de servir—, nada importante.

Cloe se levanta y se apoya en el quicio de la puerta.

—Luego la llamaré —dice—. ¿Sabéis si tiene fiebre? El otro día ya tosía...

—¡No te preocupes tanto, niña! —exclama su abuela con cierto fastidio—. Es verdad que llevaba un tiempo tosiendo, pero no será nada. Cecilia está hecha un roble. No en vano es la más joven de todas...

—... y eso se nota, querida —continúa Gabriela—, vaya que si se nota. La edad no perdona.

—Y los achaques tampoco...

Continúan hablando de la hipertensión, los dolores lumbares, el reuma. De repente Clotilde se vuelve hacia su nieta con un gesto de impaciencia.

—¡Vamos, diles que a la mesa! Madre mía, estás en Babia...

—Claro, voy. Creo que el abuelo estaba haciendo un crucigrama.

Clotilde resopla y su hermana se ríe.

—Por supuesto —refunfuña—. Alonso y sus crucigramas. Pues hala, dile que lo deje para después, que ahora, a la mesa.

La comida transcurre entre conversaciones amables salpicadas de carcajadas comedidas. Anécdotas graciosas, batallitas de antaño, cotilleos inofensivos, todo fluye alrededor de esa mesa; miradas cómplices, pequeños gestos de cariño, sonrisas. Cuando llega el postre, una tarta de queso con mermelada de arándanos de un color intenso, Clotilde se dirige a los comensales demandando su atención.

—No es solo que esta tarta sea casera, que, por supuesto, lo es. Es que la mermelada —añade haciendo mucho hincapié— también lo es. No sabéis lo que me costó, pero creo que ha merecido la pena.

—Por supuesto, cariño —comenta Alonso, aunque sin prestar mucha atención. Sabe que dentro de un rato podrá volver a sus queridos crucigramas, y eso es lo que importa.

Tras una amena sobremesa en la que se tratan temas intrascendentes y la mente de Cloe se pierde en más de una ocasión recordando lo ocurrido en la torre y fabulando con la cita del día siguiente con Lucas, Clotilde se levanta y abandona el comedor. Su

hermana hace ademán de seguirla, pero Cloe le hace un gesto con la mano.

—No, no, tía, ya voy yo.

Mientras la conversación continúa en el salón, entre el humo de pipa y los solos de saxofón de Kenny G, en la cocina Clotilde mete los platos en el lavavajillas después de que su nieta haya limpiado los restos de comida. No hablan, simplemente se pasan los platos la una a la otra con calma, disfrutando de la cálida sensación de hogar. Después la abuela se pone el delantal que pende de una percha colocada detrás de la puerta, se coloca despacio los guantes, como si fuera una liturgia, y comienza a fregar las cacerolas y la sartén del horno con agua caliente. Cloe coge un paño de cocina del segundo cajón, donde sabe que su abuela los guarda; es un paño de algodón blanco con unas líneas amarillas y un gallo de cresta roja.

—¡Es uno de los que te trajimos de Oporto!

—Claro —contesta Clotilde sonriendo—, no pensarías que los iba a guardar sin utilizarlos. Las cosas hay que usarlas, hija, no te olvides de eso.

Cloe sonríe y coge una de las sartenes.

—Abuela —comienza con prudencia—, sé que no quieres hablar de esto, ya lo sé. Pero...

Siente que su abuela se tensa, aunque, sorprendentemente, no detecta rechazo, tan solo una leve contractura en la espalda.

—Ya sé lo que me vas a preguntar, Cloe. Otra vez Melania. Dios, esa bendita casa. Qué obsesión.

—No, no, no es eso, de verdad. Ya lo sé todo. —Clotilde se gira hacia ella con el ceño fruncido; un poco de agua con jabón cae al suelo desde sus guantes empapados—. Tía Cecilia me lo contó y el tío Eduardo me lo confirmó. Conozco toda la historia.

—¿Entonces?

Cloe, de pronto, ve a su abuela mucho más mayor. Detecta los años, todos juntos, despiadados.

—Nada, no... No quiero hacerte hablar de algo que no quieras. Da igual, déjalo, soy una pesada.

Clotilde se percata del pequeño charco de agua jabonosa en el suelo, junto a sus pies, y se gira hacia el fregadero. De espaldas a ella, su nieta se da cuenta de que se está quitando los guantes a pesar de que todavía quedan ollas por fregar. Luego se vuelve hacia ella y la

coge de las manos.

—Ven, Cloe, anda —le dice mientras la dirige hacia las dos sillas que están junto a la pequeña mesa blanca de la cocina—, siéntate, hija.

Cuando las dos están sentadas, una frente a la otra, Clotilde suspira y se pasa la mano por el pelo en un gesto de inconsciente coquetería.

—Es cierto que lo normal es que te lo hubiera contado yo. Es así, lo admito. Pero no quería hablar de eso. No sé qué te diría Cecilia del motivo por el cual no quise hablar de mi hermana mayor; me imagino cualquier cosa. Pero, en su cinismo, seguro que es incapaz de comprender por qué no quiero, no puedo, hablar de ella.

—Pues entonces déjalo...

—No, no. Tienes razón, hay temas de los que se debe hablar. Te acabo de decir que las cosas hay que usarlas, ¿no? Pues las historias también hay que contarlas. A veces parece que no recuerde a Melania porque no hablo de ella. Y no es así. La razón de mi silencio no es que guardara un secreto inconfesable, ni muchísimo menos. Todo fue una tragedia: su vida, sus crisis, lo del niño, su muerte. Pero mi familia no es especial por ello, no tenemos el monopolio de la desgracia. Y, por supuesto, tampoco fue por vergüenza. Nadie que conociera a Melania hubiera podido sentirse avergonzada de ella.

»Tampoco se trata de que yo sea una mujer frágil y no pueda soportar el dolor. Fue duro lo de mi hermana, por supuesto; pero ya había sufrido la pérdida prematura de mis padres. Y después sufrí la muerte de mi hijo —en ese momento los ojos se anegan y la mano derecha se clava en la rodilla de Cloe—, y como ese dolor no hay otro en el mundo. Después vino tu hermana... En fin.

»El caso es que a mí no me gusta hablar de Melania porque me siento tan culpable —las lágrimas afloran en sus ojos y de pronto es una anciana y una niña al mismo tiempo—, pero tan culpable, que el solo hecho de recordar esa historia me provoca un dolor mucho mayor que la pérdida. Sabes que soy orgullosa, Cloe. Lo soy. Una mujer orgullosa, segura de sus logros, contenta con lo mucho o poco que ha conseguido en la vida. Para ti, posiblemente poco. Para mí —mira a su alrededor, se mira las manos llenas de manchas donde brilla su anillo de casada, casi incrustado en el dedo anular—, mucho. Y además no me gusta mostrar mis debilidades, mis miedos, mis dudas. Ni siquiera

el cariño. Seguro que piensas que tu abuela es arisca, ¿verdad, hija? —Cloe niega con los ojos muy abiertos, y su abuela sonríe—. ¡Ya, claro! No te creo. Y tampoco te culpo. Es normal. Lo mismo pasó con Camila. No estoy segura de que ella llegara a saber que yo la quería —se encoge de hombros y el llanto se recrudece. Cloe no sabe qué hacer, se levanta y la abraza, pero su abuela la aparta; saca un pañuelo de algodón del bolsillo y se seca la nariz—, pero sí que la quería. Aunque es cierto que nunca se lo dije».

—Pero, a ver, abuela, ¿por qué te sientes culpable entonces?

Clotilde suspira y se recompone.

—Porque yo siempre dije que quería a Melania, pero no era verdad. Nunca la quise en realidad.

—¿No querías a tu hermana? —pregunta Cloe tratando de que no suene a acusación.

—No la quería tanto como debía —se encoge de hombros—. ¿Qué quieres que te diga? Es la verdad.

—Bueno, abuela, pero no debes culparte por eso. Melania estaba enferma, supongo que tuvisteis que ser testigos de sus males, quizá os asustaban sus reacciones, la gente... No sé. Es comprensible.

Clotilde niega con la cabeza. Sonríe.

—No dirías eso si la hubieras conocido. Melania estaba loca, pero, salvo por *eso*, era perfecta.

Cloe no puede evitar soltar una carcajada.

—¿Salvo por eso? ¡Por Dios, abuela!

—En serio, era una mujer fascinante.

—He oído ese adjetivo más de una vez asociado a ella.

—Pero es que es cierto. Jamás he conocido a otra mujer tan hermosa como ella y tan indiferente a su belleza. Por cierto —añade con cierto desdén—, imagino que tu tía Cecilia te habrá dicho que yo la envidiaba por ello.

—¿Y era verdad?

—¡Por supuesto que sí! —exclama riendo—. Yo y cualquiera. Pero no se trata de eso. Es que además era inteligente, sensible, generosa. Buena. Nos quería con todo su corazón. Y, sin embargo, yo nunca la quise de verdad. A mi hermana. ¿Crees de veras que no es motivo suficiente para sentirse culpable?

Cloe calla. Nunca ha oído a su abuela hablar de ese modo, tan sincero, tan profundo. Tan expuesto.

—Nunca lo he comentado con Gabriela, pero me juego lo que quieras a que a ella le pasa exactamente lo mismo. Aunque, claro, en su caso, quizá existan más razones.

—¿A qué te refieres?

—A Eduardo.

Cloe da un pequeño bote en la silla y se pone de pie. Una leve punzada en la sien izquierda le advierte de una posible migraña.

—¿Quieres decir que el tío Eduardo y Melania...?

Ahora es Clotilde la que se levanta y obliga a su nieta a sentarse de nuevo.

—¡No, por Dios! —exclama visiblemente escandalizada—. ¡Qué barbaridades insinúas, niña!

—Yo no he dicho nada, has sido tú...

—No —sostiene rotunda—. Eduardo adoraba a Melania, pero como a una hermana. Igual que quería a Sebastián. Lo que ocurre es que ellos estaban tan unidos... Imagino que para Gabriela todavía sería más duro no ser capaz de querer a su hermana cuando su marido la quería tanto.

—Por cierto, abuela, ¿Sebastián sabía de la enfermedad de Melania cuando se casó con ella? Quiero decir..., ¿lo sabía todo?

Clotilde tarda unos segundos en contestar. Durante ese breve instante de tiempo, su mirada se pierde en la espiral de los años, como en una ensoñación.

—Por supuesto. Lo sabía todo. —Mira a su nieta a los ojos y una mueca asoma en su boca—. ¿Te das cuenta? La quería tanto que se comprometió con ella ante Dios y ante los hombres para siempre. Y nosotras, sus propias hermanas, no fuimos capaces de quererla de verdad.

Cloe se levanta, se arrodilla junto a su abuela y le da un abrazo estrecho y largo. Después se echa un poco para atrás y le coge la cara con ambas manos.

—No te culpes. No debes sentirte culpable. Tú siempre te portaste bien con ella, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—¡Pues entonces! Nosotros no mandamos sobre nuestros sentimientos. Tú hubieras deseado quererla más, pero no podías. Punto. Ya está.

Clotilde sonríe y se pone en pie.

—Gracias, cariño. —Se dirige al fregadero y comienza a ponerse los guantes—. Eres un encanto.

—Además —prosigue Cloe mientras coge el paño de secar que ha dejado doblado en el respaldo de la silla—, tuvo a gente que la quiso mucho. Sebastián. Eduardo. Y Cecilia.

Clotilde se gira de golpe; el estropajo cae al suelo rodando hasta la puerta y deja tras de sí un reguero húmedo.

—¿Cecilia? —la voz algo más aguda de lo normal—. Gabriela y yo no quisimos a Melania como es debido, pero es que Cecilia la odia.

—¿Cómo que la odia? —pregunta Cloe sin poder ocultar su sorpresa; le extraña también el verbo en presente—. Me dijo que era su hermana preferida.

—Sí —afirma Clotilde asintiendo a su vez con la cabeza—, lo fue durante mucho tiempo. Cuando Melania murió, Cecilia solo tenía dieciséis años, y hasta entonces, efectivamente, la quiso mucho. Estaban muy unidas. Pero unos meses después de su muerte, Cecilia oyó una conversación que Gabriela y yo manteníamos en la cocina. Hizo preguntas... En fin, que al final se lo dijimos. Qué más daba ya, pensamos, si Melania estaba muerta. Pero nos equivocamos; hubiera sido mejor que no lo supiera nunca. A partir de ese momento, unos días después de haberla llorado desesperada, comenzó a odiarla de un modo casi irracional.

—Pero ¿por qué? ¿Qué fue lo que le dijisteis?

Clotilde se encoge de hombros y se acerca a la puerta. Recoge el estropajo, recupera su habitual frialdad y vuelve hacia el fregadero. Dando la espalda a su nieta, le contesta:

—La verdad. ¿Qué si no? Algo que ella, por lo que fuera, no recordaba; algo que su mente había borrado. Que fue Melania la que vertió aceite hirviendo en su cara cuando solo era una niña.

30

Zaragoza, 7 de marzo de 2020

Cecilia murió hace algo más de una semana, después de permanecer casi quince días en la Unidad de Cuidados Intensivos. Al final esa tos persistente resultó ser una neumonía que se complicó y no fue capaz de superar. Tenía setenta años.

Como sucede siempre con la muerte, nadie pudo acompañarla en ese trance. Se fue sola. Los que la perdieron tuvieron que bregar con su dolor, arropados por el insuficiente consuelo de una despedida triste, sabiendo que ella casi con certeza ya no los oía. Las más afectadas han sido sus hermanas y Cloe, sobre todo Cloe, que ha añadido otra herida a su ánimo maltrecho.

A pesar de ello, un sentimiento nuevo se abre paso entre los zurcidos del alma de Cloe, tantas veces remendada; a veces siente que una luz intensa baña recodos de su interior que antes estaban en penumbras. Durante estos últimos días Lucas ha permanecido junto a ella, le ha llevado bolsas de comida, le ha dejado notas escondidas en las habitaciones, le ha prodigado abrazos, besos y también silencios; Cloe jamás hubiera creído que el silencio pudiera albergar tantas palabras. Han pasado juntos todo el tiempo que han podido, se han hablado con dulzura y se han regalado abrazos estrechos; ella ha leído poesía con la cabeza acomodada en el regazo de Lucas, y se han besado mientras las galletas de mantequilla se horneaban en la cocina hasta quedar casi carbonizadas.

Villa Melania se ha convertido en el refugio de una Cloe triste pero valiente, una Cloe que sabe que va a recomponerse, que confía en que ya nunca se sentirá sola a pesar de las pérdidas. Recorre los corredores de la amplia mansión; trabaja en el ordenador mientras escucha los quejidos de la casa que ahora se le antojan bienvenidas; pasea por el jardín que va volviéndose más salvaje debido a que Víctor se ha cogido unas semanas de vacaciones; se sienta a leer junto a la

jacaranda abrigada con una manta cuando hace sol. Y a menudo sonríe porque, a pesar de todo, cree que, junto a Lucas, le espera un futuro lleno de luz.

Eduardo y Gabriela entran en el piso de Cecilia cogidos de la mano. Una vez dentro, él cierra la puerta y enciende la luz. Se dirigen al salón y ella sube la persiana y abre la ventana. El sol penetra a través de las cortinas como una ráfaga empolvada, bañando el ambiente. Ambos miran a su alrededor con gesto abatido.

—La más joven de las tres... —musita Gabriela.

Eduardo la abraza y suspira.

—Vamos, cariño, ánimo.

Clotilde se siente incapaz de visitar el piso de Cecilia. Toni y sus padres no han dicho nada. Cloe se ofreció, pero sus tíos le sugirieron que fuera más adelante, que ellos irían primero, simplemente a echar un vistazo. De todos modos, tardarán tiempo en vaciarlo. Hay que decidir qué se hace con todo y cómo repartirán lo que hay, si es que Cloe quiere hacerlo.

Cecilia otorgó testamento, por el cual se lo dejaba todo a su única sobrina. No ha sido una sorpresa para nadie, aunque a Cloe le desagradó el gesto que hizo su primo al saberlo, una especie de sonrisa irónica que ella no olvida. Sus abuelos le han propuesto que venda Villa Melania y se traslade a vivir al piso del Coso, céntrico, elegante, cómodo, mucho más apropiado para una joven. Sin embargo, ella se niega, aunque tampoco quiere desprenderse del inmueble que su querida tía le legó. Han decidido entre todos que la mejor opción será, de momento, alquilarlo. En cambio, Cloe no quiere dejar allí nada de Cecilia si en ese lugar van a vivir desconocidos.

Eduardo y Gabriela dedican unos minutos a abrir las ventanas de todas las habitaciones. Nadie ha vuelto a entrar allí desde que la ambulancia se llevó al hospital a una Cecilia fatigada y confusa. Huele a cerrado, a polvo, a tuberías. Ni rastro de ese aroma a flores antiguas que siempre impregnaba ese hogar, quizá porque ahora ya no es un hogar, sino solo un mausoleo de recuerdos que cobija plantas muertas, esculturas llenas de polvo, botes de crema sin cerrar, sábanas sucias y revueltas en la cama sin hacer. Al verlas, Gabriela se lleva la mano a la boca y cree desfallecer.

—¡Oh, Dios mío!

Eduardo la acompaña a la silla junto al tocador. Está cerca de la ventana, y la luz descubre una pátina blanca sobre la madera oscura. Una bata de seda azul con bordados de dragones en colores rojos y dorados reposa en el respaldo. Gabriela la aparta y se sienta.

—Pensamos que era un resfriado. ¡Se cuidaba tan poco últimamente! ¿Recuerdas? Siempre la reñíamos porque en pleno invierno iba con estas batas y descalza por la casa.

—Tenía calefacción, querida. No tuvo nada que ver con eso —dice poniendo la mano en el hombro de su esposa—. Son cosas que pasan. Un resfriado mal curado, o una gripe que se le complicó...

Eduardo quita las sábanas de la cama y las mete en una bolsa.

—¿Qué quieres hacer? ¿Las lavamos aquí? ¿Nos las llevamos a casa?

—Las tiraremos —afirma Gabriela sin tan siquiera mirarlo.

Eduardo asiente y sale del dormitorio. Gabriela lo oye trastear en la cocina, abrir armarios, tirar cosas, posiblemente comida caducada. Se mira en el espejo del tocador. Sabe que siempre ha sido guapa, aunque hace ya décadas que no se reconoce en ese reflejo. Rebusca en los cajones y encuentra algunos cosméticos, crema de manos, unas horquillas de pelo. En el cajón posterior descubre un pequeño cuaderno, con las tapas de color verde aguamarina y una flor de Edelweiss dibujada en el centro. Gabriela lo abre y aparece una caligrafía desconocida. No es la letra de su hermana; esta es mucho más proporcionada, más armónica. Sin embargo, frunce el ceño; está segura de haberla visto alguna vez.

«Nunca me han gustado los diarios. Jamás he escrito ninguno».

Gabriela comienza a leer y no se distrae hasta llegar a la última página; está rota, desgarrada, como si alguien hubiera arrancado el párrafo final. Gabriela pasa el dedo por los bordes desiguales.

—Eduardo...

Su voz se diluye como si le fallaran las fuerzas. Sabe de quién es esa letra. Sabe dónde la vio antes. No sabe por qué eso está aquí.

—¡Eduardo! —grita ahora.

Él aparece en la puerta. Lleva dos bolsas grandes de basura en las manos. Al ver la expresión de su esposa las deja en el suelo del pasillo y se acerca a ella.

Gabriela le tiende la libreta. Él le lanza una mirada interrogativa;

ella le hace un gesto con la cabeza para que la lea. Cuando termina, la deja encima del tocador y se sienta en la cama.

—Era de Camila.

Ambos se quedan callados, mirándose. Tras unos segundos en silencio, es Eduardo quien habla.

—Una especie de diario que escribió Camila. Esa chica era un misterio. Creo que ninguno de nosotros llegó a conocerla.

De nuevo el silencio. Agobiante, estridente, acusador.

—Eduardo...

—Sí, de acuerdo. —Él levanta las manos; la angustia se cuela en su tono de voz, agitando levemente su respiración—. Leí la nota de suicidio. Todos la leímos. Y la recuerdo perfectamente. ¡Como para olvidar esa noche! Una noche tan parecida a otra de hace muchos años. Y lo que me estás queriendo decir es que esa nota...

—Está arrancada de aquí, Eduardo. *No* era una nota de suicidio.

Él se lleva las manos a la cabeza.

—Vale. Pero ¿y si, simplemente, en lugar de escribirla, la arrancó de su propio cuaderno y la utilizó para despedirse?

—La libreta la tenía Cecilia. ¡La tenía Cecilia! —repite Gabriela con una determinación impropia en ella.

Ambos permanecen en silencio. La sospecha se ha alojado en sus gargantas y solo les permite respirar. Cuando se sienten algo mejor hablan largamente, tratando de encontrar la mejor solución, la más ética.

—Cecilia está muerta —concluye Eduardo—. Dejémoslo estar.

—No es justo —dice Gabriela—. Esa chica...

—Sí, pero quien creemos responsable... —no se atreve a decirlo— ya no está aquí, cariño. No puede pagarlo en este mundo. Ya estará respondiendo de ello en el de después.

—Pero su memoria —insiste Gabriela—, ¿no habría que restituir su memoria? ¡Ella no se suicidó! Y, además, sabes que Cloe siempre ha tenido dudas. La ayudaría a encontrar la paz saber que, efectivamente, Camila no quiso quitarse la vida. Que no la abandonó.

Eduardo da vueltas por el dormitorio para que la angustia no lo paralice.

—¿Le dará la paz saber que fue Cecilia, su adorada tía Cecilia, la que tal vez mató a su hermana? ¿Sin poder hablar con ella, sin poder preguntarle por qué? —Hace una breve pausa y luego continúa—.

¿Solo por lo que acabamos de descubrir? Dejemos que la verdad descanse en paz, Gabriela.

Finalmente resuelven no decidir, al menos de momento. Tampoco van a hablar, al menos de momento. Quien se asomara ahora a la habitación solo vería a dos ancianos abrazados, llorando.

El primer recuerdo de Cecilia fue el de un monstruo que la miraba desde detrás de una ventana. Era tan pequeña y se asustó tanto que se metió debajo de la cama. Se negó a salir de allí durante horas, hasta que una hermosa criatura de ojos nebulosos y cabellos larguísimos se acomodó junto ella bajo el somier y permaneció a su lado hasta que la convenció de que los monstruos no existían.

Tardó en entender que tan solo se trataba de su propio reflejo. Sin embargo, durante mucho tiempo pensó que su hermana mayor se equivocaba, que los monstruos sí existían, porque ella era una niña monstruo, aunque una buena, una de esas a los que los malos perseguían, golpeaban e insultaban. Poco a poco comenzó a comprender que también tenía un perfil bonito; puede que no fuera hermoso en realidad, pero al menos sí era normal; se afanaba por cubrir el otro con sus cabellos pelirrojos y jamás posaba de frente en las fotos.

Gracias a Melania su infancia no fue tan aterradora. Ella la miraba con una benevolencia tierna y afectuosa, le dedicaba tiempo, la peinaba, le compraba vestidos. Por eso Cecilia miraba con recelo a ese hombre mayor que se llevaba a su hermana por las tardes y la alejaba de ella. Cuando Melania y Sebastián se casaron, y una vez huérfanas las hermanas, Cecilia quiso vivir con la mayor; en cambio, no se lo permitieron. Ella sabía por qué. Ya la había visto hablar sola ante los espejos, golpearse, hacer cosas extrañas. No insistió, aunque siguió utilizando el cariño de Melania como talismán contra su deformidad. Ya adolescente, comenzó a envidiar el amor que su cuñado sentía por su esposa. Los observaba a veces desde el umbral de la puerta del salón, escondida detrás de algún arbusto del jardín en las reuniones familiares; tan entregado, tan generoso, tan profundamente enamorado. Ella lo veía sufrir. Advertía los cardenales en el cuello blanco de su hermana, esos verdugones violáceos que ella trataba de ocultar debajo de sus blusas claras; observaba cómo desaparecían los

espejos de la villa; era testigo de la angustia de Sebastián cuando Mel se ausentaba durante horas.

—Pobre, pobre y querido Sebastián.

Cecilia anhelaba encontrar a alguien como él, a alguien que la amara de esa forma. Si Sebastián era capaz de querer y cuidar a Melania, rota por dentro, cómo no iba alguien a hacerlo con ella, que solo tenía un perfil dañado.

La noche de la víspera de Reyes de 1966, Cecilia era feliz. Hasta que el ruido sordo del cuerpo de Melania al golpear el suelo le quebró al alma hasta hacerla enmudecer. Durante más de tres semanas no hizo otra cosa que llorar y dormir. Cuando tras el trágico suceso se miró al espejo, volvió a ver al monstruo que la observaba desde la ventana. Y ahora no era pequeño. No era desconocido. Era ella, que no tenía ya a nadie que la mirara como lo hacía Melania, la única que parecía no reparar en sus cicatrices.

Al poco tiempo, oyó por casualidad una conversación entre sus hermanas. Gabriela preparaba un guiso en la cocina y Clotilde troceaba zanahorias.

—No lo sé —decía Gabriela sin levantar la voz—, no sé qué será de ella. Está muy protegida, pero se está haciendo mayor. Ya es una mujer.

—No te preocupes tanto —soltó Clotilde en tono resuelto—. Es una chica espabilada. Lista. Y mucho más fuerte de lo que piensas. ¿No te has dado cuenta de cómo contesta, de cómo habla? Además, tiene talento. Su profesor dijo que podría dedicarse a algo relacionado con el arte.

Gabriela sacudió la cabeza con preocupación.

—No sé... También es muy fantasiosa.

Cecilia seguía escuchando junto a la puerta, apoyada en la pared, sin hacer ruido.

—Pobrecita... Tuvo mala suerte. Lo que le pasó... La cara... Le afectará de por vida. ¿No te has fijado en cómo la mira todo el mundo?

Durante unos segundos solo se oyó el sonido del cuchillo sobre la tabla y el bullir del agua en el fuego.

—Tienes razón. Ella se da cuenta. Lo sabe. Y es algo con lo que tendrá que lidiar siempre —dijo de pronto Clotilde—. Pero en cuanto supere la pérdida de Melania se recuperará.

Gabriela soltó un suspiro y comentó:

—Madre mía, si supiera que fue ella la que le hizo eso...

De pronto, un huracán rojizo entró por la puerta arrollándolo todo, tirando al suelo lo que hubiera encima de la mesa.

—¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho? —gritaba Cecilia—. ¿Qué has dicho?

Clotilde y Gabriela se miraron asustadas y confusas.

—Bueno, da igual, ya da igual... —musitó Clotilde—. Le dijimos a papá que nunca te lo contaríamos. Pero ¿qué importa ahora?

Tranquilizaron a su hermana pequeña, que hipaba e hiperventilaba, y la ayudaron a sentarse en una de las sillas cerca de la ventana. Gabriela tenía el pánico prendido en el rostro, como una máscara que lo cubría y le impedía hablar. Clotilde se dio cuenta, de modo que se arrodilló junto a la pequeña y, mirándola a los ojos, se lo contó.

Ella se había caído después de subirse a una silla para intentar alcanzar un juguete. Había comenzado a llorar, debido al dolor y al susto; no paraba de berrear. Los llantos de la pequeña se oían desde la cocina, donde estaba Melania mientras el servicio preparaba la cena. Su mirada cambió de pronto, cogió una sartén con aceite hirviendo que estaba en el fuego y, antes de que nadie pudiera impedírselo, vertió el contenido sobre el perfil derecho de la niña. Después, sencillamente, lo olvidó.

A partir del momento en el que lo supo, un hilo tupido envolvió el alma de Cecilia y siguió invadiendo todos sus órganos, ramificándose como un tejido enfermo que infestaba su organismo entero. Era odio. Y allí continuó, sin ningún lenitivo capaz de sanar sus heridas, cada vez más supurantes y dolorosas. Y ese odio fue a más cuando entendió que jamás encontraría el amor, ese amor que ella siempre había envidiado y deseado.

Muchas veces pensó que odiaba a sus padres por concebirla fea. Porque más allá de la cicatriz extensa de su perfil derecho sabía que lo era. Otras veces odiaba al resto de las mujeres, a todas las que tenían igual ambos lados del rostro, a aquellas hermosas, a aquellas que emanaban una luz con la que ella tan solo podía soñar. Y siempre odió a Melania.

Nunca nadie se dio cuenta, pero Cecilia mató a su hermana decenas de veces. En cada fotografía, en cada imagen que la hizo

famosa, Melania moría. Elegía a modelos que le recordaban a ella, con maravillosas cabelleras y pieles lechosas, ojos grandes y figuras cimbreantes, y las colocaba en lugares boscosos, en el centro de intrincados laberintos, junto a animales mitológicos. Nadie lo notó jamás. Pero en aquella en la que la modelo posaba bajo un árbol cuajado de estalactitas de hielo, una de ellas, la más afilada, pendía justamente sobre el rostro de la joven; en esa otra en la que un ciervo se acercaba a la muchacha vestida con una capa verde, la cornamenta parecía clavarse en el pecho expuesto y claro; en esa última en la que la hermosa sirena miraba hacia el infinito junto a un acantilado, la piedra donde se sentaba parecía desplazarse hacia el vacío. Eran pequeñas muertes. Pero lo eran, al fin y al cabo.

Cuando Camila creció, Cecilia sintió un latigazo en su interior, como si su herida pudiera desgarrarse aún más. Su parecido le producía escalofríos. La misma cara, el mismo cabello, la misma mirada de gasa y niebla, la misma voz cavernosa. Cecilia intentó apartarse de ella. Y fue fácil. Su sobrina no aparecía casi nunca en las reuniones familiares y, cuando tenía previsto hacerlo, ella se excusaba. Hasta que se mudó a Villa Melania.

Entonces Cecilia trató de desembarazarse del odio. Sabía que su sobrina no le había hecho nada. Se deshizo de casi todas sus fotografías, que salieron a subasta. Vagaba por su casa tratando de respirar profundamente para ir limpiando su ánimo. Y, paradojas del destino, Camila la convirtió en su confidente.

Le contó lo del diario de Sebastián, le preguntó por Melania. Ella le contó la historia completa, exceptuando el episodio del aceite. Camila le confesó su miedo a estancarse en la tristeza, su deseo de desembarazarse de esa semejanza con la difunta que la turbaba, sus planes de abandonar la casa y comenzar de nuevo. Incluso le dejó leer su diario, ese de tapas verde aguamarina con una flor de Edelweiss en el centro. Cecilia llegó a pensar que la quería.

La noche de la víspera de Reyes de 2019 todo era demasiado parecido al trágico suceso. Posiblemente Camila habría organizado la fiesta como homenaje antes de la despedida, pero Cecilia se sintió trastornada desde el momento en que entró en la casa. Por eso salió del salón a por agua, para serenarse y respirar. Sin embargo, oyó ruidos en el piso superior, pisadas en la tarima. Guiada por un impulso, subió hasta la habitación de la torre. Y la vio.

Allí estaba. Su figura hipnótica recortada en la noche, la espalda cubierta por esa manta impenetrable, el vestido oscuro, la cintura ceñida, la falda pesada. *Era* Melania. Esa que le había causado tanto dolor, tanta frustración. Esa a la que había matado tantas veces, tantas, en sus sueños. Y, de pronto, estaba allí, delante de ella. No lo pensó. Atravesó la habitación rápida, silenciosa, y le propinó un golpe fuerte y seco en la espalda.

A partir de allí, todo fue cuestión de minutos; su cerebro trabajó tan deprisa que ni tan siquiera tuvo tiempo de pensar. Vio el diario junto a la puerta del balcón al mismo tiempo que oía el golpe; conocía su contenido. Arrancó la parte final de la última página escrita, la dejó junto a la barandilla y se metió la libreta en el bolsillo; en ese momento le llegó el primer grito. Se apresuró a bajar las escaleras y se unió al grupo, en estado de *shock*.

Desde ese día Cecilia no pudo volver a dormir. El odio no había desaparecido, pero sí la esperanza de salvación. Soñaba tres o cuatro horas cada noche, dormía un par más ayudada por barbitúricos. Los remordimientos se unieron al resto de sus demonios; Cloe sufría y ella la quería. Intentó sobrellevar la situación y centrarse en su sobrina pequeña. Y parecía que lo estaba consiguiendo, refugiada en su cinismo y su presunta fortaleza, hasta ese día en el que Paloma se presentó en la puerta de su casa sin avisar, con el rostro desencajado.

Había atado cabos. Había entrado en Villa Melania aquella noche por la escoba de la bruja y se había escondido en una habitación del primer piso. Había visto a Cecilia bajar corriendo por las escaleras cuando los demás ya estaban saliendo al jardín alarmados por el ruido, después de que Camila se precipitara al vacío desde la habitación de lo alto de la torre. Y ella no quería ser cómplice de algo así. Había ido a avisarle de que pensaba acudir a la Policía.

Al principio Cecilia no reaccionó. Después le insistió para que se sentara; tomarían un café, le explicaría todo, le contaría lo que realmente había ocurrido. Paloma cedió, quizá porque en el fondo deseaba estar equivocada. Cecilia no sabía qué hacer, se sentía acorralada y confusa. Necesitaba tiempo. Por eso machacó unas cuantas pastillas de las que ella tomaba para dormir y mezcló el contenido en el café de Paloma. Le mintió, le dijo que solo había ido a ver el dormitorio de su hermana por nostalgia, se mostró escandalizada por el hecho de que pudiera sospechar semejante

aberración. No sabe si la convenció. Quizá sí. Quizá se sintiera adormecida y se fuera a casa, y al día siguiente viera las cosas de otro modo. Paloma movía la cabeza negando, abría mucho los ojos en un gesto de desesperación. Fuera como fuera, al rato de salir de casa de Cecilia las pastillas comenzaron a hacer efecto y, con los reflejos disminuidos, fue arrollada por el tranvía a pocos metros de donde estaba su hija.

A partir de entonces Cecilia quedó entumecida; el odio había desaparecido, la esperanza de salvación también. Ahora sí le tocaría convivir con el monstruo que la miraba cada día desde la ventana.

Las últimas imágenes que la acompañaron antes de fallecer, sedada y sola, fueron las de una hermosa criatura de cabellos fantásticos y ojos enormes que, acomodada junto a ella bajo la cama del hospital, le acariciaba el perfil derecho mientras le sonreía y con voz ronca le susurraba: «Tranquila, pequeña. Los monstruos no existen».

Agradecimientos

Estoy infinitamente agradecida a todas las personas que han hecho posible que mi manuscrito se convierta en esta novela.

Quiero expresar mi especial agradecimiento a mi agente, Justyna Rzewuska, por creer en mí, por su profesionalidad, su buen hacer y su simpatía.

A mi editora Rosa Pérez Alcalde le agradezco todo su apoyo, su cercanía y su entusiasmo por este proyecto, así como a todo el equipo de la editorial Espasa que ha colaborado en que mi historia llegue a los lectores.

A María Borri le agradezco muchísimo su guía y sus acertados consejos.

No puedo olvidar a los familiares, los amigos, los compañeros y los exalumnos que siempre han demostrado su apoyo y su interés por mis historias. Ojalá pudiera nombraros a todos; de cada uno de vosotros guardo detalles inolvidables que han hecho mi vida mejor, que me han hecho crecer como persona, que me han hecho sonreír o que incluso de algún modo se han colado en las páginas de este libro. Pero soy tan afortunada que no puedo hacerlo; resulta imposible enumeraros a todos. Os ruego que os deis por aludidos y recibáis mi más sincero agradecimiento. Tenéis también todo mi cariño.

Como siempre, gracias especiales a mi familia:

A papá y mamá por ser el pilar de nuestras vidas, por apoyarnos siempre y ser el mejor ejemplo. Todo os lo debo y os quiero eterno.

A Raúl por hacerme sonreír, por acompañarme desde hace más de media vida y ayudarme a llegar a ser la mejor versión de mí misma. A Estela, tan fuerte y segura, por enseñarme cosas nuevas, por serenarme cuando más lo necesito. A Ónice, tan dulce y conun corazón tan grande, por estar siempre pendiente de todo.

A Juan Diego porque, como siempre digo, es el mejor hermano que se puede tener. A Ian y a Leo, mis chicos, por aguantar mis excentricidades y por vuestra paciencia.

A Estela, mi hermana, mi mejor amiga y confidente, por estar siempre, siempre, siempre. Por ser mi luz.

Villa Melania
Desirée Ruiz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Villa Melania*

© del diseño de la portada, Lidia Vilamajo
© de la fotografía de la portada, Trevillion

© Desirée Ruiz Pérez, 2023
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-670-6925-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

RAFAEL TARRADAS BULTÓ
LA VOZ DE LOS VALIENTES
ESPASA

La voz de los valientes

Tarradas Bultó, Rafael

9788467069341

680 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En tiempos de paz jugaron a ser otros. En tiempos de guerra descubrieron quiénes eran en realidad.

«Recuerda a los que arriesgaron, a los que se enfrentaron, a los que murieron por el bien. Recuerda a los que no se agazaparon, a los que supieron querer en tiempos de odio. Prométeme eso. Recuerda lo importante. Es en tiempos como estos cuando la vida nos hace elegir y, al elegir, nos definimos».

Baviera, **Alemania**. El **castillo** de Fallstein es uno de los más fastuosos de la zona, pero, lejos de ser un remanso de paz alejado del frente, Hilda Sagnier ha comprobado cómo la **guerra** y sus consecuencias han entrado con fuerza en sus salones, pues su marido, el prestigioso conde bávaro de Fallstein, ha sido completamente seducido por **Hitler.** Decidida a luchar por lo que cree, la condesa no dudará en arriesgar su vida, sobrepasar sus límites y fingir ser quien no es para ayudar a los perseguidos del régimen.

Mientras tanto, en **Barcelona,** los **nazis** empiezan a agasajar a José Manuel, pero el empresario sabe exactamente cuál es su objetivo. Él, que fue **espía** durante la Guerra Civil española, no tardará en involucrarse en la misión más secreta y de una relevancia capital, una misión que lo llevará a alternar con la **élite alemana** y a relacionarse con la alta sociedad de **Potsdam**. Allí, donde todos se relajan y hablan más de la cuenta, el espía deberá encontrar y destruir el arma en la que los alemanes confían su victoria.

Hilda y José Manuel, **dos españoles en el corazón del Tercer Reich**, descubrirán que, en tiempos de guerra, nadie es quien dice ser y que a veces la urgencia y el peligro son los mejores aliados para que el amor y los verdaderos sentimientos afloren.

Rafael Tarradas Bultó se consagra con su tercera novela ambientada en la Segunda Guerra Mundial tras *El heredero* y *El valle de los arcángeles*.

Cómpralo y empieza a leer

ÓSCAR GARCÍA SIERRA
HOUSTON, YO SOY EL PROBLEMA
ESPASA esPOESÍA

Houston, yo soy el problema

García Sierra, Óscar

9788467068481

72 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Houston, yo soy el problema es el libro que he escrito en las notas del móvil mientras estaba de fiesta encerrado en el baño, y también es el libro que he escrito a base de tuits que me daba vergüenza sacar de la carpeta de borradores, y también es un libro con referencias a Britney Spears y a Lydia Davis y a Spring Breakers y a Hannah Montana, y también es un libro dedicado a un diseñador ruso y a una modelo y actriz de Fast and Furious, y también es un libro que habla de medicinas y de extraterrestres y de la Deep Web, y también es el libro que le hubiese gustado escribir a David Foster Wallace.

Cómpralo y empieza a leer

LA
COCINA
CASERA
DE
NOELIA
Recetas sencillas
y prácticas para
todos los días
Noelia
Gamero
ESPASA

La cocina casera de Noelia

Gamero, Noelia

9788467069662

200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿A quién no le gusta recordar los olores que nos devuelven a esa **infancia** cargada de sabores de la **cocina de la abuela**? Recuperar **platos tradicionales** con productos de mercado y que **huelen a hogar** es lo que consigue la autora en este libro.

En *La cocina casera de Noelia* vas a encontrar sus mejores recetas: aperitivos, guisos, estofados, arroces, pastas, postres… **Más de 100 platos típicos de nuestra gastronomía** para el día a día y que cautivarán a toda la **familia**.

También comparte sus **trucos** para que aprendas a organizarte: cuáles son las elaboraciones esenciales, cómo hacer la compra y ordenar la nevera y la despensa y cómo planificar los menús semanales.

¡Para que cocinar sea un placer!

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian

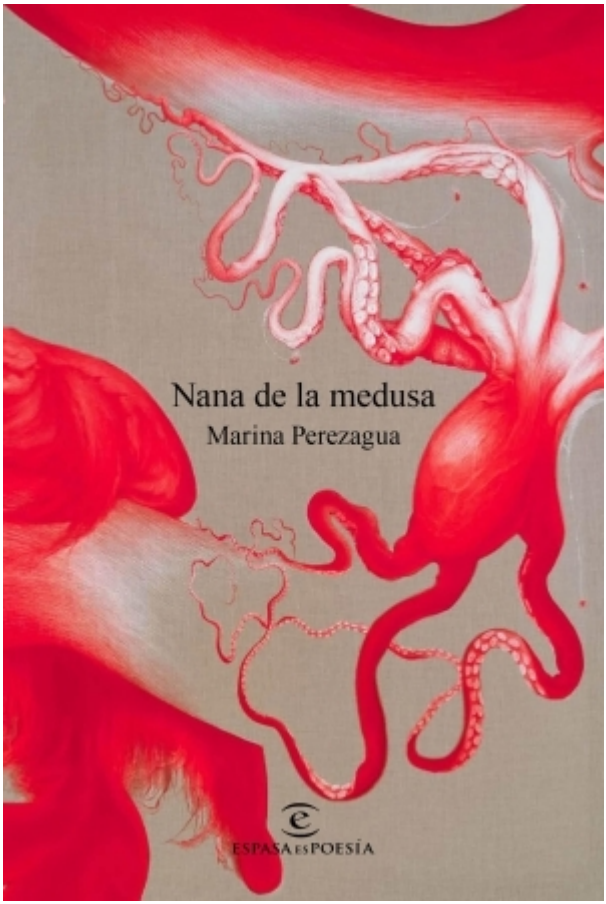
9788467053982

232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer


Nana de la medusa
Marina Perezagua
ESPASA ES POESÍA

Nana de la medusa

Perezagua, Marina

9788467069679

160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Nana de la medusa es el primer libro de poemas de Marina Perezagua, una auténtica ráfaga de aire fresco en la poesía española actual. Su escritura es contundente, atrevida, sarcástica o sensitiva, despliega todos sus recursos para poner en pie una poesía anfibia, híbrida en su búsqueda entre la narración y la palabra puramente lírica.

Con gran rigor estilístico, sensualidad e ironía, esgrime la escritura para intentar responder a ciertos interrogantes clave en su vida y de la nuestra en general: por qué somos pasto de la emigración, accederemos a una verdadera experiencia amorosa, en qué deriva tan cruel del mundo en general nos vemos embarcados.

Todas estas cuestiones y otras tan espinosas como estas se encuentran presentes en los poemas de Marina Perezagua, que tienen una importancia clave en su transformación en una persona distinta a la que fue en otro tiempo.

Cómpralo y empieza a leer